

VIVIR COMO CIUDADANO DEL

Reino de Dios

Abraza Sus Bendiciones, Cumple Su Llamado



TIMO GROOT

Timo Groot

Vivir como ciudadano del Reino de Dios
Abraza Sus Bendiciones, Cumple Su Llamado
Por Timo Groot

Para más materiales educativos y estudios bíblicos, visita mi sitio web
en www.TheLivingGospel.org.

Derechos de autor: Timo Groot
Fotografía: Canva
Febrero 2025: Primera edición
Editorial: Timotheus media

ISBN: 9789083440897

A menos que se indique lo contrario, los textos bíblicos de esta edición
están tomados de la Biblia en la Reina Valera. El autor ha añadido sub-
rayado o texto entre paréntesis en los textos bíblicos.

Queda prohibida la reproducción y/o transmisión total o parcial de esta
publicación mediante impresión, fotocopia, microfilm o cualquier otro
medio sin el permiso previo por escrito de Timotheus Media, excepto
para citas breves de un máximo de 400 palabras. Para cualquier pre-
gunta, envía un correo electrónico a info@TheLivingGospel.org.

CONTENIDO

PRÓLOGO Y PREFACIO	8
Prólogo	8
Prefacio.....	9
C1 SITUACIÓN INICIAL DE LA HUMANIDAD	10
¿Con qué fin hemos sido creados?	10
El oponente de Dios	12
Interrupción del Plan de Dios	15
En conclusión	20
PARTE 1: EL REINO ESPIRITUAL	21
C2 EL PRECIO DEL REINO	22
El amor de Dios por nosotros	22
El problema	23
Solución.....	24
Jesús: el Precio del Reino.....	25
Nuestro precio por el Reino.....	28
Resumen	35
C3 IMPORTANCIA DEL REINO	36
Juan y el Reino	36
Jesús y el Reino	37
Los discípulos y el Reino	38
Nosotros y el Reino	40
Resumen	41
C4 INTRODUCCIÓN AL REINO	42
Significados griegos	42
Reino terrenal o espiritual	43
El poder del Rey	46
Evangelio del Reino	49
Resumen	52
PARTE 2: BENDICIONES REALES	53

C5 BENDICIONES CIUDADANAS	54
Las bendiciones	54
¿Cómo hacer frente a la bendición de Dios?	55
Resumen	62
C6 PERDÓN Y REDENCIÓN	63
Perdón de los pecados	63
Redención de los pecados.....	67
Justificados y Santificados	71
Resumen	76
C7 EN CRISTO.....	78
En Cristo: Una vida sagrada.....	78
En Cristo: Una vida con autoridad	83
Resumen	87
C8 SANACIÓN Y LIBERACIÓN.....	88
Redención de la muerte	88
Sanación de enfermedades	92
Liberación de los demonios.....	95
Resumen	98
C9 VIVIR EN LA BENDICIÓN DE DIOS	99
La bendición y la maldición	99
Libre de la maldición.....	102
Bajo la Bendición	103
Libre de la Maldición y Viviendo en la Bendición	106
Resumen	109
C10 VIVIR PRÓSPERAMENTE	111
Promesas de prosperidad	111
Vivir prósperamente	113
Resumen	119
C11 RECIBIR EL ESPÍRITU SANTO.....	120
El Arrepentimiento	120

El Bautismo	123
La fruta	128
Resumen	130
C12 OTRAS BENDICIONES.....	131
Conexión directa con Dios	131
Hablar con Dios.....	132
El Cuerpo de Cristo	135
La protección de Dios.....	137
Victorias	138
Gracia	140
Sabiduría.....	142
Paz y Alegría	144
Resumen	145
PARTE 3: LA COMISIÓN DEL REINO	147
C13 REINOS HOSTILES	148
La batalla espiritual	148
El Reino de las Tinieblas.....	149
¿Qué son los demonios?	151
La obra de los demonios.....	152
¿Quién tiene el poder?	156
Resumen	158
C14 PROCLAMA EL EVANGELIO	159
Proclamar: Cuenta lo que hace Jesús	160
Testimonio: Cada persona tiene una historia única.....	162
Sé un testimonio	163
Resumen	166
C15 CURAR Y LIBERAR	167
Cura a los enfermos.....	167
Expulsar a los demonios.....	170
Resumen	175

C16 BAUTISMO Y DISCIPULADO	176
Empieza a Bautizar a la Gente	176
Dar Discipulado.....	179
Resumen	184
C17 ANÍMENSE LOS UNOS A LOS OTROS.....	186
Comandos de aliento	186
Dones del Espíritu	189
Cuidar el Cuerpo de Cristo.....	192
Resumen	192
C18 LOS VENCEDORES	194
No temas al enemigo	194
Vivir en victoria.....	196
Resumen	199
PARTE 4: EL REINO FÍSICO	200
C19 INTRODUCCIÓN A LA HORA FINAL.....	201
Calendario	201
El Rapto de la Iglesia.....	202
La Gran Tribulación	203
El retorno de Cristo	203
El Reino Milenario	204
Resumen	205
C20 REINO MILENARIO.....	206
Jesús reina en la Tierra	206
Sus seguidores reinan con Jesús en la Tierra	208
El Diablo es Encarcelado durante Mil Años	209
La gente vive en la Tierra.....	211
Israel y Jerusalén son restaurados	214
La Tierra es Restaurada.....	218
El fin del Reino Milenario.....	219
Resumen	221

UN SEGUIDOR DE JESÚS	222
El Evangelio de Dios.....	222
LIVING GOSPEL	225
¿Quién soy?	225
Origen y Redes Sociales.....	226
Visión, objetivos y trabajo conjunto.....	227

PRÓLOGO Y PREFACIO

Prólogo

Si tuviéramos que resumir en una frase el mensaje de Jesús durante Su estancia en la tierra, sería: el Reino de Dios está cerca. Jesús mismo dijo lo siguiente a la gente de Cafarnaúm: *“Es necesario que también a otras ciudades anuncie el evangelio del reino de Dios (la Buena Nueva) porque para esto he sido enviado.”* (Lucas 4:43).

En Su ministerio, habló constantemente del Reino y demostró su poder mediante milagros y signos. Tras Su muerte y resurrección, pasó otros cuarenta días con los discípulos, donde fue *visto por ellos durante cuarenta días y hablando de las cosas relativas al Reino de Dios* (Hechos 1:3). En resumen, el Evangelio es una buena noticia, pero ¿cuál es esa buena noticia? El Reino de Dios está aquí, y tú puedes formar parte de él.

A pesar de lo dicho anteriormente, es impresionante que muchos cristianos no puedan dar una respuesta clara a la pregunta: ¿Qué es el Reino de Dios? A Timo no le resultó suficiente quedarse sin comprender estas cosas, ¡y su dedicación al estudio posterior dio como fruto este hermoso libro!

A lo largo de este libro, Timo te lleva de viaje para explicarte el Reino de Dios y sus aspectos. Timo tiene un estilo de escritura sencillo y directo que facilita a los lectores la comprensión del contexto de este libro.

Recuerdo cómo me impactó cuando comprendí por primera vez lo que significaba el Reino o Reinado de Jesús. El resultado fue que quise vivir al máximo, desaparecieron mis miedos y crecí constantemente en la fe para aplicar la autoridad que Jesús poseía y compartía con nosotros.

Muchas personas de todo el mundo esperan con impaciencia el regreso de Jesús. Yo también. Creo que vendrá pronto, pero hasta entonces, Él quiere preparar a Su novia. La iglesia es Su novia, y Jesús no va a volver a por una iglesia debilitada y sin fuerza. Vuelve a por una novia gloriosa. Por esa razón, veremos un poderoso avivamiento más en esta tierra, y apuesto a que dará lugar a un avivamiento de toda la iglesia. Esto significa que todos los miembros estarán activos, *porque la creación espera ansiosamente la revelación de los hijos de Dios* (Romanos 8:19).

Pero para ser testigos de ello, necesitamos volver a lo básico: el mensaje que Juan el Bautista proclamó, que Jesús predicó y que los discípulos siguieron: el mensaje del Reino. Este libro es una herramienta

maravillosa para realinear a los creyentes con nuestra verdadera esencia en Cristo, y oro para que, al leerlo, por el poder del Espíritu Santo, tomes el mensaje y des un paso al frente con fe. El Reino de Dios está dentro de ti, y ya es hora de que el mundo lo vea.

Robbert-Jan van Capelleveen
Facilitador juvenil y conferencista

Prefacio

¿Qué es exactamente el Reino de Dios? En toda la Biblia se habla del Reino de Dios. Dios desea establecer un Reino en el que Él sea Rey y gobernante. Lo vemos ya en el Antiguo Testamento, donde Dios hizo un pacto con un grupo de personas: el pueblo de Israel. Dios planeó gobernar como Rey y bendecir abundantemente al pueblo si cumplía Sus mandamientos. A veces, esto salió bien, pero por desgracia, salió mal muchas veces a causa de los pecados del pueblo. Dios decidió no tirar la toalla, sino que ideó un gran plan. Mediante el sacrificio de Jesucristo, se creó un nuevo Reino: El Reino de Dios. Jesús gobierna en este Reino, y sus ciudadanos son bendecidos abundantemente. Este Reino ya existe, pero no del todo. Este Reino es espiritual, pero sólo llegará a ser genuinamente físico en el futuro. Todos los creyentes están en este Reino, pero no todos conocen las bendiciones y misiones del mismo.

Por eso decidí escribir un libro sobre el Reino de Dios. Yo mismo había oído hablar del Reino, pero si me preguntabas qué significaba el Reino, no podía ir más allá de unas pocas palabras. Investigando en la Biblia y a través de la guía del Espíritu Santo, creé todo un libro sobre el Reino de Dios. Este libro bendecirá significativamente tu vida personal, y te darás cuenta plenamente de lo que nos trajo el sacrificio de Jesús en la cruz. ¡Que Dios te bendiga!

Timo Groot

C1 SITUACIÓN INICIAL DE LA HUMANIDAD

En mi opinión, los primeros capítulos de la Biblia son excepcionales y hermosos. Leemos cómo Dios creó los cielos y la tierra y cómo la creación se hizo cada vez más atractiva. En primer lugar, se creó la Tierra, pero aún estaba desolada, vacía y oscura. No había posibilidad de vida y la tierra no tenía forma. Entonces Dios decidió embellecer la tierra y el cielo. Empezó el primer día con la luz, y cada día se añadían nuevos elementos. El segundo día, se asignó una zona para el mar y el cielo. Luego, el tercer día, se establecieron los límites del mar, haciendo aparecer la tierra. Todos los días, Dios trabajaba en Su creación, y ésta se volvía cada vez más bella y ordenada. Las plantas, los árboles, el sol, la luna, las estrellas, los peces, las aves y los animales fueron creados el tercer, cuarto y quinto día, respectivamente. Fue una creación hermosa, y los ángeles se regocijaron por la obra creadora de Dios (Job 38:7). Dios hizo algo maravilloso, y hoy seguimos reconociendo gran parte de la obra creadora de Dios.

Creo que la creación de Dios es extraordinaria. Dios es un Creador que lo creó todo: innumerables planetas, estrellas, animales, árboles y personas. Sin embargo, ninguno es igual. Mira a los seres humanos, por ejemplo. Todas las personas tienen su propia huella dactilar, sus ojos únicos y sus características. Dios creó a cada persona individualmente, con sus características y su carácter. Nadie en la Tierra es como tú. El plan de Dios era crearte, y tu singularidad era importante para Dios, para que no fueras una copia de otra persona. Dios es un Dios de grandeza y un Dios de detalles. Dios lo tiene todo en Su mano y, al mismo tiempo, sabe cuántos pelos tienes en la cabeza. Dios lo controla todo, y no requiere ningún esfuerzo por Su parte como Gobernante y Rey de este mundo para controlarlo todo. Sin embargo, Dios ideó un plan particular, y tú formas parte de él.

¿Con qué fin hemos sido creados?

Una pregunta habitual es: “¿Por qué estoy vivo?” o “¿Cuál es el propósito de mi existencia?”. Según la ciencia, el hecho de que existas es pura casualidad, y eres “sólo” un eslabón entre tus padres y tus hijos. Pero, según la Biblia, no existes por casualidad. Leemos que Dios te creó y que eres único. Fuiste creado por una razón y con un propósito. Algunos propósitos son muy personales, como fundar un orfanato en Brasil, cuidar de los sin techo en América o traducir la Biblia para las personas

que aún no la tienen. Otros propósitos que Dios ha reservado para Sus hijos incluyen conformarse al Señor Jesús (semejanza a Cristo) mediante el poder del Espíritu Santo y vivir con Dios.

Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. (Romanos 8:29)

Fuiste creado con un propósito general y otro único. El propósito general lo encontramos en la Biblia, que es la Palabra de Dios. Los propósitos únicos los recibimos del Espíritu Santo. En Génesis 1 y 2 leemos que Dios creó la tierra y los cielos. En el sexto día, Dios trabajó en Su creación más hermosa, el hombre. Dios había hecho que todo fuera bonito, pero quería hacer uno más. El hombre debía convertirse en lo más bello de toda la creación. El hombre tenía que llegar a ser más atractivo que los animales, los árboles, las plantas y las estrellas. Tenía que ser la corona de la creación. Por ello, Dios decidió hacer al hombre a Su imagen y semejanza. Como consecuencia, ¡poseemos sentimientos y características similares a los de Dios! Por desgracia, en los últimos tiempos no siempre hemos manejado bien nuestro libre albedrío, nuestras emociones y nuestras características, pero al principio de la creación, el hombre fue creado a la perfección.

Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza (...) Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. (Génesis 1:26-27)

Hemos sido creados a imagen de Dios. Dios es perfecto, no conoce el pecado y es justo. El hombre que creó también era perfecto, no conocía el pecado y era justo. Dios creó primero a dos seres humanos: Adán y Eva. Eran la imagen de Dios. Tras la Caída, esta imagen se distorsionó por las cosas malas que todos hacemos. Aun así, se nos sigue comparando con la imagen de Dios (Génesis 9:6) y se nos ordena parecernos cada vez más a Él en nuestro caminar y en nuestras acciones (Colosenses 3:10). Cuando el hombre fue creado, Dios le bendijo con lo siguiente.

(...) y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. (...) Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos;

llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra. (Génesis 1:26-28)

La primera bendición de Dios sobre el hombre es la superioridad y el dominio sobre la creación. El hombre no fue hecho para ser esclavizado, sino para gobernar y tratar bien a la creación. Dios nos había bendecido para ser gobernantes.

La palabra “dominio” procede de la palabra hebrea “*rāḏā*”, que significa “gobernar”, “reinar”, “tomar”, “triunfar” o “gobernante”. Gobernar significa tener poder sobre algo o ser el líder de algo. El hombre había recibido el poder y la autoridad para gobernar sobre toda la creación. A menudo, la palabra “dominio” se utiliza negativamente. Comparamos esta palabra con dictadores y personas que imponen su voluntad y no tienen en cuenta a los demás. Así no debe ser la bendición de Dios. Nunca debemos utilizar el terror y el miedo para dominar a la gente o recaudar dinero. Fuimos creados para garantizar que todo en la creación funcione correctamente y se mantenga. De hecho, Dios nos encomendó la siguiente tarea en el capítulo 2 del libro del Génesis.

Tomó, pues, Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase. (Génesis 2:15)

Dios creó el Jardín del Edén. Era un gran jardín donde colocó al primer hombre, Adán. Más tarde, Eva se unió a él. Adán y Eva obtuvieron la autoridad para gobernar el jardín, lo que significaba cultivarlo y mantenerlo. Adán y Eva gobernaron y caminaron con Dios por este jardín. ¿Para qué fuimos creados? Dios nos creó para gobernar la creación y tener una relación viva con Él para descubrir Su grandeza, fidelidad y amor. Dios no nos creó para ser esclavos de la creación, en la que debemos trabajar para llegar a fin de mes.

El oponente de Dios

Leemos que Dios creó a los seres humanos, los animales, los árboles y los cuerpos celestes. Además de éstos, Dios creó otra clase de seres: los ángeles.

Porque en él (Jesús) fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean

dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. (Colosenses 1:16) (Consulta también el Salmo 148 y Nehemías 9:6.)

Los ángeles fueron creados antes que la Tierra (Job 38:7). Los ángeles, como los humanos, tienen libre albedrío. Muchos ángeles sirven, alaban y adoran a Dios. Han tomado la decisión de servir a Dios y, por tanto, son espíritus ministradores que ayudan a Dios de diversas maneras (Hebreos 1:14). Una minoría de ángeles ha tomado la decisión de no servir a Dios. El líder de este grupo es el diablo. En la Biblia también se le llama Satanás, Lucifer, el maligno, la serpiente antigua o el dragón. Para los fines de este libro, es crucial saber quién es, puesto que el diablo también ha establecido un Reino. Volveremos a este Reino en la Parte 3 de este libro.

Empecemos por el origen del diablo. El texto que sigue contiene una profecía sobre el rey de Tiro. El orgullo y la vanagloria de este rey se comparan con los del diablo. Ciertas partes de este texto no pueden hablar de un hombre, sino sólo del diablo.

Hijo de hombre, levanta endechas sobre el rey de Tiro, y dile: Así ha dicho Jehová el Señor: Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura. En Edén, en el huerto de Dios estuviste; de toda piedra preciosa era tu vestidura; de cornerina, topacio, jaspe, crisólito, berilo y ónice; de zafiro, carbunclo, esmeralda y oro; los primores de tus tamboriles y flautas estuvieron preparados para ti en el día de tu creación. Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios, allí estuviste; en medio de las piedras de fuego te paseabas. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad. (Ezequiel 28:12-15)

Si preguntara a mil cristianos: “Describe al diablo”, no creo que ninguno diera esto como descripción. Cuando el diablo fue creado, personificaba la perfección, la sabiduría y la belleza, y podía hacer música armoniosa. Era un ángel perfecto de Dios y estaba cubierto de gemas impresionantes. Al diablo se le permitía caminar libremente por todos los ámbitos. Por ejemplo, se le permitió entrar en el Jardín del Edén y en la montaña de Dios. Esta montaña está en el cielo (Isaías 14:13). El diablo era uno de los ángeles más poderosos, y Dios lo creó por una razón importante. Tenía libre acceso a Dios, pero era un espíritu minis-
trador de Dios. Dios estaba por encima de él, y Dios lo creó. Aunque

era uno de los ángeles más poderosos, Dios estaba entronizado sobre él, y Dios gobernaba. Cuando el diablo fue creado, era perfecto en todos sus caminos. Un día, se halló iniquidad en él. Entonces, ¿qué hizo exactamente el diablo?

Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte. (Isaías 14:13)

El diablo era un ángel de alto rango, pero deseaba más honor y alabanza. Quería igualar su trono al de Dios. Deseaba ser adorado como Dios. Los celos llenaban el corazón del diablo y, como resultado, empezó a pecar. Este pecado provocó varias consecuencias. Algunas aún están en el futuro y otras ya han sucedido. Las consecuencias son:

- El diablo está arrojado a la tumba. Esto es el infierno, y ocurrirá en el futuro. (Isaías 14:9-11 y Apocalipsis 20:1-3 y 10)
- El diablo está desterrado de la montaña de Dios y ya no se le permite acercarse a Dios. Creo que esto ya ha sucedido (Ezequiel 28:14). El diablo sigue presente en los lugares celestiales, pero ya no está con Dios.
- El diablo perdió su belleza y su perfección. Esto ya ha sucedido.

Cuando mencionamos al diablo, es esencial saber dos cosas. La primera es que nuestro Señor Jesús derrotó al diablo. Jesús lo derrotó en la cruz del Calvario. En la cruz avergonzó al diablo y a sus secuaces y triunfó sobre ellos.

Y despojando a los principales y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz. (Colosenses 2:15)

El Señor Jesús detenta todo poder y autoridad, y hoy gobierna desde el cielo (Mateo 28:18 y Hebreos 8:1). Ningún hijo de Dios debe temer al diablo ni a su poder, porque está protegido por el Señor Jesús y ha recibido autoridad del Señor Jesús sobre el diablo y sus secuaces. Sobre este tema volveremos más adelante.

La segunda es que el diablo sigue teniendo poder para devorar a la gente en la Tierra. El diablo todavía tiene un Reino en la Tierra. Este Reino está en declive, y cuando Jesús vuelva, este Reino desaparecerá, y el diablo será arrojado al abismo y más tarde al infierno. Lo único que

puede hacer el diablo es luchar como un rebelde impotente. Está derrotado, y esto aún no ha finalizado. Algunas de las cosas que el diablo puede hacer hoy a las personas que no están firmemente cimentadas en el Señor Jesús son:

- Proclamar mentiras. (Juan 8:44)
- Blasfemar a Dios y a las personas.
- Devorar a la gente/matar a la gente. (1 Pedro 5:8)

Es importante no sobrestimar al diablo, pero tampoco subestimarlo. En Cristo, le hemos vencido y no necesitamos temerle. Pero no caigas en sus mentiras, blasfemias y divisiones, y vive cerca de Dios.

Interrupción del Plan de Dios

Antes de comentar este párrafo, quiero advertirte de que su contenido es profundo. Estudiar la situación de la Caída es esencial, y no da mucha esperanza. Si hemos aceptado a Jesús en nuestras vidas, este párrafo ya no se aplica a nosotros. Jesús nos restauró de estas cosas.

El plan de Dios era que Él tuviera una relación viva con las personas y que éstas gobernaran o fueran reyes sobre la creación. Dios es el Rey supremo, y compartió (parte de) Su poder con los hombres. El diablo envidiaba este plan y quería sabotearlo. El diablo no tenía poder para matar o herir al hombre porque éste seguía sin pecado y, por tanto, sin culpa. Lo único que podía hacer el diablo era difundir mentiras sobre Dios y esperar que el hombre las creyera. Lo cual fue lo que ocurrió con Adán y Eva.

Dios creó el Jardín del Edén y colocó allí a Adán y Eva. Adán y Eva eran los líderes de este jardín, y todos los animales estaban sometidos a ellos. Dios les dijo que cuidaran del jardín y les bendijo con el fruto de todos los árboles del jardín. Podían comer libremente sin coste alguno. Sin embargo, Dios había introducido una pequeña restricción. Dios quiere que la gente le obedezca, pero al mismo tiempo no quiere que estemos obligados a obedecerle. Como a los ángeles, Dios había dado al hombre una elección personal: el libre albedrío. El hombre podía elegir (des)obedecer a Dios. Y Dios ordenó: “Puedes comer libremente de todos los árboles; pero no del árbol de la ciencia del bien y del mal, porque el día que comas de él morirás” (Génesis 2:16-17). La bendición de Dios recaía sobre el hombre siempre que éste no comiera del árbol de la ciencia del bien y del mal. De hacerlo, quedaría apartado de

Dios y moriría. Dios no quiso decir que su cuerpo cayera muerto inmediatamente. Si Adán y Eva comían el fruto, aún podrían vivir durante siglos. Dios quería decir que su espíritu moriría y ya no podrían caminar con Dios. A la vez, esta desobediencia significaba que la bendición de Dios abandonaba al hombre, y éste caía bajo la maldición.

El diablo estaba celoso de Dios y del hombre. Quería sabotear este plan, así que ideó una estrategia para romper la conexión entre Dios y el hombre. La única posibilidad era que Adán y Eva comieran el fruto del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal, porque así se rompería la conexión. En forma de serpiente, el diablo decidió mentir a Adán y Eva e intentar engañarlos para que comieran el fruto prohibido del árbol.

Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto? Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis. (Génesis 3:1-3)

El diablo hizo lo que mejor sabe hacer: mentir. Mintió a Eva, diciéndole que no debía comer de todos los árboles. Eva dijo que podía, y que el único árbol del que no podía comer era el que estaba en medio del jardín porque, de lo contrario, moriría. Entonces, con sus mentiras, el diablo suscitó un deseo en Eva.

Entonces la serpiente dijo a la mujer No morirás ciertamente. Porque Dios sabe que el día que comáis de ella se os abrirán los ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal. (Génesis 3:4-5)

El diablo anhelaba ser igual a Dios, deseando ocupar Su lugar. Este mismo deseo lo sembró en el corazón de Eva, y logró seducirla. A través del engaño, el diablo manipuló a Eva, quien terminó obedeciéndolo a él en lugar de seguir la voluntad de Dios.

Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió, así como ella. (Génesis 3:6)

Tanto Adán como Eva comieron del fruto. Se confiaron al diablo en vez de a Dios. Dios dijo que no era bueno que el hombre comiera del fruto. El diablo dijo que era bueno y que se les abrirían los ojos. Esto tuvo consecuencias desagradables.

Después de que Adán y Eva comieran el fruto, se les abrieron los ojos y vieron que estaban desnudos. No se refiere a la desnudez física ni a la activación de los sentimientos sexuales, sino a la falta de protección y a experimentar vergüenza y vacío. Adán y Eva experimentaron que se les había quitado algo, de modo que ya no eran buenos, y empezaron a avergonzarse el uno del otro y delante de Dios. Esto no quedó ahí: esta vergüenza les causó miedo, y ya no se atrevieron a enfrentarse a Dios (Génesis 3:10). Su bondad y protección habían decaído, y ya era imposible caminar con Dios. Esto se aplica no sólo a Adán y Eva, sino a todo ser humano (Romanos 5:19). A causa de la desobediencia de Adán y Eva, se hizo imposible caminar con Dios y, por ello, leemos que Adán y Eva fueron expulsados del Jardín del Edén. La relación entre Dios y el hombre se vio gravemente perturbada. Aunque Dios bendijo al hombre, éste eligió la maldición y se apartó de la bendición (Gálatas 3:10). La maldición implicaba lo siguiente.

A la mujer dijo (Dios): Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz los hijos; y tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti. Y al hombre dijo: Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer, y comiste del árbol de que te mandé diciendo: No comerás de él; maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. Espinos y cardos te producirás, y comerás plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás. (Génesis 3:16-19)

La maldición conllevaba:

- Embarazos difíciles llenos de dolor.
- Los hombres dominan a las mujeres.
- Tierra maldita: necesidad de trabajar todos los días, y la tierra produce espinas y cardos.
- La tierra se lleva al hombre: la muerte.
- Separado para siempre de Dios.

El hombre fue creado para gobernar la creación, pero con el tiempo se convirtió en una maldición de la creación, afanándose cada día hasta que la muerte se llevó al hombre al Hades. La relación con Dios se había perdido y el juego había terminado. Además, el hombre había caído en el pecado y con él toda la creación (Efesios 2:1-3). El hombre espera hasta que se dicte sentencia (Juan 3:18), tras lo cual le sigue el castigo eterno.

Por desgracia, la situación está a punto de empeorar. El hombre había elegido obedecer al diablo y desobedecer a Dios. Esto quiere decir que el hombre había nombrado un nuevo rey sobre sí mismo: el diablo.

Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno.
(1 Juan 5:19) (Véase también: Juan 12:31.)

(...) librándote de tu pueblo (Jesús a Pablo) y de los gentiles, a quienes ahora te envío, para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados. (Hechos 26:17-18)

El diablo se había convertido en el líder del mundo y se le habían dado las llaves de la muerte. Esto significa que, tras la muerte del hombre, el diablo tiene dominio sobre los muertos (Judas 1:9, Romanos 6:23 y 14:9). Quiero mencionar que, en el Antiguo Testamento, el diablo necesitaba el permiso de Dios para hacer ciertas cosas, como podemos leer en la historia de Job. Pero más adelante en este libro vemos que, mediante Su sacrificio, el Señor Jesús recuperó estas llaves del diablo, y desde el Calvario, el diablo ya no tiene ningún derecho sobre las personas, y Jesús determina el destino de las personas. Si Jesús no hubiera intervenido, el hombre no tendría esperanza, y no tendríamos promesas de Dios de una buena vida ni de un destino después de la muerte.

En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. (Efesios 2:12)

Consecuencias de la Caída
La relación viva con Dios está gravemente perturbada.
Un nuevo rey gobierna sobre el hombre: el diablo y el pecado.
El hombre ya no vive en las promesas y bendiciones de Dios.

El hombre vive bajo la maldición.
El hombre ya no gobierna sobre la creación.
La creación y el hombre se han vuelto mortales.
El hombre debe esforzarse hasta su muerte.
El hombre espera el juicio y la condenación.

Estas consecuencias no se aplican sólo a Adán y Eva. Adán dejó esta herencia a sus descendientes. Todos descendemos de Adán y recibimos automáticamente esta herencia. La herencia es el resultado de la Caída y su maldición correspondiente.

Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron. (Romanos 5:12)

Pues si por la transgresión de uno solo (Adán) reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciban la abundancia de la gracia y del don de la justicia. Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida. Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos. (Romanos 5:17-19)

Porque, así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. (1 Corintios 15:22)

El pecado de Adán sigue resonando en nuestro mundo. El hombre ha pecado y se ha cortado el camino hacia Dios. El hombre vive una vida en la tierra, y luego le espera la condenación y el juicio. Por culpa de la desobediencia de Adán, todas las personas son clasificadas como pecadoras. Todas las personas hacen cosas malas, y las guerras, el abuso de poder y el terror arruinan muchas vidas humanas. El mundo en que vivimos está lleno de dolor y tristeza. El hombre fue creado para ser una bendición y gobernar, pero se ha convertido en esclavo del pecado y de las tinieblas. Como exclamó Pablo: “Desgraciado de mí, ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte?” (Romanos 7:24). Por suerte, hay una respuesta a esta pregunta, que abordaremos en los próximos capítulos. Pablo nos dice en un versículo más que Jesucristo puede redimirnos de la muerte.

En conclusión

Este libro, hasta ahora, carece de mucha esperanza. El hombre fue bendecido para gobernar y se ha convertido en maldición y esclavo de la creación. Es fundamental darse cuenta de que el hombre eligió la maldición. El hombre se dejó tentar por el adversario de Dios, el diablo. A pesar de que Dios sabía que esto ocurriría, no era su voluntad que esto sucediera. Pero, afortunadamente, un Dios misericordioso quiere perdonar, edificar y devolver al hombre al lugar que le corresponde. El precio para redimir al hombre del pecado supuso un gran coste para Dios. Dios Padre tuvo que enviar a Su Hijo a la tierra, y Su Hijo tuvo que morir en la cruz. El hombre destruyó el camino con Dios, pero Jesús restauró este camino para los que creen en Él. La Parte 1 de este libro profundiza en esto.

EL REINO DE DIOS

EL REINO ESPIRITUAL

PARTE 1



1



C2 EL PRECIO DEL REINO

El Nuevo Testamento de la Biblia se sitúa en el Imperio Romano. Una persona podía recibir la ciudadanía romana de tres maneras. El primer método es haber nacido en el lugar adecuado, como Pablo. El segundo método es servir veinticinco años como soldado en el ejército, y el tercer método es pagando mucho dinero (Hechos 22:28). El precio para convertirse en ciudadano del Imperio Romano era muy alto, y la mayoría de los israelitas no podían permitírselo. Este derecho civil sólo existía para unos pocos. Antes de estudiar qué es el Reino de Dios, en este capítulo veremos cuánto cuesta este Reino. Al igual que la ciudadanía romana, ¿teníamos que hacer cosas para entrar en este Reino, y alguien tenía que pagar algo para establecerlo?

El amor de Dios por nosotros

En el capítulo 1, aprendimos que Adán y Eva pecaron y, como resultado, el hombre cayó bajo la maldición, y el hombre fue incapaz de tener una relación viva con Dios. Si Dios había decidido no mostrar misericordia al hombre y desecharlo para siempre, entonces no había vuelta atrás, y el hombre quedó bajo la maldición. El hombre cometió un error, y Dios no nos debe misericordia ni gracia. Sin embargo, hay una razón por la que Dios decidió intervenir. No porque el hombre fuera tan bueno y Dios nos debiera cosas, sino porque Dios es bueno y ama a las personas. Dios ama a todo el mundo, y el amor de Dios estaba ahí antes de que conocieras a Dios.

Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero. (1 Juan 4:19)

Dios desea mostrar misericordia y restaurar la relación con el hombre por amor a nosotros. Dios va muy lejos en Su amor por nosotros. No importa lo que hagamos en la tierra, el amor de Dios permanece, y Dios sigue amándonos. Dios anhela que la gente le elija y entre en una relación con Él. Dios hará cualquier cosa por eso.

Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro. (Romanos 8:38-39)

Ningún hombre o criatura puede interponerse entre el amor de Dios y tú. Sin embargo, sí es posible interponerse entre el amor de los seres humanos. Por desgracia, a causa de los cotilleos, la envidia, los celos o la ira, las personas se valoran menos entre sí y, en consecuencia, se aman menos. Otras personas pueden difundir chismes que se vuelven creíbles, por lo que el amor entre las personas se enfría. Con Dios, esto no es posible. Nadie puede hacer que el amor de Dios por ti se desvanezca. Todo el que ha llegado a la fe ama a Dios porque Dios le amó primero. Dios nos creó para que tuviéramos una relación con Él, y después de que Adán y Eva pecaran, Dios estaba muy ansioso por restaurar la relación con el hombre para que cada persona pudiera caminar con Él.

El problema

Suponiendo que Dios nos ama, ¿por qué Adán y Eva tuvieron que abandonar el jardín? ¿Por qué Dios no pudo ignorar este acontecimiento? Porque, además de ser un Dios amoroso, Dios es también un Dios justo. Dios no puede dejar de ser un Dios justo; es Su ser más profundo. La gente a menudo tergiversa la justicia y pasa cosas por alto. Si un amigo roba una barra de pan al panadero, te parece mal delatar a tu amigo mientras el panadero se queda con los daños. Tal vez pienses: oh, bueno, sólo es una barra de pan de dos dólares. El panadero sobrevivirá. Dios no piensa así. Dios ve que ha habido injusticia y que el panadero ha sufrido un daño injusto. Además, Dios considera cada pecado que cometemos como un pecado contra Él. A causa de las cosas malas que hacemos en la tierra, nos volvemos cada vez más profundamente deudores de Dios. Dios quiere la justificación de estos actos para poder juzgar con justicia. Esto también se aplicaba a Adán y Eva, y Dios no podía ignorarlo. Adán y Eva habían actuado mal y, en consecuencia, había que hacer justicia, y fueron expulsados del jardín y de la presencia de Dios.

Él es la Roca, Su obra es perfecta; Porque todos Sus caminos son justicia, Un Dios de verdad y sin injusticia; Justo y recto es Él. (Deuteronomio 32:4)

La gente se enfrenta ahora a un gran problema. Todos cometemos errores y pecamos, y al mismo tiempo, Dios no puede ignorar el pecado. Dios nos ama, pero no puede ir en contra de Su justicia.

Al acabar las vacaciones de verano, cuando iba a cuarto de bachillerato, llegué por primera vez a la clase del profesor de matemáticas. El profesor se presentó y me dijo que quería que todos aprobáramos matemáticas. Dijo que intentaría explicarnos y ayudarnos a sacar buenas notas. Luego dijo: “Quiero que todos aprueben y obtengan buenas calificaciones. Sin embargo, no tengo ningún problema en reprobar a quien no pase el examen. Les apoyo a todos, pero no tengo inconveniente en asignar una calificación de reprobado si es necesario”. Así es también como podemos ver la justicia de Dios. Dios quiere una relación viva con todos y ama a todos, pero sigue siendo justo y da el juicio que alguien merece. La dificultad estriba en que todos merecen el juicio, y nadie puede vivir con Dios.

Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios (...).
(Romanos 3:23)

Solución

A pesar de la justicia de Dios, Él seguía amando a la gente. Desde el principio, Dios había pensado en un plan mediante el cual pudiera ser a la vez justo y misericordioso, de modo que pudiera estar en Su derecho y seguir caminando con el hombre. Por amor a nosotros, ideó un plan para restaurarlo todo Él solo. Dios sabía que el hombre no podía hacerlo, pues nuestra propensión a hacer cosas malas continuaba. Por tanto, sabía que la solución tenía que venir de Él. Dios sabía que había una forma de salvar al hombre de la maldición. Había una forma de rescatar al hombre de toda la culpa que había cometido. Había una forma de restaurar al hombre como Dios quería. Dios mismo tenía que actuar.

A quien (Jesús) Dios puso como propiciación por Su sangre, mediante la fe, para demostrar Su justicia, porque en Su paciencia Dios había pasado por alto los pecados cometidos anteriormente. (Romanos 3:25)

El hombre merece el castigo y la ira de Dios. Sin embargo, Dios ha tomado una decisión. Dios designó a Jesucristo como medio de reconciliación (restauración) de la relación del hombre con Dios. Cuando una persona cree en el Señor Jesús, ya no tiene que temer la justicia y la ira de Dios, sino que ha sido hecha justa por el Señor Jesús. Dios pasa por alto los pecados que hemos cometido mientras Él sigue siendo justo. Alguien ha sido castigado por el pecado, borrando así la culpa. ¿Quién

es el Señor Jesús? ¿Y por qué se le designa como medio de reconciliación?

Jesús: el Precio del Reino

El Señor Jesús pagó el precio del Reino mediante Su reconciliación. Todo el que crea en el Señor Jesús puede venir y trabajar en este Reino. En esta sección veremos quién es el Señor Jesús y qué hizo para reconciliarnos con Dios Padre.

El Nuevo Testamento nos habla del Señor Jesús. Comienza con los cuatro evangelios, que contienen los relatos y sermones del Señor Jesús, y termina con las diversas cartas de los apóstoles que vieron a Jesús. Antes de que el Señor Jesús viniera a la Tierra, era Dios. Jesús fue quien nos modeló del polvo de la tierra y sopló en nosotros el aliento de vida (1 Juan 1:1-3 y Colosenses 1:15-16). Jesús no era sólo Dios porque, además de Él, hay otras dos personalidades: Dios Padre y el Espíritu Santo. Estas tres personalidades forman un solo Dios: la Trinidad. Dios decidió restablecer la relación con el hombre, lo que le costó un alto precio. Uno de los miembros de la Trinidad, Jesús, decidió ir a la Tierra para vivir como un ser humano.

Tened en vosotros esta actitud que hubo también en Cristo Jesús, el cual, aun existiendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres. (Filipenses 2:5-7)

El Señor Jesús había venido a la tierra, y leemos cómo ocurrió esto en el libro de Lucas, donde una mujer que aún era virgen, María, recibió un mensaje especial de un ángel.

Entonces el ángel le dijo: María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios. Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin. (Lucas 1:30-33)

Jesús salió del vientre de una mujer. El Espíritu Santo se encargó de la concepción de María (la obra creadora de Dios lo propició), y luego Jesús pasó por la misma vida que un ser humano normal. Se formó en

el vientre materno, nació (Lucas 2:6-7) y creció como un bebé, un niño pequeño, un niño, un adolescente y un joven adulto hasta que se convirtió en un adulto con un trabajo (Marcos 6:3). El Señor Jesús sabe exactamente cómo es la vida humana y qué tentaciones y preocupaciones experimenta una persona. Sólo el Señor Jesús hizo algo que todas las demás personas no pudieron hacer, a saber, no pecar. Mientras el Señor Jesús anduvo por la tierra, no hizo nada malo (Hebreos 4:15). Fue tentado en la tierra, pero no falló. El Señor Jesús decidió no pecar y obedeció a Dios Padre. Hacia los treinta años, Jesús empezó a proclamar el Reino de Dios, llamando a la gente al arrepentimiento y diciendo que el Reino de los cielos se había acercado (Mateo 4:17). Mientras hacía esto durante tres años, se producía un milagro tras otro: la gente quedaba curada y liberada y sucedían acontecimientos únicos.

Pero no se detuvo en este punto. Jesús es también el Hijo de Dios, y vino a la tierra para proclamar que sólo a través de Él se reconcilia a las personas con Dios Padre. En uno de Sus sermones dijo: “Yo soy el camino, la verdad y la Vida. Nadie viene al Padre sino por Mí” (Juan 14:6). Puesto que todo hombre es malo, nadie puede llegar a Dios en el cielo por su propio poder, y por eso el Señor Jesús es nuestro único camino para llegar a Dios. El camino hacia Dios ha sido despejado a través de Jesús, y sólo hay un camino para llegar allí: Jesucristo.

Dios Padre y Jesucristo pagaron un alto precio por ese camino. Esto no podría lograrse a menos que Jesús viviera una vida terrenal en la que no pecara y luego fuera crucificado en la cruz. La cruz era uno de los instrumentos de tortura más horripilantes utilizados en el Imperio Romano para los criminales notorios.

El Señor Jesús sabía de antemano lo que le esperaba. Después de celebrar la Pascua con Sus discípulos, fue a Getsemaní para orar a Dios. Mientras oraba, Jesús estaba ansioso y prefería “dejar pasar la copa”. Lucas relata que sudaba sangre a causa del miedo y la agonía (Lucas 22:44). También oró a Dios: “Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22:42). Luego fue arrestado, y Sus seguidores huyeron de Él. Estaba solo en Su momento más difícil y fue conducido ante Pilato, donde le acusaron falsamente. Aunque Jesús no había hecho nada malo, fue condenado a la flagelación y a morir en la cruz. Los soldados romanos ejecutaron la flagelación, y son conocidos por su brutalidad. La flagelación romana era muy dolorosa, y su látigo estaba diseñado para arrancar mucha piel de la víctima. Había estrías por todo el cuerpo de Jesús, y había sangrado mucho. Jesús ya no parecía un ser humano (Isaías 52:14). Sin

ayuda médica, estos azotes podían volverse mortales en pocos días. Después de ser azotado, Jesús tuvo que llevar Su cruz a una colina a las afueras de Jerusalén. En Su espalda, llena de estrías y sangre, le colocaron el travesaño de la cruz, y caminó hasta la colina del Calvario. Estaba tan golpeado que no podía llevar la cruz con sus fuerzas, momento en que Simón de Cirene se hizo cargo de la cruz y siguió a Jesús hasta el Calvario (Lucas 23:26). Devastado y con la piel rota, Jesús fue clavado en la cruz, tras lo cual ésta fue izada en posición vertical. Jesús, el Hijo de Dios, colgó de una cruz a las afueras de Jerusalén. El estadista romano Cicerón describió la crucifixión como “la pena capital más cruel y repulsiva que conozco”. Como los brazos de Jesús estaban extendidos y no tenía un apoyo adecuado para los pies, colgaba inclinado en la cruz, incapaz de respirar. Con cada bocanada de aire, tenía que levantar el cuerpo, lo que le causaba un tremendo dolor en todos los músculos y articulaciones. Finalmente, el Señor Jesús estaba tan cansado que no podía seguir haciendo eso, así que probablemente se asfixió. Y luego darse cuenta de que, en cualquier momento, el Señor Jesús podría haber llamado a doce legiones de ángeles para que le salvaran de la cruz (Mateo 26:53), pero decidió no hacerlo por amor a nosotros, para poder restablecer nuestra relación con el hombre.

Para Dios no fue barato redimirnos. Envío a Su Hijo único al mundo para romper el poder del pecado y cargar con él en nuestro lugar. Por eso, ninguna persona tiene por qué perderse, y todos pueden volver a Dios creyendo en el Señor Jesús. Todo el mundo puede ser restaurado.

Después de que el Señor Jesús muriera en la cruz, fue depositado en una tumba, y se hizo rodar una gran piedra delante de la entrada (Mateo 27:60). La tumba fue sellada y los guardias vigilaban para que nadie pudiera robar el cuerpo. Jesús vivió Su vida en la Tierra desde el pesebre hasta la tumba y, por tanto, experimentó todo lo que un ser humano puede experimentar sin pecar.

Como el Señor Jesús nunca pecó, la muerte no pudo apoderarse de Él. La muerte es la paga del pecado (Romanos 6:23), y como Jesús nunca pecó, la muerte no pudo apoderarse de Él. ¡Esto permitió al Señor Jesús resucitar de entre los muertos con el poder del Espíritu de Dios! Entonces Jesús se mostró a varias personas, entre ellas María, los discípulos y los dos discípulos que viajaban a la aldea de Emaús, y vieron que estaba vivo. Después de esto, el Señor Jesús ascendió a las nubes y tomó asiento a la derecha de Dios Padre, donde sigue residiendo hasta el día de hoy.

Mediante el amor de Jesús, el camino hacia Dios Padre es libre, y el hombre puede ser restaurado de todo lo que le fue arrebatado por la Caída. El hombre puede volver de la maldición a la bendición. Los siguientes textos bíblicos muestran que Jesús y Dios hicieron esto por amor a nosotros y que Dios no estaba obligado a intervenir.

Pero Dios demuestra Su amor hacia nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. (Romanos 5:8)

Este es Mi mandamiento (Jesús): que os améis los unos a los otros como Yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois Mis amigos si hacéis todo lo que Yo os mando. (Juan 15:12-14)

Mirad qué amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios. Por eso el mundo no nos conoce, porque no le conoció a Él. (1 Juan 3:1)

Porque tanto amó Dios al mundo que le dio a Su Hijo unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna. (Juan 3:16)

Nuestro precio por el Reino

Fe y Obediencia

El precio del Reino de Dios es muy caro, y el Señor Jesús lo pagó. ¿Cómo puede una persona ser transferida al Reino de Dios? ¿Tenemos que hacer algo al respecto, o todo el mundo entra automáticamente en el Reino?

Dios ha invitado a todos a entrar en el Reino. Dios no quiere que nadie se pierda, sino que todos se conviertan y entren en el Reino. (2 Pedro 3:9).

La Ley y los Profetas fueron proclamados hasta Juan; desde entonces se predica el Evangelio del Reino de Dios, y todos se abren paso a la fuerza. (Lucas 16:16)

Imagina esto: dos amigos íntimos quieren bendecirte con un hermoso viaje de treinta días en un crucero de lujo. Lo han pagado todo y te han entregado los billetes con dinero adicional para el viaje, permitiéndote hacer de todo y comer fuera todos los días. Este viaje fue costoso, pero

ya está pagado. Subir a bordo no te cuesta nada. Sólo tienes que hacer tres cosas para unirte: aceptar los billetes, hacer las maletas y llegar a tiempo al barco. Tus amigos ya se han ocupado del resto.

La analogía anterior se asemeja al Reino de Dios. El Señor Jesús pagó el precio en la cruz del Calvario. Él se asegura de que todos puedan entrar en el Reino. Lo único que tienes que hacer es creer que el Señor Jesús pagó el precio por ti y guardar Sus mandamientos.

Y amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Éste es el primer mandamiento. Y el segundo, semejante a éste, es éste: ‘Amarás a tu prójimo como a ti mismo’. No hay otro mandamiento mayor que éstos. (Marcos 12:30-31)

Cuando una persona ama a Dios y al prójimo, esa persona comprende lo que se necesita para entrar en el Reino de Dios.

Escuchad, mis amados hermanos: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo para que sean ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que le aman? (Santiago 2:5)

En este capítulo y en todo el libro, no quiero dar términos mínimos para salvarse o entrar en el Reino. Pongo esto en manos de Dios. Es esencial saber que sólo la fe en el Señor Jesús puede garantizar que entremos y caminemos en el Reino. Pablo llama a esto “la ley de la fe”. No viene por nuestras obras, sino por la gracia de Cristo.

Por tanto, llegamos a la conclusión de que el hombre es justificado por la fe, independientemente de las obras de la ley. (Romanos 3:28)

Al mismo tiempo, una consecuencia lógica de nuestra fe en Jesús debería ser que amamos a los que nos rodean, amamos a Dios y hacemos lo que Dios nos pide. Obedecemos Sus mandamientos por amor a Dios, no por obligación ni porque seamos esclavos, sino porque Dios ha tocado nuestros corazones y ya no deseamos el pecado.

El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en este verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo. (1 Juan 2:4-6)

Se supone que es un proceso automático que un hijo de Dios se parezca progresivamente más a Jesús. Si nos parecemos más a Jesús, ya no tenemos que guardar la ley y los mandamientos de Moisés por obligación. Es un principio automático. Cuanto más nos parecemos a Jesús, más guardamos automáticamente las leyes y los mandamientos. Cuanto más nos guía el Espíritu Santo, más sagrados vivimos. Podemos comparar esto con el aprendizaje del inglés. A través de nuestros padres, en la escuela primaria y secundaria, aprendemos a hablar inglés. Empezamos con sonidos, luego formamos palabras, y después formamos frases e historias. Si quiero contar una historia, ya no tengo que volver a pensar en cómo pronunciar la “a”. Ya lo sé. Cuando digo “manzana”, sé automáticamente qué sonidos producir. Ya no tengo que pensar en utilizar la lengua y la boca. Lo he aprendido y puedo aplicarlo automáticamente. Cumplimos la ley automáticamente si somos como el Señor Jesús y escuchamos al Espíritu Santo. No tenemos que pensar en lo que está permitido y lo que no; simplemente hacemos lo correcto. Lo hemos aprendido del Espíritu Santo, y el pecado ya no es una experiencia gozosa o agradable para nosotros. Estamos muertos al pecado y hemos sido hechos justos por el Señor Jesús. Volveremos sobre esto más adelante en el libro. El texto que sigue muestra claramente que, si emulamos a Jesús y nos conformamos a él, cumplimos instintivamente todos los mandamientos de la ley.

No pienses que he venido a destruir la Ley o los Profetas. No he venido a destruir, sino a cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la Ley hasta que todo se haya cumplido. Cualquiera, pues, que quebrante uno de estos mandamientos más pequeños, y así lo enseñe a los hombres, será llamado el más pequeño en el Reino de los cielos; pero el que los cumpla y los enseñe, ése será llamado grande en el Reino de los cielos. Porque os digo que, si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los cielos. (Mateo 5:17-20)

Nacer de nuevo

La fe es la condición primordial para entrar en el Reino de Dios. Sin embargo, hay más instrucciones en la Biblia para entrar en el Reino y funcionar mejor en él.

Respondió Jesús y le dijo: Te aseguro que el que no nazca de nuevo no puede ver el Reino de Dios. (...) Respondió Jesús: Te aseguro que el

que no nazca del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. (Juan 3:3-5)

Jesús dice que una persona debe nacer de nuevo para ver y entrar en el Reino de Dios. Un sinónimo de esto es renacer. Nacer de nuevo suena extraño, porque nacer ocurre una vez, ¿no? El que conversaba con Jesús tampoco lo entendía. Sin embargo, es una condición esencial para entrar en el Reino.

Es importante recordar que el ser humano consta de tres partes: el cuerpo, el alma y el espíritu (1 Tesalonicenses 5:23). El cuerpo físico es nuestra apariencia en la tierra y nos permite movernos y ser visibles para la gente. El cuerpo es temporal y, al cabo de varios años, vuelve a la tierra y se convierte de nuevo en polvo. En el cuerpo se encuentran el alma y el espíritu. Después de que Dios hiciera a Adán, había un cadáver sobre la tierra. Entonces, Dios insufló Su aliento de vida en Adán para que éste pudiera vivir.

(...) y el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida; y fue el hombre un ser vivo. (Génesis 2:7)

Entonces Adán estaba vivo y era capaz de mover su cuerpo y podía pensar en cosas. Dios insufló un espíritu en Adán, y Adán recibió un alma. El alma es el lado humano de nuestras vidas. Contiene nuestros pensamientos, caracteres, personalidades, emociones y voluntad. Nuestro entorno da forma al alma. Si una persona es acosada a menudo en la infancia, esto puede dañar su alma. La mente forma nuestra personalidad espiritual. Nuestro espíritu nos permite conectar con Dios y con el mundo espiritual y caminar en los dones y frutos del Espíritu Santo.

En el capítulo 1, aprendemos que Adán murió a causa de la Caída. Su cuerpo no murió inmediatamente, pero sí su espíritu. Esto no implica que Adán ya no tuviera espíritu. Significa que el espíritu de Adán ya no funcionaba en el reino del espíritu. Su conexión y unión con Dios habían desaparecido y, como consecuencia, el espíritu de Adán estaba muerto. Del mismo modo que la televisión no puede hacer nada si no está enchufada, el espíritu de Adán ya no podía hacer nada.

Cuando una persona nace, es un ser vivo. Puede respirar, comer, beber, llorar y moverse. Sin embargo, sigue estando incompleta. El espíritu permanece inactivo; falta la conexión con el Padre Celestial. Este espíritu y la conexión con Dios cobran vida al nacer de nuevo. Esto significa que vive eternamente espiritualmente y pasa la eternidad con

Dios. Los que no han nacido de nuevo viven eternamente, pero no pasan la eternidad con Dios, sino que viven para siempre separados de Dios. Pedro explica las condiciones esenciales para nacer de nuevo.

Entonces Pedro les dijo: Convertíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. (Hechos 2:38)

Pedro enumera tres cosas para nacer de nuevo. El primer paso es el arrepentimiento. Un cristiano cambia sus pensamientos y acciones y empieza a servir al Dios vivo. El segundo paso es el bautismo. En el cielo, algunos no han sido bautizados (Lucas 23:43). Sin embargo, el bautismo en agua de los adultos es una parte esencial del nuevo nacimiento. El tercer paso es la llenura o bautismo con el Espíritu Santo. Estas partes deben utilizarse poderosamente en el Reino de Dios. El Señor Jesús también mencionó los dos últimos pasos para entrar en el Reino.

Respondió Jesús: Os aseguro que el que no nazca del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios (Juan 3:5)

El agua se refiere al bautismo en agua, y el Espíritu se refiere al bautismo en el Espíritu Santo. Aunque se trata de un tema hermoso, este libro no profundiza en él. Pasamos a las condiciones siguientes.

Justicia

Es esencial cumplir la voluntad de Dios para entrar en su Reino. Dividimos esta condición en dos. En primer lugar, examinamos lo que debemos y no debemos hacer. Todos estos textos bíblicos hablan del Reino de Dios y fueron pronunciados por Jesús y Pablo.

No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el Reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. (Mateo 7:21)

Los que practican la voluntad del Padre entrarán en el Reino. Algunas personas fingen ser cristianas. Para guardar las apariencias, se dirigen al Señor Jesús como Señor, pero en realidad son falsos cristianos y falsos profetas. Sólo los que aman a Dios y hacen lo que Él dice son los verdaderos hijos de Dios y podrán entrar en el Reino futuro.

Pero Jesús dijo Dejad que los niños vengan a Mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el Reino de los cielos. (Mateo 19:14)

Os aseguro que el que no reciba el Reino de Dios como un niño no entrará en él. (Marcos 10:15)

Jesús dice que debemos llegar a ser como niños. En el mundo se trata de llegar a ser maduro e independiente. Hacías bien si podías pagártelo todo y no necesitabas que nadie cuidara de ti. Jesús dice que son precisamente los niños los que reciben el Reino. En una situación familiar adecuada, los niños dependen de sus padres y deben confiar en que éstos cuidarán bien de ellos. Los niños confían en que sus padres les protegerán, aunque se encuentren en situaciones nuevas. No hay nada más admirable que estar en las manos confiadas de mamá o papá. Otra característica de los niños es que piden objetos a sus padres. “Me gustaría una PlayStation para mi cumpleaños”, o “¿Me regalas un caballo por Navidad?” Algunas peticiones son poco realistas. Los padres no pueden permitírselo o saben que no es adecuado para el niño. Aun así, podemos y debemos aprender mucho de los niños, porque están más cerca del Reino de Dios que el adulto medio. Por ejemplo, los niños creen todo lo que dicen sus padres, y si un padre ha hecho alguna vez una promesa, el niño siempre se la recuerda a sus padres. Éstos son rasgos que los adultos pueden aprender en su trato con Dios. Podemos recordar siempre a Dios las promesas que nos hace, confiar en Él en todo y creer todo lo que dice la Biblia.

Ahora veremos las cosas que no debemos hacer. El Espíritu Santo nos ayuda a resistir las tentaciones del pecado y del diablo, y Jesús nos ha hecho justos por Su sangre. Sin embargo, debemos demostrar nuestra justicia mediante nuestras acciones y prácticas. El siguiente texto bíblico trata del Reino futuro.

(...) el Hijo del hombre enviará a sus ángeles, y recogerán de su Reino a todos los malhechores y a los que practican la maldad, y los arrojarán al horno de fuego. Allí será el llanto y el crujir de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre. El que tenga oídos para oír, que oiga. (Mateo 13:41-43)

Los que actúen con injusticia serán reunidos al final de los tiempos y arrojados al horno de fuego. Los que actúen con rectitud brillarán como el sol en el Reino futuro. Es importante ser justo.

No, vosotros mismos hacéis el mal y engaños, y hacéis estas cosas a vuestros hermanos. ¿No sabéis que los injustos no heredarán el Reino de Dios? No os engaños. Ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los homosexuales, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los extorsionadores heredarán el Reino de Dios. (1 Corintios 6:8-10)

Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios. (Gálatas 5:19-21)

En los dos textos citados, Pablo enumera varias personas y pecados que no entrarán en el Reino futuro. Es esencial añadir que Pablo escribió esto a los creyentes, no a los no creyentes. Más adelante volveremos a hablar de la justicia y de cómo actuar.

Y otro dijo también: Señor, te seguiré, pero déjame ir primero a despedirme de los que están en mi casa. Pero Jesús le dijo: Nadie que haya puesto la mano en el arado y mire hacia atrás, es apto para el Reino de Dios. (Lucas 9:61-62) (Véase también Lucas 14:33.)

Alguien quería convertirse en seguidor del Señor Jesús, pero pidió despedirse de sus compañeros de casa. Convertirse en seguidor de Jesús no significa que no puedas tener contacto con personas que no creen en Jesús. Al contrario, tener un buen contacto con tus familiares y amigos es vital, siempre que no te menosprecien y te influyan negativamente. Por ejemplo, piensa en los amigos que te ofrecen drogas constantemente. Poner la mano en el arado es una metáfora que significa que alguien está trabajando en el Reino de Dios. Igual que un labrador ara y debe mirar hacia delante con concentración para hacer líneas rectas, un seguidor de Jesús también debe mirar hacia delante y concentrarse en el Señor Jesús. El labrador no mira hacia atrás porque entonces sus líneas irían torcidas. Un seguidor de Jesús tampoco puede mirar hacia atrás, porque podría torcerse espiritualmente y perder la fe. Cuando pensamos en las cosas que quedan atrás, también podemos pensar en los pecados que solíamos cometer, como el robo, la fornicación, la mentira, el engaño, las maldiciones o las rabietas. Un seguidor debe mirar

siempre hacia delante y mantener los ojos fijos en Jesús. De lo contrario, según el Señor Jesús, no es apto para el Reino.

(...) pero una cosa hago: olvidando lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante, prosigo hacia la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús. (Filipenses 3:14)

Resumen

En este capítulo aprendimos que Dios sigue amando al hombre. Aunque el hombre haya pecado contra Dios, el amor de Dios permanece. El problema es que Dios no puede pasar por alto los pecados, por lo que el hombre debe seguir siendo castigado. Dios sabía que el hombre se perdería para siempre si no intervenía. Por eso el Señor Jesús, parte de la Trinidad, decidió venir a la tierra para morir por la humanidad. Esto hace posible que volvamos a caminar con Dios y seamos restaurados como seres humanos. El Señor Jesús pagó nuestro “billete”, y podemos entrar en el Reino mediante la fe y la obediencia. Recibimos un corazón bueno que ya no desea el pecado porque amamos a Jesús, y el Espíritu Santo mora en nosotros. Por ello, hemos sido hechos justos por Jesús y vivimos una vida justa en la tierra.

C3 IMPORTANCIA DEL REINO

Cuando empecé este libro, sabía que el Reino de Dios es uno de los temas esenciales de la Biblia. Al mismo tiempo, me di cuenta de que necesitaba aprender más sobre el Reino y comprender muchas de las parábolas de Jesús sobre el Reino. Sin embargo, sabía que llegaría el día en que Jesús se convertiría físicamente en Rey en la Tierra, pero el Reino actual seguía siendo un misterio para mí en muchos sentidos. Antes de adentrarnos en el significado del Reino, en este capítulo veremos por qué el Reino es tan vital para nuestras vidas.

Juan y el Reino

Juan el Bautista era pariente de Jesús. Juan fue uno de los mayores profetas que han existido y allanó el camino a Jesús. Juan predicó en el desierto y bautizó a la gente con un bautismo de arrepentimiento. Sin embargo, después de Juan vino Alguien (Jesús) más grande que él. Antes de que Jesús asumiera Su misión y viajara a Israel para predicar y hacer milagros, el trabajo de Juan consistía en preparar a la gente. Juan predicó sobre un tema importante.

En aquellos días vino Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, y diciendo: Convertíos, porque el Reino de los cielos está cerca. (Mateo 3:1-2)

Juan predicó que el Reino de Dios estaba cerca. El Rey de este Reino ya había nacido, y podía revelarse en cualquier momento. El Rey es el Señor Jesús. Cuando la madre de Jesús, María, aún era virgen, vio al ángel Gabriel. Gabriel le habló del milagro que Dios realizaría en ella: de ella nacería el Rey, el Hijo del Altísimo.

Y he aquí que concebirás en tu seno y darás a luz un Hijo, y llamarás su nombre Jesús. Será grande y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre. Y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y Su Reino no tendrá fin. (Lucas 1:31-33)

Juan compartió que este Rey está cerca. Su Reino puede hacerse visible en cualquier momento. En nuestro tiempo, parte del Reino ya se ha revelado a los creyentes, y pueden caminar en este Reino. Otra parte del Reino aún no se ha revelado. El Señor Jesús aún no es el Rey físico sobre Israel y el mundo entero; esto ocurrirá durante el Reino milenar.

El Señor Jesús vino a la Tierra como Rey y Siervo. Cuando nació el Señor Jesús, unos sabios vinieron de Oriente para visitar a Jesús y hacerle regalos.

Después que Jesús nació en Belén de Judea, en tiempos del rey Herodes, he aquí que unos magos de Oriente vinieron a Jerusalén, diciendo: ¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos? Porque hemos visto su estrella en Oriente y hemos venido a adorarle. (Mateo 2:1-2)

Los sabios no preguntaron si había nacido un Rey, sino dónde había nacido. No había duda de que venía al mundo una persona extraordinaria. Incluso Juan ya sabía que el Rey había nacido y que podría aparecer en cualquier momento. Juan hizo un trabajo preliminar crucial, instruyendo a la gente para que se arrepintiera, confesara sus pecados y se bautizara. Mientras Juan bautizaba, apareció este Rey. Juan lo vio y dijo que éste era Aquel a quien se refería. Es el Hijo de Dios (Juan 1:34). El Rey del Reino de Dios ha nacido y ha venido entre los hombres. El Reino de Dios se revelará a partir de ahora.

Jesús y el Reino

Juan bautizó al Señor Jesús, y éste fue lleno del Espíritu Santo. Dios ungió al Rey Jesús y comenzó su predicación del Reino. El Reino se consumó cuando Jesús murió en la cruz y venció a la muerte. El diablo sabía que Jesús había venido a proclamar el Reino de Dios y quería impedirlo a toda costa. Mientras Jesús estaba en el desierto ayunando, el diablo le tentó. El diablo le atacó en varios puntos, uno de ellos sobre el Reino.

Entonces el diablo, llevándole a un monte alto, le mostró en un momento todos los Reinos del mundo. Y el diablo le dijo Te daré toda esta autoridad y su gloria, pues me ha sido entregada y se la doy a quien quiero. Por tanto, si adoras ante mí, todo será tuyo. (Lucas 4:5-7)

Todos los reinos del mundo estaban entonces bajo la posesión del diablo. Adquirió poder sobre las naciones a causa de la caída de Adán. Adán ya no gobernaba, sino que entregó su poder al diablo. El diablo quería dárselo a Jesús con una condición: Jesús tenía que adorarle. El Hijo de Dios tenía que adorar al diablo, y éste era el mayor deseo del diablo. El Señor Jesús se negó a ello y dijo: “Apártate de Mí, Satanás,

porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y a Él sólo servirás” (Lucas 4:8). El Señor Jesús resistió y llevó a cabo la obra que tenía que hacer. Venció al diablo y a sus cómplices y estableció Su Reino en la tierra. Hoy es para los creyentes, y en el futuro será para todos los pueblos y naciones.

Las enseñanzas de Jesús se centraron a menudo en el Reino de Dios. El Reino no es sólo un breve tema de la Biblia; es aquello para lo que Jesús vino a la tierra. El Reino no es sólo teoría; produjo milagros y signos.

Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el Evangelio del Reino de Dios y diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el Reino de Dios está cerca. Convertíos y creed en el Evangelio. (Marcos 1:14-15)

Y recorría Jesús toda Galilea, enseñando en sus sinagogas, predicando el Evangelio del Reino y sanando toda clase de enfermedades y toda dolencia en el pueblo. (Mateo 4:23)

Pero Él les dijo Es necesario que anuncie el Reino de Dios también a las demás ciudades, porque para esto he sido enviado. (Lucas 4:43)

Puedes encontrar más referencias sobre el Reino, por ejemplo, en Mateo 6:33, 9:35, 10:7, 11:12, 12:28, 13:19, 18:3, Lucas 8:1, 9:11, 11:20, 12:31, 16:16, Juan 3:3, 3:5 y 18:36.

El Señor Jesús predicó a menudo el Reino de Dios, y Jesús es la clave del Reino. Él es la Cabeza de este Reino, y a Él se le ha dado todo poder, autoridad y dominio.

Jesús se acercó y les habló diciendo: “Se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra.” (Mateo 28:18)

Este texto bíblico no dice: “A Mí me será dado en el futuro todo poder en el cielo y en la tierra”, sino “A Mí me es dado todo poder en el cielo y en la tierra”. Ya ha sucedido. El Reino de Jesús es más poderoso que el Reino del diablo. Jesús tiene hoy todo el poder y la autoridad.

Los discípulos y el Reino

Jesús es la Cabeza del Reino de Dios. Sin embargo, esto no era visible para todos; esta noticia aún no había llegado a mucha gente. El Señor

Jesús predicó sobre el Reino de Dios durante tres años y llegó a muchos israelitas. Aun así, el Señor Jesús no pudo llegar a todos en Su tiempo, por lo que decidió enviar a Sus discípulos, y ellos tuvieron que proclamar las cosas del Reino.

Entonces convocó a sus doce discípulos y les dio poder y autoridad sobre todos los demonios y para curar enfermedades. Los envió a predicar el Reino de Dios y a curar a los enfermos (Lucas 9:1-2)

Los discípulos no debían predicar sólo con palabras; también recibieron poder y autoridad para demostrarlo con milagros. Después de que Jesús enviara a doce discípulos, más tarde envió a setenta más. Tenían que llevar el mismo mensaje.

(...) cura allí a los enfermos y diles: “El Reino de Dios se ha acercado a vosotros” (Lucas 10:9)

El Señor Jesús habló del Reino y ordenó a Sus discípulos que lo predicaran. El Reino no es una opción agradable para algunas personas, pero es un punto bíblico esencial. El Reino llegó después de que Jesús muriera en la cruz y resucitara. Se pagó el precio del Reino, y Jesús recibió todo el poder y la autoridad. Tras Su resurrección, ¿qué dijo a los discípulos? ¿De qué hablaba Jesús?

A los cuales también se presentó vivo después de sus padecimientos con muchas pruebas infalibles, siendo visto por ellos durante cuarenta días y hablando de las cosas pertenecientes al Reino de Dios. (Hechos 1:3)

¿Y sobre qué predicaron los apóstoles después de la ascensión de Jesús?

Pero cuando creyeron a Felipe mientras predicaba lo referente al Reino de Dios y al nombre de Jesucristo, se bautizaron hombres y mujeres. (Hechos 8:12)

Y él (Pablo) entró en la sinagoga y habló con denuedo durante tres meses, razonando y persuadiendo sobre las cosas del Reino de Dios (Hch 19:8)

a los cuales (Pedro) explicaba y testificaba solemnemente del Reino de Dios, persuadiéndoles acerca de Jesús, tanto de la Ley de Moisés como

de los Profetas, desde la mañana hasta la tarde. Y algunos fueron persuadidos por las cosas que se decían, y otros no creyeron. (...) predicando el Reino de Dios y enseñando lo concerniente al Señor Jesucristo con toda confianza, sin que nadie se lo impidiera. (Hechos 28:23-31)

Nosotros y el Reino

Este capítulo, hasta ahora, es un excelente estudio teórico de la importancia del Reino desde la Biblia. El Señor Jesús pensó que esto era importante y envió a Sus discípulos a hablar de ello. Sin embargo, este tema también es importante hoy. Hoy podemos predicar el Reino, y a nosotros también se nos ha dado poder y autoridad para ponerlo en práctica. Los creyentes han sido colocados en el Reino por Dios Padre.

Él (Dios) nos ha librado del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al Reino del Hijo de su amor. (Colosenses 1:13)

Si crees en Jesús, formas parte de Su Reino y puedes caminar y habitar en él. Nuestro espíritu nacido de nuevo habita actualmente en el Reino. El Reino no era sólo del pasado, para el futuro o sólo para después de nuestra muerte; está aquí hoy y actúa hoy.

Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Él, para que anunciéis las alabanzas de Aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable (...). (1 Pedro 2:9)

Somos un sacerdocio real y pertenecemos a un pueblo que Dios hizo suyo. Los creyentes de hoy están en el Reino de Dios. La buena nueva del Reino es la existencia de una vida completamente nueva bajo el dominio de Dios. Hoy ya no tenemos que vivir bajo el dominio del diablo con la maldición, el pecado y la muerte, sino que podemos vivir en la bendición y la justicia de Dios. Podemos permanecer en Su Reino para siempre y pertenecer al pueblo de Dios para siempre. Esto se aplica al hombre hasta su muerte física y al periodo eterno posterior a la muerte. Desde el arrepentimiento, formamos parte del Reino, y si perseveramos en la fe, permaneceremos en el Reino para siempre.

Porque así se os dará abundante entrada en el Reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. (2 Pedro 1:11)

El Reino de Dios es relevante hoy. En el próximo capítulo hablaremos del Reino y de cómo podemos vivir en él. El Reino es para todos los creyentes, y las promesas también son para todos los creyentes. Dios quiere utilizar a todos en Su Reino, no sólo a las personas “especiales”.

El Señor Jesús dijo: “Donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón” (Lucas 12:34). Cuando hablas con alguien, enseguida sabes qué le interesa a esa persona. Una persona puede hablar sin parar sobre su trabajo durante horas. Otra se dedica a discutir sobre celebridades, conociendo cada detalle de sus vidas. Otra más recita de memoria estadísticas de fútbol y datos sobre jugadores. No es un error amar tu trabajo o tener aficiones e intereses. Pero, ¿de qué prefieres hablar? ¿De las cosas del mundo o del Reino de Dios? Cuando leemos sobre Jesús y los apóstoles, a menudo hablaban del Reino de Dios. Todo su corazón se dirigía a eso, y podías notarlo en sus acciones. ¿Dónde está tu corazón?

Resumen

En la Biblia leemos que Juan el Bautista, el Señor Jesús y los apóstoles proclamaron el Evangelio del Reino de Dios. El Reino no es un tema menor en la Biblia, sino uno de los temas principales de las enseñanzas de Jesús. Sin embargo, nos sigue pareciendo un tema complejo, y es difícil explicárselo a la gente. Podemos saber que el Reino está presente hoy y que los creyentes pueden caminar en él. Así pues, este tema es actual, y la enseñanza sobre el Reino también se aplica hoy. Además del Reino actual, habrá un Reino futuro en el que el Señor Jesús gobernará el mundo. También es un Reino eterno, y si seguimos perseverando en la fe, podremos pasar la eternidad en este Reino.

C4 INTRODUCCIÓN AL REINO

Ahora que sabemos que el Reino de Dios es una parte esencial de la Biblia y de las enseñanzas de Jesús, es importante comprender qué es el Reino y qué significa para nosotros.

En Inglaterra, el pueblo vive en una monarquía constitucional. Esto significa que tienen un rey, y varias leyes definen su posición y autoridad. El poder de Inglaterra está en la Cámara de los Comunes y en la Cámara de los Lores, donde una mayoría garantiza la aprobación de una ley. El rey inglés es el jefe del Estado y apenas tiene poder, su poder está limitado por las leyes británicas. Esto es muy diferente del Reino de Dios. El Rey Jesús tiene todo el poder y no tiene que esperar a que se alcance una mayoría. Durante Su vida en la tierra, predicó a menudo sobre el Reino de Dios y pudo hacer grandes y extraordinarios milagros y señales.

Significados griegos

El Nuevo Testamento se escribió en griego y se ha traducido del griego al inglés y a otras lenguas. Lo han hecho con precisión, pero una palabra puede seguir significando algo distinto de su traducción original. Esto no es culpa del traductor, sino que el griego utiliza las palabras de forma distinta al español. Veamos algunas palabras esenciales relacionadas con el Reino de Dios en griego.

La primera palabra es “Reino”. En griego dice “*basileia*”, que significa “Realeza” o “Reino”. El griego no tiene palabras separadas para Realeza (alguien que es rey) o Reino (el área sobre la que gobierna un rey). Cuando la Biblia dice “Reino”, puede significar ambas partes y no significa necesariamente Reino. Lo vemos a menudo en las enseñanzas de Jesús sobre el Reino. A veces es difícil determinar si un texto se refiere a la Realeza o al Reino. Cuando Juan dijo: “Convertíos, porque el Reino de los cielos se ha acercado” (Mateo 3:2), Juan también puede hablar de Reinado. O, traducido de otro modo, el Rey se acerca y se lleva consigo toda Su dignidad y grandeza.

La segunda palabra es “Cristo”. Cuando hablamos de Jesús, solemos decir Jesucristo. El primer versículo del Nuevo Testamento habla de Jesucristo. Pero, ¿qué significa Cristo?

El libro de la genealogía de Jesucristo, el Hijo de David, el Hijo de Abraham. (Mateo 1:1)

La palabra “Cristo” procede del griego “*Christos*” y significa “el ungido”. Jesús es el Ungido de Dios. En hebreo se utiliza la palabra “*Mashiaj*”, que significa “Mesías”. Además, Jesús es descendiente del rey David; por tanto, tiene derecho a convertirse en Rey de Israel. En el Antiguo Testamento existía el Reino de Israel. Dios ungió a los reyes de este Reino, y se les permitió gobernarlo. Lo vemos en el caso del rey David (1 Samuel 16). Jesús fue ungido con el Espíritu Santo durante Su bautismo, iniciando definitivamente Su Reinado. A partir de ese momento, comenzó a predicar el Reino de Dios. El Señor Jesús fue ungido no sólo como Rey, sino también como Profeta y Sacerdote. Como Profeta, Jesús proclamó la voluntad de Dios al pueblo, y como Sacerdote, se ofreció a Sí mismo como sacrificio vivo a Dios por nuestros pecados. Cuando decimos “Jesucristo”, confesamos que Jesús es el Ungido de Dios que vino para ser Rey, Profeta y Sacerdote sobre nosotros. No sólo fue ungido hace dos mil años, sino también hoy.

Reino terrenal o espiritual

Cuando pensamos en un Reino, pensamos en un país gobernado por un rey. Especialmente si retrocedemos en el tiempo, nos encontramos con poderosos reyes que gobiernan enormes países con gran poder. Por ejemplo, pensemos en Luis XIV, Carlomagno, Pedro el Grande o Ciro II. Poseían un poder considerable y podían tomar muchas decisiones por sí mismos. Esto se debía al ejército que apoyaba a estos reyes, impidiendo o venciendo rebeliones y amenazas de guerra. El ejército protegía la tierra y se aseguraba de que el enemigo no pudiera invadirla. Sin embargo, todos los reyes terrenales tienen algo en común: en algún momento, mueren y su poder cae en otras manos.

Cuando hablamos del Reino de Dios, no hablamos de un Reino en la tierra con un ejército. Hablamos de un Reino espiritual con un Rey eterno. Cuando Pilato encarceló e interrogó a Jesús, le preguntó si era un Rey.

Entonces Pilato entró de nuevo en el pretorio, llamó a Jesús y le dijo ¿Eres Tú el Rey de los judíos? (Juan 18:33)

Si el Señor Jesús hubiera respondido a esta pregunta con un simple “sí”, Pilato y los escribas habrían encontrado un motivo para matar a Jesús. Jesús habría cometido alta traición contra el emperador romano porque se rebeló. Jesús explicó la situación a Pilato y que no sería un peligro ni

para el emperador ni para Pilato. Jesús es un Rey, sólo que no sobre un reino terrenal.

Respondió Jesús: Mi Reino no es de este mundo. Si mi Reino fuera de este mundo, mis servidores lucharían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero ahora mi Reino no es de aquí. (Juan 18:36)

Jesús respondió con sinceridad. Él posee un Reino y, por tanto, es un Rey. Sólo que este Reino no supone ningún peligro para el emperador romano, porque el Reino de Jesús es espiritual y no es del mundo. Como argumento, Jesús indicó que no ordenó a Sus siervos que lucharan por Su Reino (Juan 18:10-11). Sin embargo, el Reino sí afecta al mundo, de lo que vamos a hablar a continuación.

Le dijo entonces Pilato: ¿Luego, eres tú rey? Respondió Jesús: Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz. (Juan 18:37)

A continuación, Pilato deseaba saber sin rodeos si Jesús era un Rey. Jesús dice en este versículo que Él es un Rey y que vino al mundo por este motivo. Jesús renunció a Su posición celestial para nacer como Rey en la tierra. Jesús es el gran Rey del Reino de Dios, que no es un Reino terrenal, sino celestial.

Estudiemos también el versículo siguiente para ver que el Reino de Dios es espiritual.

Preguntado por los fariseos, cuándo había de venir el reino de Dios, les respondió y dijo: El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: Helo aquí, o helo allí; porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros. (Lucas 17:20-21)

Los fariseos desafiaban constantemente a Jesús y le preguntaban cuándo llegaría el Reino de Dios. Preguntaron por el Reino futuro, el Reino milenarismo, en el que un Rey gobernará físicamente a Israel y al mundo. Jesús respondió que este Reino no vendrá de forma observable. No se puede especificar dónde empieza y acaba el Reino de Dios. Esto se debe a que el Reino está presente en todas partes y está entre los hombres. Esto se aplica a cualquier lugar en el que Jesús esté presente

(espiritualmente). En el Nuevo Testamento, era donde Jesús estaba físicamente, pero también donde Su Reino era predicado, por ejemplo, por los discípulos.

Y mientras vais, predicad diciendo: El Reino de los Cielos está cerca. Curad a los enfermos, limpiad a los leprosos, resucitad a los muertos, expulsad a los demonios. De gracia recibisteis, dad de gracia. (Mateo 10:7-8)

Incluso hoy, el Reino de Dios está presente en la tierra. Dondequiera que esté Jesús, está el Reino. Si Jesús habita en tu corazón, formas parte del Reino de Dios.

Nos ha librado del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al Reino del Hijo de Su amor. (Colosenses 1:13)

Dios Padre nos ha sacado del poder de las tinieblas, lo que ya ha sucedido. De este versículo se desprende que el Reino es espiritual. Cuando llegué a la fe, Dios me trasladó del poder de las tinieblas al Reino de Jesús. Esto no implicó que Dios me eligiera físicamente y me trasladara de Estados Unidos a Israel. No experimenté una transferencia sobrenatural con mi cuerpo. Sin embargo, mi espíritu sí se trasladó del poder de las tinieblas al Reino de Dios. Ya no vivo bajo el dominio del diablo, sino bajo la autoridad de Dios. Estudiemos otro texto bíblico para ver que el Reino es espiritual.

Respondió Jesús y le dijo Te aseguro que el que no nazca de nuevo no puede ver el Reino de Dios. (...) Respondió Jesús: Te aseguro que el que no nazca del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo que nace de la carne es carne, y lo que nace del Espíritu es espíritu. (Juan 3:3-6)

El Señor Jesús dice que sólo las personas que han nacido de nuevo espiritualmente pueden entrar en el Reino de Dios. Lo mismo vale para el Reino eterno del futuro que para el Reino de hoy. Nacer de nuevo sanamente consiste en el arrepentimiento, el bautismo en agua y la llenura del Espíritu Santo.

Pablo trabajaba incansablemente en el Reino de Dios, y no lo hacía solo, sino junto con otros que colaboraban en la misión de compartir el Evangelio. Esto solo es posible porque el Reino de Dios tiene

una naturaleza espiritual. Observa que en ninguna parte se menciona que Pablo formara un ejército o buscara establecer un reino terrenal.

Además, su ministerio comenzó después de la ascensión de Jesús, lo que demuestra que el Reino de Dios no terminó cuando Jesús dejó la Tierra. Por el contrario, sigue activo y presente, obrando a través de aquellos que dedican su vida a su causa.

(...) y Jesús, que se llama Justo. Éstos son mis únicos colaboradores por el Reino de Dios que son de la circuncisión; han demostrado ser un consuelo para mí. (Colosenses 4:11)

El poder del Rey

Jesús es el gran Rey del Reino de Dios. Pero, ¿qué clase de Rey es Jesús? ¿Es hoy un Rey poderoso, o todavía tiene que reclamar la victoria?

Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra. (Mateo 28:18)

Después de que Jesús resucitara de entre los muertos y se apareciera a los discípulos, les dijo que tenía todo el poder en el cielo y en la tierra. Recibió este poder de Dios Padre, y Él es el Rey supremo. La batalla entre el bien (Jesús) y el mal (el diablo) se presenta a menudo como una lucha justa con incertidumbre sobre quién ganará. Esto no es bíblico porque Jesús dice que Él tiene todo el poder. Jesús ya ha vencido y ha avergonzado al diablo y a sus cómplices.

Habiendo desarmado a los principados y potestades, hizo de ellos un espectáculo público, triunfando sobre ellos en él. (Colosenses 2:15)

Nuestro Señor Jesús ha desarmado a todos los gobiernos y poderes y los ha vencido. Jesús tiene todo el poder, y donde brille la luz de Dios, se alejarán las tinieblas. Pablo utilizó una imagen de guerra. En el momento en que se vencía al enemigo, se reunía a sus líderes y se los exhibía ante el pueblo (Jueces 1:6 y 2 Reyes 14:13). Así, se les avergonzaba públicamente, y todo el mundo podía ver que esa gente había sido vencida. De este modo, el Señor Jesús avergonzó al diablo y a sus cómplices y triunfó sobre ellos. Jesús ya ha vencido, incluso al diablo.

Así, pues, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, Él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, es decir, al diablo (...). (Hebreos 2:14)

Este versículo dice que, mediante Su muerte, Jesús venció al diablo. Jesús murió en la cruz y, como resultado, salió victorioso. Ha vencido a la muerte y, por tanto, tiene en su poder las llaves de la muerte (Apocalipsis 1:18). Por tanto, Jesús tiene todo el poder en el cielo, en la tierra y sobre la muerte. El diablo es un enemigo perdido que ha sido avergonzado públicamente por el Señor Jesús. Todos los que han sido colocados en el Reino de Dios no necesitan temer al diablo. De hecho, los creyentes sirven a Aquel que tiene todo el poder.

Después de morir y resucitar, Jesús volvió a Dios Padre. Sus discípulos le vieron ascender al cielo y, hasta el día de hoy, Jesús está en el cielo, no en un lugar cualquiera, sino a la derecha de Dios. Esta es la designación del lugar más importante.

Así pues, después de hablarles el Señor, fue recibido arriba en el cielo y se sentó a la derecha de Dios (...). (Marcos 16:19)

Éste es el punto principal de lo que estamos diciendo: Tenemos tal Sumo Sacerdote, que está sentado a la derecha del trono de la Majestad en los cielos. (Hebreos 8:1)

Jesús está sentado a la derecha de Dios y, por tanto, puede participar del dominio de Dios. Jesús es un Gobernante en el cielo.

Así pues, veamos sobre qué tenía poder Jesús durante Su vida en la tierra. Esto es antes de que Jesús fuera arrebatado y sentado a la derecha de Dios. Jesús tenía un poder limitado; ahora tiene todo el poder. Incluso cuando Jesús tenía un poder limitado, podía realizar muchas cosas. No porque fuera el Hijo de Dios, sino porque estaba lleno del Espíritu Santo. Desde su posición de Hijo de Dios, no podía hacer nada en la tierra; dependía de Dios y del Espíritu Santo.

Respondiendo Jesús, les dijo Os aseguro que el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que Él hace, también lo hace el Hijo de la misma manera. Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que Él mismo hace; y le mostrará obras mayores que éstas, para que os maravilléis. (...) Yo no puedo hacer nada por Mí mismo. Según oigo, juzgo; y mi juicio es justo,

porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del Padre que me envió.
(Juan 5:19-30)

Jesús necesitaba la ayuda de Dios en la Tierra. Como Jesús confiaba en Dios y conocía su voluntad, podía realizar grandes prodigios. Los seguidores de Jesús también podían realizar milagros por la fe, sobre lo que volveremos más adelante. Jesús sólo hizo las cosas que vio hacer al Padre. Esto significa que todo lo que Jesús hizo y quiso hacer en la tierra era también la voluntad de Dios Padre. Cuando miramos el corazón de Jesús, vemos el corazón de Dios Padre. El poder de Dios y el Espíritu Santo realizaron signos a través de Jesús en la tierra.

¿No creéis que Yo estoy en el Padre y el Padre en Mí? Las palabras que os hablo no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre, que mora en Mí, hace las obras. (Juan 14:10)

Dios Padre actuó a través de Jesús para gestionar todas las curaciones, liberaciones y milagros. Jesús no podía hacerlo con sus propias fuerzas porque se había rebajado de Dios a hombre. Por eso, en la Tierra, tuvo que obedecer y confiar en Dios para que hiciera milagros a través de Él. No obstante, por el poder de Dios, Jesús hizo muchos milagros y señales. La tabla siguiente muestra algunos de los milagros.

Versículo bíblico	Milagro
Juan 2:1-12	Convertir el agua en vino
Mateo 12:15	Curar a los enfermos
Mateo 12:22	Expulsa a los demonios
Juan 11:44	Resucitar a los muertos
Mateo 15:32-39	Multiplicar los alimentos
Mateo 26:34	Profetizar
Mateo 14:22-34	Poder sobre la naturaleza

Jesús recibió de Dios un poder sobrenatural. Cada milagro que realizó fue un evento que trasciende cualquier explicación natural o científica. Estos milagros, verdaderamente sobrenaturales, se llevaron a cabo gracias a la fe, la confianza absoluta en Dios y el poder del Espíritu Santo que habitaba en Jesús.

Evangelio del Reino

A continuación, veamos en qué consiste el Evangelio del Reino. Si preguntamos a un cristiano: “¿Qué significa el Evangelio de Dios?”, lo más probable es que la respuesta sea: “El Evangelio significa que he sido perdonado de mis pecados y que puedo pasar la eternidad con Dios”. Esto es cierto, salvo que se trata de una parte del Reino de Dios. El Reino implica más, y Dios nos ha bendecido con más por Su gracia. Es gracia sobre gracia. Sin embargo, muchos no comprenden el Reino de Dios, lo que causa deficiencias en nuestra vida cristiana. Dios quiere que conozcamos Su Reino para que podamos caminar plenamente en Él. Toda nuestra vida cambia cuando experimentamos el renacimiento. Si sólo creemos que nuestros pecados están perdonados y que podemos entrar en el cielo, nada cambia en la tierra. Por tanto, o bien sabemos que estamos perdonados, lo que puede darnos una buena sensación, y entonces continuamos con la vida que hemos vivido. O nos esforzamos por vivir bien, y después de haber pecado, nos sentimos tristes y nos damos cuenta de que necesitamos la salvación de Dios (otra vez). (No me malinterpretes: ¡arrepentirse de los pecados es bueno!) El Reino de Dios es algo más que perdonar los pecados; implica una nueva forma de vivir en un lugar distinto. Hemos sido transferidos del Reino de las tinieblas al Reino de Dios y hemos recibido “herramientas” para funcionar correctamente. Pensemos, por ejemplo, en el Espíritu Santo, que ayuda y guía al creyente a vivir una vida recta y sagrada. Al nacer de nuevo, hemos recibido el poder de ser redimidos y santificados sobrenaturalmente, de modo que Dios mismo nos guía y nos ayuda a vivir bien. Ya no soy yo, sino Dios en mí.

Si el Evangelio del Reino sólo significara que estamos salvados y perdonados, seguiríamos siendo débiles. Cada vez, volvemos al punto de recibir el perdón y consideramos el hecho de que somos débiles. Afortunadamente, el Evangelio del Reino va más allá del perdón de los pecados. El Reino es un mundo vivo totalmente nuevo, el de Dios. El evangelio del Reino te hace fuerte y te convierte en ciudadano del cielo e hijo del Rey con gran autoridad en el nombre de Jesús. A través del Evangelio del Reino, los demás evalúan tus acciones y obras y ven que eres un hijo de Dios. Te seguirán milagros y señales sobrenaturales, y tu vida será una réplica del Señor Jesús. Resumamos en tres frases lo que significa el Reino de Dios.

El Reino de Dios es una realidad espiritual que experimentamos a través del Espíritu Santo y de la posición de reinado en la que nos

ha colocado Jesús. Jesús ha recibido el dominio y lo ha transmitido a Sus seguidores para que podamos convertirnos en ciudadanos del Reino. Hoy podemos caminar por la Tierra como emisarios de Jesús y, en el futuro, Jesús reinará físicamente en la Tierra durante el Reino milenarío.

El Reino de Dios es una realidad espiritual. Esto no significa que la gente nunca experimente ni sea testigo de nada del Reino en la Tierra. Por ejemplo, piensa en expulsar demonios o curar a los enfermos. En la sección siguiente examinaremos las palabras de la Biblia sobre el Reino para cada componente. En este capítulo, examinaremos los versículos en los que Jesús habló sobre el Evangelio del Reino.

Y recorría Jesús toda Galilea, enseñando en sus sinagogas, predicando el Evangelio del Reino y sanando toda clase de enfermedades y toda dolencia en el pueblo. (Mateo 4:23)

Este texto dice que Jesús estaba enseñando sobre el Evangelio del Reino. Jesús explicó lo que significaba este Reino. Su obra no consistió sólo en palabras; también hizo cosas extraordinarias. Jesús curó todas las enfermedades y dolencias de la gente. El Reino de Dios no es sólo un estudio genial; tiene un poder y una autoridad tremendos. Esto era cierto para Jesús, pero también para nosotros.

Porque el Reino de Dios no es de palabra, sino de poder. (1 Corintios 4:20)

Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. (Romanos 1:16)

El Reino de Dios se hace evidente mediante signos, milagros y la regeneración de vidas por el poder del Espíritu Santo. El Evangelio proporciona la salvación a todos los creyentes. La salvación significa que todos los creyentes se salvan del peligro de muerte. Principalmente, se trata de nuestro destino eterno. Significa que los creyentes son liberados del juicio y del castigo eterno y que pasarán la eternidad con Dios. No se trata de palabras rebuscadas, sino de la realidad. El siguiente texto bíblico demuestra que este evangelio no ha desaparecido, sino que puede y debe seguir predicándose hoy en día.

Y este Evangelio del Reino se predicará en todo el mundo como testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin. (Mateo 24:14)

Jesús conocía el futuro y sabía que la gente le rechazaría. En Su vida terrenal, se lo dijo a Sus discípulos en repetidas ocasiones. Jesús estaba proclamando las cosas del Reino, y si hubiera fracasado en un momento dado, el Reino no se habría realizado. Ahora Jesús tiene todo el poder, y el plan de Dios se cumple. Cuando el Señor Jesús murió en la cruz, no dijo: “Qué vergüenza. Mi plan fracasó y ahora no hay Reino”. Jesús dijo: “¡Consumado es!”. (Juan 19:30). Jesús había obedecido a Dios Padre en todo, hasta la muerte en la cruz. Jesús lo cumplió todo y no cometió ningún error. Todo salió como Dios Padre quería. Esto se aplica a la enseñanza, los milagros, las señales y la expiación en la cruz.

El Reino de Dios no es un fracaso, sino una realidad y una victoria siempre presentes. Incluso es un mandato de Jesús proclamar este Evangelio a la gente de hoy.

Y les dijo: “Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura”. (Marcos 16:15)

Cuando Jesús ascendió al cielo, los discípulos y Sus seguidores recibieron la tarea de predicar continuamente el Evangelio del Reino. En el libro de los Hechos, vemos los efectos de este Reino y que siguieron produciéndose milagros. Felipe también predicó sobre el Reino de Dios.

Pero cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres. (Hechos 8:12)

El Reino estaba presente, el Reino está llegando y el Reino está aquí. La Biblia no dice que el Reino estuviera allí temporalmente. Incluso cuando el Rey, el Señor Jesús, ascendió a los cielos, Sus seguidores siguieron proclamando el Reino, y continuaron produciéndose milagros y señales. Así, muchos milagros y signos siguen produciéndose hoy en día, y está claro que el Reino de Dios sigue existiendo. En la siguiente sección, veremos los componentes del Reino y lo que significa caminar en este Reino.

Resumen

El Reino puede traducirse como Reinado o Realeza. Cuando la Biblia habla del Reino, no se refiere necesariamente a una zona o región. El Reino de Dios es un Reino espiritual en el que están situados los creyentes. Este Reino no se compone sólo de palabras, sino también de poder. El sumo Rey de este Reino es el Señor Jesús, y a Él se le ha dado todo el poder en el cielo y en la tierra. Además, Él posee las llaves de la muerte. Cuando Jesús vivió en la tierra, dependía de Dios Padre y del Espíritu Santo.

Del mismo modo, nosotros también dependemos del Espíritu Santo. Jesús tenía entonces un poder limitado, pero hizo grandes milagros y señales. Jesús predicó a menudo sobre el Evangelio del Reino y nos encargó que predicáramos también sobre este Evangelio. También lo vemos en el libro de los Hechos, donde los apóstoles siguieron proclamando las enseñanzas de Jesús. Entonces, ¿qué es exactamente el Reino?

El Reino de Dios es una realidad espiritual que experimentamos a través del Espíritu Santo y de la posición de reinado en la que nos ha colocado Jesús. Jesús ha recibido el dominio y ha transmitido este dominio a Sus seguidores para que podamos convertirnos en ciudadanos del Reino. Hoy podemos caminar por la tierra como emisarios de Jesús y, en el futuro, Jesús reinará físicamente en la tierra durante el Reino milenario.

EL REINO DE DIOS

BENDICIONES REALES

PARTE 2



2



C5 BENDICIONES CIUDADANAS

Ahora que sabemos que el Reino de Dios es espiritual y que el Señor Jesús es el gran Rey con todo el poder, veamos lo que hace este Reino. En América, tienes diversas leyes y obligaciones que debes cumplir y, al mismo tiempo, estás protegido y recibes servicios del gobierno. Por ejemplo, los ciudadanos pueden acceder a la policía, a los servicios médicos de urgencia o a los bomberos. El gobierno intenta proteger a su pueblo y proporcionar carreteras a sus ciudadanos. Es factible que los ciudadanos con menos ingresos reciban subsidios o cupones de comida del banco de alimentos. Los estadounidenses tienen derechos y obligaciones. Lo mismo ocurre en el Reino de Dios. Dios quiere bendecirnos de diversas maneras. Ésta es una gran gracia de Dios y está enteramente en Su voluntad y soberanía. Al mismo tiempo, Dios nos pide algo a cambio para poder bendecirnos. En este capítulo, tratamos las bendiciones del ciudadano y las “leyes” que acompañan a estas bendiciones.

Las bendiciones

Cuando Jesús vino a la Tierra, enseñó sobre el Reino y demostró sus principios. Cuando Herodes Antipas encarceló a Juan el Bautista, Juan envió a dos de sus discípulos al Señor Jesús para preguntarle si Él era el que había de venir. Juan pensó en el Mesías, el Rey ungido.

Cuando Juan se enteró en la cárcel de las obras de Cristo, envió a dos de sus discípulos y le dijeron ¿Eres Tú el que viene, o esperamos a otro? Respondió Jesús y les dijo Id y contad a Juan las cosas que oís y veis: Los ciegos ven y los cojos andan; los leprosos quedan limpios y los sordos oyen; los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia el Evangelio. Y bienaventurado el que no se escandaliza por mi causa. (Mateo 11:2-6)

En esta lista de eventos descrita por el Señor Jesús, observamos manifestaciones del Reino de Dios. El Antiguo Testamento menciona estos signos asociados con el Reino Milenario (Isaías 26:19, 29:18, 35:5-6, 42:7, 42:18, 61:1). Jesús demostró que estos aspectos ya estaban ocurriendo bajo Su autoridad.

Aunque su cumplimiento pleno llegará en el Reino Milenario, Jesús ha hecho que estas bendiciones estén disponibles para Sus seguidores aquí y ahora. A continuación, presentamos la lista.

- Los ciegos ven
- los cojos andan
- Los leprosos quedan limpios
- Los sordos oyen
- Los muertos resucitan
- A los pobres se les proclama el Evangelio

Esto ya es posible hoy en el Reino de Dios. El Reino de Dios es más grande y poderoso de lo que pensamos. Dios quiere bendecirnos con más de lo que podemos imaginar. En los próximos capítulos trataremos las siguientes bendiciones del Reino.

- Perdón de los pecados
- Redención de los pecados
- Justificación y santificación
- En Cristo: una vida sagrada
- En Cristo: una vida con autoridad
- Salvación de la muerte y vida eterna
- Sanación de enfermedades
- Liberación de los demonios
- Romper la maldición
- Recibir la bendición
- Vivir en prosperidad
- Recibir al Espíritu Santo
- Conexión directa con Dios
- El cuerpo de Cristo
- Protección
- Victorias
- Gracia
- Sabiduría
- Paz y alegría

¿Cómo hacer frente a la bendición de Dios?

Se trata de una larga lista de bendiciones que Dios quiere conceder a Sus ciudadanos. Antes de examinar esta lista, quiero aclarar algunos puntos de esta sección. Trataremos estos puntos breve y enérgicamente con unos cuantos textos bíblicos.

1. Dios quiere ofrecernos bendiciones por Su amor. Dios no estaba obligado inicialmente a darnos cosas independientemente de nuestras acciones o de lo mucho que rezáramos. Era la voluntad de Dios permitirnos entrar en Su Reino y darnos las bendiciones que esto conlleva. Dios es soberano. Esto significa que Dios mismo decide lo que quiere hacer. Dios ha elegido en Su soberanía traer bendiciones a los pueblos de la tierra y tener en cuenta sus mejores intereses. Esto se debe únicamente a la gracia de Dios y a las obras de nuestro Señor Jesús. Ahora que Dios nos ha permitido entrar en Su Reino, quiere darnos todo lo que necesitamos. Los padres terrenales quieren dar a sus hijos regalos, ropa bonita, buena comida y viajes agradables. Un padre ama a su hijo y quiere verlo crecer feliz y próspero. Lo mismo ocurre con Dios. Dios es nuestro Padre y ama a Sus hijos.

Por eso, Dios quiere ofrecernos bendiciones como regalo y asegurarse de que bendigamos a los que nos rodean. Lo más grande que Dios nos ha dado es Su propio Hijo, el Señor Jesús.

El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con Él gratuitamente todas las cosas? (Romanos 8:32)

Dios quiere ofrecérselo todo. Si Dios Padre ya nos ha dado a Su Hijo, ¿cuánto más querrá Dios bendecirnos con otras bendiciones? Tenemos un Dios que quiere regalarnos bendiciones. La voluntad de Dios es que seamos bendecidos.

2. Si miro mi propia vida, disfruto de la intimidad y la relación con Dios. No debemos “reclamar” o “exigir” estas bendiciones sin entrar en relación con Dios. Busca primero a Dios y Su Reino. Pon a Dios en primer lugar en tu vida y camina con Dios por amor. Si lo haces, Dios te bendecirá.

Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas (Mateo 6:33)

En griego, “buscar” significa que buscamos incesantemente el Reino de Dios. Debemos poner siempre el Reino de Dios en primer lugar, y no sólo los domingos entre las 10 de la mañana y el mediodía. Hacer de Dios y de las cosas de Su Reino una prioridad hará que Él nos proporcione todo lo que necesitamos. Veamos las bendiciones de Dios como

una relación entre el hombre y Dios. Amamos a Dios y queremos servirle. Dios ama al hombre y quiere servir al hombre, como Jesús lavó los pies a los discípulos y curó a los enfermos.

3. El hecho de que Dios quiera bendecirnos no significa que nunca enfrentaremos adversidades ni que estaremos exentos de situaciones difíciles o dolorosas. La mayoría de los doce discípulos fueron perseguidos y, finalmente, martirizados. Pablo también atravesó momentos de gran dificultad, enfrentando circunstancias que eran, en ocasiones, estremecedoras.

Sin embargo, incluso en medio de estas pruebas, la bendición de Dios permanecía en sus vidas. Su gracia y propósito estaban presentes, guiándolos y sosteniéndolos a través de cada desafío.

De los judíos recibí cinco veces (Pablo) cuarenta azotes menos uno. Tres veces fui azotado con varas; una vez fui apedreado; tres veces naufragué; una noche y un día he estado en las profundidades; en viajes muchas veces, en peligros de las aguas, en peligros de ladrones, en peligros de mis propios compatriotas, en peligros de los gentiles, en peligros en la ciudad, en peligros en el desierto, en peligros en el mar, en peligros entre falsos hermanos; en fatigas y trabajos, en desvelos muchas veces, en hambre y sed, en ayunos muchas veces, en frío y desnudez. (2 Corintios 11:24-27)

A veces, las cosas pueden complicarse, y es posible que no experimentemos la bendición de Dios durante un tiempo determinado. A pesar del texto bíblico anterior, Pablo experimentó muchas bendiciones y prosperidad (Hechos 20:34 y Filipenses 4:18). Era un ciudadano romano con derechos, y a menudo Dios le protegió sobrenaturalmente durante periodos difíciles en la tierra. Así ocurrió, por ejemplo, durante el naufragio que sufrió Pablo. A pesar de este momento difícil, él y la tripulación se salvaron (Hch 27:22). Incluso en los momentos difíciles, Dios sigue siendo fiel y quiere bendecirnos.

Esto es algo que vemos en la vida de José. José vivió tiempos difíciles, pero la bendición de Dios siempre estuvo presente. Así ocurrió cuando estaba con su familia, cuando era esclavo de Potifar, cuando fue encarcelado y después cuando se convirtió en gobernante. La bendición de Dios siempre estuvo en su vida a pesar de las circunstancias inestables.

El Señor estaba con José, y era un hombre de éxito; y estaba en casa de su amo el egipcio. Y su amo vio que el Señor estaba con él y que el Señor hacía prosperar en su mano todo lo que hacía. Y halló José gracia ante sus ojos, y le sirvió. Luego le hizo supervisor de su casa, y todo lo que tenía lo puso bajo su autoridad. Y desde el momento en que le hizo mayordomo de su casa y de todo lo que tenía, el Señor bendijo la casa del egipcio por amor de José; y la bendición del Señor fue sobre todo lo que tenía en la casa y en el campo. (Génesis 39:2-5)

Las circunstancias mostraban que José tenía dificultades, pero la bendición de Dios continuaba. No sólo sobre José, sino también sobre su trabajo, bendiciendo la casa de su amo. Entonces, por una artimaña de la mujer de Potifar, José tuvo que ir a la cárcel.

Entonces el amo de José lo cogió y lo metió en la cárcel, un lugar donde estaban confinados los prisioneros del rey. Y estuvo allí en la cárcel. Pero el Señor estaba con José y le mostró misericordia, y le dio gracia ante los ojos del guardián de la cárcel. Y el guardián de la cárcel encomendó a la mano de José a todos los presos que estaban en la cárcel; todo lo que hacían allí, era obra suya. El guardián de la cárcel no investigaba nada de lo que estaba bajo la autoridad de José, porque el Señor estaba con él; y todo lo que hacía, el Señor lo hacía prosperar. (Génesis 39:20-23)

Mientras estuvo en la cárcel, José también prosperó y demostró ser una bendición para todos. Incluso cuando las condiciones eran duras, José siguió recibiendo bendiciones de Dios. Con el tiempo, José se convirtió en virrey de Egipto. Las condiciones eran entonces favorables, y él fue una bendición para toda la nación. Gracias a José, el pueblo no pereció durante la hambruna, y Egipto no solo logró sobrevivir, sino que también pudo vender alimentos a otras naciones que sufrían los estragos de la misma crisis.

4. Debemos estudiar la Biblia y relacionarnos estrechamente con las profecías y promesas de Dios. Dios quiere bendecirnos sobrenaturalmente; sin embargo, es esencial saber primero que Dios quiere bendecirnos y en qué áreas de nuestra vida quiere bendecirnos. Es necesario recibir revelación sobre una bendición y pedírsela a Dios. El siguiente texto ilustra que Dios Padre nos ha bendecido con todas las bendiciones

posibles. Las bendiciones de las que hablaremos en los próximos capítulos se aplican a todos los que son hijos o hijas de Dios, pero es esencial que seamos conscientes de ellas.

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo (...). (Efesios 1:3)

¿Cuál es el significado de las bendiciones espirituales? En primer lugar, se refiere a todas las bendiciones espirituales. Demuestra que la bendición de Dios no se limita a una o dos bendiciones por persona; Dios quiere bendecirnos con todas las bendiciones y promesas de la Palabra de Dios. En segundo lugar, se refiere a la bendición espiritual. Esto no significa que la bendición de Dios sea sólo inmaterial o esté disponible sólo en el futuro. Significa que estas bendiciones se ponen a disposición de los creyentes por el poder del Espíritu Santo. El Espíritu Santo obra en los corazones de los creyentes para que participen de todas las bendiciones de Dios por medio del Espíritu Santo. Por último, la palabra “bendición”: según el diccionario, esta palabra significa “salvación”, “prosperidad”, “ayuda” o “don de Dios”. Cuando Dios nos bendice, nos ayuda, nos hace prósperos en nuestro trabajo y da cosas buenas y regalos a Sus hijos.

Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra. (2 Corintios 9:8)

La Biblia ilustra el deseo de Dios de colmarnos de dones beneficiosos. Al mismo tiempo, muchos dones funcionan a través de una relación con Dios. Dios nos pide que hagamos ciertas cosas y luego nos recompensa con dones. Hablaremos de ello más adelante.

5. Una acción crítica que se aplica a las bendiciones de Dios es creer que Dios desea darnos algo. Sin fe, es imposible agradecer a Dios.

Pero sin fe es imposible agradecerle, porque el que se acerca a Dios debe creer que Él existe, y que es galardoador de los que le buscan diligentemente. (Hebreos 11:6)

¿Qué significa tener fe? Hebreos 11 responde a esta pregunta.

La fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.
(Hebreos 11:1)

A veces, aún no podemos ver las bendiciones de Dios con nuestro ojo fisiológico. Es crucial creer que Dios quiere darnos lo que promete, aunque haya un déficit ocasional. Debemos saber que Dios nunca miente y cumple lo prometido. La fe es terreno firme y no significa “tal vez” o “tal vez no”. La fe es una realidad, y sucederá. La fe es una seguridad de cosas que no ves (inmediatamente, pero que se revelarán en el futuro). Algunas bendiciones aún están lejanas, y puede que experimentes privaciones. Sin embargo, cree en las bendiciones invisibles de Dios, y se harán visibles.

Dios nos pide que creamos en Él y recompensa a los que Le buscan. Sin fe, no es posible reclamar las bendiciones de Dios. Además, Dios recompensa a los que Le buscan, es decir, a los que tienen una relación con Él. Ya hemos hablado de ello en el punto 2.

6. Dios quiere bendecirnos. Sin embargo, es esencial pedir a Dios la bendición. Hay una expresión en neerlandés que dice: “El que pide, es ignorado”. En otras palabras, quien pide ciertas cosas no las recibe. Con respecto a Dios, es exactamente lo contrario, y podemos decir: “El que pide, recibirá”.

Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, encuentra; y al que llama, se le abrirá. (Mateo 7:7-8)

Si alguien necesita sanación, lo esencial es pedir sanación a Dios. Si alguien necesita provisión, lo esencial es pedir a Dios provisión. Según el paso 5, esto debe ir de la mano de la fe.

7. Es importante actuar. En los capítulos siguientes hablaremos de algunas de las bendiciones de Dios. Algunas bendiciones funcionan según instrucciones. Dios nos pide que hagamos ciertas cosas y nos da bendiciones en respuesta a nuestras acciones. Abordaremos este punto en los capítulos siguientes para cada bendición.

8. Muchas de las bendiciones de Dios tienen un efecto extraordinario, como podemos ver en las historias de Abraham y José. Dios bendijo a Abraham y a José, y al final recibieron muchos bienes. Sin embargo,

Abraham y José no fueron los únicos bendecidos. En la historia de José, aprendemos que el señor de José también fue bendecido. La bendición de José afectó a los que le rodeaban. Esto también se aplica a Abraham y a nosotros.

El Señor había dicho a Abram: “Sal de tu país, De tu familia Y de la casa de tu padre, A una tierra que te mostraré. Haré de ti una gran nación; te bendeciré Y engrandeceré tu nombre; Y serás una bendición. Bendeciré a los que te bendigan, Y maldeciré al que te maldiga; Y en ti serán benditas todas las familias de la tierra. (Génesis 12:1-3)

La bendición de Dios recayó sobre Abraham y también sobre las personas que fueron amables con Abraham. Del mismo modo, la bendición de Dios sobre nuestras vidas también beneficia a los demás. Por ejemplo, considera tu lugar de trabajo. Si tú eres próspero, el lugar de trabajo será próspero. Al mismo tiempo, no sólo debemos pedir a Dios cosas y bendiciones para nosotros, sino también pedirle que bendiga a los demás. Lo mejor sería conceder a los demás lo que tú mismo deseas recibir.

Por tanto, exhorto ante todo a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias por todos los hombres (...). (1 Timoteo 2:1)

9. Expresa gratitud a Dios por todo lo que ha hecho y hará en tu vida. La gratitud es una parte esencial de nuestra relación con Dios, y dar gracias a Dios en cualquier circunstancia es igualmente esencial. Tanto si nos sentimos felices, tristes o enfadados, agradecemos a Dios todos Sus buenos dones y lo que Él es.

Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias (...). (Filipenses 4:6)

Dad gracias en todo, porque ésta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús. (1 Tesalonicenses 5:18)

10. Ten paciencia para recibir tu bendición. Hay veces en que Dios responde inmediatamente a una pregunta. Lázaro era un hombre que había muerto y llevaba cuatro días en la tumba. El Señor Jesús, por el poder

de Dios, dijo a Lázaro que saliera de su tumba, Lázaro se levantó inmediatamente. Es posible que Dios responda inmediatamente a nuestras preguntas o peticiones. Pero también es posible que debamos ser pacientes y esperar un momento. Encontramos este principio en la historia de José. Cuando José vivía con su familia, recibió un sueño de Dios. Los miembros de su familia se inclinarían ante él y le honrarían. Durante años, parecía que nada iba a suceder, y parecía como si Dios hubiera retirado Su promesa. Finalmente, este sueño se cumplió, y los miembros de la familia de José se arrodillaron ante él. La promesa de José se cumplió, pero necesitó paciencia. Lo mismo le ocurrió a Abraham. Recibió la promesa de un hijo y descendencia a una edad avanzada. Ambas situaciones ya no eran posibles de forma natural, pero las promesas de Dios perduraron. ¡Ten paciencia y Dios cumplirá lo que promete!

Resumen

En el Reino de Dios hay muchas bendiciones. Por Su soberanía, Dios ha decidido darnos muchas bendiciones y dones. Trataremos de estas bendiciones en los capítulos siguientes. Antes de hablar de estas bendiciones, es esencial saber cómo las tratamos. A Dios le gusta proporcionarnos cosas, pero esto no siempre ocurre de forma automática. Los elementos clave que hemos tratado en este capítulo son:

1. Dios quiere darnos bendiciones por Su amor.
2. Recibimos bendiciones a través de la intimidad y la relación con Dios.
3. Sigue siendo posible que las circunstancias parezcan malas. Sin embargo, Dios sigue bendiciéndonos incluso en esas circunstancias.
4. Necesitamos conocer las bendiciones de Dios y cómo funcionan.
5. Debemos creer en Dios para obtener las bendiciones.
6. Debemos pedir a Dios las bendiciones.
7. Debemos actuar para recibir las bendiciones.
8. Somos una bendición para ser una bendición.
9. Debemos estar agradecidos a Dios por todo lo que hace.
10. Ten paciencia para recibir tu bendición.

C6 PERDÓN Y REDENCIÓN

La bendición más conocida de Dios Padre es que nos ha perdonado nuestras deudas. Pero, ¿sabías que Dios nos ha perdonado y liberado del poder del pecado? En el capítulo 4 leemos que hemos sido trasladados del Reino del diablo al Reino de Dios. Nos hemos convertido en ciudadanos del cielo y en ciudadanos del Reino. La voluntad general de Dios es que todos nos parezcamos al Señor Jesús; por eso, por el poder del Espíritu Santo, Dios nos ha redimido del pecado y nos ha hecho sagrados. Podemos ser ciudadanos ejemplares en el Reino de Dios, no por nuestras fuerzas, sino por el poder del Espíritu Santo.

Porque el Reino de Dios no es comer ni beber, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. (Romanos 14:17)

Perdón de los pecados

Dios está dispuesto a perdonar nuestros pecados. Sin embargo, a menudo los pecados no se perciben como algo gravemente malo; pueden parecer simplemente algo excitante, travieso o furtivo, aunque en realidad estén prohibidos. Pero cuando la Biblia habla del pecado, no lo considera una simple travesura o un acto de rebeldía ligera. En su visión, el pecado es una transgresión seria que afecta nuestra relación con Dios. El pecado es rebelarse contra Dios. A causa del pecado, el hombre no cumple su propósito y su destino. Dios había colocado a Adán y Eva en el jardín para que lo gobernaran, lo mantuvieran y caminaran con Dios. Con la Caída, Adán y Eva perdieron este propósito y esta vocación, y se perdieron la bendición y la presencia de Dios. Además, el pecado te destruye a ti mismo, a tus semejantes y al mundo. La intención de Dios es que vivamos en paz unos con otros. El pecado hace que la paz desaparezca. Por ejemplo, esto ocurre en el momento en que robamos, engañamos, matamos, somos infieles o actuamos con crueldad. Dios equipara el pecado contra otro ser humano al pecado contra Él. También podemos pecar directamente contra Dios sustituyéndole por ídolos o no reconociéndole como Dios. El pecado nos destruye. Dios cree que el pecado es tan malo que quiere y debe castigarlo. La pena por el pecado es muy alta, y Dios no puede simplemente perdonarlo. Es un castigo eterno.

Pero los cobardes, los incrédulos, los abominables, los asesinos, los fornicarios, los hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán

su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda. (Apocalipsis 21:8)

Además, pecar es peligroso. Es un poder espiritual que quiere apoderarse de tu vida y hacer que peques con más frecuencia. Lo vemos con las adicciones. A menudo comienza de forma muy “inocente” con una sola vez que haces algo: una vez que acosas a alguien, una vez que te drogas, una vez que ves porno o una sola mentira. Pero cuando el pecado te tiene en sus garras, no te suelta fácilmente. Empezar es fácil; dejarlo es, por sí solo, complicado. Esto se debe a que el pecado quiere apoderarse de tu vida y obtener el dominio de tu alma. El pecado quiere ser el señor de tu vida, para que seas su esclavo.

Jesús les respondió: “Os aseguro que todo el que comete pecado es esclavo del pecado”. (Juan 8:34)

Porque cuando erais esclavos del pecado (...). (Romanos 6:20)

Mientras les prometen la libertad, ellos mismos son esclavos de la corrupción; pues por quien una persona es vencida, por él también es esclavizada. (2 Pedro 2:19)

El pecado es un esclavizador, un esclavizador muy desagradable. El poder del pecado destruye vidas. Piensa en las guerras, las adicciones, las familias rotas, las deudas del juego o el deterioro del cuerpo por las drogas y el alcohol. Al final, Dios castiga todo pecado.

La primera bendición que tratamos es el perdón de los pecados. Dios tiene que castigar los pecados y perdonar a todo el que confíe en el Señor Jesús. El Señor Jesús pagó el precio mediante el cual nuestras deudas y pecados pudieron ser rescatados. Merecemos el castigo, pero Dios nos da la bendición.

Sabed, pues, hermanos, que por medio de este Hombre se os anuncia el perdón de los pecados (...). (Hechos 13:38)

Cuando decimos que Dios perdona nuestros pecados, significa que Dios ya no piensa en las cosas que hemos hecho mal en el pasado. Dios pasa por alto nuestros errores y defectos pasados. Están perdonados y olvidados, y Dios nos ha quitado los cargos y el castigo que antes merecíamos.

Y a vosotros, estando muertos en vuestros delitos y en la incircuncisión de vuestra carne, os ha vivificado juntamente con Él, habiéndoos perdonado todos los delitos, habiendo borrado la escritura de requisitos que había contra nosotros, que nos era contraria. Y la ha quitado de en medio, clavándola en la cruz. (Colosenses 2:13-14)

Cuando llegamos a la fe, todas nuestras faltas son perdonadas. Sin ningún mérito ni actuación por nuestra parte, Dios decidió perdonarnos y borrar la escritura (en tiempos de Pablo, la escritura era un documento en el que un deudor anotaba sus deudas) contra nosotros. Todos nuestros pecados y desobediencias están escritos en esta escritura. Dios ha borrado esta escritura. Se ha convertido en una hoja en blanco, y ya no estamos en deuda con Dios. Dios hace esto porque nos ama.

Porque Tú, Señor, eres bueno y dispuesto a perdonar, Y abundante en misericordia para todos los que Te invocan. (Salmo 86:5)

Leamos algunos versículos más que nos hacen saber que Dios quiere perdonarnos mediante la obra del Señor Jesús.

En Él tenemos redención por Su sangre, el perdón de los pecados, según las riquezas de Su gracia (...). (Efesios 1:7)

De Él dan testimonio todos los profetas de que, por Su nombre, todo el que crea en Él recibirá la remisión de los pecados. (Hechos 10:43)

Y que se predicara en Su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén. (Lucas 24:47)

Caminar en el perdón

Dios está dispuesto a perdonarnos nuestros pecados. Esto es gratis, pero al mismo tiempo, Dios nos insta a hacer ciertas cosas para vivir bien en esta bendición.

1. Dios ha prometido perdonar todos nuestros pecados. No obstante, el arrepentimiento es una actitud esencial en la vida de un cristiano. Arrepentirse significa reconocer y lamentar lo que hemos hecho mal. Un cristiano genuino desea, con la ayuda del Espíritu Santo, reflejar el carácter de Jesucristo. Sin embargo, en ocasiones podemos cometer errores. En esos momentos, debemos arrepentirnos sinceramente de

nuestras decisiones y reconocer que hemos fallado. A veces, este sentimiento de culpa puede ser tan abrumador que sentimos que ya no podemos caminar ni hablar con Dios. Pero esto no es verdad. Dios siempre está dispuesto a perdonarnos si nos acercamos a Él con un corazón arrepentido, sin importar la gravedad de nuestros errores.

Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a Él mentiroso, y Su palabra no está en nosotros. (1 Juan 1:9-10)

Cuando confesamos, podemos confiar en que Jesús es leal y justo y quiere perdonarnos. Juan dice que Jesús hace esto cuando confesamos nuestros pecados. Confesar los pecados significa que, arrepentidos, decimos lo que hemos hecho mal y exponemos el pecado ante Dios. En respuesta, Dios nos perdona nuestros pecados.

Porque la tristeza piadosa produce arrepentimiento para salvación, no para lamentarse; pero la tristeza del mundo produce muerte. (2 Corintios 7:10)

Al comenzar nuestro caminar con Dios, mostramos arrepentimiento por nuestras faltas. Vivimos en un mundo lleno de tentaciones y, a veces, caemos en el pecado. En esos momentos, confesamos y nos arrepentimos sinceramente de nuestro mal proceder. Este arrepentimiento está en conformidad con la voluntad de Dios, y es una tristeza que produce un cambio genuino en nuestro corazón. No lamentamos ese arrepentimiento, sino que lo vemos como un paso hacia la restauración. La verdadera actitud cristiana al ser perdonados es el deseo firme de no volver a cometer el mismo pecado. Esto implica un cambio en nuestros pensamientos y en nuestra manera de vivir. Este proceso no se limita al principio de nuestra fe, sino que es algo que debe acompañarnos cada día de nuestras vidas. Dios está dispuesto a perdonar a quienes, con un corazón arrepentido, le piden perdón.

Arrepentíos, pues, y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados, a fin de que vengan tiempos de refrigerio de la presencia del Señor (...). (Hechos 3:19)

Arrepiéntete de tus pecados y cambia tu camino con Dios. Si lo hacemos, nuestros pecados serán borrados.

2. La Biblia llama en distintos momentos a perdonar a los demás. Esto no es una opción; es una condición de Dios para ser perdonado. Si no perdonas a los demás, Dios no podrá perdonarte a ti, y tus deudas no se saldarán. Perdonar a los demás a veces puede resultar difícil. Debes saber que no tienes que hacerlo solo. Dios quiere darte fuerza y gracia para perdonar a los demás.

Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, también os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial. Pero si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas. (Mateo 6:14-15)

Y cuando estéis orando, si tenéis algo contra alguien, perdonadle, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone vuestras ofensas. Pero si no perdonáis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestras ofensas. (Marcos 11:25-26)

Vemos este principio en la respuesta de Jesús a Pedro, que le preguntó con qué frecuencia debía perdonar a alguien.

Tened cuidado con vosotros mismos. Si tu hermano peca contra ti, repréndele; y si se arrepiente, perdónale. Y si peca contra vosotros siete veces al día, y siete veces al día vuelve a vosotros diciendo: Me arrepiento, le perdonaréis. (Lucas 17:3-4)

Perdonar no significa evitar temas hirientes o delicados. Por ejemplo, imagina que alguien me roba cincuenta dólares y yo lo sé. Entonces, puedo dirigirme a esa persona. Puedo corregirle con amor y enseñarle que eso está mal. Si esa persona se arrepiente y se confiesa, me corresponde perdonarla. Así como Dios nos perdona, que nosotros perdemos a los que nos rodean.

Redención de los pecados

Dios desea perdonarnos por nuestros actos pecaminosos. Eso es un gran milagro. Pero Dios aún quiere hacer más por nosotros. Dios no sólo desea perdonarnos nuestros actos pecaminosos, sino que también quiere redimirnos del poder del pecado. Redimir significa liberar a alguien de una posición desagradable y amenazadora o rescatarlo de un

peligro. Así, somos liberados del demonio, del pecado y de la muerte espiritual. En el momento en que nacemos de nuevo, somos liberados del pecado. Esto significa que Dios nos capacita y autoriza a no servir más al pecado, sino a vivir en la libertad del Espíritu Santo. El pecado, nuestro primer esclavizador, no tiene control sobre nuestras vidas. Cuando el ángel visitó a José para decirle que María daría a luz al Mesías, el ángel dijo:

(...) y dará a luz un Hijo, y le pondréis por nombre Jesús, porque Él salvará a Su pueblo de sus pecados. (Mateo 1:21)

El Señor Jesús ha salvado al pueblo de sus pecados. El poder y las consecuencias del pecado ya no influyen en los creyentes. Jesús nos ha salvado de este poder. El pecado ya no tiene que influir en nuestras vidas. No tenemos que servir al pecado como esclavos.

Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él, para que el cuerpo del pecado sea eliminado, a fin de que ya no seamos esclavos del pecado. Porque el que ha muerto ha sido liberado del pecado (Romanos 6:6-7)

Nuestro viejo hombre, es decir, la vida que vivíamos antes de nacer de nuevo, ha sido crucificado junto con Jesús. Nuestro viejo hombre está lleno de pecado y desobediencia. Como resultado de haber sido crucificados junto con Jesús, esta vida ha sido anulada. Esta vida ha perdido su poder sobre nosotros. En consecuencia, ya no tenemos que servir al pecado como esclavos. Esto significa que el pecado ya no debe tener dominio sobre nuestras vidas ni debe tener poder sobre ellas. Esto se debe a que nuestro viejo hombre murió en la cruz. En Israel existía una ley judía según la cual una persona que había muerto ya no era responsable de los pecados que había cometido. Así, la muerte de nuestro viejo hombre garantiza que ya no podamos ser castigados por las cosas que solíamos hacer y que ya no vivamos bajo el dominio del pecado. Supongamos que tienes un empresario y un empleado. Si el empleado está vivo, tiene que trabajar para el empresario. Si el empleado muere de repente, el empresario no puede exigirle que trabaje. Eso está fuera de lugar. El primer pecado fue nuestro esclavizador. Ahora, nuestro viejo hombre ha muerto, por lo que el pecado ya no puede exigirnos que pequemos. Lo vemos en la primera carta de Juan.

Quien permanece en Él no peca. Quien peca no Le ha visto ni Le ha conocido. (1 Juan 3:6)

El que ha nacido de Dios no peca, porque Su semilla permanece en él; y no puede pecar, porque ha nacido de Dios. (1 Juan 3:9)

A menudo estos textos se perciben como ofensivos, o los lectores los entienden de forma incorrecta. Creo que ésa no era la intención de Juan. Juan dice que los creyentes ya no pueden pecar. Esto no significa que podamos conseguirlo mediante nuestras obras; es obra de Dios en el creyente. Ya no podemos pecar cuando nacemos de Dios (nacemos de nuevo). Recibimos el Espíritu Santo, que nos da el poder de liberarnos de las cadenas del pecado. Podemos pecar y hacer cosas malas, pero, según Juan, podemos confesar nuestros pecados, y Dios nos perdona. Jesús fue a la cruz para perdonarnos y liberarnos del pecado.

Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. (Romanos 8:2-4)

Se trata de un texto bastante complejo. Pongamos a su lado la NVI, que explica bien lo que dice. Es importante leer este texto varias veces porque es poderoso.

Gracias a lo que ha hecho Cristo Jesús, eres libre. Ahora estás controlado por la ley del Espíritu Santo, que te da la vida. La ley del Espíritu te libera de la ley del pecado que trae la muerte. Jesús hace por nosotros todo lo que exige la santa ley. El poder del pecado ya no debe controlar nuestra forma de vivir. El Espíritu Santo debe controlar nuestra forma de vivir. (Romanos 8:2-4)

Cuando nacemos de nuevo, recibimos el Espíritu Santo. El Espíritu Santo pretende guiar nuestra vida y, como resultado, vivimos como Dios quiere que vivamos. Este texto bíblico también afirma que antes vivíamos bajo el poder del pecado y, por tanto, éramos esclavos del

pecado. Después de nacer de nuevo, esto ya no es así. Estamos salvados del pecado. Jesús nos ha liberado del pecado.

Por tanto, si el Hijo os hace libres, seréis verdaderamente libres. (Juan 8:36)

Pero ahora, liberados del pecado y convertidos en esclavos de Dios (...). (Romanos 6:22)

Recuerda que la carta de Romanos dice que Dios ya nos ha liberado del pecado. Esto no ocurre en el momento de nuestra muerte; Dios ya lo hizo. Dios nos libera del pecado, que no es obra de la muerte.

Caminando en la redención de los pecados

Dos cosas son esenciales para caminar en esta bendición. La primera es que Jesús mora en nosotros, y nosotros estamos en Jesús. No podemos dejar de pecar sin el Señor Jesús. La liberación del pecado es una bendición de Dios, y debemos confiar en que Él nos ha liberado del poder del pecado; como dice Juan 8:36, Jesús nos hizo libres y, por tanto, somos realmente libres. Como estamos en Cristo, podemos vencer al pecado. Esto se debe a que nuestro viejo hombre murió en Cristo en la Cruz del Calvario, y vivimos una vida nueva con y en Cristo. En un capítulo posterior volveremos a hablar de estar en Cristo.

El Señor Jesús pagó el precio que nos permite vivir redimidos de los pecados. Es el Espíritu Santo quien realiza esto en los creyentes. El Espíritu Santo vence al pecado en nuestras vidas. Lo leemos en Romanos 8.

Gracias a lo que ha hecho Cristo Jesús, eres libre. Ahora estás controlado por la ley del Espíritu Santo, que te da la vida. La ley del Espíritu te libera de la ley del pecado que trae la muerte. (Romanos 8:2)

El Espíritu Santo ya lo ha hecho. No es algo del futuro; es la situación actual. Al mismo tiempo, el Espíritu Santo no desea apoderarse de nuestras vidas como un dictador. El Espíritu Santo quiere establecer una relación con nosotros. Esto significa que podemos escuchar al Espíritu Santo y obedecerle.

Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfaceréis los deseos de la carne. (Gálatas 5:16)

Para concluir, algunos consejos prácticos. En primer lugar, este principio fundamental debe establecerse para ti, aunque todavía no sea una realidad. Construye tu fe y sabe que estás muerto al pecado.

Así también vosotros, consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. (Romanos 6:11)

En segundo lugar, es esencial decir no al pecado. Ahora que sabemos que el pecado ya no es el esclavizador de nuestras vidas, podemos decir esto a las tentaciones.

No dejéis, pues, que el pecado reine en vuestro cuerpo mortal, para que lo obedezcáis en sus concupiscencias. (Romanos 6:12)

Jesús nos liberó del pecado. Ya ha sucedido, y como resultado, ya no permitimos el pecado en nuestras vidas. Decimos no al pecado y decimos sí a las cosas de Dios. No nos comprometemos al servicio del pecado, sino al servicio de Dios.

Y no presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. (Romanos 6:13)

En tercer lugar, es importante confesar nuestras faltas a Dios, y después de haber pecado, tomar la decisión de volver a obedecer a Dios y caminar de nuevo según los caminos del Espíritu Santo.

Justificados y Santificados

Dios nos ha perdonado y redimido del pecado. Y la gracia de Dios no se detiene ahí. Dios ha decidido que todo el que nace de nuevo está justificado. Cuando Dios te mira, no ve el pecado, sino que ve la justicia de Cristo en ti. Jesús te ha hecho justo y te ha declarado justo. Ser justo significa actuar de acuerdo con lo que es recto y moralmente correcto, siguiendo el ejemplo de lo que hizo Jesús. A menudo se dice: “Pero todos seguimos siendo pecadores de todos modos”. Esto no es bíblico. En ninguna parte de la Biblia se comienza una carta con el saludo inicial: “Queridos pecadores en ...”. En nuestra antigua vida, éramos pecadores. En nuestra nueva vida, tras nacer de nuevo, somos justos y

santos. En muchas cartas, Pablo dirige el saludo inicial a “los santos en ...”.

A todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos (...). (Romanos 1:7)

(...) a la Iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos (...). (1 Corintios 1:2)

(...) a la Iglesia de Dios que está en Corinto, con todos los santos que están en toda Acaya (...). (2 Corintios 1:1)

(...) A los santos que están en Éfeso, fieles en Cristo Jesús (...). (Efesios 1:1)

(...) a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos (...). (Filipenses 1:1)

(...) A los santos y fieles hermanos en Cristo que están en Colosas (...). (Colosenses 1:2)

Nuestra identidad ya no es la de un pecador, sino la de un justificado y un santo. Veamos primero el concepto de justificación.

(...) y por Él todo el que cree queda justificado de todo aquello de lo que no pudisteis ser justificados por la ley de Moisés. (Hechos 13:39)

La justificación es la identidad del creyente. La justificación no tiene nada que ver con seguir la ley correctamente; es la posición en la que Dios nos ha colocado. No podemos justificarnos por nuestras obras, y sólo podemos ser justificados por la fe en Jesús. Esto ocurre en el futuro, cuando nos encontremos con Jesús; al mismo tiempo, es algo en lo que podemos caminar y vivir hoy. Si has aceptado a Jesús, no eres un pecador, sino un justo. Cuando Dios te mira, ve la justicia de Jesús en tu vida. Es un don de la gracia de Dios.

Pero ahora se revela la justicia de Dios aparte de la ley, atestiguada por la Ley y los Profetas, la justicia de Dios por la fe en Jesucristo, para todos y sobre todos los que creen. Porque no hay diferencia, ya

que todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por Su gracia mediante la redención que es en Cristo Jesús. (Romanos 3:21-24)

Este texto vuelve a decir que la justicia de Dios se aplica a todos los que creen, no a unos pocos elegidos, sino a todos. Pablo dice lo mismo en Gálatas 2:16. Recibimos esta justicia porque nos hemos hecho uno con el Señor Jesús. Por ello, hemos recibido la justicia de Dios. La justicia de Dios está en ti por el poder del Espíritu Santo y la obra de Jesús en la tierra.

Porque al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él. (2 Corintios 5:21)

También somos santos de Dios. Leemos que Pablo se dirigió a muchos miembros de la Iglesia como “santos”. Los santos no son sólo católicos excepcionales de los que se dice que han hecho milagros y a los que hay que adorar para recibir un milagro. Todo creyente es un santo de Dios.

Y a vosotros, que en otro tiempo estabais alienados y erais enemigos en vuestra mente por obras inicuas, ahora os ha reconciliado en el cuerpo de Su carne mediante la muerte, para presentaros santos, irrepreensibles e irreprochables ante Él (...). (Colosenses 1:21-22)

A los ojos de Dios, somos sagrados, inmaculados e intachables. Esto no se debe a nuestras buenas acciones, sino a la expiación que trajo Jesús, tal como se mostró en la cruz del Calvario. Cuando estemos ante el trono de Dios en el futuro, Dios nos verá como creyentes sin pecado. Todos nuestros pecados han sido perdonados y hemos sido liberados del poder del pecado. Por eso, Dios puede aceptarnos. Esto se aplica no sólo a los creyentes individuales, sino también a la Iglesia de Jesús en todo el mundo.

(...) para santificarla y purificarla (a la Iglesia) mediante el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a Sí mismo como una Iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha. (Efesios 5:26-27)

Mediante el bautismo en agua, la congregación se purifica. Como resultado, queda sin manchas ni arrugas, lo que la hace santa e inmaculada. Sin mancha ni arruga significa que la congregación no tiene defectos, y santa significa que la congregación ha sido apartada por Dios y se ha convertido en propiedad de Jesús.

Dios planea colocar a los creyentes inmaculados y sagrados ante Él. Antes de que se hiciera la Tierra, éste ya era el plan de Dios.

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, tal como nos eligió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos y sin mancha ante Él en el amor. (Efesios 1:3-4)

Somos elegidos para ser santos e inmaculados. Por “elegidos” no debemos pensar que Dios ha elegido a unos para salvarse y a otros para no salvarse. Dios quiere que todos se salven y que nadie se pierda (2 Pedro 3:9). “Elegido” no tiene que ver con quién es elegido y quién no. Se trata de Aquel a quien Dios ha elegido para lograr la salvación de los creyentes y de cómo ha de hacerlo. Se trata de Jesucristo, que puede reconciliar a las personas con Dios mediante Su muerte en la cruz.

Volvamos al versículo inicial de este capítulo.

Porque el Reino de Dios no es comer ni beber, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. (Romanos 14:17)

El Reino de Dios consiste en la justicia. Es una parte importante del Reino, y sólo a través del Espíritu Santo podemos recibir y aplicar la justicia en nuestras vidas.

Caminar en justicia

Recibimos la justicia de Dios cuando nacemos de nuevo; es una obra del Espíritu Santo en el creyente. Si queremos aplicar la justicia en nuestra vida y en nuestras relaciones con los demás, es imprescindible que nos guíe el Espíritu Santo. El Espíritu Santo escudriña las profundidades de Dios y sabe lo que es justo y lo que no lo es.

Pero Dios nos las ha revelado por medio de Su Espíritu. Porque el Espíritu todo lo escudriña, sí, las cosas profundas de Dios. (1 Corintios 2:10)

Yo y las personas que nos rodean pensamos a veces que sabemos lo que es correcto, pero seguimos estando limitados. El Espíritu Santo sabe lo que es justo y cómo debemos tratar a los demás en cada situación. El primer paso es escuchar al Espíritu Santo y hacer lo que el Espíritu nos dice que hagamos.

El segundo paso es darte cuenta de que eres santo de Dios. Aunque las circunstancias digan cosas distintas y peques a diario, Dios te santifica y te justifica. No tienes que mirarte a ti mismo y decir: “Soy un pecador; sigo siendo un pecador, y siempre me irá mal”. Debes decir de ti mismo: “Soy santo y justo”. Date cuenta de quién eres en Cristo y habla de ti según lo que la Biblia dice de ti. Sé consciente de la posición e identidad que Dios te ha dado. Al mismo tiempo, Dios quiere redimirnos del poder del pecado y perdonarnos del pecado, de lo que ya hemos hablado en este capítulo.

El paso 3 es la puesta en práctica. Dios dice que somos santos, inmaculados y justificados; pongámoslo en práctica. Sólo podemos hacerlo por el poder del Espíritu Santo. Podemos llegar a ser como Jesús fue en la tierra y caminar como Jesús caminó.

Pero el que guarda Su palabra, verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado en él. En esto conocemos que estamos en Él. El que dice que permanece en Él, debe también andar como Él anduvo. (1 Juan 2:5-6)

Los que afirman estar en Jesús deben caminar como Jesús caminó. Por un lado, nuestra justicia es un don de Dios y del Espíritu Santo. Por otro lado, Dios nos pide que seamos santos, que guardemos Sus mandamientos y que caminemos como caminó Jesús. Debemos ser santos porque Dios es santo.

Como hijos obedientes, no conformándoos a las concupiscencias pasadas, como en vuestra ignorancia; sino que, como Aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra conducta, porque está escrito: Sed santos, porque yo soy santo. (1 Pedro 1:14-16)

En nuestro caminar con Dios, somos Sus hijos. Como hijos, podemos obedecer a nuestro Padre celestial e imitarle en la tierra. Dios es santo y nosotros somos santos. Por tanto, abstengámonos de hacer el mal y de perseguir nuestros deseos lujuriosos y vivamos sagradamente en todos nuestros ámbitos de la vida. Sed santos porque Dios es santo. Toda

nuestra vida debe estar consagrada a Dios y sometida bajo Su gobierno. Además, dice: “en toda vuestra conducta”. Esto significa que debemos ser santos los domingos por la mañana, entre las 10 y las 12, y durante toda la semana. Incluso los lunes por la mañana con ese molesto compañero de trabajo o estudiante.

Por tanto, desechando toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidia y toda maledicencia, como niños recién nacidos, desead la leche pura de la palabra, para que crezcáis por ella, si es que en verdad habéis gustado que el Señor es clemente. Acercándoos a Él como a una piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, pero elegida por Dios y preciosa, también vosotros, como piedras vivas, estáis siendo edificados como una casa espiritual, un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo. (1 Pedro 2:1-5)

Por tanto, vivir santamente implica los siguientes pasos:

Paso 1: Deshazte de todas las cosas incorrectas.

Paso 2: Desea las cosas del Reino de Dios y la Palabra de Dios.

Paso 3: Céntrate en Jesús y saborea que es bueno y santo.

Paso 4: Déjate guiar por el Espíritu Santo y sé santo.

Resumen

Las tres primeras bendiciones del Reino de Dios que hemos tratado son el perdón, la redención de los pecados y la justificación por Dios. El pecado es un terrible esclavizador que quiere apoderarse de nuestras vidas. La consecuencia del pecado es que vivimos separados de Dios para siempre. Todas nuestras fechorías quedan registradas y, finalmente, somos castigados por ellas. Dios ha decidido perdonarnos, lo que significa que perdona, olvida y borra para siempre todas nuestras malas acciones. Para caminar bien en esta bendición, debemos pedir arrepentidos a Dios que nos perdone a nosotros y a los demás cuando hayan hecho cosas desagradables. Dios no sólo nos ha perdonado, sino que también nos ha redimido del pecado. Esto significa que se ha roto el poder del pecado y ya no tenemos que pecar. Podemos vivir libres del pecado porque estamos colocados en Cristo, y el Espíritu Santo nos ayuda a vencer el pecado. Por último, somos justificados por Dios. Esto significa que Dios nos considera justos y santos. Esta es una posición en la que Dios nos colocó en la regeneración. Es esencial que nos demos cuenta de ello y lo demostremos en nuestra vida. Por un lado, esto es un

don de Dios y, por otro, Dios nos pide que vivamos santificados porque Él es santo. Lo hacemos obedeciendo al Espíritu Santo, desechando toda nuestra maldad y centrándonos en las cosas del Reino de Dios, en Su Palabra y en el Señor Jesús.

C7 EN CRISTO

Si hemos nacido de nuevo, entonces estamos en Cristo. Este tema se discute a menudo, pero sigue siendo desafiante y misterioso. Espero que este capítulo haga práctico el término estar en Cristo e ilustre cómo podemos vivir en Cristo.

Hay una mascota para entretener al público durante los partidos de béisbol o baloncesto. En un parque temático, también encontramos mascotas que entretienen a los niños y a las personas mayores; es una característica adicional. Disneylandia, por ejemplo, tiene a Mickey Mouse. Todo el mundo piensa en él como un ratón. ¿Sabías que esta mascota no existe en absoluto? ¿Sabías que es un hombre o una mujer disfrazado de mascota? ¿Sabías que hay un hombre o una mujer que representa a Mickey Mouse? Estamos en Cristo con nuestro espíritu y nos hemos “revestido” de Jesús. Ya no vivimos solos, para nosotros mismos, ahora vivimos en Cristo y para Cristo, y nos hemos convertido en uno. Nos parecemos a Jesús y hemos recibido autoridad de Él para curar a los enfermos, expulsar demonios y realizar señales y prodigios en Su nombre.

En Cristo: Una vida sagrada

En el capítulo anterior leímos que hemos sido perdonados, redimidos, justificados y santificados. Estamos justificados porque hemos recibido la justicia de Jesús. Esto se debe a que entramos en Cristo cuando nacimos de nuevo. El bautismo de agua influye significativamente en la venida a Cristo, y Pablo vincula a menudo el bautismo de agua con la venida a Cristo. Echemos un vistazo a las enseñanzas de Pablo.

¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él. (Romanos 6:3-8)

Éste es un pasaje largo con explicaciones complicadas. Examinémoslo juntos para comprender lo que está escrito aquí. Pablo dice que entramos en Cristo por el bautismo. Espiritualmente, hemos experimentado los acontecimientos de la crucifixión de Jesús. Mediante el bautismo, somos crucificados y resucitados espiritualmente con Jesús.

¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? (Romanos 6:3)

Lo primero que ocurrió fue que fuimos bautizados en la muerte de Cristo. Antes de llegar a la fe, estábamos en pecado y vivíamos para nosotros mismos. Esta vida era errónea y debe desaparecer antes de que podamos caminar en el Reino de Dios. Nuestra vieja vida debe morir, y esto ocurre durante el bautismo en agua. Mediante el bautismo, descendemos al agua bautismal. Espiritualmente, en ese momento, nuestra vieja vida es inmolada y crucificada en el Señor Jesús en la cruz. Nuestra vieja vida, llena de pecado e injusticia, es inmolada mediante el bautismo.

Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él, para que el cuerpo del pecado sea eliminado, a fin de que dejemos de ser esclavos del pecado. (Romanos 6:6)

Nuestra antigua vida ha sido crucificada con Él, lo que significa que nuestra naturaleza pecaminosa ha sido completamente borrada. La vieja forma de vivir ha quedado atrás, y ya no estamos obligados a servir al pecado. Ahora podemos vivir libres de su dominio. El poder y el control que el pecado ejercía sobre nosotros han sido destruidos, abriendo la puerta para que vivamos una vida en libertad y justicia, conforme a la voluntad de Dios.

Imagina esto: un padre abusa, intimida y regaña a sus hijos. Lo hace todos los días, y los niños están acostumbrados. Un día, los niños vuelven del colegio y entran en la habitación. Esperan que les riña, pero no pasa nada. Su padre yace inmóvil en la silla y ha muerto. El padre ya no puede pecar porque está muerto; lo mismo ocurre con nuestra antigua vida. Nuestra antigua vida está muerta y ya no afecta a nuestra vida presente.

Sin embargo, es posible que aún tengamos que hacer frente a los pecados del pasado. Por así decirlo, nuestra vieja vida tiene convulsiones, y a veces permite que un pensamiento o un placer de pecado se

cuelen en nuestro pensamiento. Pablo nos insta a dejar nuestra vieja vida en la cruz, incluso después del bautismo en agua. Vivimos una vida nueva y debemos dejar atrás nuestra antigua vida.

Y los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. (Gálatas 5:24)

Por tanto, haced morir vuestros miembros que están en la tierra (...). (Colosenses 3:5)

Como nuestro viejo yo ha sido crucificado, el poder del pecado ya no tiene ningún control sobre nuestras vidas. Somos libres del pecado.

Porque el que ha muerto ha sido liberado del pecado (Romanos 6:7)

Nuestro viejo yo ha muerto. Lo segundo que ha sucedido es que hemos sido sepultados en Cristo.

Por eso fuimos sepultados con Él mediante el bautismo en la muerte (...). (Romanos 6:4)

Supongo que todo el mundo ha pasado alguna vez por un cementerio. En el cementerio hay lápidas, y debajo está el ataúd con el difunto. Todo el mundo sabe que el difunto permanece muerto y no puede resucitar de entre los muertos. (Ignoramos por un momento que Dios resucita a todos al final). Nadie espera que alguien vuelva a la vida. Lo mismo ocurre con nuestra antigua vida. Nuestra vieja vida fue crucificada, fue inmolada y ahora está enterrada. No sería razonable que nuestra vieja vida resucitara y volviera a la vida. En Cristo, nuestra vieja vida ha sido enterrada, y permanece enterrada. Nos hemos despedido de nuestra antigua vida. Ha desaparecido.

La tercera cosa que ocurre durante el bautismo es que resucitamos a una vida nueva con Jesucristo.

Por tanto, fuimos sepultados juntamente con Él para muerte por el bautismo, a fin de que, como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. (Romanos 6:4)

Nuestra antigua vida desaparece, pero esto no implica que no nos quede nada después del bautismo. De hecho, recibimos una nueva vida fundada en el Señor Jesús. Ya no vivimos solos, sino con Cristo y el Espíritu Santo, con una nueva forma de vida sagrada. Recibimos la nueva vida como un don de Dios y, al mismo tiempo, Dios nos pide que caminemos en esta nueva vida. En el versículo 5, Pablo profundiza en nuestra nueva vida.

Porque si hemos sido unidos en la semejanza de Su muerte, ciertamente también lo seremos en la semejanza de Su resurrección. (Romanos 6:5)

Nos hemos unido a Jesús en Su muerte; por tanto, también seremos semejantes en Su resurrección. Si te has hecho uno con Jesús, ¿por qué ibas a seguir pecando? ¿Por qué, entonces, no llevarías una vida sagrada? Esta es una pregunta que Pablo hace a la iglesia de Roma (Romanos 6:2). Esto se debe a que nuestra antigua vida ha muerto, por lo que ya no podemos disfrutar del mundo pecaminoso. Hemos sido hechos nuevos y vivimos en Cristo. Somos una nueva creación con una nueva identidad.

Por tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva creación; las cosas viejas pasaron; he aquí que todas son hechas nuevas. (2 Corintios 5:17)

Después del bautismo, te conviertes en una nueva creación. La antigua vida pecaminosa ha desaparecido y ha comenzado la nueva vida sagrada en Cristo. Dios ha dado esta identidad a todos Sus hijos.

Pero Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo ha sido crucificado para mí, y yo para el mundo. Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión ni la incircuncisión sirven de nada, sino una nueva creación. (Gálatas 6:14-15)

Lo único de lo que podemos presumir es de la cruz de Jesús. La cruz significa que el mundo pecaminoso ha sido crucificado por nosotros, y ya no tenemos que mirar a nuestras viejas vidas. Gracias a la cruz, hemos sido redimidos del pecado. Vengas de donde vengas, sea cual sea tu origen, todos nos hemos convertido en nuevas creaciones en Cristo.

En Colosenses 3, Pablo explica lo que significa matar nuestra vieja vida y revestirnos de nuestra nueva vida. Ya no debemos andar en fornicación, impureza, codicia, avaricia, ira, enojo, calumnia y lenguaje

obsceno. Podemos caminar en compasión, bondad, humildad, amabilidad, paciencia, perdón, gratitud y amor. Somos conscientes de los asuntos anteriores.

Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. (Colosenses 3:1-3)

Probablemente hayas visto pulseras en las que pone WWJD. Es la abreviatura de ¿Qué haría Jesús? Preguntándote esto, sabrás lo que está bien o mal. ¿Qué le haría Jesús a un vagabundo? ¿Qué haría Jesús en esta situación? Pablo dice en Colosenses que debemos buscar y considerar las cosas de arriba, donde está Cristo. Puesto que ahora vivimos en Cristo, también conviene que pensemos y hagamos las cosas de Cristo y dejemos los pecados y las distracciones del mundo. Hacemos esto porque somos nuevas creaciones; creemos en las cosas de Jesús y estamos llenos del Espíritu Santo.

Al nacer de nuevo, estás en Cristo. Dios te ha dado una nueva identidad sagrada, y vives en un nuevo reino: el Reino de Dios. En este Reino están las personas que Dios designó como tuyas, y tú eres un ciudadano (1 Pedro 2:9). Pertenece a Dios y puedes parecerte cada vez más a Dios y a Jesús.

Porque a los que antes conoció, también los predestinó a ser conformes a la imagen de su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos. (Romanos 8:29)

Pasos para estar en Cristo

¿Cómo podemos caminar en Cristo? Es esencial darse cuenta de que ésta es la identidad en la que Dios nos coloca. Cuando nacemos de nuevo, estamos en Cristo. Nuestro trabajo consiste en reconocerlo y aplicarlo en nuestras vidas. Como ahora vivimos con Jesús y el Espíritu Santo, deseamos dejar de pecar y vivir vidas sagradas. El paso más crucial para estar en Cristo es el bautismo en agua. Mediante el bautismo en agua, entramos en Cristo y somos igualados en Su muerte, sepultura y resurrección. Después, el Espíritu Santo nos guía y recibimos Su poder para caminar en nuestra nueva vida en Cristo. Además, la Biblia nos llama a matar nuestros deseos y concupiscencias terrenales y a renovarnos continuamente para parecernos cada vez más a Jesús.

En Cristo: Una vida con autoridad

Estar en Cristo no sólo significa que vivimos vidas sagradas y nos parecemos a Jesús en Su justicia. También significa que, en Cristo, se nos ha dado poder y autoridad para proclamar el Evangelio del Reino en la Tierra. Cuando el Señor Jesús resucitó de entre los muertos, instruyó a los discípulos a los que se apareció y les habló del Reino de Dios.

Jesús se acercó y les habló diciendo: “Se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a observar todo lo que os he mandado. (Mateo 28:18-19)

El Señor Jesús tiene toda autoridad en el cielo y en la tierra. Todo está sometido al Señor Jesús; por eso podemos ir y enseñar a la gente. El Señor Jesús no tiene un poco de poder ni es un poco más poderoso que el diablo y los demonios; Jesús tiene toda la autoridad y está muy por encima del diablo y de los demonios. Estamos en Cristo, y eso significa que estamos junto con Cristo por encima de los demonios y del diablo. Jesús nos ha dado autoridad para curar a los enfermos, por ejemplo. Nuestro espíritu está en los cielos junto con Jesús.

(...) y nos resucitó juntamente con él, y nos hizo sentar juntos en los lugares celestiales con Cristo Jesús, (...). (Efesios 2:6)

Ya ha sucedido. Por los lugares celestiales, debemos pensar en diferentes zonas del cielo. Por ejemplo, hay una parte en la que el diablo y los demonios tienen voz y voto (Efesios 2:2). El Señor Jesús y Dios Padre están sentados en la parte suprema de los reinos, y nosotros en Cristo también estamos sentados allí. Así como Cristo está por encima de todo poder, fuerza y dominio, nosotros en Cristo también estamos por encima de todo poder, fuerza y dominio.

(...) y cuál es la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación de su fuerza poderosa, que obró en Cristo resucitándole de entre los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, muy por encima de todo principado y poder y fuerza y dominio, y de todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero. Y sometió todas las cosas bajo sus pies, y le dio por cabeza sobre todas las cosas a la Iglesia, que es su

cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo. (Efesios 1:19-23)

En Efesios 1, Pablo explica el poder otorgado a los creyentes. El poder que hizo que Jesús resucitara de entre los muertos está presente en los creyentes y, como resultado, nos hemos convertido en una nueva creación. No somos impotentes en la tierra, sino que estamos llenos de poder y autoridad. Se trata de un poder otorgado por Dios a los que creen. Dios nos ha dado algunos reinos de autoridad y poder para gobernar sobre estos reinos en Cristo. Llegaremos a estas partes en los capítulos siguientes, que incluyen curar a los enfermos y expulsar a los demonios. Ahora Jesús está sentado a la derecha de Dios Padre y está muy por encima de todos los poderes y fuerzas. Puesto que estamos en Cristo, también estamos muy por encima de todos los poderes y fuerzas. Todavía tenemos que luchar contra esos poderes (Efesios 6:10-18), pero debemos saber que podemos vencerlos si permanecemos en Cristo.

Jesús recibió toda la autoridad de Dios Padre. Jesús también tiene toda la autoridad sobre la Iglesia, pues Él es la cabeza de la Iglesia y, por tanto, la dirige y dice lo que debe hacerse. El Señor Jesús ha delegado en los creyentes la autoridad que recibió de Dios Padre. Esto no implica que un creyente pueda reclamarlo y manifestarlo todo, porque Jesús ha puesto límites a nuestra autoridad. Sin embargo, sí significa que Jesús nos ha dado ámbitos para ejecutar la autoridad. Algunos ámbitos se conceden a todos los creyentes, como curar a los enfermos, y otros se conceden a creyentes individuales, como un padre sobre su familia o un pastor sobre su congregación. Jesús nos ha dado autoridad, y nosotros la hemos recibido porque estamos en Cristo. En lo que queda de este capítulo, examinaremos qué significa bíblicamente la autoridad y cómo funciona en el Reino de Dios.

Cuando el Señor Jesús andaba por la tierra, se le acercó un centurión (un rango del ejército romano) para pedirle que curara a su criado.

Entrando Jesús en Capernaum, vino a él un centurión, rogándole, y diciendo: Señor, mi criado está postrado en casa, paralítico, gravemente atormentado. Y Jesús le dijo: Yo iré y le sanaré. Respondió el centurión y dijo: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; solamente di la palabra, y mi criado sanará. Porque también yo soy hombre bajo autoridad, y tengo bajo mis órdenes soldados; y digo a este:

Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace.”
(Mateo 8:5-9)

En el ejército romano, todos están sometidos al emperador. Todos deben escuchar al emperador. Sin embargo, el emperador no puede ordenar personalmente a todos que hagan algo. Por eso, el emperador nombraba hombres bajo su autoridad y les delegaba cierta autoridad para controlar a las personas que estaban bajo sus órdenes. También encontramos esto en el ejército estadounidense. Por ejemplo, conocemos los rangos de general, coronel, mayor, capitán, teniente, cabo, etc. Todos rinden cuentas al que está por encima de ellos, de quien reciben autoridad sobre los que están por debajo. El centurión vivía en un sistema así; por eso sabía que estaba bajo la autoridad de sus superiores y tenía soldados a sus órdenes. Observó que los soldados le escuchaban y hacían lo que él decía. El centurión sabía que esto era así no sólo en el mundo físico, sino también en el espiritual. Esto funciona de forma similar en el Reino de Dios, y el centurión lo vio desde la autoridad de Jesús. Así funciona también para nosotros. Todos estamos bajo la autoridad de Dios y hemos recibido autoridad de Dios para que los que están bajo nosotros hagan lo que decimos. Entonces, ¿quién está bajo nosotros? Si estamos en Cristo, lo que/los que están bajo nosotros son todos los poderes, la autoridad y el dominio en el mundo espiritual. Cuando Dios nos da una misión, también nos da los medios y la autoridad para llevarla a cabo. Ya vemos esto en el ministerio que Jesús dio a Sus discípulos.

Y llamando a sus doce discípulos, les dio poder sobre los espíritus inmundos, para expulsarlos y para curar toda enfermedad y toda dolencia. (Mateo 10:1)

El Señor Jesús no sólo hizo esto con estos doce discípulos. Más tarde se les unieron otros setenta. Se les dio la misma misión.

Después de esto, el Señor designó también a otros setenta, y los envió de dos en dos delante de Él a todas las ciudades y lugares adonde Él mismo iba a ir. Y les dijo: “Verdaderamente la mies es mucha, pero los obreros pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que envíe obreros a su mies. (...) Curad allí a los enfermos y decidles: ‘El Reino de Dios se ha acercado a vosotros’ (Lucas 10:1-9)

De la misma manera que Jesús dio a estos discípulos el poder de expulsar a los demonios y curar cualquier enfermedad, el Señor Jesús también da hoy a Sus seguidores el poder de curar a los enfermos y expulsar a los demonios. Para los creyentes es normal que se produzcan estos signos. (Marcos 16:17-18). Es lo que Dios quiere dar a todos los creyentes, y nuestro trabajo consiste en orar por obreros que utilicen su autoridad. Además, ¿de qué sirve que los obreros no tengan herramientas, no se les permita hacer nada y no puedan hacer nada? Doy gracias a Dios para que podamos hacer lo mismo que los discípulos y hacer lo mismo que Jesús.

Os aseguro que el que cree en Mí, las obras que Yo hago, él también las hará; y mayores que éstas hará, porque Yo voy al Padre. (Juan 14:12)

Jesús tiene todo poder y autoridad, y nos ha otorgado ese mismo poder y autoridad para hacer las obras que Él hizo, e incluso mayores. Al estar en Cristo, tenemos la capacidad y el llamado de llevar a cabo las mismas acciones que Él realizó durante su tiempo en la tierra. Esto es posible porque Su Espíritu vive en nosotros, capacitándonos para continuar Su obra y manifestar Su gloria en el mundo.

Pasos para estar en Cristo

Dios nos ha puesto en Cristo, y ésa es la identidad que hemos recibido. Dios nos ha dado el poder y la autoridad para realizar milagros. Para ejercer esta autoridad correctamente, es fundamental obedecer a Dios y comprender tanto el propósito como el motivo por el cual nos ha dado dicha autoridad. Logramos esto estudiando la Biblia, observando las enseñanzas y el ejemplo de Jesús, y buscando conocer la voluntad de Dios en cada situación. Además de la guía general que encontramos en las Escrituras, el Espíritu Santo puede revelarnos aspectos específicos de Su voluntad para nuestras vidas. Por eso, es esencial aprender a escuchar al Espíritu Santo con atención y sensibilidad. Una vez que comprendemos Su dirección, nos posicionamos en fe, confiando plenamente en el milagro que Dios está por realizar.

Dado que esta autoridad nos ha sido dada en Cristo, es crucial haber nacido de nuevo y haberse bautizado. Más adelante en este libro, exploraremos en profundidad áreas específicas de la autoridad que Dios otorga a los ciudadanos de Su Reino, como sanar a los enfermos y expulsar demonios.

Resumen

Cuando nacemos de nuevo, somos incorporados en Cristo. Nuestra antigua vida de pecado queda atrás, y, a partir del bautismo, comenzamos a vivir una nueva vida sagrada en comunión con el Señor Jesús y el Espíritu Santo. Lo viejo ha pasado, y lo nuevo ha llegado. Esto significa que ya no estamos esclavizados por el pecado, sino que, mediante el poder del Espíritu Santo, podemos vivir una vida santa. Por eso, Pablo nos exhorta a dejar atrás las obras de la carne y a hacer morir el pecado en nosotros, para así vivir plenamente en santidad en Cristo.

Además, en Cristo, recibimos una nueva identidad y autoridad. Dios nos ha dado poder para expulsar demonios, sanar a los enfermos y proclamar Su Reino. Como obreros de Dios, estamos llamados a participar en Su cosecha, llevando Su luz al mundo. Para cumplir esta misión, Él nos ha equipado con herramientas espirituales y con la autoridad necesaria para llevar a cabo Su obra. Estar en Cristo no solo define nuestra identidad como creyentes, sino que también nos capacita para caminar en esa identidad, cumpliendo el propósito para el cual fuimos llamados.

C8 SANACIÓN Y LIBERACIÓN

Milagros y señales. Es hermoso ver a Dios obrando, y por eso los servicios de evangelización, sanación y liberación son tan fabulosos. Servimos a un Dios poderoso que desea bendecirnos abundantemente y que tiene en cuenta nuestros mejores intereses. Servimos a un Dios de salvación, sanación y liberación. No sólo los pastores o las personas importantes pueden sanar y liberar; Dios ha concedido estas bendiciones a todos Sus seguidores.

Bendice al Señor, alma mía, y no olvides todos Sus beneficios: Que perdona todas tus iniquidades, Que cura todas tus enfermedades (...). (Salmo 103:2-3)

En este capítulo estudiamos la redención de la muerte, la sanación de nuestras enfermedades y la liberación de los demonios. Cada tema requiere más páginas de texto para dar una comprensión completa, pero este capítulo sólo trata brevemente estos temas. Somos conscientes de que hay mucho más que escribir sobre este tema.

Redención de la muerte

Dios nos ha redimido de la muerte. Pero, ¿cómo es posible? Hasta ahora, todo el mundo ha muerto, y todo el mundo exhalará su último aliento en algún momento. Esto se debe a que Dios habla de dos tipos distintos de muerte. La primera muerte es la que experimenta todo el mundo. En algún momento, el cuerpo se agota y la persona fallece. Su cuerpo permanece en la tierra, y éste es enterrado o incinerado. La segunda muerte es una muerte espiritual, una separación eterna de Dios Padre. La Biblia proclama dos clases de muerte, como leemos en el Apocalipsis.

Entonces la Muerte y el Hades fueron arrojados al lago de fuego. Ésta es la muerte segunda. Y todo el que no se halló inscrito en el Libro de la Vida fue arrojado al lago de fuego. (Apocalipsis 20:14-15)

Todo el mundo experimenta la primera muerte, tengas o no fe en Dios. Sin embargo, no todo el mundo experimenta la segunda muerte; hay una excepción, y son las personas que están escritas en el Libro de la Vida. Éstos son los seguidores de Jesús, y por la justicia de Jesús, son redimidos de la segunda muerte.

Juan escribe sobre cosas futuras en la carta del Apocalipsis. Puedes encargar el libro “Una revelación del final de los tiempos: Por qué el Rapto de la Pre-Tribulación es Bíblico” de nuestra tienda web para saber más sobre esto. Juan habló aquí de la muerte y del reino de la muerte (Hades). La muerte será destruida para siempre al final del cielo y la tierra actuales y no volverá a suceder. El Hades será arrojado al lago de fuego (infierno), y éste será un destino eterno. El Hades ya está aquí hoy, y es una sala de espera donde los muertos aguardan el juicio de Dios. Tras el juicio de Dios, todos los presentes en el Hades serán arrojados al infierno. Ésta es la muerte segunda. Nadie escapa de ella, salvo los que están inscritos en el Libro de la Vida. Leamos algunos versículos sobre la muerte segunda y veamos cómo entra el nombre de una persona en el Libro de la Vida.

Pero los cobardes, los incrédulos, los abominables, los asesinos, los fornicarios, los hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda. (Apocalipsis 21:8)

Dios advierte a la gente en Apocalipsis 21:8. En la presencia de Dios hay un futuro fantástico. Sin embargo, las personas de la lista anterior no participarán en este futuro; serán arrojadas al lago de fuego y azufre. ¡Qué futuro tan horrible! La clave es llegar al mayor número posible de personas con el Evangelio del Reino y decirles que pueden ser redimidas de la segunda muerte. El siguiente texto bíblico ilustra la misma idea.

¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios. (1 Corintios 6:9-10)

Cuando hablamos del Reino de Dios en el texto anterior, no debemos pensar en el Reino actual en el que vivimos hoy. Se refiere al Reino futuro, que será eterno, donde Dios habitará con las personas. De nuevo, una lista de personas que no participarán en esto. No disfrutarán de la eternidad con Dios. Gálatas 5:21 y Efesios 5:5 también enumeran a las personas que no obtendrán el Reino. Simultáneamente, el siguiente versículo de Corintios expresa esperanza. Quizá puedas identificarte con

algo del resumen anterior. Por la gracia de Dios, es factible dejar de ser fornicario, idólatra, adúltero, etc., y vivir una vida completamente nueva en Cristo. De hecho, Pablo escribió a la iglesia de Corinto:

Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios. (1 Corintios 6:11)

Pablo dice que algunas personas no vivieron rectamente, pero fueron limpiadas y santificadas por Dios, algo que estudiamos en los capítulos anteriores. Por tanto, un fornicador puede convertirse en santo. Esto se consigue mediante el sacrificio de Jesús y Su perdón de los pecados.

Para ser redimidos de la segunda muerte, la clave es vivir en Cristo y aplicar esto en nuestras vidas. No debemos servir a los pecados de este mundo, sino vivir como santos. De nuevo, este libro no pretende mostrar cómo salvarse con las condiciones mínimas. Este libro quiere ilustrar cómo conseguir el máximo rendimiento con Dios. No sé quién se salvará o no de la muerte segunda; eso depende de Dios. Sin embargo, 1 Corintios 6 nos muestra una importante advertencia que no debemos tomar a la ligera.

Dios quiere redimirnos de la muerte segunda. La implicación es que no seremos arrojados al lago de fuego, sino que se nos permitirá caminar y vivir con Dios en el cielo y la tierra nuevos. Sólo podremos hacerlo si nuestros nombres están escritos en el Libro de la Vida. Se trata de un libro en el que Jesús escribió los nombres de Sus seguidores. Son Sus creyentes que han resistido hasta el final. Ser redimido de la muerte significa tener vida eterna con Dios. Cuando un creyente experimenta la primera muerte y abandona su traje terrenal, entra en el cielo y vivirá para siempre. Veamos algunos versículos sobre esta vida gloriosa.

Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido. Tampoco había ya mar. Entonces yo, Juan, vi la ciudad santa, la Nueva Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, preparada como una novia ataviada para su esposo. Y oí una gran voz del cielo que decía He aquí que el tabernáculo de Dios está con los hombres, y Él habitará con ellos, y ellos serán su pueblo. Dios mismo estará con ellos y será su Dios. Y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos; ya no habrá muerte, ni dolor, ni llanto. No habrá más dolor, porque las primeras cosas han pasado. Y el que estaba sentado en

el trono dijo: He aquí que yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo Escribe, porque estas palabras son verdaderas y fieles. (Apocalipsis 21:1-5)

Llegará un futuro fantástico en el que podremos vivir con Dios para siempre. Será mejor de lo que podemos imaginar. Todo será nuevo, y ya no existirán el dolor, la tristeza ni los problemas. ¿Estás deseando que llegue ese momento?

El Señor Jesús hablaba a menudo de la vida eterna y decía que la gente sólo obtiene la vida eterna si cree en Él.

El que cree en el Hijo tiene vida eterna; y el que no cree en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él. (Juan 3:36)

La fe implica no sólo que una persona crea que Jesús vivió, sino también la obediencia. Por eso la segunda parte de este versículo dice que los que desobedecen (es decir, no tienen fe) no verán la vida eterna. Creer en el texto anterior significa que obedecemos las palabras de Dios, aceptamos Su testimonio y somos fieles a Sus palabras. Entonces, Dios nos dará la vida eterna.

Caminar en la Redención de la Muerte

El que cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado de Su Hijo. Y éste es el testimonio: que Dios nos ha dado la vida eterna, y esta vida está en Su Hijo. El que tiene al Hijo tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida. Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna y para que sigáis creyendo en el nombre del Hijo de Dios. (1 Juan 5:10-13)

En este párrafo, ya hemos observado algunas áreas por las que podemos caminar para ser redimidos de la muerte. Por supuesto, lo importante es tener fe en el Señor Jesús. Además, la Biblia nos advierte de que algunas personas, como los fornicarios y los ladrones, no alcanzan el Reino de Dios, sino que son arrojadas al lago de fuego. Por último, estudiamos un aspecto más: la perseverancia. A menudo se dice: “Una vez salvo, siempre salvo”, pero esto no es bíblico. La Biblia advierte de que aún podemos perder la salvación. Por tanto, es esencial perseverar en la fe y seguir corriendo la carrera de principio a fin.

Y a vosotros, que en otro tiempo estabais alienados y erais enemigos en vuestra mente por obras inicuas, ahora os ha reconciliado en el cuerpo de su carne mediante la muerte, para presentaros santos e irreprehensibles e irreprochables delante de él, si es que en verdad permanecéis en la fe, cimentados y firmes, y no os desviáis de la esperanza del Evangelio que oísteis, el cual fue predicado a toda criatura bajo el cielo, del cual yo, Pablo, fui hecho ministro. (Colosenses 1:21-23)

El texto anterior revela la condición para la vida eterna: una fe firme y establecida. Por supuesto, no podemos hacerlo solos, pero el Señor Jesús nos ayuda, como muestra el texto siguiente.

Confiado en esto mismo: en que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo. (Filipenses 1:6)

Que, con el Señor Jesús, vivamos hoy de manera santa e intachable, permaneciendo constantemente en la presencia de Dios y obedeciéndole fielmente, tanto en este día como en el futuro. También debemos comprometernos a cumplir Su voluntad hoy, asegurándonos así de permanecer unidos a Él para siempre.

Y el mundo pasa, y sus concupiscencias; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre. (1 Juan 2:17)

Sanación de enfermedades

En el Reino de Dios hay salud y sanación. Lo primero importante es vivir sanamente y tratar bien nuestro cuerpo para mantenernos sanos. Si se producen enfermedades debido a un uso poco saludable o enfermedades contra las que no podemos hacer nada, Dios, por Su gracia, quiere curarnos de las enfermedades. Tratamos este tema brevemente.

¿Cómo podemos saber que Dios quiere curarnos? Dios se ha dado a Sí mismo Nombres para darse a conocer a nosotros. El Señor Dios nos dice que Él es nuestro Sanador.

Y dijo Si atendéis diligentemente a la voz del Señor, vuestro Dios, y hacéis lo recto ante sus ojos, prestando oído a sus mandamientos y guardando todos sus estatutos, no haré recaer sobre vosotros ninguna de las enfermedades que hice recaer sobre los egipcios. Porque yo soy el Señor que os cura. (Éxodo 15:26)

Dios se nos manifiesta como Sanador. Éxodo es un libro del Antiguo Testamento y no forma parte del nuevo pacto de Dios (incluidas las bendiciones de las que hablamos). Si Dios ya había incluido esto en el antiguo pacto, sin duda lo incluiría en Su nuevo pacto.

Así servirás al Señor, tu Dios, y Él bendecirá tu pan y tu agua. Y quitaré la enfermedad de en medio de ti. (Éxodo 23:25)

Si servimos y obedecemos a Dios, Él eliminará todas las enfermedades. ¡Tenemos un Sanador! Leamos algunos versículos que nos harán saber que en el Reino de Dios hay salud y sanación.

Bendice, alma mía, al Señor, Y no olvides todos Sus beneficios: Que perdona todas tus iniquidades, Que cura todas tus enfermedades (...). (Salmo 103:2-3)

Dondequiera que entraba en las aldeas, en las ciudades o en el campo, ponían a los enfermos en las plazas y le rogaban que les permitiera tocar tan sólo el borde de su manto. Y todos los que le tocaban quedaban sanos. (Marcos 6:56)

Mas Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre Él, y por su llaga fuimos nosotros curados. (Isaías 53:5)

Jesús le dijo: “Si puedes creer, todo es posible para el que cree. (Marcos 9:23)

Quien llevó Él mismo nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, muertos a los pecados, vivamos a la justicia; por cuya herida fuisteis sanados. (1 Petrus 2:24)

¿Está enfermo alguno de vosotros? Entonces debe llamar a los ancianos de la Iglesia y ellos deben orar sobre él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor; y la oración ofrecida con fe restablecerá al enfermo, y el Señor lo resucitará. (Santiago 5:14-15)

La salud y la sanación son bendiciones del Reino de Dios, y Dios quiere que caminemos en ellas. Las curaciones no son exclusivas de la época de Jesús o de los apóstoles, sino que también están disponibles hoy en

día. He visto muchas curaciones y las he experimentado yo mismo. ¡Dios es el mismo ayer, hoy y por toda la eternidad! Dios quiere sanarnos de nuestras enfermedades. Tanto si tenemos un ligero dolor de cabeza en una ocasión como un problema grave de salud, Dios quiere liberarnos de la enfermedad. En el futuro Reino de Dios, el Reino milenario, no habrá enfermedades y la muerte será rara. Todos vivirán sus días, y muchos vivirán mil años. Hoy, los seguidores de Jesús ya viven en el Reino espiritual de Dios, y Dios da la promesa de salud y sanación. Lo vemos en el libro de Santiago, donde Santiago dice que la oración fiel sanará al enfermo. Santiago no dijo: “Quizá te sanes” o “Ayuna primero para ver si es voluntad de Dios que te sanes”, sino que Santiago dijo: “El enfermo sanará”. Para Santiago, no había duda de que Dios quería hacerlo. Por último, aconsejo al médico que lo determine después de que la enfermedad se haya curado. Esto aumenta el valor del testimonio, que no es incredulidad, sino que se encuentra en la Biblia.

Entrando en cierta aldea, le salieron al encuentro diez hombres leprosos, que estaban de pie a lo lejos. Y alzando la voz, dijeron Jesús, Maestro, ¡ten piedad de nosotros! Al verlos, les dijo Id, mostraos a los sacerdotes. Y así fue como, mientras iban, quedaron limpios. (Lucas 17:12-14)

Caminar en la sanación

El primer paso para la sanación es creer que Dios te curará y puede curarte. En las curaciones de Jesús, podemos leer que la fe estableció la sanación.

Pero Jesús, volviéndose y viéndola, dijo: “Hija, ten valor; tu fe te ha sanado”. Al instante, la mujer quedó sana. (Mateo 9:22)

Antes de que pueda producirse la bendición de la sanación, la fe es esencial. Puedes construir la fe estudiando la Palabra de Dios y escuchando los testimonios de los demás. Tener fe implica algo más que esperar que las cosas salgan bien. Significa comprometerse activamente con Dios y decir adiós a la enfermedad. Es confiar en que Dios nos ha hecho sanos mediante el sacrificio de Jesús y que, por tanto, la enfermedad no tiene derecho sobre nuestras vidas. La enfermedad es una intrusa ilegal y debe desaparecer, y podemos hablar contra ella y dar gracias a Dios por la salud que hemos recibido de Él en nuestra nueva vida.

Porque de cierto os digo que cualquiera que diga a este monte: Quítate y échate al mar, y no duda en su corazón, sino que cree que se harán las cosas que dice, tendrá lo que diga. Por eso os digo que todo lo que pidáis orando, creed que lo recibiréis, y lo tendréis. (Marcos 11:23-24)

Te recomiendo que leas repetidamente el texto anterior. En él se afirma un gran milagro, y Dios nos creó para hablar contra la montaña (por ejemplo, la enfermedad). Si no dudamos en nuestro corazón, ocurrirá. Leemos que la sanación y la salud son la voluntad de Dios para todos. Por tanto, podemos saber que deseamos en oración la sanación y la salud. Quiero darte muchos más consejos y sugerencias sobre este tema, pero desgraciadamente no es posible hacerlo en el formato de este libro.

Liberación de los demonios

La siguiente bendición que tratamos es la liberación de los demonios. Los demonios son seres espirituales que buscan un hogar, un ser humano, para vivir. Por eso, los demonios pueden poseer a una persona, o un demonio puede influir en la vida de una persona. Por ejemplo, los demonios pueden entrar a través de lo siguiente:

- Pecados repetidos o pecados graves.
- Relaciones sexuales fuera del matrimonio entre marido y mujer.
- Ocultismo, como adivinación, horóscopos, cartas del tarot, invocación de espíritus, yoga, etc.
- Adoración de demonios o ídolos.
- Cosas equivocadas que han hecho los antepasados.
- Maldiciones.
- Desviaciones de la sana doctrina. (En la Biblia, esto también se llama doctrina de los demonios).
- Adicciones.
- Embriaguez.

Esto puede ocurrir cuando alguien aún no es creyente y también cuando alguien es creyente. Por eso, es esencial tener siempre cuidado de no abrir la puerta a los demonios. Si alguien padece a causa de demonios o cosas sobrenaturales, hay buenas noticias: en el nombre de Jesús, los demonios se irán, porque Jesús quiere liberarnos de los poderes demoníacos. Lo vemos en la vida de Jesús y de los discípulos. La gente fue liberada de espíritus inmundos (demonios).

Porque espíritus inmundos, clamando a gran voz, salían de muchos endemoniados; y muchos paralíticos y cojos quedaban curados. (Hechos 8:7)

(...) que venían a oírle y a ser curados de sus enfermedades, así como los que estaban atormentados por espíritus inmundos. Y quedaron curados. (Lucas 6:17-18)

Muchas personas han sido liberadas de espíritus malignos enviándolos lejos en el nombre de Jesús. Mediante la autoridad que hemos recibido de Jesús, podemos decir a los demonios en nombre de Jesús que abandonen a las personas. Es una bendición del Reino de Dios que las personas sean liberadas del demonismo y queden libres.

Pero si yo expulso los demonios con el dedo de Dios, ciertamente ha llegado a vosotros el Reino de Dios. (Lucas 11:20)

Por así decirlo, las personas se liberan de las cadenas y salen de la cárcel. A causa de los demonios, las personas se encuentran atadas y pueden vivir una vida de soledad, miedo, enfermedad, drogas, alcohol, orgullo, adicción, ira u otros problemas desagradables. Los demonios encierran a una persona en una jaula y le hacen vivir una vida en la que necesita algo para sentirse adecuada en un momento determinado. Los demonios prefieren destruir a las personas e influir en otras a través de ellas (Marcos 5:1-13). Es una prisión espiritual. Cuando Jesús vino a la Tierra, había venido para liberar a las personas de esta prisión espiritual.

El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar el Evangelio a los pobres; me ha enviado a curar a los quebrantados de corazón, a proclamar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos, a proclamar el año agradable del Señor. (Lucas 4:18-19)

Jesús vino a predicar la liberación: libertad de los pecados, las adicciones, la ley y el demonismo. El Rey predica a los presos para que sean libres y se rompan sus grilletes espirituales. El pecado y el enemigo no tienen por qué guiarnos; podemos vivir libremente en el Reino de Dios. Estamos destinados a ser libres. Los demonios no pueden influir en un hijo o hija de Dios.

Por tanto, si el Hijo os hace libres, seréis verdaderamente libres. (Juan 8:36)

Vivir en liberación de los demonios

Dios quiere que Sus hijos estén libres de demonios. Dios quiere dar esta bendición a todos, como todas las demás bendiciones. Si sufres de demonismo, pecado o adicción, lo importante es que se lo expreses a Dios y le pidas que te libere. Puedes orar para que te libere, pero también puede ayudarte confiar en otras personas y compartir el problema. En muchas iglesias tienes buenos hermanos y hermanas con experiencia en liberación, y ayuda hablar con ellos para exponerles los problemas y pedirles oración.

Por último, me gustaría dar algunos consejos para liberarse del demonismo. El primer consejo es evitar abrir puertas a los demonios. Dios ha dado a todos los cristianos que han nacido de nuevo todos los poderes sobre los demonios, pero, al mismo tiempo, es mejor no permitir que el diablo y los demonios entren en primer lugar.

Y llamando a sus doce discípulos, les dio poder sobre los espíritus inmundos, para expulsarlos y para curar toda enfermedad y toda dolencia. (Mateo 10:1)

El segundo consejo es hablar contra las influencias demoníacas. La Biblia dice que los demonios abandonaron a la gente porque Jesús habló (una palabra). Habla con fe y autoridad, y los demonios se irán.

El tercer consejo consiste en eliminar las influencias a través de las cuales han entrado los demonios. Puedes pensar en estatuas de Buda, horóscopos o piedras. Si los demonios han entrado a través de pecados repetidos, malos pecados o relaciones sexuales, es necesario poner fin a estos pecados y relaciones y tomar la decisión de vivir sagradamente ante Dios. En cuanto a sucesos ancestrales o maldiciones, es importante romper estas maldiciones y pronunciar la bendición de Dios sobre tu vida.

El cuarto consejo es perdonar a las personas que nos han hecho daño. Habíamos leído que Dios sólo puede perdonarnos si nosotros también perdonamos a los demás. Si seguimos caminando en la falta de perdón, puede obstruir significativamente el proceso de liberación.

El quinto consejo es que busques a personas con experiencia y les pidas que te guíen para liberarte de los demonios. Dios nos ha dado

a cada uno de nosotros para animarnos, consolarnos y ayudarnos mutuamente. Acude al equipo pastoral y sé sincero sobre los problemas.

Resumen

En el Reino de Dios, somos redimidos de la muerte espiritual. Ya no tenemos que vivir una vida aislados de Dios en un lugar aterrador. Se nos permite vivir una vida en presencia de Dios. Además, podemos vivir con salud durante nuestro tiempo en la Tierra. Dios quiere curar a todo el mundo y quiere tocar a las personas que están enfermas, haciendo que reciban la salud. Lo más importante para curarse es tener fe en la sanación. Por último, Dios quiere liberarnos para que no estemos bajo la influencia del diablo y los demonios. A través de las puertas abiertas pueden entrar los demonios y, en el nombre de Jesús, podemos echarlos. Es vital ser consciente de las puertas abiertas a los demonios y cerrarlas inmediatamente.

C9 VIVIR EN LA BENDICIÓN DE DIOS

Imagina que eres padre y tienes hijos. ¿Qué te gustaría que les ocurriera a tus hijos? Todo buen padre quiere que sus hijos prosperen y descubran a Jesús. Además, queremos que nuestros hijos estén sanos, vayan bien en la escuela y hagan amigos. Cuando sean mayores, esperamos que tengan un trabajo reputado y excelente, que sean bendecidos con una pareja e hijos, y que puedan permitirse una casa bonita. En resumen: esperamos que nuestros hijos sean bendecidos. No sería sano que un padre esperara que sus hijos enfermaran todos los días, tuvieran una vida terrible o vieran cómo se quedan solos. Dios es un Dios bueno y quiere darnos buenos regalos. Si un buen padre “normal” ya quiere que sus hijos estén felices y alegres, ¿cuánto más quiere Dios proporcionarnos cosas buenas?

Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, encuentra; y al que llama, se le abrirá. ¿Qué hombre hay entre vosotros que, si su hijo le pide pan, le dé una piedra? ¿O si le pide un pez, le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará cosas buenas a los que se las pidan. (Mateo 7:7-11)

En este capítulo examinamos las bendiciones y las maldiciones. Dios quiere bendecirnos y no quiere maldecirnos. Sin embargo, a menudo se piensa que Dios trae la maldición sobre Sus hijos. Por ejemplo, se dice: “Dios te maldice con esta enfermedad”, “Debes saber que vivirás en la pobreza si trabajas por el Reino de Dios” o “Si empiezas con Dios, debes saber que empieza la miseria”. Por el contrario, Dios quiere bendecirnos con buenos dones.

La bendición y la maldición

El libro de Gálatas afirma que Dios nos ha liberado de la maldición y nos ha puesto bajo la bendición.

Cristo nos ha redimido de la maldición de la ley, habiéndose convertido en maldición por nosotros (pues está escrito: Maldito todo el que cuelga de un madero), para que la bendición de Abraham llegara a los gentiles en Cristo Jesús, a fin de que recibiéramos la promesa del Espíritu mediante la fe. (Gálatas 3:13-14)

En el Reino de Dios, experimentamos la bendición de Dios. Hemos sido liberados de la maldición contenida en la ley y colocados bajo la bendición de Abraham. Antes de hablar de ello, en esta sección examinaremos lo que implican la bendición y la maldición.

La maldición procede de la palabra griega “*kataras*”, que significa “perdición”, “maldición” o “problema”. La frase implica una súplica o un deseo a costa de alguien. Si volvemos al principio de la Biblia, vemos que la maldición se produjo porque Adán y Eva desobedecieron a Dios. Como consecuencia, la mujer debe dar a luz penosamente y la tierra es maldecida, dejando al hombre que se esfuerce por conseguir comida (Génesis 3). La maldición influye en una cosa que debe realizarse con esfuerzo. Aquí se pueden considerar muchas cosas diferentes; esto no sólo se aplica a ganar el pan y el dinero. Cuando leemos la Biblia, leemos sobre Moisés y el pueblo de Israel. El pueblo podía elegir entre la bendición de Dios o la maldición. Si obedecen a Dios, reciben una bendición; si desobedecen a Dios, reciben una maldición.

Maldito el que no confirme todas las palabras de esta ley. Y todo el pueblo dirá: ¡Amén! (Deuteronomio 27:26)

Entonces, ¿con qué está maldito el hombre? La mayor maldición es que el hombre ya no puede vivir con Dios y, en consecuencia, vive separado para siempre de Dios. Gracias a la obra de Jesús, todo cristiano nacido de nuevo es redimido de esta gran maldición. Pero, al mismo tiempo, la maldición también afecta a otras partes de nuestra vida. No sólo implica adversidad espiritual, sino también adversidad material. Esta visión de conjunto se encuentra en Deuteronomio 28, a partir del versículo 15. Enumeramos varias maldiciones después de haber tratado la bendición.

En contraste con la maldición, tenemos la bendición de Dios. Dios quiere bendecirnos, y lo primero que hizo Dios con el hombre fue bendecirlo.

Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Entonces Dios los bendijo, y les dijo Sed fecundos y multiplicaos; llenad la tierra y sometedla; dominad a los peces del mar, a las aves del cielo y a todo ser viviente que se mueve sobre la tierra. (Génesis 1:27-28)

Antes de que el hombre pudiera hacer algo o proporcionar algo a Dios, Dios ya le había bendecido. No hay nada que el hombre pueda hacer o

realizar que obligue a Dios a bendecirle. Es libre albedrío de Dios bendecir al hombre, y Dios quiere bendecir a todos los que le son obedientes. Seas hombre o mujer, joven o viejo, o vengas del país que vengas, Dios quiere bendecirte. ¡Tenemos un Dios bueno!

La bendición de Dios no sólo se aplica a las cosas espirituales, sino también a aquellas que son materiales. Dios quiere bendecirnos física, espiritual, emocional, relacional y económicamente. Según el diccionario, bendecir significa “favorecer” o “dar en abundancia”. Dios quiere proveernos de abundancia y darnos cosas (espirituales) de acuerdo con Su riqueza.

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, tal como nos eligió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos y sin mancha ante Él en el amor. (Efesios 1:3-4)

Según la ley, veamos qué está sujeto a bendición y a maldición. Esta visión general procede de Deuteronomio 28, pero está incompleta. Para una visión completa, te recomiendo que leas Deuteronomio 28.

La bendición	La maldición
Bendecido económicamente. (Versículos 3, 5, 8 y 12)	Déficit financiero. (Versículos 16, 29, 30 y 33)
Todo lo que hagas será bendecido, vayas donde vayas. (Versículos 3 y 6)	Todo falla y se producen catástrofes. (Versículos 16, 19 y 20)
Bendito y abundante es el alimento que coméis. (Versículo 5)	Maldito e insuficiente es el alimento que coméis (Versículo 17).
Bendita sea tu descendencia. (Versículo 4)	Infertilidad y abortos. (Versículo 18)
Tu trabajo y tu negocio prosperan. (Versículo 4)	Tu trabajo y tu negocio no prosperan. (Versículo 18)
Victoria contra los enemigos (espirituales). (Versículo 7)	Perder la batalla contra los enemigos (espirituales). (Versículo 25)
Salud, fuerza y poder. (Versículo 13)	Desastre, enfermedad y miseria. (Del versículo 15)

Obedezcamos a Dios y disfrutemos así de los frutos de su bendición.

Libre de la maldición

En el párrafo anterior hemos visto una lista de maldiciones. No creo que nadie desee sufrir maldiciones, sino disfrutar de la vida con la bendición de Dios. Sin embargo, la maldición pertenece en primer lugar a todos. Desde el judío hasta el gentil, desde el menos instruido hasta el más instruido, todos caen bajo la maldición de la Ley de Moisés.

Porque todos los que pertenecen a las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas. (Gálatas 3:10)

Todos caemos bajo la maldición de la ley. Nadie ha conseguido cumplir la ley, y todos han cometido errores. En consecuencia, la maldición se aplica a todos. No tiene por qué ser necesariamente que alguien sufra todas las maldiciones de la ley. Por ejemplo, también puede ser que alguien sufra una maldición en su vida. Un hombre o una mujer ricos son bendecidos económicamente, pero pueden sufrir un divorcio, una enfermedad o perder la batalla contra un pecado terrible. La peor maldición es perder la vida eterna con Dios. Aunque alguien pase ciento veinte años viviendo feliz y bendecido en la tierra, si esa persona no cree en Jesús, todo habrá perdido su valor. Por desgracia, la maldición se aplica a todos, porque nadie es justo. Sin embargo, hay una gran bendición en el Reino de Dios, pues los habitantes de este Reino son liberados de la maldición y sometidos a la bendición.

Cristo nos ha redimido de la maldición de la ley, habiéndose convertido en maldición por nosotros (pues está escrito: Maldito todo el que cuelga de un madero (...)). (Gálatas 3:13)

Jesús lo consiguió convirtiéndose en maldición por nosotros. El Antiguo Testamento menciona que todo el que cuelga de un madero (la cruz) es maldito (Deuteronomio 21:23). Jesús se convirtió en maldición por nosotros cuando fue clavado en la cruz. Además, el Señor Jesús tenía la maldición de la tierra sobre Su cabeza a causa de la corona de espinas que llevaba (Génesis 3:18). En consecuencia, la maldición que merecíamos fue soportada por Uno que no la merecía. Jesús se convirtió en pecado y maldición en la cruz del Calvario. Aquel que nunca pecó se convirtió en pecado, y todos los pecados del mundo cayeron sobre Él.

Como Jesús soportó la pena y la maldición del pecado, ya no somos castigados por el pecado, sino que somos hechos justos en Él.

Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él. (2 Corintios 5:21)

Por tanto, la maldición ya no tiene ningún derecho sobre nuestras vidas, porque hemos recibido la justicia de Dios. Jesús cargó con el pecado y la maldición, por lo que ya no tenemos que vivir bajo el poder del pecado ni bajo el poder de la maldición. La maldición se ha roto, junto con todas las consecuencias negativas consagradas en Deuteronomio 28.

Hemos sido liberados de la maldición y rescatados de la ley que contiene la maldición.

Pero cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiéramos la adopción como hijos. (Gálatas 4:4-5)

Ya no caemos bajo la autoridad de la ley con todas las maldiciones de los pecados. Ahora somos hijos de Dios y no cometemos pecados. No porque guardemos las cosas escritas en piedra, sino porque Dios nos ha renovado y hemos recibido el Espíritu Santo, que nos conduce a la santidad. El libro de Gálatas dice que no debemos esclavizarnos guardando la ley, sino que debemos vivir en la libertad del Espíritu Santo y reinar en nuestras vidas. El poder de la ley ha sido derrotado, y hemos sido adoptados como hijos de Dios. Ahora, por medio de Su infinita gracia, tenemos la capacidad de vivir una vida santa y agradable a Él.

Bajo la Bendición

Hemos sido redimidos, rescatados, liberados de la maldición y reunidos con Jesús bajo la bendición de Dios.

Cristo nos ha redimido de la maldición de la ley, habiéndose convertido en maldición por nosotros (pues está escrito: Maldito todo el que cuelga de un madero), para que la bendición de Abraham llegara a los gentiles en Cristo Jesús, a fin de que recibiéramos la promesa del Espíritu mediante la fe. (Gálatas 3:13-14)

A través de la obra de Jesús, la bendición de Abraham se extiende a los cristianos. Cuando leemos la historia de Abraham, observamos cómo Dios le concedió muchas bendiciones.

Haré de ti una gran nación; te bendeciré y engrandeceré tu nombre; y serás una bendición. Bendeciré a los que te bendigan, Y maldeciré al que te maldiga; Y en ti serán benditas todas las familias de la tierra. (Génesis 12:2-3)

Al estudiar la vida de Abraham, observamos que Dios le bendijo en grado extraordinario. Tenía muchas posesiones, ganado, una salud excelente e hijos. Abraham murió a una edad avanzada bajo la bendición de Dios, que le había bendecido en todo.

Abraham era ya anciano, de edad avanzada, y el Señor le había bendecido en todo. (Génesis 24:1)

Después de muchos años, el Señor Jesús nació de la descendencia de Abraham. El Señor Jesús tenía pleno derecho a la promesa que Dios hizo a Abraham, porque era descendiente de Abraham y cumplía la ley. Jesús tenía derecho a recibir la bendición completa. Pero Jesús decidió llevar la maldición en la cruz, permitiéndonos experimentar la bendición de Abraham en Él. Hemos sido redimidos de la maldición y podemos vivir en la bendición. Durante la crucifixión se produjo una gran transformación. Jesús tenía la bendición, pero aceptó la maldición durante un tiempo. Nosotros estábamos bajo la maldición, pero al nacer de nuevo, podemos recibir la bendición para siempre. La mayor bendición es que podemos pasar la eternidad con Dios y recibir el Espíritu Santo como prenda, pero al mismo tiempo, también reclamamos las bendiciones del libro del Deuteronomio. Según Gálatas 3:14, reclamamos la bendición de Abraham. En Génesis 24, leemos que Abraham fue bendecido en todo, así que nosotros también podemos ser y llegar a ser bendecidos. Recibimos esta bendición por la fe. Es fundamental mantener siempre presente la cruz, ya que en ella se llevó a cabo la obra completa y perfecta de Cristo. A través de la cruz, recibimos el perdón de nuestros pecados, la liberación de toda maldición y la plenitud de las bendiciones de Dios. Esta verdad no está limitada a unos pocos, sino que se aplica a todos los creyentes por igual.

De modo que los de la fe son bendecidos con el creyente Abraham (Gálatas 3:9)

Esto no se limita a unas pocas áreas espirituales de nuestra vida, sino a todas las áreas de nuestra vida.

Y mi Dios suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús. (Filipenses 4:19)

Nuestra fe nos incorpora a las mismas promesas del pacto que Abraham. Veamos varios versículos que vuelven a insistir en el deseo de Dios de bendecirnos.

La bendición del Señor enriquece, Y no añade tristeza con ella. (Proverbios 10:22)

Así pues, que cada uno dé como se proponga en su corazón, no a regañadientes ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre. Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, os sobre para toda buena obra. (2 Corintios 9:7-8)

Guarda, pues, las palabras de este pacto para ponerlas por obra, a fin de que prosperes en todo lo que hagas. (Deuteronomio 29:9)

Leemos sobre la bendición de Dios a los israelitas en el Antiguo Testamento. Sin embargo, tras la muerte y resurrección de Jesús, Él se convirtió en Mediador de un pacto mejor. El nuevo pacto de Jesús supera al pacto del Antiguo Testamento. Si el pueblo del antiguo pacto ya era bendecido, sin duda esto se aplica al pueblo del nuevo pacto.

Pero ahora ha obtenido un ministerio más excelente, por cuanto es también Mediador de una Alianza mejor, establecida sobre mejores promesas. (Hebreos 8:6)

En este nuevo pacto, las promesas son mejores. Hablamos de estas promesas en esta sección del libro, con todas las grandes bendiciones de Dios. La mayor bendición de Dios está escrita en el mismo capítulo de Hebreos. Ahora pertenecemos al pueblo (Reino) de Dios, y Él escribió Sus leyes en nuestros corazones y mentes porque recibimos el Espíritu

Santo. Dios incluso nos dio a Su hijo, así que ¿por qué no iba a darnos todo lo demás que necesitamos?

El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con Él gratuitamente todas las cosas? (Romanos 8:32)

Libre de la Maldición y Viviendo en la Bendición

Ya no vivimos bajo la maldición, sino en las bendiciones. Pero, ¿cómo podemos caminar en estas bendiciones?

En primer lugar, tenemos que obedecer a Dios y escuchar Sus mandamientos. Esto era cierto para los israelitas en el Antiguo Testamento, cuando podían decidir por sí mismos si caminaban bajo la maldición o en la bendición. Si obedecían a Dios, vivían en la bendición; si desobedecían a Dios, vivían en la maldición.

Si obedeces con diligencia la voz del Señor, tu Dios, observando cuidadosamente todos sus mandamientos que yo te prescribo hoy, el Señor, tu Dios, te elevará por encima de todas las naciones de la tierra. Y todas estas bendiciones vendrán sobre ti y te alcanzarán, porque obedeces la voz del Señor, tu Dios (...). (Deuteronomio 28:1-2)

Las bendiciones que hemos enumerado en este capítulo son todas en consideración. Si Israel escuchara a Dios, todas estas bendiciones serían para él.

Pero sucederá que, si no obedecéis la voz del Señor, vuestro Dios, observando cuidadosamente todos sus mandamientos y sus estatutos que yo os ordeno hoy, todas estas maldiciones vendrán sobre vosotros y os alcanzarán. (...). (Deuteronomio 28:15)

Se trata de las maldiciones que hemos enumerado en este capítulo. Si Israel desobedecía y empezaba a adorar a otros dioses, la maldición caería sobre Israel. Los israelitas tenían que tomar una decisión. ¿Iban a la obediencia y la bendición o a la desobediencia y la maldición? Éste no es el único lugar en el que Dios vincula la obediencia y la oración. Después de que Moisés, que transmitió estas leyes a los israelitas, falleciera, Josué fue el nuevo líder del pueblo. Cuando Dios nombró a Josué, le dijo algo importante:

Solamente sé fuerte y muy valiente, para que guardes y hagas conforme a toda la Ley que Moisés, mi siervo, te mandó; no te apartes de ella ni a derecha ni a izquierda, para que prosperes dondequiera que vayas. Este Libro de la Ley no se apartará de tu boca, sino que meditarás en él de día y de noche, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito. Porque entonces harás próspero tu camino y tendrás buen éxito. (Josué 1:7-8)

Josué sólo podía actuar con sabiduría y hacer prósperos sus caminos si seguía el libro de la ley en todos los asuntos. Si seguía los mandamientos, vivía en la bendición de Dios; si no los seguía, vivía en la maldición, y sus caminos no eran prósperos.

Incluso en el Nuevo Testamento, leemos a menudo sobre la obediencia y sus bendiciones. Veamos algunos ejemplos.

El que cree en el Hijo tiene vida eterna; y el que no cree en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él. (Juan 3:36)

A Él (Dios) ha exaltado a Su diestra para ser Príncipe y Salvador, para dar a Israel el arrepentimiento y el perdón de los pecados. Y nosotros somos Sus testigos de estas cosas, y también lo es el Espíritu Santo que Dios ha dado a los que le obedecen. (Hechos 5:31-32)

Pero a los que se buscan a sí mismos y no obedecen a la verdad, sino a la injusticia: indignación e ira. (Romanos 2:8)

Hijos, obedeced a vuestros padres en el Señor, porque esto es justo. Honrad a vuestro padre y a vuestra madre, que es el primer mandamiento con promesa: para que os vaya bien y tengáis larga vida sobre la tierra. (Efesios 6:1-3)

En segundo lugar, es esencial mantener la paciencia. Puede haber momentos en que las promesas de bendición se retrasen, y esto nos haga preguntarnos si Dios quiere bendecirnos. Sin embargo, es esencial permanecer pacientes, porque cuando Dios promete algo, lo hace. (2 Corintios 1:20)

Y deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma diligencia en la plena certeza de la esperanza hasta el fin, para que no os hagáis

perezosos, sino que imitéis a los que por la fe y la paciencia heredan las promesas. (Hebreos 6:11-12)

Mediante la fe y la paciencia, heredamos las promesas de Dios. Inicialmente, puedes pensar en las promesas de la vida eterna y la eternidad con Dios. Es bueno esperar pacientemente (o con perseverancia) estas cosas. Además de esto, puede tratarse de otras promesas de Dios o de promesas específicas. Piensa, por ejemplo, en Abraham. Sólo más tarde en su vida se manifestó la realización de una descendencia. Hasta su centésimo año, nada fue visible en lo natural respecto a esta promesa de Dios, y no fue hasta la edad de cien años cuando Abraham recibió un hijo. Abraham necesitó mucha paciencia.

Pues cuando Dios hizo una promesa a Abraham, como no podía jurar por nadie más grande, juró por sí mismo, diciendo: Ciertamente te bendeciré y te multiplicaré. Y así, después de haber soportado pacientemente, obtuvo la promesa. (Hebreos 6:13-15)

Necesitamos paciencia para ver cumplidas nuestras promesas. El siguiente texto bíblico trata principalmente de la vida eterna, pero también podemos aplicarlo a otras promesas de Dios.

Porque tenéis necesidad de perseverancia, para que, después de haber hecho la voluntad de Dios, recibáis la promesa. (Hebreos 10:36)

La Biblia está llena de espera paciente de la promesa. Moisés tenía ochenta años cuando asumió el liderazgo de Israel. José primero fue vendido como esclavo y entró en prisión antes de convertirse en un gran líder en Egipto. Job tuvo que soportar sufrimientos y enfermedades hasta que fue bendecido. David tuvo que esperar a que muriera el rey Saúl para convertirse en rey. Podemos estudiar muchas más historias como ésta, en las que Dios hizo una promesa y se necesitó paciencia antes de que la promesa se materializara en cumplimiento.

En tercer lugar, la bendición no es sólo para nosotros. Nuestra tarea consiste en compartir las bendiciones que recibimos con las personas que nos rodean, en primer lugar, con los huérfanos, las viudas, los pobres y el Reino de Dios. En el próximo capítulo trataremos esto con más detalle al examinar las bendiciones económicas.

No hagáis nada por egoísmo o por vanagloria, sino que, con humildad de espíritu, consideraos los unos a los otros más importantes que vosotros mismos; no os preocupéis sólo de vuestros intereses personales, sino también de los intereses de los demás. (Filipenses 2:3-4)

Tenemos que ser personas generosas por todos los medios y bendecir a los demás con nuestro tiempo, energía, dinero, amor, atención, etc. Dios nos ha bendecido (nos ha hecho prósperos), y nuestro trabajo es bendecir a los demás.

Mientras que vosotros sois enriquecidos en todo por toda liberalidad, que causa acción de gracias por medio de nosotros a Dios. (2 Corintios 9:11)

Dios no tiene ningún problema en bendecirnos con bienes materiales. En la mayoría de los casos, la gente se crea problemas a sí misma. La razón es que a un siervo de Dios se le ha enseñado que debe ser pobre y necesitado. Esto no es lo que dice la Biblia. Dios quiere bendecirnos, capacitándonos para bendecir a los demás. Ésta es también una condición esencial. Debemos tener una actitud dadivosa y permitir que la gente comparta nuestra bendición. Pero cuando no tenemos dinero, energía, tiempo, salud ni bienes, ¿cómo podemos ofrecer buenos dones a los demás?

También podemos bendecir a los que no nos quieren. Puedes pensar en bendecirles con palabras o en bendecirles con bienes materiales.

Benedicid a los que os persiguen; bendecid y no maldigáis. (Romanos 12:14)

Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced el bien a los que os odian y rezad por los que os utilizan con rencor y os persiguen (...). (Mateo 5:44)

Resumen

En este capítulo hemos hablado de la bendición de Dios y de la maldición. Parte del Reino de Dios consiste en que hemos sido redimidos de la maldición y puestos bajo la bendición de Dios. Si obedecemos a Dios, Dios quiere bendecirnos, y nosotros, a nuestra vez, seremos una bendi-

ción para los que nos rodean. La bendición de Dios no es sólo para nosotros, sino también para los demás. Si desobedecemos a Dios, caemos bajo la maldición, y una o varias maldiciones pueden afligirnos. Encontramos un resumen de las bendiciones y maldiciones en Deuteronomio 28. En el cuadro siguiente, volvemos a leer algunas de las bendiciones y maldiciones de este capítulo.

La bendición	La maldición
Bendecido económicamente. (Versículos 3, 5, 8 y 12)	Déficit financiero. (Versículos 16, 29, 30 y 33)
Todo lo que hagas será bendecido, vayas donde vayas. (Versículos 3 y 6)	Todo falla y se producen catástrofes. (Versículos 16, 19 y 20)
Bendito y abundante es el alimento que coméis. (Versículo 5)	Maldito e insuficiente es el alimento que coméis (Versículo 17).
Bendita sea tu descendencia. (Versículo 4)	Infertilidad y abortos. (Versículo 18)
Tu trabajo y tu negocio prosperan. (Versículo 4)	Tu trabajo y tu negocio no prosperan. (Versículo 18)
Victoria contra los enemigos (espirituales). (Versículo 7)	Perder la batalla contra los enemigos (espirituales). (Versículo 25)
Salud, fuerza y poder. (Versículo 13)	Desastre, enfermedad y miseria. (Del versículo 15)

C10 VIVIR PRÓSPERAMENTE

En el capítulo anterior aprendimos que Dios quiere bendecirnos, incluso económicamente. Dios quiere bendecir nuestras finanzas, para que no tengamos déficits y vivamos prósperamente. Hablando de prosperidad, no deberíamos pensar en un truco bíblico en el que nuestra cuenta bancaria acumula el dinero y no se hace nada con él. Por supuesto, es sensato tener una cuenta de ahorros y acumular fondos como respaldo financiero y para el retiro. Sin embargo, si nuestra meta es acumular riquezas únicamente para nadar en ellas como el Tío Rico McPato y ser mezquinos, entonces hemos perdido el propósito. Algo no está bien. En el capítulo anterior vimos que Dios nos bendice con el propósito de que seamos una bendición para los demás. Esto también se aplica al ámbito económico. Dios nos provee para que vivamos con bienestar y abundancia, pero también nos llama a usar esas bendiciones financieras para realizar buenas obras y ayudar a quienes lo necesitan. Esto puede ocurrir apoyando a tu iglesia o a un ministerio o dando dinero a los pobres, a los huérfanos y a otros necesitados. Descubrimos que Dios nos da prosperidad cuando bendecimos a los demás.

Promesas de prosperidad

La Biblia está llena de promesas de prosperidad. En este apartado, vamos a leer algunos versículos bíblicos que revelan que Dios quiere que prosperemos.

Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús. (Filipenses 4:19)

Ésta es una promesa extraordinaria de Dios. Cuando la leemos en su contexto, se refiere principalmente a nuestras necesidades económicas. Los filipenses, por ejemplo, dieron generosamente al ministerio de Pablo y, como resultado, Dios prometió satisfacer todas sus necesidades conforme a Sus gloriosas riquezas. Estas riquezas no se limitan al dinero ni a ninguna medida terrenal. La riqueza de Dios supera toda comprensión humana. Él opera con un sistema económico diferente, ajeno a la economía del mundo. Con Dios, podemos estar seguros de Su provisión, incluso en tiempos de crisis, como vemos con Isaac.

Hubo hambre en la tierra, además de la primera hambre que hubo en los días de Abraham. (...) Entonces Isaac sembró en aquella tierra, y

cosechó el mismo año el ciento por uno; y el Señor le bendijo. (Génesis 26:1-12)

Lo que es imposible para los humanos, es posible para Dios. Una cosecha centuplicada en tiempos de hambruna es algo extraordinario, pero Isaac la recibió porque fue bendecido por Dios. De la misma manera, así es como Dios desea bendecirnos: de manera abundante y más allá de lo que podamos imaginar. David también experimentó la bendición de Dios y pudo decir:

El Señor es mi pastor; nada me faltará. (Salmo 23:1)

A David no le era desconocido el oficio de pastor. De joven, había sido a menudo el pastor de un rebaño de ovejas. David experimentó que Dios era su pastor y que Él se encargaba de que David tuviera todo lo que necesitaba. *Nada me falta.* La palabra “carecer” procede del hebreo “*hāsēr*”, que significa “faltar” o “tener menos o demasiado poco”. David podría decir: “No me falta nada, no tengo demasiado poco, tengo suficiente”. Esta palabra aparece en el Salmo 34.

¡Oh, temed al Señor, vosotros Sus santos! Nada falta a los que Le temen. A los leoncillos les falta y padecen hambre; Pero a los que buscan al Señor no les faltará nada bueno. (Salmo 34:10-11)

A los que buscan a Yahveh no les faltan bienes. La palabra hebrea para bien es “*ṭôb*”, que significa “bueno”, “bondad”, “mejor”, “prosperidad”, “precioso”, “riqueza”, “hermoso” o “favor”. ¡Qué gran promesa de Dios! Pablo dice lo siguiente

El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con Él gratuitamente todas las cosas? (Romanos 8:32)

Dios desea darnos todas las cosas. No algunas cosas, sino todas las cosas. Veamos otros dos versículos sobre la bendición de Dios.

Por tanto, que nadie se jacte en los hombres. Porque todo es vuestro: sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo futuro, todo es vuestro. Y vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios. (1 Corintios 3:21-23)

Este texto bíblico nos enseña que poseemos cosas presentes y futuras. No poseemos nada ni a nadie; lo “poseemos” todo. Muchos creen que sólo somos bendecidos por Dios en el futuro. “Sólo cuando mueras será bueno y próspero”. Por supuesto, nunca podemos comparar nuestro presente con nuestra vida futura. El futuro será mejor en todos los aspectos. Al mismo tiempo, Dios quiere bendecirnos con las cosas presentes. Sin embargo, es esencial que nos demos cuenta de que pertenecemos a Cristo. Hemos sido comprados y pagados por Él; por tanto, somos de su propiedad. Por eso, no pedimos cosas que van contra la voluntad de Dios. Terminemos este párrafo con lo que dijo Jesús.

El ladrón no viene sino para robar, matar y destruir. Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia. (Juan 10:10)

Jesús vino para que pudiéramos tener una vida abundante; no una vida en la que nos falte o en la que tengamos lo justo, sino una vida en abundancia.

Vivir prósperamente

Dios desea bendecirnos con nuestras finanzas. Sin embargo, es importante seguir las reglas de Dios que nos permitirán vivir bien y con prosperidad. Al principio de este capítulo, leemos que no debemos amar el dinero como el Pato Scrooge. Además, no debemos depender de nuestro dinero. La Biblia habla claramente de ello, como en la historia del joven rico.

Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven, sígueme. Pero el joven, al oír esta palabra, se fue entristecido, porque tenía muchas posesiones. Entonces Jesús dijo a sus discípulos: De cierto os digo que difícilmente entrará un rico en el Reino de los cielos. Y otra vez os digo que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el Reino de Dios. (Mateo 19:21-24)

Ser rico no es un pecado; de lo contrario, Abraham, Isaac, Jacob, José y muchos otros habrían tenido un grave problema. Sin embargo, sí es pecado depender de tu dinero y tratarlo como si fuera tu posesión. Por cierto, cuando este joven rico vendió sus posesiones y las donó a los pobres, recuperó cien veces más. Eso es algo que dice Jesús en el mismo capítulo.

Respondió Jesús y dijo: De cierto os digo que no hay nadie que haya dejado casa, hermanos, hermanas, padre, madre, mujer, hijos o tierras por causa de Mí y del Evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo, casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero, la vida eterna. (Marcos 10:29-30)

Jesús afirma que no podemos servir a Dios y a las riquezas (dinero) simultáneamente. ¿Cómo afrontas la vida? ¿Sirves a tu dinero o a Dios? ¿Qué haces con tu dinero? ¿Sólo sirve para cuidarte y mimarte, o tu dinero es de Dios?

Para vivir bien prósperamente, la Biblia da varios principios. He aquí algunos principios esenciales que se siguen en este capítulo.

Principio 1: Sé un administrador. Por desgracia, a menudo somos demasiado egocéntricos. Todo lo que utilizamos y hemos ganado para nosotros nos pertenece. “Esta casa es mía”, “Este coche es mío” o “Esta cuenta bancaria es mía”. Consideramos las cosas y las experiencias como posesiones nuestras. Sin embargo, la Biblia no mira las cosas de ese modo y muestra que todo pertenece a Dios.

Del Señor es la tierra y toda su plenitud, el mundo y los que lo habitan. (Salmo 24:1)

Todo pertenece a Dios, así que todas nuestras posesiones pertenecen a Dios. Todo lo que poseemos no es nuestro; es de Dios. ¿Significa esto que debemos ofrecer todo lo que “tenemos” a los demás? No. Dios nos ha dado entendimiento y talentos gracias a los cuales obtenemos ingresos y, por tanto, podemos comprar una casa, un coche y otras cosas. Dios nos lo ha confiado, pero quiere que lo utilicemos adecuadamente. Dios nos ha hecho administradores de Sus bienes. Un mayordomo es un administrador de los bienes de su amo o señor. Así pues, somos administradores de los bienes de Dios, y Dios quiere que administremos bien Su dinero. Entonces, podemos preguntarnos: “¿Cómo quiere Dios que administremos el dinero?”.

En primer lugar, Dios quiere cuidar de nosotros, lo que significa que quiere bendecirnos con bienes y experiencias agradables. En segundo lugar, nos bendice para que seamos una bendición para los que nos rodean, especialmente para los menos afortunados. En tercer lugar, nos bendice para que podamos volver a sembrar en Su reino. Esto puede

ser bendiciendo a tu iglesia o a un ministerio (itinerante) de Dios. Esto se encuentra en el libro de Timoteo.

Manda a los que son ricos en este siglo que no sean altivos, ni confíen en riquezas inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da abundantemente todas las cosas para que las disfrutemos; que hagan el bien, que sean ricos en buenas obras, dispuestos a dar, deseosos de compartir. (1 Timoteo 6:17-18)

Principio 2: Dona dinero. El segundo principio es donar dinero. Quizá pienses: ¿Cómo voy a prosperar si dono dinero? Puede parecer un principio extraño, pero en el Reino de Dios es un gran principio. Lo encontramos a menudo en la Biblia. Jesús y los apóstoles dijeron que cuando damos, recibimos. Si obedecemos a Dios y damos, podemos esperar una cosecha de Dios. Dios no nos da una cosecha porque esté obligado a ello; Dios quiere darnos porque es un Dios bueno y amoroso.

Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando será puesta en vuestro regazo. Porque con la misma medida que uséis, os será devuelto. (Lucas 6:38)

Esto es algo que encontramos en la carta de Corinto. Esta congregación bendijo a Pablo con una contribución económica y, en respuesta, Pablo dijo que Dios les daría cosas según Sus riquezas.

Así pues, que cada uno dé como se proponga en su corazón, no a regañadientes ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre. Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, os sobre para toda buena obra. (2 Corintios 9:7-8)

Cuando damos, debe ser una ofrenda gozosa a Dios, no por obligación o reticencia. Dios desea que demos nuestras ofrendas con alegría. Incluso podemos poner a prueba la fidelidad de Dios con nuestras ofrendas, como nos recuerda el profeta Malaquías.

Traed todos los diezmos al alfolí, Para que haya alimento en mi casa, Y probadme ahora en esto. Dice el Señor de los ejércitos Si no os abriré las ventanas de los cielos Y derramaré sobre vosotros tal bendición Que no habrá lugar suficiente para recibirla. (Malaquías 3:10)

Principio 3: Busca primero el Reino de Dios.

Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. (Mateo 6:33)

Es esencial anteponer el Reino de Dios e implicarte en los asuntos del Reino. Busca a Dios en primer lugar, y Dios te recompensará con todas las cosas materiales que desean los demás, como ropa y comida. Haz que las prioridades de Dios sean tus prioridades. Leer la Biblia, evangelizar y pasar tiempo en silencio pueden ser prioridades generales. También puedes pensar en la voluntad específica de Dios para tu vida, como fundar un orfanato o una obra misionera en la India. Céntrate en Dios, y Dios te proporcionará lo natural.

Principio 4: No seas perezoso. Dios quiere proveerte. Esto no significa que tengamos que dejar de trabajar, sentarnos en el sofá y esperar a que aparezca diariamente en la puerta un billete de cien dólares para vivir. Dios quiere bendecirnos a través de nuestro trabajo. La Biblia dice que Él nos da la capacidad de prosperar. El capítulo 8 del Deuteronomio muestra que Dios llevaría al pueblo de Israel a la Tierra Prometida, donde no les faltaría de nada. Si obedecían a Dios, habría abundancia masiva y alimentos en exceso. Dios les advirtió que nunca debían olvidar que esta prosperidad procedía de Él y que era Él quien les había enriquecido. Luego siguen estos dos versículos

(...) entonces dices en tu corazón: Mi poder y la fuerza de mi mano me han procurado esta riqueza. Y os acordaréis del Señor, vuestro Dios, pues es Él quien os da el poder para conseguir riquezas, a fin de establecer Su alianza que juró a vuestros padres, como sucede en el día de hoy. Si de algún modo os olvidáis del Señor, vuestro Dios, y seguís a otros dioses, y les servís y les dais culto, yo testifico hoy contra vosotros que pereceréis. (Deuteronomio 8:17-20)

Debemos recordar dos cosas importantes al hablar de la bendición de Dios sobre nuestros ingresos. La primera es que con nuestras fuerzas no podemos adquirir una buena riqueza; es la gracia de Dios, y nunca debemos olvidarlo. La segunda es que Dios nos da el poder de crear riqueza, así que tenemos que hacerlo nosotros con la gracia de Dios. Esto significa que no podemos ser perezosos, sino activos y utilizar el poder que Dios nos ha dado para hacer nuestra capacidad. Es una colaboración entre Dios y el hombre. Intenta siempre atenerte a este principio, incluso

en situaciones difíciles. Puede que te hayan rechazado en el trabajo o que no puedas trabajar en una empresa. Sin embargo, intenta ver si hay algo que puedas hacer con el poder que Dios te ha dado. Quizá sea animar a la gente (por teléfono) con la Palabra de Dios o con la oración. Podría tratarse de fabricar casitas para pájaros y comercializarlas a través de Internet. También podría ser trabajando como voluntario o limpiando la calle comercial local. Al fin y al cabo, Dios bendice el trabajo de tus manos.

Yahveh mandará que te bendigan en tus graneros y en todo aquello en que pongas tu mano, y te bendecirá en la tierra que Yahveh, tu Dios, te da. (Deuteronomio 28:8)

Además del trabajo, Dios bendice nuestras reservas. En los tiempos modernos, debemos pensar en las cuentas de ahorro y en otros bienes, como los inmuebles. Ser rico no es un pecado; es una bendición de Dios. Por el contrario, asegúrate de que no dependes de tu dinero, ni empiezas a servir al dinero, ni ves el dinero como tu propiedad.

Principio 5: Honra a Dios con lo mejor de tus ingresos. Es esencial dar nuestros diezmos y lo mejor a Dios. Cuando lo hacemos, Dios nos bendice por ello. Con dar lo mejor a Dios no me refiero a una gran cantidad, sino a un don sagrado. En lugar de ofrecer a Dios las “sobras” de lo que queda al final del mes o el cambio de algún producto (aunque dar dinero en efectivo no está mal), dedica a Dios la primera parte de tu salario o ingresos como un acto de prioridad y gratitud. Sin embargo, es esencial dar algo a Dios con alegría y no hacerlo como una obligación. Dar el diezmo o las primicias se presenta a menudo como algo “del Antiguo Testamento” o “legalista”. Mirando más de cerca, vemos que dar los primeros frutos no empezó en la ley, sino que comenzó con Abel y Caín.

Y en el transcurso del tiempo sucedió que Caín trajo una ofrenda del fruto de la tierra al Señor. Abel trajo también de los primogénitos de su rebaño y de su grosura. Y el Señor respetó a Abel y su ofrenda, pero no respetó a Caín y su ofrenda. Y Caín se enojó mucho, y decayó su semblante. (Génesis 4:3-5)

Abel dio sus primicias basándose en la fe. Caín dio las sobras. Abel fue bendecido, y Caín no. Incluso nuestro modelo de fe, Abraham, dio sus

diezmos, no porque estuviera en la ley (entonces no existía), sino porque era un principio de Dios. Abraham no ofreció sus diezmos a Melquisedec (imagen de Jesús) por necesidad o pobreza, sino porque quería bendecir a Melquisedec con su ofrenda de amor. Del mismo modo, nosotros también podemos bendecir al Señor Jesús y a Su reino con nuestros diezmos y primicias.

Entonces Melquisedec, rey de Salem, sacó pan y vino; era sacerdote del Dios Altísimo. Y le bendijo y dijo “Bendito sea Abram del Dios Altísimo. (...) Y Abraham le dio el diezmo de todo. (Génesis 14:18-20)

Principio 6: Sembrar en el Reino de Dios. El último principio en el que nos centramos es que sembremos en el Reino de Dios y que Dios nos bendiga por ello.

Pero esto digo: El que siembra escasamente, también segará escasamente, y el que siembra generosamente, generosamente también segará. (2 Corintios 9:6)

Pablo compara el proceso de dar al Reino de Dios con la siembra. Cuando un agricultor siembra, espera una cosecha. Un agricultor nunca siembra sin esperar una cosecha; eso sería una tontería. Pablo compara nuestros donativos económicos con semillas que sembramos, igual que el agricultor. Cuando sembramos, esperamos una cosecha. Si alguien siembra poco, cosechará poco. Si alguien siembra generosamente, cosechará generosamente. Siembra en el Reino de Dios, y Dios nos proporcionará pan (nuestras necesidades) y más semillas para volver a sembrar.

Que Aquel que suministra la semilla al sembrador y el pan para el alimento, suministre y multiplique la semilla que habéis sembrado y aumente los frutos de vuestra justicia, mientras vosotros sois enriquecidos en todo por toda liberalidad, que causa acción de gracias por medio de nosotros a Dios. (2 Corintios 9:10-11)

Al mismo tiempo, necesitamos paciencia. Cuando un agricultor siembra, espera una cosecha en seis meses. Un agricultor debe ser paciente. Supongamos que el agricultor siembra, va a tomar café y vuelve una hora más tarde. Ve que nada ha cambiado y dice: “¡Ves! ¡No debería haber sembrado!”. Cuando se lo dice a otros, le responden: “Eso no es

correcto. Debes tener paciencia; dentro de seis meses será el tiempo de la cosecha”. Puede sonar extraño, pero muchos dicen lo mismo respecto a nuestra siembra financiera. Le dan semillas a Dios y, al cabo de una hora, pierden la fe en la cosecha. Esperemos pacientemente a que Dios nos proporcione la cosecha, aunque tarde unos días, semanas, meses o años. Dios cumple lo que promete.

Resumen

Dios quiere bendecirnos económicamente. Es esencial administrarlo adecuadamente. No debemos amar nuestro dinero como el Pato Scrooge y nadar en él. Dios quiere bendecirnos para que podamos bendecir a los demás y al Reino de Dios. Para vivir con prosperidad, son fundamentales los seis principios siguientes:

Principio 1: Sé un administrador.

Principio 2: Dona dinero.

Principio 3: Busca primero el Reino de Dios.

Principio 4: No seas perezoso.

Principio 5: Honra a Dios con lo mejor de tus ingresos.

Principio 6: Siembra en el Reino de Dios.

C11 RECIBIR EL ESPÍRITU SANTO

La siguiente bendición que tratamos es la recepción del Espíritu Santo. Podríamos escribir cientos de libros sobre el Espíritu Santo, pero trataremos este tema de forma breve y concisa. El Espíritu Santo es el Espíritu de Dios y explora las profundidades de Dios (1 Corintios 2:10). Esto significa que el Espíritu Santo lo sabe todo sobre Dios y, al mismo tiempo, forma parte de la Trinidad de Dios. El Espíritu Santo no sólo constituye un poder (Hechos 1:8), sino que también es una personalidad con sentimientos (Efesios 4:30), tiene una mente (Juan 16:7-13), la capacidad de hablar (Hechos 13:2) y una voluntad (1 Corintios 12:11). El Espíritu Santo no conoce principio ni fin y vive eternamente. En Pentecostés, vino a la Tierra para llenar a cada creyente. Antes de Pentecostés, reposaba sobre algunas personas importantes, como profetas y reyes. Después de Pentecostés, vino para todos los creyentes. El Espíritu Santo es una promesa de Jesús y del Padre y fue profetizado en el Antiguo Testamento y durante la vida de Jesús en la tierra.

Y estando reunido con ellos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la Promesa del Padre, la cual, dijo, habéis oído de Mí; porque Juan a la verdad bautizaba con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días. (Hechos 1:4-5)

El Espíritu Santo es la promesa de una gran bendición del Reino de Dios. Es uno de los mayores milagros: el Espíritu Santo, Dios mismo, habita en los creyentes. Aunque el Espíritu Santo es la promesa para todo creyente, algunos pueden permitir que el Espíritu Santo entre más en sus vidas y experimentarlo más intensamente que otros. Además de los temas que tratamos aquí, el Espíritu Santo también participa activamente en las bendiciones de los capítulos anteriores. No podemos separar las bendiciones de Dios y la obra del Espíritu Santo. Veamos algunos momentos críticos del Espíritu Santo en nuestras vidas.

El Arrepentimiento

La vida de un cristiano comienza con el arrepentimiento, cuando una persona entrega su vida a Jesús y decide seguirle. El Espíritu Santo es parte integrante de este arrepentimiento. En realidad, es imposible que alguien llegue a la fe sin el Espíritu Santo. Esto se debe a que el Espíritu Santo nos convence de pecado y fomenta la justicia y el juicio.

Sin embargo, os digo la verdad. Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, el Consolador (el Espíritu Santo) no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré. Y cuando venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio (...). (Juan 16:7-8)

También es gracia de Dios que alguien se arrepienta de este mundo malvado y decida seguir a Jesús.

Nos oyó cierta mujer llamada Lidia. Era una vendedora de púrpura de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios. El Señor le abrió el corazón para que prestara atención a lo que decía Pablo. (Hechos 16:14)

Siempre que leemos la Biblia, aprendemos que Dios quiere que todos lleguen a la fe y que nadie se pierda (Ezequiel 33:11). Creo que Dios hace todo lo posible para llegar a la gente con Su Evangelio. No es culpa de Dios que la gente no le reconozca como Padre. Es responsabilidad del hombre, y nadie puede disculparse por no conocerlo (Romanos 1:18-23).

Todos recibimos al Espíritu Santo durante el arrepentimiento. Desde el momento del arrepentimiento, el Espíritu Santo nos asiste de diversas maneras. En esta sección, exploraremos brevemente (lo que yo creo) cinco acontecimientos que tienen lugar cuando una persona se arrepiente y acepta a Jesús.

1. El Espíritu Santo es “la prueba” de que pertenecemos a Dios y nos librará de este mundo malvado y nos llevará al cielo en el futuro. La Biblia habla de ser sellados con el Espíritu Santo y de la prenda del Espíritu Santo.

En Él también confiabais, después de haber oído la palabra de verdad, el Evangelio de vuestra salvación; en Él también, habiendo creído, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es la garantía de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de Su gloria. (Efesios 1:13-14)

Ser bendecidos con el Espíritu Santo significa que los creyentes son propiedad identificable de Dios. Además, un sello implica autoridad y significa que hemos sido equipados para realizar la misión de Dios, de la que hablaremos en la Parte 3. La prenda sugiere que hemos recibido el Espíritu Santo como pago inicial. Hemos recibido de Dios Padre Su

Espíritu, que nos permite saber que Dios también nos pagará en total, y podremos pasar la eternidad con Él. Con este “anticipo” del Espíritu, ahora podemos estar en el ministerio de Dios, cumplir Su misión y vivir santamente.

2. El Espíritu Santo mora en nosotros. Esto significa que ya no vivimos según nuestra carne, los deseos pecaminosos del pasado, sino que caminamos en el Espíritu. El Espíritu Santo nos ayuda en nuestros caminos y nos capacita para comprender lo que debemos y no debemos hacer. Éste es un gran milagro de Dios: mediante el sacrificio de Jesús, Dios puede habitar en nosotros, y no tenemos que pasar ni un día solos.

Pero vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros. Ahora bien, si alguien no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Él. (Romanos 8:9)

A través de la morada del Espíritu Santo, tenemos una conexión directa y permanente con Dios Padre en el cielo. No necesitamos intermediarios humanos para comunicarnos con Él; el Espíritu Santo es suficiente. Gracias a esta presencia divina, Dios está siempre cerca de cada creyente, accesible en todo momento.

3. El Espíritu Santo da testimonio de que somos hijos o hijas de Dios Padre.

Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. (Romanos 8:14-16)

Esto implica la existencia de una gran relación de amor entre Dios y nosotros. Dios nos considera Sus hijos, y el Espíritu Santo da testimonio de ello a nuestro Espíritu. Estamos incluidos en la familia de Dios y podemos tratar a Dios como a nuestro Padre celestial.

4. El Espíritu Santo nos guía en nuestros caminos. Esto se debe a que el Espíritu Santo mora en nosotros y quiere guiarnos en nuestras decisiones. En este contexto, consideramos las grandes decisiones, como elegir

estudios, cambiar de trabajo o entablar relaciones importantes. También podemos pensar en las decisiones “más pequeñas”, en las que el Espíritu Santo nos dice lo que está bien y lo que está mal.

Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan según la carne, sino según el Espíritu. (Romanos 8:1)

Esto nos lleva automáticamente al punto 5. El Espíritu Santo quiere santificarnos en la tierra, y esta santificación comienza con el arrepentimiento. Este proceso continuo nos conduce a nuestro objetivo final: llegar a ser como Jesús.

Pero estamos obligados a dar siempre gracias a Dios por vosotros, hermanos amados por el Señor, porque Dios os eligió desde el principio para la salvación mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad. (2 Tesalonicenses 2:13)

Para todas estas cosas, depende de nosotros determinar cuánta influencia tiene el Espíritu Santo en nuestras vidas. Si damos poco o ningún espacio al Espíritu Santo, no podrá hacer nada. Si le damos mucho espacio al Espíritu Santo, puede hacer mucho, y nos pareceremos cada vez más al Señor Jesús.

El Bautismo

Después de que el Espíritu Santo afecte al creyente durante el arrepentimiento y le guíe en sus caminos, el Espíritu Santo desea hacer aún más. A esto se le llama bautismo en el Espíritu Santo, y consiste en sumergir a la persona en la presencia y el poder del Espíritu Santo. Esto puede ocurrir durante, justo después o mucho tiempo después del arrepentimiento. Dios quiere dar a todos el bautismo en el Espíritu Santo, así que depende de cuándo lo recibamos. Para Dios, no importa que pidas el bautismo en el Espíritu Santo un minuto u ochenta años después del arrepentimiento: Él quiere dárnoslo. La promesa de este bautismo no es para personas extraordinarias, sino para todos. Sin embargo, es esencial tener en cuenta el bautismo en el Espíritu Santo y pedírselo a Dios. Veamos primero qué hace el bautismo en el Espíritu Santo y después cómo podemos ser bautizados en el Espíritu. Estudiamos algunos puntos puestos a disposición por Dios. Es posible que alguien haya sido bautizado con el Espíritu Santo, pero que todavía no pueda hacerlo todo.

Cuando éste sea el caso, puede pedirselo a Dios, y Él se lo proporcionará.

El Bautismo en el Espíritu Santo es cuando una persona se sumerge en el Espíritu Santo. La experiencia del Espíritu es importante, y no creo que pueda pasar desapercibida. Tras la ascensión de Jesús, los discípulos tuvieron que esperar el bautismo en el Espíritu Santo. Después de este bautismo, en el Libro de los Hechos, los discípulos entraron en Jerusalén y Pedro tomó la palabra. Dijo lo que hace el bautismo en el Espíritu Santo.

Y acontecerá en los últimos días, dice Dios, que derramaré de Mi Espíritu sobre toda carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros jóvenes verán visiones, vuestros ancianos soñarán sueños. Y sobre Mis siervos y sobre Mis siervas derramaré Mi Espíritu en aquellos días; Y profetizarán. (Hechos 2:17-18)

1. Mediante el bautismo en el Espíritu Santo, todos los hijos e hijas de Dios pueden tener sueños y ver visiones. Dios quiere revelar Sus planes a Sus hijos, y esto ocurre a través de los sueños y las visiones. Además, profetizarán. Esto está disponible hoy y es aplicable a todos los creyentes. Cualquiera puede profetizar y comunicar las palabras de Dios a los demás. Existe una distinción entre el ministerio del profeta y el don de profecía. El profeta ha recibido el don y la revelación de Dios, lo que le da más autoridad. Los creyentes con el don de profecía pueden profetizar, pero deben tener siempre presente que es para edificar, consolar o animar. En 1 Corintios 14, Pablo explica cómo funciona la profecía, mostrando que está al alcance de todos. Podemos aprender a profetizar y podemos aspirar a hacerlo.

Perseguid el amor y desead los dones espirituales, pero sobre todo que profeticéis. (...) Pero el que profetiza habla edificando, exhortando y consolando a los hombres. (1 Corintios 14:1-3)

Profetizar, tener sueños y ver visiones son características que podemos aprender del Espíritu Santo. Lo primero es comprender la voz de Dios, que también puede ser un ejercicio. Recomendando encontrar a alguien que ya haya descubierto el don de profecía y pedirle que practiquen juntos con este don.

2. El bautismo en el Espíritu Santo nos permite orar en lenguas. Hablar en lenguas es el lenguaje del Espíritu Santo y nadie puede entenderlo (a menos que el Espíritu Santo se lo explique a alguien). Es una conexión directa entre el Espíritu del hombre y Dios Padre con la ayuda del Espíritu Santo. El lenguaje en lenguas es para tu edificación y es siempre la oración perfecta a Dios, porque el Espíritu Santo ora por nosotros.

Y estas señales seguirán a los que crean: (...) hablarán nuevas lenguas (...). (Marcos 16:17)

Hablar en lenguas es algo que podemos pedir a Dios. Podemos confiar en que Dios nos lo concederá cuando se lo pidamos. Puede resultar incómodo o difícil empezar a hablar en lenguas. Por eso, será de ayuda encontrar a personas que sepan hablar en lenguas y pedir practicar juntos. También puede ayudar a las personas adorar a Dios con música y luego pasar a hablar en lenguas. Deja que el Espíritu Santo te guíe para aventurarte a hablar en lenguas.

Por último, es esencial señalar que existen distintas formas de lenguas. Una forma son las lenguas personales explicadas anteriormente. Otra forma son las lenguas congregacionales, que tienen lugar en la congregación. Las lenguas congregacionales necesitan ser traducidas y sirven para ayudar a la congregación. Las lenguas personales no necesitan traducción y tienen lugar en la oración personal.

3. Recibimos el poder de Dios mediante el bautismo en el Espíritu Santo. El Señor Jesús dijo a los discípulos que esperaran al Espíritu Santo hasta que el Espíritu viniera sobre ellos con poder.

(...) porque Juan verdaderamente bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días. (...) Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta lo último de la tierra. (Hechos 1:5-8)

Antes, cuando leía este texto, suponía que sólo implicaba el poder de perseverar en la fe. Pero si estudiamos esta palabra, no se trata sólo del poder de perseverar, sino también de un poder sobrenatural que recibimos de Dios. La palabra “poder” procede del griego “*dunamis*”, que significa “potencia”, “capacidad” o “fuerza”. Si buscamos en los textos bíblicos que hacen referencia a la misma palabra, nos enteramos de que

Jesús también poseía “*dunamis*” y estaba lleno del poder del Espíritu Santo. Jesús no siempre tuvo este poder; le vino después de ser bautizado por Juan el Bautista y de pasar cuarenta días y cuarenta noches en el desierto. Cuando Jesús salió del desierto, dice

Entonces Jesús regresó con el poder (dunamis) del Espíritu a Galilea, y corrió la noticia de Él por toda la región circundante. (Lucas 4:14)

Jesús pudo hacer milagros porque recibió el poder del Espíritu Santo. Nosotros también podemos hacer milagros, no por nuestras fuerzas, sino porque hemos recibido el poder del Espíritu Santo. El mismo poder que resucitó a Jesús de entre los muertos está presente y disponible para nosotros.

(...) y cuál es la supereminente grandeza de Su poder (dunamis) para con nosotros los que creemos, según la operación de Su fuerza poderosa que obró en Cristo, resucitándole de entre los muertos y sentándole a Su diestra en los lugares celestiales (...). (Efesios 1:19-20)

¿Qué era lo que Jesús podía hacer con ese poder? Ésta es una pregunta esencial, porque todo lo que Jesús fue capaz de hacer con el poder del Espíritu Santo, nosotros también somos capaces de hacerlo con el mismo poder.

Os aseguro que el que cree en Mí, las obras que Yo hago, él también las hará; y mayores que éstas hará, porque Yo voy al Padre. (Juan 14:12)

Examinemos algunas cosas que hizo Jesús en la tierra. Hemos sido bendecidos por Dios para hacer lo mismo.

1. Curar a los enfermos (Lucas 5:17 y 6:19)
2. Expulsar a los demonios. (Lucas 4:36)
3. Resucitar a los muertos. (Juan 11)
4. Realizar milagros sobrenaturales, como multiplicar los alimentos y hablar contra la tempestad. (Hechos 2:22)
5. Enseñar y predicar la Palabra de Dios.

El Señor Jesús logró todo esto mediante el poder del Espíritu Santo. En la Parte 3 exploraremos esto en profundidad. El poder del Espíritu Santo

es una parte importante y esencial del Reino de Dios porque, a partir de este poder, se nos ha dado autoridad y poder para hacer las cosas anteriores.

Porque el Reino de Dios no es de palabra, sino de poder (dunamis). (1 Corintios 4:20)

El Reino de Dios consiste en el poder del Espíritu Santo, que está lleno de signos y prodigios y transforma la vida de las personas. El Reino no consiste en palabras piadosas y un sermón impotente; consiste en el poder y en mostrar claramente a la gente que Dios está actuando. El poder del Espíritu Santo también consiste en los dones del Espíritu, que trataremos en la Parte 3 de este libro. Estos dones están destinados a servir a los demás y son un mandato de Dios.

Para experimentar el poder del Espíritu en nuestras vidas, es esencial invitar al Espíritu Santo a nuestra vida y pedir el poder del Espíritu Santo. El Señor Jesús dice que recibimos al Espíritu Santo cuando lo pedimos.

Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan! (Lucas 11:13)

Además, obedecer al Espíritu Santo y hacer lo que te pide es crucial. Esto permite que el Espíritu Santo actúe más a través de nosotros (Hch 5:32). En conclusión, hay mucho poder en la oración, la adoración y el ayuno. Es bueno adorar a Dios y elevar Su Nombre. Cuando lo hacemos, damos más espacio al Espíritu Santo para que nos llene de Su poder.

Y no os embriaguéis con vino, en lo cual hay disipación; antes bien, sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos e himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando en vuestros corazones al Señor, dando siempre gracias por todo a Dios Padre en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. (Efesios 5:18-20)

4. El Espíritu Santo proporciona audacia. El Espíritu Santo nos concede la valentía necesaria para proclamar todo sobre el Evangelio a los que nos rodean. Dios quiere hacernos valientes y fuertes, capacitándonos

para llegar a los demás con el Evangelio del Reino para que ellos también sean bendecidos con las buenas nuevas.

Y cuando hubieron orado, tembló el lugar donde estaban reunidos; y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios. (Hechos 4:31)

Este texto muestra al instante cómo podemos vivir en la audacia de Dios. Esto se debe a que pedimos a Dios audacia y, en Hechos 4, leemos que el Espíritu Santo respondió inmediatamente a la oración y llenó a la gente de audacia. Esto es una bendición para nosotros mismos, ya que no tenemos miedo de expresar nuestros deseos más profundos a los demás. Al mismo tiempo, también es una bendición para los demás, pues oyen el camino de la salvación y se dan cuenta de que tenemos un Dios bueno que quiere ser su Padre.

La fruta

Concluiremos hablando del fruto del Espíritu Santo, expresión que se encuentra en el Libro de Gálatas.

Pero el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad. (Gálatas 5:22)

En el capítulo 6, leemos sobre la bendición de la salvación. Ya no tenemos que seguir nuestra naturaleza inherente con todos sus deseos pecaminosos. En cambio, somos redimidos del pecado, lo que nos permite vivir una vida santa. En el capítulo 7, leemos sobre la nueva creación en Cristo. Esta creación resulta de la morada del Espíritu Santo en nosotros y, en consecuencia, dejamos de hacer los pecados del pasado y nos comprometemos a hacer las buenas cualidades de Dios. El fruto del Espíritu demuestra las buenas cualidades de Dios que podemos aplicar en nuestra vida. El Espíritu Santo no quiere que maduremos en uno o en unos pocos frutos. El Espíritu quiere que maduremos en todos los frutos, y debemos crecer en todos los frutos a medida que progresamos en nuestro camino con el Espíritu Santo. Lo más importante es el fruto del Espíritu. El Espíritu pretende darnos estos buenos frutos, guiarnos por nuestros caminos y disciplinarnos cuando nos dirigimos en la dirección equivocada. En segundo lugar, no debemos esperar pasivamente a que el fruto empiece a crecer de la nada. Permitir que el Espíritu y la Palabra de Dios nos guíen hará que el fruto crezca rápidamente. Así

pues, estos rasgos no son procesos automatizados que nos abrumen; debemos permitir que el Espíritu nos guíe activamente y diga “no” a nuestros pecados y concupiscencias. Desde nuestra naturaleza, perseguimos los siguientes rasgos:

Ahora bien, son evidentes las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, odios, contiendas, celos, iras, ambiciones egoístas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías y cosas semejantes a éstas; de las cuales os digo de antemano, como también os lo dije en otro tiempo, que los que practican tales cosas no heredarán el Reino de Dios. (Gálatas 5:19-21)

Estas cualidades son exactamente lo contrario del fruto del Espíritu (Gálatas 5:17). En otras palabras, debemos darnos cuenta, por un lado, de que una vida santa es una bendición de Dios y del Espíritu Santo. Por otra parte, es responsabilidad nuestra que el fruto crezca. No podemos culpar al Espíritu Santo si, por ejemplo, somos demasiado impacientes o carecemos de autocontrol. Podemos compararlo con el fruto en horticultura. Es responsabilidad del hombre sembrar una semilla, regarla y cuidarla bien. Si el hombre cuida bien la semilla y el fruto, el fruto crecerá. Si el hombre no riega y cuida el fruto, éste morirá o no crecerá en todo su potencial. Lo mismo ocurre con el fruto del Espíritu Santo. Si no manejamos el fruto con cuidado, no se desarrollará de forma óptima y nos quedaremos estancados con malas cualidades. Si manejamos el fruto adecuadamente y nos dejamos guiar por el Espíritu Santo, el fruto crecerá y se hará grande.

¿Cómo vivimos el fruto del Espíritu? Además de las exhortaciones de los capítulos 6 y 7, destacaremos un principio: dejarnos guiar por el Espíritu Santo. En el capítulo sobre el fruto del Espíritu, Pablo escribe:

Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfaceréis los deseos de la carne. (Gálatas 5:16)

Pablo nos insta a caminar en el Espíritu Santo. Por “caminar”, Pablo se refiere a todo nuestro caminar por la vida, es decir, nuestras partes religiosas y cada parte de la vida, incluso la vida después del domingo por la mañana. Debemos dejar que el Espíritu Santo nos guíe en todo, ma-

tando la carne y haciendo crecer el fruto. Si uno es guiado por el Espíritu, no se cumplirán los deseos de la carne, sino que vivirá una vida santa con el Espíritu Santo.

Este capítulo no es una lista exhaustiva de todo lo que el Espíritu Santo hace o puede hacer en la vida de un creyente. Hemos visto algunos puntos clave sobre las bendiciones del Espíritu Santo, pero éste quiere realizar mucho más de lo que se ha tratado en este capítulo.

Resumen

El Espíritu Santo es la promesa de una gran bendición del Reino de Dios. Es uno de los mayores milagros: el Espíritu Santo, Dios mismo, habita en los creyentes. El Espíritu Santo entra en la vida de un creyente en el momento en que se arrepiente y empieza a seguir a Jesús. En ese momento, el Espíritu Santo es la prenda y el sello del creyente, mora en él y testifica con nuestro Espíritu que somos hijos de Dios. Recibimos Su guía y somos santificados por Él. Además, Jesús quiere bendecirnos con el bautismo en el Espíritu Santo, haciendo que tengamos sueños, veamos visiones, profeticemos, oremos en lenguas, recibamos poder y seamos valientes. Por último, tratamos el fruto del Espíritu y vimos que el Espíritu Santo nos guía para que desarrollemos un gran fruto con las buenas cualidades de Dios. Al permitir que el Espíritu Santo nos guíe, funcionaremos en todas estas bendiciones.

C12 OTRAS BENDICIONES

Dios nos ofrece mucha gracia. No es casualidad que Pablo diga que siempre ora para que recibamos una revelación de todas las bendiciones que Dios quiere darnos (Efesios 1). La bondad y el poder de Dios lo superan todo, y ningún libro del mundo puede expresar con palabras toda la bondad y las bendiciones de Dios. En este capítulo cubrimos más bendiciones del Reino de Dios, pero debes saber que Dios quiere bendecirnos con mucho más.

Conexión directa con Dios

Tenemos una conexión directa con Dios. Antes de que Jesús muriera, había un templo, y dentro del templo había un pequeño espacio donde estaba el Arca de la Alianza, en el lugar santísimo. En este espacio, Dios “habitaba” en la tierra. Nadie podía entrar y nadie podía estar en presencia de Dios. Este espacio estaba separado del lugar santo por un velo y, una vez al año, el sumo sacerdote podía entrar en él. Antes de entrar en este espacio, debía vestirse con ropas de lino, que exudaban santidad (Levítico 16:4). También tenía que reconciliarse primero ofreciendo un toro como ofrenda por el pecado a Dios (Levítico 16:11). Si el sumo sacerdote no lo hacía, había muchas posibilidades de que muriera por la santidad de Dios (Levítico 16:3). Dios es santo y el hombre es impuro, por lo que no era posible ninguna relación en la tierra. La santidad de Dios haría que todos los impuros cayeran muertos al instante. Sólo con una ofrenda de reconciliación era posible que el sumo sacerdote llegara a Dios y sirviera en el lugar santísimo.

Así es hoy: sólo a través del sacrificio de reconciliación de Jesucristo es posible que las personas estén en comunión con Dios. Una de las mayores bendiciones del Reino de Dios es nuestra conexión directa con Él. Cuando Jesús completó Su obra en la cruz del Calvario, la separación entre Dios y la humanidad llegó a su fin. Desde ese momento, Dios pudo habitar entre las personas. Fue Dios mismo quien rasgó el velo que nos separaba, abriendo el camino para una relación cercana y personal con Él.

Y Jesús volvió a gritar a gran voz y entregó su espíritu. Entonces, he aquí que el velo del templo se rasgó en dos de arriba abajo (...). (Mateo 27:50-51)

La crucifixión de Jesús hizo posible la reconciliación entre Dios y la humanidad. Esto significa que Dios puede habitar nuevamente entre los hombres. Hoy, es a través de la morada del Espíritu Santo en los creyentes que esta conexión se realiza. Podemos acercarnos con confianza al trono de Dios y entrar en Su santuario espiritual. Jesús abrió el camino para nosotros y, como nuestro Sumo Sacerdote, expió todos nuestros pecados, permitiéndonos vivir en comunión con Él.

Por tanto, hermanos, puesto que tenemos la confianza de entrar en el lugar santo por la sangre de Jesús, por un camino nuevo y vivo que Él nos inauguró a través del velo, es decir, de Su carne, y puesto que tenemos un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero en plena certidumbre de fe, purificados nuestros corazones de mala conciencia y lavados nuestros cuerpos con agua pura. (Hebreos 10:19-22)

En el futuro, esto ocurrirá de forma visible, donde Dios morará con la gente (Apocalipsis 21:3).

Vivir en conexión directa con Dios

¿Cómo podemos vivir en conexión directa con Dios? Hebreos 10 muestra algunos conceptos hermosos que se relacionan significativamente con una conexión viva con Dios. Podemos acercarnos a Dios con un corazón sincero y una fe sólida. Un corazón sincero significa una actitud genuina y comprometida hacia Dios. Este estado es alcanzable porque nuestro corazón está rociado y nuestra conciencia limpia. La razón de ello es la obra de Jesús, por la que somos santificados y justificados en Él. Además, hemos recibido al Espíritu Santo, que ha “escrito” las leyes de Dios en nuestros corazones y mentes. Cuando el Espíritu Santo nos guía, permanecemos puros. Esta obra se realiza en parte mediante el bautismo en agua, como se menciona en el versículo 22. Por último, es importante animarnos unos a otros y no descuidar las asambleas mutuas de la Iglesia. De este modo, nos prestamos atención los unos a los otros y ardemos juntos por Dios, para que no olvidemos a Dios en nuestras vidas y no se rompa nuestra conexión con el Creador.

Hablar con Dios

A pesar de saber que tenemos una conexión directa con Dios (a través de Jesús y del Espíritu Santo), es crucial saber que tenemos una línea directa de comunicación con Dios (compañerismo e intimidad). En un

reino terrenal, el rey no tiene tiempo para hablar y entablar relaciones con todo el pueblo. En el Reino de Dios, las cosas funcionan de otro modo. Cada ciudadano del Reino de Dios tiene una línea de comunicación personal con Dios Padre, y todos pueden llegar a Dios, de día y de noche. No importa lo que haya ocurrido o lo “malos” que nos hayamos vuelto a causa del pecado, Dios siempre quiere hablar con nosotros y perdonará nuestros pecados si acudimos con arrepentimiento. Dios siempre está disponible y presente para mantener conversaciones con Sus hijos. Aquí también podemos pensar en la intercesión, la confesión, la oración de gratitud, la oración de bendición a los demás o la alabanza. Estar agradecidos a Dios y honrarle con nuestras oraciones es la clave.

Se nos insta a seguir orando y a hablar con Dios continuamente. A menudo esto se percibe como una obligación, pero es una gran bendición de Dios. Podemos orar y hablar con Dios siempre y sin interrupción. Dios no se cansará de nuestras oraciones, no se impacientará y tendrá tiempo de sobra para hablar con nosotros. De hecho, Dios anhela hablarnos todo el tiempo y mostrarnos Su bondad.

Dedicaos a la oración, manteniéndoos alerta en ella con actitud de acción de gracias. (Colosenses 4:2)

Podemos orar juntos con otros creyentes o a solas en privado. Cuando oramos a solas, sabemos que Dios está ahí y somos recompensados por orar.

Pero tú, cuando ores, entra en tu cuarto y, cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará en público. (Mateo 6:6)

Además, la oración es un proceso bidireccional. Dios quiere responder a nuestras oraciones. Puede ser a través de una voz en nuestro interior, de un texto bíblico o de un pensamiento espontáneo que entra en nuestra mente. Por ejemplo, Dios puede animarnos, darnos una misión para construir Su reino o darnos una profecía para otra persona. ¡Tenemos un Dios que habla!

Por último, Dios promete una respuesta a la oración: bendiciones espirituales o materiales cuando oramos.

Pedid y se os dará. (...) Porque todo el que pide, recibe. (...) Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos,

cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan. (Mateo 7:7-11)

Vivir en respuesta a la oración

Hay varios principios esenciales para obtener respuestas a la oración, que trataremos muy brevemente.

Principio 1: Pídele a Dios. Este principio puede parecer redundante, pero es imprescindible. Dios nos da buenos dones cuando se lo pedimos.

Codiciáis y no tenéis. Asesináis y codiciáis y no podéis obtener. Lucháis y guerreáis. Pero no tenéis porque no pedís. (Santiago 4:2)

Principio 2: Conoce la voluntad de Dios. Sólo recibimos bendiciones en nuestra vida si son la voluntad de Dios. Antes de orar, necesitamos conocer Su voluntad para orar con fe.

Esta es la confianza que tenemos en Él, que si pedimos algo conforme a Su voluntad, Él nos oye. (1 Juan 5:14)

Principio 3: Debemos orar con fe. A menos que tengamos fe en que Dios escucha nuestra oración, Dios no puede (o tiene dificultades) para responder a nuestra oración.

Y todo lo que pidáis en la oración, creyendo, lo recibiréis. (Mateo 21:22)

Principio 4: El motivo adecuado. No debemos pedir a Dios cosas para satisfacer nuestros deseos y ocuparnos de las bendiciones de forma egoísta e inapropiada. Dios no cree que sea malo orar por nosotros mismos, pero quiere que el motivo sea correcto. Por ejemplo, pedir a Dios un coche si lo necesitamos o lo deseamos es legítimo para que tengamos más movilidad. Es incorrecto orar pidiendo un coche si queremos que los demás nos tengan envidia o iniciar una competición con los vecinos preguntando: “¿Quién tiene el coche más bonito?”.

Pedís y no recibís, porque pedís mal, para gastarlo en vuestros placeres. (Santiago 4:3)

Principio 5: Ten paciencia. A veces, las promesas de Dios tardan en materializarse. Ten paciencia; si Dios te promete algo, ¡te lo dará!

El Cuerpo de Cristo

La siguiente bendición del Reino de Dios es que formamos parte del cuerpo de Cristo y de la Iglesia global de Cristo. No nos referimos al cuerpo material de Jesús en la tierra, sino a una realidad espiritual en la Biblia. El cuerpo de Cristo es la iglesia de Cristo en la tierra. Es una gran bendición no estar solos en nuestro culto, forma de vida y ministerio, sino contar con millones de hermanos y hermanas. Juntos estamos construyendo el Reino de Dios en la tierra. La iglesia es el cuerpo de Cristo, y Jesús es la Cabeza de este cuerpo.

Y Él (Jesús) es la cabeza del cuerpo, la Iglesia, que es el principio (...).
(Colosenses 1:18)

El cuerpo muestra diversidad y al mismo tiempo forma una unidad. Mirando a nuestro alrededor, vemos diferentes hermanos y hermanas con diversos ministerios. Uno es orador y puede dar los sermones más hermosos. Otro es un profeta que puede comunicar perfectamente las palabras de Dios. A otro se le han dado los dones de la sanación, y muchos han sido curados a través de su ministerio. Dios utiliza a cada uno para un fin determinado y ha colocado a cada creyente en el Cuerpo de Cristo. Uno está destinado a ser una mano, mientras que otro, un pie. Todos son necesarios en el Cuerpo.

El tema del “Cuerpo de Cristo” es una bendición de Dios y un encargo para nosotros. Es una bendición porque somos animados, amonestados o consolados por otros creyentes y ministerios. Podemos aprender mucho de un maestro de la Biblia, recibir las palabras de Dios a través de un profeta o ser aceptados en el amor por un pastor. Dios no nos ha colocado solos en la tierra, sino en un cuerpo y una familia para que podamos servirnos unos a otros en el amor. Debe haber mucho amor en la iglesia que cumpla lo siguiente:

El amor sufre mucho y es benigno; el amor no tiene envidia; el amor no se pavonea, no se envanece; no se comporta con rudeza, no busca lo suyo, no se irrita, no piensa mal; no se alegra de la iniquidad, sino que se regocija en la verdad; todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. (1 Corintios 13:4-7)

Siendo éste el punto de partida de una congregación, ¡es una gran bendición unirse a una!

Ser el cuerpo de Cristo no es solo un privilegio, sino también un mandamiento. Mientras otros nos animan, nosotros tenemos la oportunidad y el llamado de inspirar a quienes nos rodean a través del ministerio, los dones y el amor que hemos recibido de Dios. De esta manera, trabajamos juntos para construir un cuerpo de Cristo completo y funcional, en el que no falte ninguna parte. Así como el cuerpo humano necesita que todos sus órganos y miembros colaboren para funcionar de manera óptima, el cuerpo de Cristo requiere que cada ministerio y cada creyente desempeñen su papel con excelencia y dedicación. Solo así alcanzaremos la unidad y perfección que Dios desea para Su iglesia.

Pero Dios compuso el cuerpo, dando mayor honor a la parte que carece de él, para que no hubiera cisma en el cuerpo, sino que los miembros tuvieran el mismo cuidado los unos de los otros. Y si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él; o si un miembro es honrado, todos los miembros se regocijan con él. Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y miembros individualmente. (1 Corintios 12:24-27)

Vivir en el Cuerpo de Cristo

Abordaremos dos aspectos fundamentales para vivir plenamente como parte del cuerpo de Cristo. En primer lugar, no debemos limitarnos a recibir de otros ministerios, hermanos y hermanas, sino también compartir activamente los ministerios y dones que Dios nos ha confiado. Somos parte del cuerpo de Cristo y, juntos, nos edificamos y fortalecemos mutuamente. En segundo lugar, es importante formar parte de una congregación. Dado que millones de personas conforman el cuerpo de Cristo, sería imposible relacionarnos con cada miembro de manera individual. Por esta razón, Dios ha establecido congregaciones locales en cada ciudad o región. El apóstol Pablo nos exhorta a participar en estas reuniones comunitarias, donde podemos fortalecernos y alentarnos unos a otros. (Además, algunas personas pueden tener un ministerio itinerante para apoyar y servir a múltiples congregaciones locales, como es el caso de los apóstoles).

Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras, no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel Día se acerca. (Hebreos 10:24-25)

La protección de Dios

Dios nos protege y nos guarda. Vemos que la protección de Dios se extiende sobre diversas figuras bíblicas a lo largo de la Biblia. Por ejemplo, piensa en Eliseo, que fue protegido por un ejército angélico de Dios (2 Reyes 6:16-17). Piensa en David, que escribió varios Salmos sobre la protección de Dios sobre su vida.

Dios es nuestro refugio y fortaleza, Un auxilio muy presente en la angustia. (Salmo 46:1)

Tú eres mi escondite; Tú me preservarás de la angustia; Tú me rodearás de cánticos de liberación. (Salmo 32:7)

Porque has hecho del Señor, que es mi refugio, del Altísimo, tu morada, ningún mal te sobrevendrá, ni ninguna plaga se acercará a tu morada. (Salmo 91:9-10)

Dios nos protege con una protección sobrenatural. Esto no implica que nunca pueda haber tribulación en nuestras vidas. Por desgracia, muchos cristianos viven en tribulaciones causadas por personas que quieren aterrorizarlos o matarlos. Dios protege a todos Sus seguidores, pero los cristianos no pueden escapar a veces de la persecución e incluso de la muerte. Las persecuciones permanecerán hasta que Jesús regrese. Sin embargo, nuestro Dios es nuestro Protector y quiere protegernos en nuestros caminos y guardarnos del peligro. Podemos confiar en Él en cualquier circunstancia que se nos presente.

Sí, y todos los que desean vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirán persecución. (2 Timoteo 3:12)

Aunque nos persigan y maten a los cristianos a causa de su fe, Dios proporciona a todos protección (espiritual). No tenemos que temer a los que pueden matar el cuerpo. Tenemos esperanza y seguridad que son más poderosas que la muerte, porque nuestro espíritu está seguro con Dios en el cielo. Dios nos protege, pase lo que pase con nuestros cuerpos en la tierra. Dios es fiel y nunca nos pierde de vista.

Y no temáis a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma. Temed más bien a Aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno. (Mateo 10:28)

Vivir bajo la protección de Dios

Los asaltos a nuestra vida no proceden de las personas, sino del mundo espiritual. El mundo espiritual puede utilizar a las personas para atacarnos con dardos de fuego. La promesa de Dios es que Él nos protegerá del peligro. Mientras tanto, Pablo nos llama a armarnos contra el día del mal. Leamos Efesios 6 para ver cómo podemos armarnos, impidiendo que nos alcancen los dardos de fuego del enemigo.

Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis hacer frente a las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes. Estad, pues, firmes, ceñidos los lomos con la verdad, vestidos con la coraza de justicia, calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz; sobre todo, tomando el escudo de la fe, con el que podréis apagar todos los dardos de fuego del maligno. Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios; orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, velando a este fin con toda perseverancia y súplica por todos los santos. (Efesios 6:11-18)

Este párrafo nos llevaría demasiado lejos si intentáramos analizarlo en profundidad. ¡Nuestra tarea es armarnos para mantenernos fuertes en cualquier circunstancia!

Victorias

Dios quiere que seamos vencedores y no perdedores. Dios es un Dios victorioso y no pierde. Cuando leemos el libro del Apocalipsis, vemos que Jesús es victorioso sobre el diablo y el anticristo. Del mismo modo que Jesús no es un perdedor, nosotros tampoco deberíamos serlo. Por nuestra fe, ¡somos vencedores junto con Él!

Porque todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo. Y ésta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe. (1 Juan 5:4)

Con Jesús, hemos vencido al mundo mediante nuestra fe. Esto significa que hemos vencido al diablo (1 Juan 2:13) y al pecado (1 Juan 2:16). Ya no estamos destinados a ser perdedores en las circunstancias, sino

vencedores. Jesús nos ha dado poder y autoridad sobre nuestros adversarios espirituales.

He aquí, os doy autoridad para pisotear serpientes y escorpiones, y sobre todo el poder del enemigo, y nada os hará daño. (Lucas 10:19)

Se espera de nosotros que tengamos una fe victoriosa que mueva montañas y venza a las tinieblas. La Biblia contiene versículos e historias en las que Dios logra la victoria a través de las personas.

Ahora bien, gracias a Dios, que siempre nos conduce al triunfo en Cristo, y por medio de nosotros difunde la fragancia de Su conocimiento en todo lugar. (2 Corintios 2:14)

Pablo vivió una vida de victorias. Las cosas no fueron bien desde el punto de vista humano. Por ejemplo, considera el encarcelamiento de Pablo, su naufragio y las amenazas de muerte. Sin embargo, Pablo podía decir que vivió una vida victoriosa con Jesús. Podía hablar de Jesús; la gente acudía a la fe, y las tinieblas eran derrotadas. A veces, las circunstancias que nos rodean nos dicen que somos perdedores o que estamos en vías de perder. Si nos mantenemos firmes en la fe y en la autoridad, nunca podremos perder y siempre alcanzaremos la victoria en Cristo. Se nos ha dado una fe victoriosa y se nos ha colocado en el Reino de Dios que nunca falla. Pueden venir persecuciones o tentaciones, pero Dios nos protege para que podamos alcanzar la victoria.

No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea común a los hombres; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que junto con la tentación os abrirá también la vía de escape, para que podáis soportarla. (1 Corintios 10:13)

Las victorias se aplican a los asuntos espirituales, las relaciones, el trabajo, la salud, las finanzas o la escuela. Dios nos ha dado una fe victoriosa.

Vivir en las victorias

Hay una batalla constante. No me refiero a personas que luchan entre sí, sino a batallas de las mentes. El diablo quiere atacarnos mentalmente con mentiras y medias verdades. Para vivir en victoria, es esencial vencer nuestros pensamientos.

Pues, aunque andamos en la carne, no guerreemos según la carne. Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para derribar fortalezas, derribar argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo, y estar preparados para castigar toda desobediencia cuando se cumpla vuestra obediencia. (2 Corintios 10:3-6)

Tenemos que luchar contra las fortalezas de nuestra mente. Estas fortalezas son razonamientos falsos, desobediencia a Dios y pensamientos incorrectos. Luchamos contra estas fortalezas y se nos permite llevar todo a la obediencia en Cristo. Es esencial hablar continuamente contra los pensamientos incorrectos diciéndoles la verdad de Dios de la Biblia o de las profecías personales. Por ejemplo, si surge un pensamiento que dice: “Seguramente Dios no te perdona”, podemos decir: “Sí, porque está escrito: ‘Porque Tú, Señor, eres bueno, benigno para perdonar y rico en misericordia para con todos los que te invocan’” (Salmo 86:5).

Las victorias empiezan en nuestra mente y se filtran a las partes (físicas) de nuestra vida. Además, ayuda buscar regularmente a Dios orando, ayunando o estudiando Su Palabra y preguntándole qué debemos hacer en la Tierra. Si seguimos y ponemos en práctica la voluntad de Dios, ningún enemigo o poder espiritual podrá detenernos. Entonces tenemos a un Dios invencible que está de nuestro lado. Y, por último, a veces necesitamos paciencia. Puede ser un proceso tras el cual llegue la victoria. Durante ese tiempo, que sigamos luchando y confiando en Dios.

Pelea el buen combate de la fe, echa mano de la vida eterna, a la que también fuiste llamado y has confesado la buena confesión en presencia de muchos testigos. (1 Timoteo 6:12)

Gracia

El Reino de Dios es un reino fundamentado en la gracia divina. Ya no vivimos bajo el dominio de la ley, sino bajo el amparo de la gracia de Dios.

Y de Su plenitud hemos recibido todos, y gracia por gracia. Porque la ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. (Juan 1:16-17)

Hablando de la gracia, la gente suele pensar que en la tierra somos libres en nuestras lujurias. Vivimos en gracia, así que se me permite robar, engañar, cometer adulterio, etc. Este tipo de gracia no existe en la Biblia, y yo no la predico. Somos libres de la ley y del pecado. Esto nos permite vivir en la libertad del Espíritu. No tenemos que obedecer la ley que implica la circuncisión, guardar las fiestas judías y los sacrificios. Se nos permite vivir en libertad y dejar que el Espíritu Santo nos guíe. En la carta a los Gálatas, Pablo explica este principio abordando primero el vivir bajo la ley y luego el vivir bajo la libertad impía. Luego proclama el camino correcto de la gracia y la libertad.

Manteneos, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no volváis a enredaros con yugo de esclavitud. (Gálatas 5:1)

Se nos dice que permanezcamos en esa libertad y gracia y no dejemos que pese sobre nosotros un yugo de esclavitud. Ese yugo de esclavitud es la ley con todas sus disposiciones y el objetivo de ser justificados ante Dios por la ley. Además, no debemos ser siervos del mundo con todas sus concupiscencias (Gálatas 4:3). Entonces, ¿cómo podemos vivir? ¿Si no podemos estar bajo la ley y tener una libertad impía? ¡Ésa es la belleza de Dios! Él tiene una solución que nos permite vivir en santa libertad, recibiendo todas las disposiciones de Dios sin ser esclavos de la ley. Dios nos ha dado Su Espíritu, a través del cual Dios toma la iniciativa y nos santifica y justifica.

Os habéis alejado de Cristo, vosotros que intentáis justificaros por la ley; habéis caído de la gracia. Pues nosotros, por el Espíritu, aguardamos ansiosamente la esperanza de la justicia por la fe. (Gálatas 5:4-5)

Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfaceréis los deseos de la carne. (Gálatas 5:16)

Vivir en la gracia de Dios significa que el Espíritu Santo dirige nuestras vidas. Vivir en gracia significa que (ya) no podemos pecar, y que el poder del pecado ya no gobierna sobre nosotros.

Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros, pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia (...) erais esclavos del pecado, pero obedecíais de corazón a aquella forma de doctrina a la que fuisteis entregados. Y

habiendo sido liberados del pecado, os hicisteis esclavos de la justicia.
(Romanos 6:17-18)

Podemos servir a Dios y a la justicia porque ya no nos domina el pecado y estamos libres de él. ¡Qué gran gracia de Dios! ¡Nos ha liberado de la ley y del pecado, permitiéndonos vivir en gracia y en verdadera libertad!

Vivir en Gracia

Para vivir en gracia, examinaremos una exhortación: la obediencia al Espíritu Santo. Si escuchamos al Espíritu Santo y andamos por los caminos del Espíritu Santo, viviremos perfectamente en gracia.

Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque la carne codicia contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne; y éstos se oponen entre sí, de modo que no hacéis lo que queréis. Pero si os dejáis guiar por el Espíritu, no estáis bajo la ley. (Gálatas 5:16-18)

Sabiduría

Otra bendición del Reino de Dios es la sabiduría. Dios nos ha dado Su sabiduría para que podamos tomar decisiones sabias.

Porque el Señor da la sabiduría; de su boca salen la ciencia y la inteligencia. (Proverbios 2:6)

Dios es la única fuente correcta de sabiduría. Muchos eruditos del mundo se creen sabios. No quiero discutir que los eruditos de hoy en día tengan conocimientos y puedan hacer inventos y descubrimientos asombrosos. Pero el conocimiento es muy distinto de la sabiduría. La sabiduría es la capacidad de juzgar correctamente y elegir adecuadamente en la vida. El conocimiento es tener mucha información o hechos sobre un tema concreto. Según el libro de los Proverbios, la sabiduría supera al conocimiento y procede de Dios. Al mismo tiempo, las personas también reciben de Dios el conocimiento y la perspicacia correspondiente. En la Biblia, aparte de Jesús, Salomón fue el hombre vivo más sabio. Su sabiduría era tan profunda que personas de todo el mundo le visitaban para hacerle preguntas. Salomón recibió esta sabiduría porque ofreció sacrificios a Dios y le pidió sabiduría (1 Reyes 3). En Proverbios, nos cuenta cómo nosotros también podemos llegar a ser sabios.

Los dos principios fundamentales son 1. Pedir sabiduría a Dios, buscar bien la sabiduría y darse cuenta de que la sabiduría sólo procede de Dios. 2. Observar los mandamientos de Dios y vivir rectamente.

Salomón era extremadamente sabio, y también los apóstoles caminaban en la sabiduría sobrenatural del Espíritu Santo, por lo que sabían exactamente qué responder.

Y Esteban, lleno de fe y de poder, hacía grandes prodigios y señales entre el pueblo. Entonces se levantaron algunos de lo que se llama la Sinagoga de los Libertos (Cireneos, Alejandrinos y los de Cilicia y Asia), disputando con Esteban. Y no pudieron resistir a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba. (Hechos 6:8-10)

Por último, la clave está en darse cuenta de que la sabiduría de Dios es necesidad para el mundo. El mundo no puede comprender la “necedad” del Evangelio. Al mismo tiempo, la “necedad” de Dios es más sabia que todos los hombres. La sabiduría de Dios supera con creces toda la sabiduría de la tierra; sólo el mundo no lo ve ni lo comprende.

(...) sino que predicamos a Cristo crucificado, para los judíos escándalo y para los griegos necedad, pero para los llamados, tanto judíos como griegos, Cristo poder de Dios y sabiduría de Dios. Porque la locura de Dios es más sabia que los hombres, y la debilidad de Dios es más fuerte que los hombres. (1 Corintios 1:23-25)

La sabiduría de Dios es del siguiente nivel. Por ejemplo, al considerar las provisiones y la prosperidad, Dios dice: “Dad, y se os dará”. El mundo no diría esto.

Vivir en sabiduría

¿Cómo debemos vivir con la sabiduría de Dios? Santiago nos lo explica en su carta.

Si a alguno de vosotros le falta sabiduría, que se la pida a Dios, que da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. (Santiago 1:5)

Santiago lo hace muy sencillo: Si te falta sabiduría, pídelo a Dios, y Él te la concederá. Podemos pedir a Dios sabiduría, una respuesta o una solución en una situación concreta. Cuando pedimos sabiduría, debemos creer que Dios nos la concederá, como dice Santiago en su carta.

Pero que pida con fe, sin dudar, porque el que duda es como una ola del mar empujada y zarandeada por el viento. Pues no suponga ese hombre que recibirá algo del Señor; es un hombre de doble ánimo, inestable en todos sus caminos. (Santiago 1:6-8)

Si no pedimos o tenemos dudas e incredulidad, no recibiremos sabiduría (ni otras bendiciones) de Dios. Además, Salomón nos llama a buscar la sabiduría de Dios (Proverbios 2:4). Para concluir, hay un libro en el mundo que contiene toda la sabiduría: la Biblia. Si quieres ser un hombre o una mujer sabios, lee y estudia la Biblia, y recibirás sabiduría.

Paz y Alegría

La última bendición que abordamos en esta sección es la paz y la alegría. Son cualidades que pertenecen al Reino de Dios.

Porque el Reino de Dios no es comer ni beber, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. (Romanos 14:17)

Gracias al sacrificio de Jesús, podemos vivir en paz y alegría con Dios y con nuestros hermanos. Porque estamos justificados, vivimos en paz con Dios. Ya no se nos considera enemigos de Dios en un cuerpo impuro, podemos vivir en paz con Él mediante nuestra fe en Jesucristo.

Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. (Romanos 5:1)

La paz con Dios no significa paz entre dos partes iguales, como en una guerra o disputa. La paz es algo que Dios nos concede. Como Jesús ha soportado el castigo, Dios ya no tiene que castigarnos por el pecado, y nosotros ya no tenemos que llevar una vida impura. Al fin y al cabo, Jesús ha soportado ese castigo por nosotros. En consecuencia, experimentamos una paz y una serenidad sobre nosotros mismos que el mundo desconoce. Las cosas nos van bien. Además, podemos vivir en paz y armonía con nuestros hermanos y hermanas y difundir la paz de Dios por todo el mundo.

El Reino de Dios también consiste en la alegría en el Espíritu Santo. Esta alegría puede estallar de repente en el servicio de la iglesia mientras lees un texto bíblico o adoras a Dios. Dios es un Dios de alegría y celebración.

Os digo que, del mismo modo, habrá más alegría en el cielo por un pecador que se arrepienta que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse. (Lucas 15:7)

Dios es un Dios de alegría y quiere compartir Su alegría con nosotros. Lo vemos en la historia del hijo perdido, en la que el hijo vuelve a casa. El Padre se alegra y anima a su hijo mayor a alegrarse por su hermano.

Era justo que nos alegrásemos y nos regocijásemos, porque vuestro hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida, y se había perdido y ha sido hallado. (Lucas 15:32)

Vivir en paz y alegría

La alegría y la paz son frutos del Espíritu Santo.

Pero el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad. (Gálatas 5:22)

Esto significa que el Espíritu Santo puede guiarnos y que podemos crecer en paz y alegría. Es tanto algo que Dios nos da como algo en lo que podemos crecer.

Resumen

En este capítulo hemos explorado de manera breve algunas de las grandes bendiciones que Dios nos otorga. Dios es un Padre generoso, cuyas bendiciones son inagotables y abundan en nuestra vida. A lo largo del texto, hemos abordado las siguientes bendiciones:

Bendición	Descripción
Conexión directa con Dios	Desde la crucifixión, se ha eliminado la distancia entre Dios y el hombre. Dios habita en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo.
Hablar con Dios	Podemos hablar directamente con Dios mediante la oración o el tiempo de silencio, y Dios responde.
El cuerpo de Cristo	Hemos sido colocados en el cuerpo de Cristo. Esto significa que estamos en la familia de Dios, y que nos animamos, amonestamos y consolamos mutuamente.

La protección de Dios	Dios nos protege y vela por nosotros. No debemos tener miedo, sino confiar en Él.
Victorias	Dios nos promete victorias en nuestra vida en distintos ámbitos. No somos perdedores, sino vencedores.
Gracia	Por la gracia de Dios, no vivimos bajo la ley o la libertad impía. Vivimos en la libertad del Espíritu Santo.
Sabiduría	Si pedimos a Dios sabiduría con fe, Él nos dará sabiduría y soluciones.
Paz y alegría	A través del Espíritu Santo, recibimos paz y alegría en nuestras vidas. Es un sentimiento desconocido para el mundo.

EL REINO DE DIOS

LA COMISIÓN DEL REINO

PARTE 3



3



C13 REINOS HOSTILES

En el mundo espiritual, distinguimos dos Reinos. Uno de estos Reinos es bien conocido por nosotros, pero ¿qué ocurre con el otro? ¿El Reino del adversario? La Biblia proclama que existen dos Reinos en total y que todos forman parte del Reino de Dios o del Reino de las Tinieblas. Este capítulo examinará el Reino de las Tinieblas y descubrirá cómo funciona. Es importante saber de qué tipo de Reino nos ocuparemos en los próximos capítulos.

La batalla espiritual

Como tendemos a tener una perspectiva superficial y humana, a menudo vemos a las personas como nuestros enemigos. Un país se opone a otro y, en nuestra situación privada, puede haber personas que nos vuelvan locos. De vez en cuando, hay una batalla entre personas. Sin embargo, Pablo dice que no debemos luchar contra las personas, y que no debemos verlas como nuestros enemigos. En el fondo se trata de una batalla espiritual.

Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. (Efesios 6:12)

Nuestra batalla es contra los seres espirituales del Reino de las Tinieblas. Entre ellos se incluyen los demonios, los ángeles caídos, el diablo y otros seres espirituales. Los seres espirituales pueden causar daños a zonas o países, pero también pueden actuar a través de las personas. En el libro de Efesios, Pablo nos llama a ponernos la armadura espiritual de Dios, que nos permite mantenernos firmes contra estos seres terroríficos. Lo hacemos mediante la fe, la verdad de Dios, llevando el Evangelio, y teniendo la justicia de Jesús, la Biblia y el Espíritu Santo. Es esencial equipar adecuadamente nuestras defensas para mantenernos firmes contra el diablo y sus cómplices.

Al mismo tiempo, el Evangelio de Dios no sólo implica defenderse. A menudo crea una imagen en la que el diablo nos está disparando flechas continuamente, y nosotros estamos ocupados defendiéndonos todo el tiempo. Se presenta como un tráfico unidireccional. Si nos fijamos en la vida de Jesús, vemos que tuvo que defenderse cuando fue desafiado en el desierto. Jesús lo hizo hablando la Palabra de Dios

y no respondiendo a las tentaciones del diablo. Pero también vemos que Jesús pasó al ataque con toda su fuerza, expulsando a los demonios de las personas oprimidas. En otras palabras, Jesús amplió el Reino de Dios conquistando el territorio del Reino de las Tinieblas. Además, Jesús y los discípulos proclamaron el Evangelio del Reino e hicieron que muchos se convirtieran y pasaran del Reino de las Tinieblas al Reino de Dios.

Nos ha librado del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al Reino del Hijo de Su amor. (Colosenses 1:13)

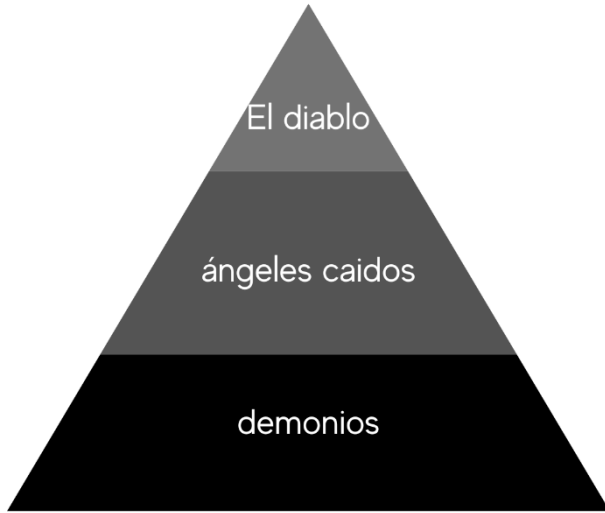
Jesús y los apóstoles no sólo defendían, sino que atacaban. Del mismo modo, nosotros también podemos tanto defender como atacar. En esta sección, estudiaremos la misión de Jesús y aprenderemos que podemos atacar al Reino de las Tinieblas y liberar a los que actualmente están oprimidos por las tinieblas de su malvado gobernante, en el nombre de Jesús. Jesús nos ha dado poder y autoridad para gobernar sobre las tinieblas.

El Reino de las Tinieblas

Para empezar, exploremos cómo funciona el Reino de las Tinieblas. En el capítulo 1, vemos que el diablo hizo que Adán y Eva comieran del fruto del árbol y desobedecieran así a Dios. El diablo es el líder del Reino de las Tinieblas. Pero el diablo no está solo. En su caída, se llevó a los ángeles y a otros seres espirituales que sirvieron con él. El Reino de las Tinieblas es un reino con una jerarquía. Esto significa que a un ser espiritual se le asigna un propósito o área específicos, y que está por debajo de otro ser y controla a otros seres.

Si Satanás también está dividido contra sí mismo, ¿cómo se mantendrá su Reino? (Lucas 11:18)

Si observamos la jerarquía en el Reino de las Tinieblas, llegamos a la siguiente pirámide.



El diablo gobierna el Reino de las Tinieblas y controla a los ángeles caídos y a los demonios (Lucas 11:15). Ha sido el adversario y es un rebelde derrotado. Los ángeles caídos, junto con el diablo, han traicionado a Dios. Eligieron el bando del diablo y le sirvieron. Algunos ángeles caídos se han convertido en gobernantes de imperios en la Tierra, como podemos leer en el libro de Daniel. No se trata de un gobernante humano, sino de un gobernante espiritual.

Entonces me dijo: Daniel, no temas; porque desde el primer día que dispusiste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras; y a causa de tus palabras yo he venido. Mas el príncipe del reino de Persia se me opuso durante veintiún días; pero he aquí Miguel, uno de los principales príncipes, vino para ayudarme, y quedé allí con los reyes de Persia. (Daniel 10:12-13)

Leemos sobre dos príncipes en el texto anterior. El príncipe Miguel es un arcángel de Dios y ayuda al pueblo de Israel. El príncipe de Persia obstaculiza la obra de Dios y, a causa de este príncipe, Daniel tuvo que esperar veintiún días para recibir su respuesta. También hoy podemos enfrentarnos a luchas contra los príncipes del enemigo, los gobernantes y sus poderes. Nuestra tarea consiste en mantenernos firmes y vencerlos con nuestra armadura de Dios (Efesios 6:12).

Entre ellos, encontramos a los demonios. Se trata de seres espirituales que pretenden que la gente no crea en Jesús, y quieren atormentarla con enfermedades y pensamientos terribles. Si alguien llega a la fe, quieren asegurarse de que forme el menor impacto posible. Más adelante en este libro, veremos que nuestro trabajo consiste en expulsar a los demonios de las personas. En la siguiente sección, hablaremos de los demonios y sus acciones. Esto nos ayudará a saber qué debemos expulsar.

¿Qué son los demonios?

Los demonios son seres espirituales sin cuerpo. En el libro de Mateo, Jesús explica cómo vive un demonio. En la Biblia, a menudo se hace referencia a ellos como espíritus malignos o inmundos.

Cuando un espíritu inmundo sale de un hombre, recorre lugares secos, buscando reposo, y no lo encuentra. Entonces dice: Volveré a mi casa de donde salí. Y cuando llega, la encuentra vacía, barrida y puesta en orden. Entonces va y se lleva consigo a otros siete espíritus más perversos que él, y entran y habitan allí; y el último estado de aquel hombre es peor que el primero. Así sucederá también con esta generación perversa. (Mateo 12:43-45)

Un demonio o espíritu inmundo vive su vida en la tierra. Al principio puede encontrarse en lugares estériles en busca de descanso. Esto podría incluir zonas desoladas como pantanos o desiertos (Isaías 13:21, 34:14). Sin embargo, un demonio no puede encontrar descanso allí porque quiere habitar en una persona y provocarla para que haga cosas terribles. Un demonio busca una morada vacía. Esto es un indicio de la ausencia del Espíritu Santo. El demonio se irá si el Espíritu Santo mora en la casa y no hay ninguna puerta abierta. Si el Espíritu Santo está ausente, el demonio entra y se lleva a sus amigos. La razón por la que necesitamos expulsar a los demonios de las personas es porque a los demonios les gusta vivir en las personas.

Además, un demonio tiene una personalidad. No es un poder ni un nombre que indique maldad. Todo demonio, como los humanos, tiene una personalidad y posee sentimientos, una mente y una voluntad. En Mateo leemos que un demonio quiere habitar en un ser humano. Actúa por voluntad propia. Veamos los textos que dicen que un demonio tiene mente (puede hablar), sentimientos y conciencia de sí mismo.

Había en la sinagoga de ellos un hombre que tenía un espíritu inmundo. Y gritaba, diciendo ¡Déjanos en paz! ¿Qué tenemos que ver contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido para destruirnos? Yo sé quién eres Tú, el Santo de Dios. (Marcos 1:23-24)

El demonio tenía mente. Sabía quién era Jesús y podía hablar a través del hombre. El demonio sabía incluso que Jesús era el Santo de Dios antes que la gente.

Crees que hay un solo Dios. Haces bien. Hasta los demonios creen y tiemblan. (Santiago 2:19)

Los demonios tiemblan ante Dios. Temblar significa “estremecerse de miedo”, que es una emoción fuerte. Los demonios tienen sentimientos y pueden transmitirlos a las personas; por ejemplo, miedo o ira.

Entonces le preguntó ¿Cuál es tu nombre? Y él respondió diciendo: Mi nombre es Legión, porque somos muchos. (Marcos 5:9)

El demonio sabía que existía. Al fin y al cabo, él mismo se dio un nombre. Además, sabía que no estaba solo. Para él, había muchos viviendo en el hombre. Era consciente de sí mismo, pero también de otros seres espirituales.

La obra de los demonios

Sabiendo ahora lo que son los demonios, veamos lo que hacen los demonios. Los demonios son criaturas terribles que quieren atormentar a las personas y apartarlas de la verdad de Jesús. Para el resto del libro, debemos saber contra quién nos enfrentamos y qué hacen nuestros enemigos. Los demonios actúan de las siguientes formas, entre otras:

Los demonios mienten

Los demonios dicen mentiras, alejando a la gente de la verdad. Lo observamos con Adán y Eva cuando el demonio mintió sobre las consecuencias de tomar el fruto. Además, el diablo es el patriarca de la mentira. Cuando el diablo miente, podemos suponer que sus cómplices hacen lo mismo.

Tú eres de tu padre el diablo, y los deseos de tu padre quieres hacer. Es un asesino desde el principio, y no se mantiene en la verdad, porque

no hay verdad en él. Cuando habla mentira, habla por sus propios medios, porque es mentiroso y padre de ella. (Juan 8:44)

Todo cristiano debe mantenerse alerta ante las mentiras del enemigo. A veces, puede surgir un pensamiento que diga: “Esta vez no puedes confiar en Dios” o “Ahora Dios no te perdonará”. Éstas son mentiras de los demonios.

Los demonios engañan o seducen

Además de mentir, los demonios pueden engañarnos y seducirnos. Esto ocurre no sólo en el mundo sino, por desgracia, también en la Iglesia. En algunas iglesias se colaron terribles engaños de demonios. Un ejemplo bien conocido es la compra de pecados que introdujo la Iglesia católica en la Edad Media. Pablo llama a esto enseñanzas de demonios y espíritus engañosos.

Ahora bien, el Espíritu dice expresamente que en los últimos tiempos algunos se apartarán de la fe, prestando atención a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios (...). (1 Timoteo 4:1)

Los demonios atormentan mentalmente

Los demonios pueden atormentar mentalmente. Consideremos los pensamientos de depresión o ansiedad. Los demonios intentan aislar a las personas. Puede ser un aislamiento mental, guardando secretos y haciendo cosas furtivas que no deberían hacerse. También puede ser un aislamiento físico por el que la gente se aparta del mundo civilizado, como vemos en el libro de Marcos. El Señor Jesús se encontró con un hombre poseído, y el hombre poseído tenía el siguiente estilo de vida:

Y siempre, de noche y de día, estaba en los montes y en los sepulcros, gritando y cortándose con piedras. (Marcos 5:5)

Golpearse con piedras y vivir en las tumbas no es algo cotidiano entre los humanos. Los demonios atormentaban tanto a este hombre que le hicieron aislarse.

Los demonios pueden Forzar

Los demonios pueden obligar a la gente a hacer algo. A este respecto, podemos pensar en Judas y en los asesinos. Algunos explican que las

cosas se volvieron negras ante sus ojos, y que ya no sabían lo que hacían. Puede tratarse de un poder espiritual que se apodera temporalmente de la vida de alguien.

Entonces entró Satanás en Judas, apellidado Iscariote, que era contado entre los doce. Y yéndose, consultó con los príncipes de los sacerdotes y con los capitanes cómo podría entregarle a ellos. (Lucas 22:3-4)

Los demonios pueden hacer adictos

En 1 Corintios, Pablo nos exhorta a evitar someternos a un poder. Por ejemplo, si consumimos alcohol o drogas para sentirnos bien, dependemos de ellos. Esto puede ponernos bajo un poder demoníaco, y es un reto liberarse de él.

Todo me es lícito, pero no todo me es útil. Todas las cosas me son lícitas, pero no me dejaré dominar por ninguna. (1 Corintios 6:12)

Los demonios pueden enfermar a las personas

Creo que los demonios hacen enfermar a la gente; sin embargo, no creo que todas las enfermedades procedan de un demonio. A veces, proviene de nuestras elecciones, como salir a la calle sin abrigo cuando hace menos 10 grados centígrados (14 grados Fahrenheit). Sin embargo, la enfermedad y el demonismo van a menudo de la mano en la Biblia, y con frecuencia hay que expulsar al demonio antes de que se produzca la sanación. Creo que Dios quiere curar todas las enfermedades; ya sea a causa de demonios, de nuestras propias elecciones o de algún otro problema, no importa a este respecto. Veamos un texto bíblico en el que un demonio causó la enfermedad.

Mientras salían, he aquí que le trajeron un hombre mudo y endemoniado. Y expulsado el demonio, el mudo habló. Y las multitudes se maravillaron, diciendo: ¡Nunca se vio cosa semejante en Israel! (Mateo 9:32-33)

Los Demonios Pueden Decir la Fortuna

Algunos demonios se llaman espíritus adivinos. Están deseosos de profetizar sobre las personas. La profecía de un demonio puede ser correcta sólo a veces. A los demonios les gusta asustarnos y quieren que creamos cosas. Un conocido orador que a menudo expulsaba demonios de la gente oyó decir a un demonio durante un servicio de liberación: ‘Dentro

de dos semanas, te estrellarás contra un árbol'. Esto es una profecía del infierno. Podemos hacer dos cosas cuando un demonio profetiza: creerlo, permitiendo que suceda, o no creerlo, impidiendo que suceda. El orador decidió no creer en esta profecía y no se estrelló contra un árbol. Vemos un espíritu adivino en el Libro de los Hechos, por ejemplo.

Y sucedió que, mientras íbamos a orar, nos salió al encuentro una esclava poseída por un espíritu de adivinación, que sacaba mucho provecho a sus amos adivinando el futuro. (Hechos 16:16)

Los demonios pueden hacer a los humanos superfuertes

Los demonios pueden dar una fuerza sobrenatural. Un ejemplo bien conocido es el Libro de Marcos, donde Jesús se encuentra con un hombre poseído y lo libera.

Y cuando hubo salido de la barca, inmediatamente le salió al encuentro, de entre los sepulcros, un hombre con un espíritu inmundo, que tenía su morada entre los sepulcros; y nadie podía atarle, ni siquiera con cadenas, porque muchas veces había sido atado con grillos y cadenas. Y las cadenas habían sido arrancadas por él, y los grillos rotos en pedazos; tampoco nadie podía domarlo. (Marcos 5:2-4)

No tenemos por qué temer a los demonios si estamos bajo la autoridad de Jesús. Hemos recibido la autoridad para expulsarlos.

Los demonios pueden provocarte ansiedad

A los demonios les gusta asustar a la gente para que no se atreva a hacer cosas cotidianas. Especialmente en el Reino de Dios, es esencial evitar el miedo y, en su lugar, predicar el Evangelio de Dios a todas las personas. No se nos ha dado un espíritu de miedo, sino el Espíritu Santo de Dios.

Porque Dios no nos ha dado un espíritu de temor, sino de poder, de amor y de dominio propio. (2 Timoteo 1:7)

Los demonios pueden conectar con las personas

Los demonios suelen conectar con la gente a través de una forma intermedia. Algunos ejemplos son los adivinos, las bolas de cristal, las cartas del tarot, la música, las películas o la invocación de espíritus. Lo vemos

en el caso del rey Saúl, que acudió a un adivino para contactar con una persona muerta. Evidentemente, esto está estrictamente prohibido, y no debemos dedicarnos al demonismo ni entrar en el mundo espiritual sin el Señor Jesús.

Entonces Saúl se disfrazó y se vistió con otras ropas, y se fue, y dos hombres con él; y vinieron a la mujer de noche. Y les dijo Te ruego que dirijas una sesión de espiritismo para mí, y me traigas al que yo te nombre. (1 Samuel 28:8)

Estos son algunos ejemplos de lo que son capaces de hacer los demonios. Es importante darse cuenta de quiénes son nuestros enemigos y de lo que hacen. Con esta información en mente, sabremos mejor cómo luchar contra el enemigo y sus aliados.

¿Quién tiene el poder?

Nos dirigimos a dos Reinos. El Reino de Dios con sus bendiciones y el Reino de las tinieblas con criaturas terribles que desean atormentar nuestras vidas. Pero, ¿qué Reino es más poderoso? En la sección “El poder del Rey”, observamos que Jesús tiene todo el poder.

Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra. (Mateo 28:18)

Saber esto es de vital importancia. Porque cuando nos enfrentamos a la oscuridad, podemos saber que Jesús tiene todo el poder. El Señor Jesús no se reserva este poder, sino que lo comparte con Sus discípulos. Podemos actuar en la tierra en nombre de Jesús y luchar contra el Reino de las tinieblas. Jesús dice que debemos hacerlo. Después de decir que Él tiene todo el poder, Jesús dijo:

Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a observar todo lo que yo os he mandado; y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén. (Mateo 28:19-20)

Podemos enseñar a todas las personas y recordar que Jesús está siempre con nosotros. Esto significa que Aquel que tiene todo el poder habita siempre en nosotros. Estamos en Cristo y, por tanto, hemos recibido

autoridad para proclamar al mundo que Jesús vive. Esto ocurre no sólo con palabras y amor, sino también con milagros y signos. En el libro de Marcos leemos:

Y estos signos seguirán a los que crean: En mi nombre expulsarán demonios; hablarán nuevas lenguas; cogerán serpientes; y si beben algo mortífero, no les hará daño; impondrán las manos a los enfermos, y sanarán. (...) Y salieron y predicaron por todas partes, obrando el Señor con ellos y confirmando la palabra mediante los signos que la acompañaban. Amén. (Marcos 16:17-20)

Esto se aplica a todos los creyentes. En el nombre de Jesús se expulsa a los demonios y se cura a los enfermos. En el versículo 20 leemos que los discípulos predicaron el Evangelio del Reino, y Jesús confirmó la Palabra con los signos que la acompañaban. Cuando predicamos la Palabra de Dios, deben producirse signos que confirmen la Palabra. Dicho de otra manera, se espera que el Reino de Dios gane terreno y que el Reino de las Tinieblas lo pierda. Cuando los enfermos son curados, los demonios son expulsados y las personas se convierten en discípulos, por tanto, el Reino de Dios gana. Nos detuvimos en esto en el capítulo sobre: “En Cristo: una vida con autoridad”. Sin embargo, nunca insistiremos lo suficiente en lo siguiente:

De cierto, de cierto os digo: el que cree en Mí, las obras que Yo hago, él también las hará; y mayores que éstas hará, porque Yo voy al Padre. Y todo lo que pidáis en Mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. (Juan 14:12-13)

Los cristianos no somos perdedores ni personas sin poder; ¡a los cristianos se nos ha dado poder y autoridad! Con tal poder y autoridad, podemos lograr lo mismo que Jesús e incluso cosas mayores. Si Jesús podía curar a la gente en la tierra, nosotros podemos curar a la gente en el nombre de Jesús hoy. Si Jesús pudo expulsar demonios en la tierra, nosotros podemos expulsar demonios en el nombre de Jesús hoy. Dios ha dado poder a los creyentes. Pablo rezó por una buena razón para que nos diéramos cuenta del poder que actúa en nosotros. Debe convertirse en una revelación, que nos haga estar en autoridad y extender el Reino de Dios por todo el mundo. Oro para que la gente de hoy diga: “¿Quieres reconocer a un creyente? Éstas son las señales por las que puedes reconocerlos: caminan siempre en el amor, expulsan a los demonios,

hablan en lenguas extranjeras, nada les hace daño y los enfermos se curan”. Con Dios, esto no es imposible, sino totalmente posible. De hecho, Dios quiere que esto ocurra porque Jesús lo hizo, y Él es la imagen perfecta del Dios invisible.

El Reino de Dios y sus habitantes han recibido todo el poder, y el Reino del Diablo ya ha sido desarmado y avergonzado.

Habiendo desarmado a los principados y potestades, hizo de ellos un espectáculo público, triunfando sobre ellos en él. (Colosenses 2:15)

Resumen

En el mundo espiritual, distinguimos dos reinos: El Reino de Dios y el Reino de las Tinieblas. El Reino de Dios está lleno de bendiciones, de las que hablamos en las partes 1 y 2 de este libro. El Reino de las Tinieblas es un reino de miseria, cuyo soberano es el diablo. Bajo el diablo, encontramos distintos tipos de seres espirituales, como los ángeles caídos y los demonios. Tenemos que luchar contra los ángeles caídos, y podemos mantenernos firmes mediante nuestra armadura de Dios. Los demonios del Reino de las Tinieblas son seres espirituales sin cuerpo que buscan un cuerpo en el que vivir. Los demonios hacen cosas terribles y quieren atormentar a las personas y hacer que eviten conocer a Jesús. Si nos fijamos en la cuestión del poder, el Reino de Dios y sus habitantes tienen todo el poder. El Reino de las Tinieblas ya ha sido avergonzado y desarmado. Esto significa que, en el nombre de Jesús, los creyentes pueden curar a los enfermos, expulsar a los demonios y proclamar el Evangelio del Reino a todas las personas.

C14 PROCLAMA EL EVANGELIO

Veamos, pues, el encargo del Reino de Dios. Justo antes de que Jesús abandonara la Tierra durante la ascensión, dio a Sus discípulos una importante tarea. Una tarea que sigue siendo válida hoy y durará hasta que Jesús regrese. Leamos los diversos textos que describen este momento.

Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado; y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén. (Mateo 28:18-20)

Y les dijo Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que crea y sea bautizado se salvará; pero el que no crea será condenado. Y estas señales seguirán a los que crean: En mi nombre expulsarán demonios; hablarán nuevas lenguas; cogerán serpientes; y si beben algo mortífero, no les hará daño; impondrán las manos a los enfermos y sanarán. (Marcos 16:15-18)

Luego les dijo Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día, y que se predicara en su nombre el arrepentimiento y el perdón de los pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén. (Lucas 24:46-47)

(...) Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta lo último de la tierra. (Hechos 1:8)

Ésta es la comisión crítica del Reino de Dios. Cuando leemos la sección sobre las bendiciones del Reino, observamos bendiciones para nosotros mismos. Dios quiere bendecirnos en abundancia e, idealmente, Dios quiere bendecir a todo el mundo. Sin embargo, mucha gente no lo sabe, por lo que Jesús nos envió a todos a dar al mundo la buena noticia. No podemos hacerlo solos, porque Jesús y el Espíritu Santo estarán con nosotros a diario. El Señor Jesús dará poder al Evangelio que traigamos para que todos vean que decimos la verdad. Lo hace mediante curaciones, liberaciones, protección sobrenatural y el poder del Espíritu Santo, entre otras cosas. Recibimos bendiciones de Dios para distribuirlas en

el mundo y llevar esperanza a todas las personas. El Reino de Dios tiene una gran comisión. ¿Te unirás a nosotros para cumplirla? Al fin y al cabo, es nuestra responsabilidad ser testigos de Jesús en el mundo.

No puedes diseccionar la comisión de Jesús. Una va con la otra. Sin embargo, vamos a hacerlo para que este estudio sea práctico. En esta sección, trataremos las siguientes partes de la comisión.

- Predicar el Evangelio y ser testigo.
- Curar a los enfermos y expulsar a los demonios.
- Discipulado y bautismo de personas.
- El Espíritu Santo: animarse mutuamente mediante los dones espirituales.
- Lucha contra el Reino de las Tinieblas como vencedores.

Por supuesto, el Señor Jesús puede pedirnos otras cosas que no hayamos incluido en la lista anterior. Pero si cada creyente empezara con la lista mencionada y Jesús confirmara nuestro trabajo, el mundo ya mejoraría notablemente, y todo el mundo sabría que Jesús vive. Una última cosa: la lista anterior no tiene por qué hacerse en ese orden. Por ejemplo, es posible que primero se cure a alguien de una enfermedad y luego se predique el Evangelio de Dios.

Proclamar: Cuenta lo que hace Jesús

Empecemos por proclamar el Evangelio de Dios. Es tremendamente valioso hablar a la gente de la extraordinaria obra de Jesús y de lo que Jesús quiere hacer por ellos. A menudo se dice que debemos ser un testimonio y que no hacen falta palabras. Creo que debemos ser un testimonio en nuestras vidas y acciones, pero no debe ser a expensas de proclamar el Evangelio.

Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. (Mateo 28:19)

Jesús dijo: “*Id y haced discípulos*” (Mateo 28:19). No dijo: “*Vive bien, y espera a que la gente venga automáticamente a preguntarte por qué vives así. Entonces, si te preguntan, diles que es gracias a Mí, pero no insistas demasiado*”. Nuestro llamado es claro: predicar Su Evangelio a nuestros semejantes y al mundo entero.

Es cierto que no todos los creyentes tienen la oportunidad de compartir personalmente el mensaje de Jesús con cada persona en el

mundo. Sin embargo, la Iglesia de Cristo funciona como un solo cuerpo, y cada miembro contribuye a cumplir esta misión crucial. Es responsabilidad de todos proclamar el Evangelio, ya sea un japonés en Japón, un brasileño en Brasil, un holandés en Holanda o tú, en el lugar donde Dios te ha puesto. Y si eres un misionero, tu campo de acción se amplía aún más.

La proclamación del Evangelio no es una tarea exclusiva de grandes predicadores como Billy Graham, Reinhard Bonnke o cualquier figura destacada. Cada creyente, sin importar su rol o posición, ha sido encomendado con la misma misión: llevar el mensaje del Reino de Dios a los demás. El Evangelio está lleno de buenas noticias y bendiciones, entonces, ¿por qué guardarlo solo para nosotros? ¿Por qué, a veces, dudamos tanto en compartirlo?

Jesús nos dejó un mandato sencillo y poderoso: *"Id y haced discípulos"*. No se trata de una sugerencia, sino de una misión para todos los que le siguen. ¿Responderemos a Su llamado?

Lo primero que podemos proclamar es todo lo que el Señor Jesús ordenó y enseñó a los discípulos. Podemos compartir estas bendiciones y mandamientos de Jesús con nuestros familiares, amigos, conocidos, colegas, vecinos y todos los demás. Es esencial conocer la Biblia y lo que Jesús enseñó a Sus discípulos y al pueblo. También utilizamos este mensaje para predicar el Evangelio. Eso es lo bonito: no tenemos que fabricar nuestro evangelio o método; podemos copiar directamente las palabras, frases y acciones de Jesús y los discípulos. A menudo se plantea la pregunta: "¿Cómo podemos llegar a la gente con el Evangelio de Dios?" Incluso yo me lo pregunto a veces. La respuesta está directamente en los evangelios y en el libro de los Hechos. Podemos utilizar todo lo que Jesús y los discípulos hicieron para llegar a la gente en su tiempo para lograr el objetivo de llegar a la gente hoy. A veces, nuestros pensamientos y métodos pueden ser muy creativos, e inventamos formas modernas de predicar el Evangelio. Piensa, por ejemplo, en las películas cristianas de YouTube. Estoy muy a favor de utilizar la tecnología y la creatividad para proclamar el evangelio, pero al mismo tiempo, esto debería ser un añadido al libro de los Hechos y a los métodos de Jesús, no algo que lo haya sustituido. Si Jesús no hubiera llegado hace dos mil años, sino hoy, habría hecho lo mismo. Podría haber utilizado tecnología y canales mediáticos, pero el mensaje y la puesta en práctica del mensaje habrían seguido siendo los mismos.

Predicar y proclamar el Evangelio puede parecer una tontería para el mundo. Sin embargo, esto no es algo que sólo se aplique a esta época, como también dice Pablo en su carta de Corinto.

Porque el mensaje de la cruz es locura para los que se pierden, pero para nosotros que nos salvamos es poder de Dios. (...) Pues ya que, en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios por la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura del mensaje predicado. Porque los judíos piden señal, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos escándalo y para los griegos necedad, pero para los llamados, tanto judíos como griegos, Cristo poder de Dios y sabiduría de Dios. (1 Corintios 1:18-24)

Cuando proclamamos el Evangelio del Reino al mundo, no necesitamos inventarnos todo tipo de cosas para que parezca sensato. Podemos “simplemente” contar el Evangelio, en el que el Señor Jesús murió para hacer expiación por el mundo. Es una noticia estupenda, porque cualquiera puede proclamar el Evangelio. No tienes que cursar cuatro años de teología o de universidad bíblica para recibir sabiduría para proclamar el Evangelio; puedes empezar a predicar el Evangelio tan pronto como el primer día de tu vida de fe con Jesús. A veces, es mejor no ser sabio según la definición mundana de sabiduría. Cuenta de forma muy sencilla lo que significa el Evangelio de Dios y que Jesús trae la reconciliación entre las personas y Dios.

Testimonio: Cada persona tiene una historia única

(...) Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta lo último de la tierra. (Hechos 1:8)

Cada creyente tiene una historia sobre cómo llegó a conocer a Jesús y sobre lo que Jesús está haciendo en su vida. Es esencial dar testimonio de los milagros y señales que Jesús ha realizado en nuestras vidas. La gente debe ver que Jesús no era sólo un Hombre de hace dos mil años que vivía bien, sino que Jesús está hoy, viviendo y estableciendo una relación personal con la gente. Tenemos el privilegio de ser testigos y proclamar a la gente las cosas asombrosas que Jesús realizó por nosotros.

En Hechos 1:8, el Señor Jesús ordenó a los discípulos que fueran Sus testigos. Al fin y al cabo, habían visto a Jesús y comprobado con sus ojos que estaba vivo. A menudo proclamaban este Evangelio a la gente del mundo.

A este Jesús lo ha resucitado Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. (Hechos 2:32)

Los discípulos vieron a Jesús por sí mismos y estaban capacitados para ser testigos de Él. Contaron a todo el mundo lo que vieron hacer a Jesús. Aunque no veamos al Señor Jesús con nuestros ojos físicos, nosotros también podemos ser Sus testigos. Lo hacemos contando lo que Jesús hizo por nosotros y mostrando cómo nos salvó de nuestros problemas. Por ejemplo, piensa en un drogadicto que dejó su adicción de la noche a la mañana, en un ciego que puede volver a ver o en una mujer que se libera de sus pensamientos depresivos. Confía en las promesas de Dios para que puedas ser un testigo de la fe y un ejemplo para el mundo. Lo vemos en los héroes de la fe del libro de Hebreos. Ninguno de los héroes de la fe experimentó la vida de Jesús en la tierra, pero todos fueron testigos de la fe y nos sirvieron de ejemplo. Esto se debe a que confiaron con fe en las promesas que Dios les hizo.

Por tanto, nosotros también, ya que estamos rodeados de una nube tan grande de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que tan fácilmente nos atrapa, y corramos con denuedo la carrera que tenemos por delante (...). (Hebreos 12:1)

A través de su fe, los héroes de Hebreos 11 siguen siendo hoy testigos de la bondad de Dios. Que nosotros, por nuestra fe y la gracia de Dios, seamos un testimonio de Dios y un ejemplo para el mundo.

Sé un testimonio

En conclusión, es fundamental compartir y ser un testimonio vivo de la obra de Dios en nuestras vidas. Es vital que quienes te rodean puedan ver en ti que Jesús vive y transforma. Esto lo demostramos a través de las bendiciones que Dios nos ha dado, como la santificación y el poder del Espíritu Santo. Estas manifestaciones no solo fortalecen nuestra fe, sino que también revelan al mundo quién es Jesús y lo que Él hace en la vida de quienes le siguen.

Cuando Jesús caminó sobre la Tierra, su vida reflejaba plenamente el carácter de Dios. Él era la manifestación visible del Dios invisible, mostrando al mundo Su amor, misericordia y verdad. Hoy, somos llamados a ser ese reflejo, para que, a través de nuestras palabras y acciones, otros puedan conocer a Jesús.

Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito sobre toda la creación. (Colosenses 1:15)

Actualmente, el mundo es incapaz de ver a Jesús cara a cara, y la gente aún tiene que aprender quién es Jesús y qué hace Jesús. ¡Es maravilloso seguir los pasos de Jesús y ver cómo es Jesús! Así como Jesús era una imagen del Dios invisible, que nuestras vidas sean una imagen de la vida de Jesús. Igual que Dios envió a Jesús para mostrar al mundo cómo es Dios, Jesús nos envía ahora a nosotros al mundo para mostrar quiénes son Él y Dios Padre.

Entonces Jesús les dijo de nuevo ¡Paz a vosotros! Como el Padre me ha enviado a Mí, Yo también os envío a vosotros. (Juan 20:21)

Santiago habla de la fe que tenemos y de las obras asociadas a ella. Santiago enseña que la fe sin obras es una fe muerta.

¿De qué sirve, hermanos míos, que alguien diga que tiene fe, pero no tenga obras? ¿Puede salvarle esa fe? (Santiago 2:14)

En el momento en que llegamos a la fe, crece un nuevo fruto. Hemos probado la bondad y la gracia de Dios, haciendo que nuestra mente nazca de nuevo. Como resultado, nos hemos arrepentido y hemos cambiado de opinión. Una implicación importante de nuestra conversión es que se nos da un corazón de amor. Los dos mandamientos más significativos de la Biblia son el amor a Dios y el amor a nuestros semejantes. Durante la conversión, se desarrolla un (pequeño) fruto con el amor a los demás y a Dios. Este pequeño fruto debe crecer cada vez más, creando más y más amor en nuestros corazones. ¿Cuál es la consecuencia de este amor?

Pero el que guarda Su palabra, verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado en él. En esto conocemos que estamos en Él. El que dice

que permanece en Él, debe también andar como Él anduvo. (1 Juan 2:5-6)

Cuando observamos todas las palabras y mandamientos de Jesús y caminamos en Él, nuestro amor se vuelve perfecto. Este es un punto hacia el que podemos crecer a lo largo de nuestra vida. El primer punto que nos hace testigos es cuando hacemos lo que Jesús dice, haciendo que todo el mundo experimente el amor de Dios. El segundo punto es cuando tenemos obras que son coherentes con el amor. Aquí, puedes pensar en preocuparte por las personas en situación de pobreza o en ayudar a los necesitados. Santiago profundiza en esto.

Si un hermano o una hermana están desnudos y desprovistos del alimento de cada día, y uno de vosotros les dice: “Id en paz, calentaos y saciaos”, pero no les dais lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así también la fe por sí misma, si no tiene obras, está muerta. (Santiago 2:15-17)

Es imprescindible hacer buenas obras. ¿De qué otra forma puede saber la gente quién es Jesús? En la sección sobre la proclamación del Evangelio, descubrimos la importancia de predicar la Palabra, que no podemos sustituir con buenos hábitos o con nuestras obras. Cuando estudiamos la Biblia, predicar y hacer buenas obras es vital. Lo vemos en la vida de Jesús y de los apóstoles. Enseñaron a la gente el Reino de Dios y lo practicaron con sus obras. Aquí podemos pensar en obras “normales”, como dar de comer a los hambrientos o ayudar a los pobres, y en obras “sobrenaturales”, como curar a los enfermos y liberar a la gente de los demonios. Debemos creer y expresar nuestra fe mediante las obras y los frutos que producimos.

Pero alguien dirá: “Tú tienes fe y yo tengo obras”. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras. (...) ¿No fue justificado por las obras Abraham, nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿Ves que la fe colaboraba con sus obras, y por las obras se perfeccionaba la fe? (St 2,18-22)

¿Recuerdas el capítulo en el que aparecen los dos Reinos hostiles? Al proclamar el Evangelio del Reino, decimos a los habitantes del Reino de las Tinieblas que hay un Rey y un Reino mejores. Nuestro testimonio, tanto de palabra como de obra, demuestra que no se trata de una

historia de ficción, sino de una realidad. Dios quiere liberar al mayor número posible de personas del Reino de las Tinieblas y trasladarlas al Reino de Jesucristo. Predicar la Palabra y ser testigo son herramientas esenciales para lograrlo.

Resumen

La primera tarea del Reino de la que hablamos es proclamar el Evangelio. Es crucial llegar a la gente con la buena nueva de Dios y proclamar las cosas que hemos experimentado personalmente con Dios. Podemos ser testigos del mundo que nos rodea, tanto de palabra como de obra. Santiago dice que el trabajo importa y que creer y emprender acciones proactivas funcionan bien juntos. Como resultado, podemos compartir la Buena Nueva con muchas personas.

C15 CURAR Y LIBERAR

Exploremos más a fondo otras dos asignaciones del Reino de Dios. Aunque mucha gente dice que el Reino de Dios no consiste en curar ni en hacer milagros, a menudo lo vemos en la vida de Jesús. Incluso si miramos a los apóstoles un poco más lejos en el tiempo, vemos que muchas personas fueron curadas. El Reino de Dios también consiste en curar, y para Dios, Sus seguidores deben realizar esta tarea para que Jesús sea glorificado a través de nuestro trabajo. En este capítulo, examinamos primero la tarea de curar a la gente y luego la tarea de hacer que estos sean libres de toda atadura.

Y les dijo Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. (...) Y estas señales seguirán a los que crean: En mi nombre expulsarán demonios: (...) Pondrán las manos sobre los enfermos, y sanarán. (...) Salieron y predicaron por todas partes, obrando el Señor con ellos y confirmando la palabra mediante los signos que la acompañaban. Amén. (Marcos 16:15-20)

Cura a los enfermos

Mirando los evangelios, vemos que el Reino de Dios y la sanación de los enfermos están relacionados. Uno pertenece al otro. Cuando Jesús caminó por la Tierra, proclamó el Evangelio del Reino y curó a los enfermos.

Y recorría Jesús toda Galilea, enseñando en sus sinagogas, predicando el Evangelio del Reino y sanando toda clase de enfermedades y toda dolencia en el pueblo. (Mateo 4:23)

Si deseamos imitar a Jesús en Sus palabras y obras, esto incluye cuidar y curar a los enfermos. No sólo era algo que Jesús podía hacer, sino que también encargó a Sus discípulos que hicieran lo mismo. No sólo les dio la orden, sino también el poder de curar a los enfermos.

Y llamando a sus doce discípulos, les dio poder sobre los espíritus inmundos, para expulsarlos y para curar toda clase de enfermedades y toda dolencia. (...) Y mientras vais, predicad diciendo: El Reino de los cielos está cerca. Curad a los enfermos, limpiad a los leprosos, resucitad a los muertos, expulsad a los demonios. Gratis lo habéis recibido, dadlo gratis. (Mateo 10:1-8)

Según este texto, Jesús y los discípulos podían curar a los enfermos, no algunas enfermedades, sino toda enfermedad y toda afección. Una explicación de esto es que Jesús dio a los discípulos poder para hacerlo. En vez de poder, también podemos decir un poder notarial. En otras palabras, podían curar a los enfermos en nombre de Jesús. No se trata de su fuerza o poder, sino del poder de Jesucristo. Recibieron autoridad para curar a la gente de sus enfermedades y afecciones en Su nombre.

Ahora viene la mejor parte. Este texto menciona a un grupo selecto de 12 personas, pero Jesús da a estos discípulos un mandato esencial en Mateo 28.

Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. (Mateo 28:18-19)

El Señor Jesús llamó a los discípulos para que enseñaran a todas las naciones lo que Él les había mandado. ¿Qué ordenó Jesús a los discípulos? Que predicaran el Evangelio y curaran a los enfermos. Jesús sigue queriendo utilizar a la gente para curar a los enfermos. ¡Qué Dios tan grande y misericordioso tenemos! Lo vemos en Marcos 16:15-20, donde Jesús dice que la gente puede reconocer a los creyentes curando a los enfermos. Jesús no dejó de curar a los enfermos en el siglo I d.C.; Jesús sigue haciéndolo. Necesita personas dispuestas a llevar a cabo esta misión y a realizarla con fe. Jesús dice en el libro de Juan que podemos hacer las mismas obras que Él.

Os aseguro que el que cree en Mí, las obras que Yo hago, él también las hará; y mayores que éstas hará, porque Yo voy al Padre. (Juan 14:12)

El Señor Jesús tuvo un ministerio fantástico en el que reveló el Reino de Dios. Jesús dice que podemos y debemos hacer todo el trabajo que Él realizó. Se trata también de las curaciones y milagros que Jesús realizó en Su vida. No se trata sólo de los discípulos del primer siglo, sino de todos los que creen en Jesús. Todos han recibido el poder y la autoridad de Jesús para curar a los enfermos. El único problema es que muchos cristianos aún no han recibido la revelación y necesitan saber lo que pueden hacer mediante el poder del Espíritu Santo. Pablo lo sabía y rogó por la revelación para que nos diéramos cuenta del tremendo

poder otorgado a los cristianos (Efesios 1:19). Esto también se aplica a la sanación de los enfermos. Dios nos ha dado, a través del Espíritu Santo, el poder de curar a los enfermos, no algunas enfermedades, sino todas las enfermedades.

¿Cómo curar a los enfermos?

Centrémonos en la sanación de los enfermos. En primer lugar, no quiero meter a Dios en una caja. No podemos limitar a Dios a una hoja de ruta; Dios tiene libre albedrío para curar. Sin embargo, Dios trabaja con algunas características clave para curar a los enfermos a través de ti.

En primer lugar, la fe es lo más importante. Dios recompensa a los que le buscan con fe; lo mismo se aplica al ministerio de la sanación. Si oramos por los no creyentes, el no creyente no tiene fe en la sanación. Esto no es un problema para Dios si crees en un milagro. Por la gracia de Dios, Él quiere revelarse a los no creyentes y curar a los no creyentes enfermos. Gracias a ello, la persona se dará cuenta de que Jesús vive. La fe es esencial para recibir revelaciones de Dios. Las revelaciones de Dios funcionan de maravilla. Por un lado, el Espíritu Santo nos da revelaciones. Pero, por otra parte, las revelaciones de Dios funcionan en una relación. Si nunca presto atención a Dios, nunca leo la Biblia, ni oro, tampoco podré recibir ninguna (o pocas) revelaciones. Si paso mucho tiempo con Dios, entonces es probable que Dios hable más a menudo en mi vida, permitiéndome recibir más revelaciones y crear más fe para una sanación o un milagro de Dios en la vida de los demás. En el momento en que oro por alguien, siempre estoy dedicando tiempo a escuchar al Espíritu Santo. A menudo recibo palabras de sabiduría, que me permiten saber exactamente por qué orar, decir o hacer. Si nos fijamos en la vida de Jesús en la Tierra, vemos que cada sanación es única, y Jesús no siempre actúa de forma similar. Por lo tanto, la forma de actuar para curar a las personas puede cambiar, así que es esencial escuchar al Espíritu Santo y hacer lo que nos diga.

En segundo lugar, es esencial conocer la voluntad de Dios. Reconocemos la voluntad de Dios estudiando la Palabra de Dios y escuchando al Espíritu Santo. Es necesario darse cuenta de que el Espíritu Santo y la Biblia están siempre en armonía. El Espíritu Santo nunca dice ni ordena nada en contra de la Palabra de Dios. Cuando leemos la Biblia, vemos que Dios quiere curar a la gente. Lo vemos en el ministerio de Jesús y en las enseñanzas de los profetas y apóstoles. En el libro del Éxodo, Dios se revela como “Sanador” y dice que no traerá ninguna enfermedad sobre nosotros si le obedecemos.

Y dijo: Si oyeres atentamente la voz de Jehová tu Dios, e hicieres lo recto delante de sus ojos, y dieres oído a sus mandamientos, y guardares todos sus estatutos, ninguna enfermedad de las que envié a los egipcios te enviaré a ti; porque yo soy Jehová tu sanador. (Éxodo 15:26)

Esto demuestra la voluntad de Dios. Dios no se complace en la enfermedad y la miseria, sino en la salud y la obediencia. Lo vemos en la bendición y la maldición del libro del Deuteronomio. La enfermedad es una maldición y no una bendición. Dios quiere que vivamos en la bendición y no en la maldición (Deuteronomio 28). Dios es un Dios que hace grandes milagros y señales. Dios lo quiere y lo hace.

Tú eres el Dios que obra maravillas; has dado a conocer tu poderío entre los pueblos. Tú con tu brazo redimiste a tu pueblo, a los hijos de Jacob y de José. Selah. (Salmo 77:14-15)

Dios ha hecho y seguirá haciendo grandes prodigios y señales. La bondad de Dios no se detuvo en el primer siglo de Cristo, y Su bondad perdura para siempre.

¿Desechará el Señor para siempre? ¿Y no será Él más favorable? ¿Ha cesado para siempre Su misericordia? ¿Ha fallado para siempre Su promesa? ¿Se ha olvidado Dios de ser clemente? ¿Ha cerrado con ira Sus tiernas misericordias? Selah (Salmo 77:7-9)

Por supuesto, la respuesta a la pregunta de este Salmo es no. Dios sigue siendo eternamente bueno y siempre cumple lo que promete.

En tercer lugar, debemos salir y hacer lo que Jesús nos pide. Al principio, puede resultar difícil orar por los enfermos, y a veces podemos desilusionarnos porque ocurre poco o casi nada. Por favor, no dejes que esto te desanime, sino busca a Dios, lee la Biblia y construye la fe. Podemos crecer en nuestros ministerios y tareas en la tierra, y si procedemos con el deseo correcto, Dios nos ayudará a crecer.

Expulsar a los demonios

Jesús nos ordena expulsar a los demonios. Como dice Jesús en el libro de Mateo, expulsar demonios y el Reino de Dios van de la mano.

Pero si yo expulso los demonios por el Espíritu de Dios, ciertamente ha llegado a vosotros el Reino de Dios. (Mateo 12:28)

El Señor Jesús expulsaba demonios, y lo mismo hacían los setenta discípulos. Habían recibido poder de Jesús para expulsar demonios y estaban bajo la autoridad de Jesús.

Entonces los setenta volvieron con alegría, diciendo: Señor, hasta los demonios se nos someten en Tu nombre. (Lucas 10:17)

Aquí vemos que los demonios deben escuchar el Nombre de Jesús. Si nos mantenemos en la autoridad de Jesús, habremos recibido el poder y la fuerza para expulsarlos de las personas. Esto se aplica no sólo a la época de los discípulos, sino también a la actualidad.

Y estos signos seguirán a los que crean: En mi nombre expulsarán demonios (...). (Marcos 16:17)

Además, esto no sólo se aplica a pastores, ancianos y al equipo pastoral; se aplica a todo creyente.

En primer lugar, veamos cómo detectar el demonismo en las personas. Es esencial aprender a distinguir los espíritus (1 Corintios 12:10). En este caso, el Espíritu Santo te dice que alguien sufre demonismo o influencias demoníacas, o tú identificas espíritus malignos. Puede ser un sentimiento determinado, una revelación o la voz del Espíritu Santo. Los demonios también pueden reconocerse por algunos rasgos desagradables del carácter de las personas. En el capítulo 13, leemos sobre lo que los demonios pueden hacer a las personas y cómo podemos reconocerlos por su comportamiento extraño. Durante las oraciones de liberación o la oración en lenguas, pueden agravarse en la persona quejas específicas o características negativas. A esto lo llamamos manifestaciones demoníacas y, por ello, sabemos con certeza que alguien está influido por demonios. Otra forma de manifestación es el cambio de los ojos. Durante la oración de liberación, los ojos pueden cambiar a ojos muy oscuros o malignos. En tu mente, puedes ver a los demonios sentados en los ojos, por así decirlo. Esto nos ayuda a ver el choque entre el Reino de Dios y el Reino de las Tinieblas. Es fundamental no detenerse cuando veamos tales manifestaciones, sino expulsar a los demonios de la persona. Por ejemplo, si una persona tiene un espíritu inmundo, puede empeorar durante la oración. Cuando el demonio se revela, ése es el momento perfecto para expulsarlo y no para detener la liberación.

¿Cómo expulsar a los demonios?

Entonces, ¿cómo expulso a los demonios de otras personas? En el capítulo 8 leemos cómo podemos liberarnos nosotros mismos de los demonios. Funciona de forma similar; sólo que ahora enseñas a otra persona a liberarse. En el fondo, el mandato de Jesús es sencillo. Al fin y al cabo, Jesús dice: “Expulsa a los demonios; yo te he dado autoridad”. No encontramos en la Biblia largos recorridos con cientos de pasos a seguir primero. Si nos fijamos en algunos ministerios, cada demonio requiere un tratamiento especial, y es un reto recordarlo todo correctamente. A veces, las trayectorias pueden durar meses o años. Aunque algunos tienen buenos resultados, y no quiero ser pesimista sobre estos ministerios, debería ser posible simplificar las cosas. De hecho, en la vida de Jesús, Él nunca estuvo en una larga discusión con un demonio, y los demonios salían volando en cuestión de segundos. Jesús no tenía un cuestionario, pero tenía fe y autoridad. Yo anhelo esto, y creo que es posible. Jesús ha dado este poder a todos Sus seguidores. Los siguientes puntos son significativos para estar en el ministerio de la liberación.

Ponte tú mismo bajo la autoridad de Jesús

Es esencial estar bajo la autoridad de Jesús y ser creyente antes de poder expulsar demonios. Expulsar demonios no es un ritual o una fórmula concreta que pueda hacer cualquiera. Implica autoridad y fe. En la Biblia, encontramos un relato en el que unas personas copiaron a Pablo en la expulsión de demonios sin estar bajo la autoridad de Jesús. Mencionaban el nombre de Jesús y el de Pablo, pero el nombre de Jesús sólo ayuda si estás bajo Su autoridad. Puede ser peligroso si lo haces sin la autoridad de Jesús.

Pero algunos de los judíos, exorcistas ambulantes, intentaron invocar el nombre del Señor Jesús sobre los que tenían espíritus malos, diciendo: Os conjuro por Jesús, el que predica Pablo. Había siete hijos de un tal Esceva, judío, jefe de los sacerdotes, que hacían esto. Pero respondiendo el espíritu malo, dijo: A Jesús conozco, y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois? Y el hombre en quien estaba el espíritu malo, saltando sobre ellos y dominándolos, pudo más que ellos, de tal manera que huyeron de aquella casa desnudos y heridos. (Hechos 19:13-16)

Por tanto, es esencial estar en Cristo y tener Su autoridad. Si tenemos Su autoridad, no tendremos que temer porque sabemos que Aquel que

está en nosotros es mayor que el que está en el mundo (1 Juan 4:4). Esto se aplica tanto a la oración como al receptor. El receptor necesita darse cuenta de que Jesús le libera y de que tú no le liberas. Aquí puedes pedir a esa persona que ponga su fe en Jesús.

También es vital que sea en un entorno confidencial. Esto significa que la información y los acontecimientos no se comparten con todo el mundo. Por supuesto, comentar detalles concretos con un pastor o los ancianos o pedir consejo es bueno, pero cotillear sobre ello con otras personas no es la intención.

Confesar ciertos pecados

Los demonios no entran en una persona sin una razón. Una causa importante por la que pueden entrar los demonios son los pecados graves o repetidos. Es esencial que la persona confiese primero su(s) pecado(s) antes de expulsar a los demonios. Esto se debe a que a los demonios se les ha dado el “derecho” de operar en una persona porque ésta les ha dejado entrar (a través de la acción). La forma perfecta de eliminar este fundamento es confesar el pecado y pedir perdón a Dios. Como resultado, ya no hay fundamento legal, y el demonio no puede aferrarse a nada. Ser sincero sobre los pecados es muy importante, y crear una atmósfera de confianza es bueno.

El que encubre sus pecados no prosperará, Pero el que los confiesa y los abandona tendrá misericordia. (Proverbios 28:13)

Deja que la persona se aleje de los asuntos ocultos

La persona debe romper con las actividades ocultistas. Esto podría incluir esculturas de Buda, atrapasueños, cierta música, videos, juegos y objetos de otras religiones. Todos ellos deben desecharse, destruirse o quemarse, y la persona no debe tener nada más que ver con ellos. También podemos considerar ciertas maldiciones o religiones que esta persona haya adquirido o practicado. La persona también debe desvincularse de estas maldiciones y religiones y pedir a Jesús que se las quite. Por ejemplo, una persona debe arrepentirse de todo ocultismo y de todas las tradiciones espirituales practicadas en la familia. Si una persona es liberada y no se arrepiente, hay muchas posibilidades de que los demonios vuelvan y refuercen su opresión.

Que la persona perdone a todos

Importa que la persona haya perdonado a todos en su vida. Ya hemos leído que Dios sólo puede perdonarnos si perdonamos a los demás. Sin perdón, existe un obstáculo espiritual que puede detener la liberación. Por eso es importante perdonar a todos, independientemente de lo que haya ocurrido. Si hay un perdón sincero, el demonio ya no tiene poder sobre la vida de uno y queda libre (Lucas 6:37).

Aleja al demonio

Una vez hecho esto, es hora de expulsar al demonio. Puedes hacerlo simplemente dirigiéndote al demonio y diciéndole que se vaya en el nombre de Jesús. Normalmente, experimentarás inmediatamente que algo ocurre o que la atmósfera cambia. Ahora también es un momento adecuado para escuchar al Espíritu Santo, así que también puedes tener momentos para escuchar la voz del Espíritu Santo. El Espíritu Santo te dirá lo que tienes que hacer y cuándo has terminado de orar. La oración de liberación no siempre tiene que ser una sesión de horas; puede durar sólo unos minutos. Mientras oras, puedes preguntar qué siente la persona. Esto puede ayudarte a orar más profundamente y a saber qué está ocurriendo. Si nunca has hecho esto, camina con un hermano o hermana que tenga experiencia. Ellos pueden explicarte cómo hacer ciertas cosas, y tú puedes ver cómo funciona. Además, el servicio de liberación es un proceso de aprendizaje. Cada vez más, aprendes a comprender la voz del Espíritu Santo y a saber qué hacer.

No temas las manifestaciones

Durante las oraciones de liberación, los demonios pueden empezar a manifestarse en una persona. Esto puede hacerse notar, por ejemplo, en gritos, espuma, rodar por el suelo, agresividad y miedo. Esto es lo que hacen para intimidarnos, engañarnos o distraernos. Mediante la oración de liberación, se dan cuenta de que deben abandonar a una persona. En sus últimos minutos en una persona, intentan ponernos ansiosos, haciendo que dejemos de orar y permitiéndoles quedarse en la persona un poco más. Esto es algo que no debemos temer. En el nombre de Jesús, se nos ha dado toda autoridad y poder.

No lo presiones demasiado

Un servicio de reparto puede sonar muy intenso y causar ansiedad a mucha gente. Esto no tiene por qué ser así. Así que no te presiones más de la cuenta, no empieces a gritar a los demonios y mantén siempre la

paz y la tranquilidad de Dios. Desde esta paz, podemos operar y podemos liberar a la gente. A veces, una persona aún no está totalmente liberada después del servicio de liberación. Entonces, dale deberes y dile, por ejemplo, qué puede hacer esa persona la semana que viene para progresar. Esto podría incluir ayunar, estudiar la Palabra, orar o dejar ciertos pecados. Además, ten en cuenta que tú no eres el libertador, sino Jesús. Sólo algunas personas quieren ser sinceras, y algunas, por ejemplo, no confiesan pecados esenciales. Esto les impide ser liberados, y es crucial dedicarles tiempo para que puedan crecer con Jesús.

Resumen

Este capítulo trata de dos mandamientos sobrenaturales del Reino de Dios que se aplican a todo creyente. El primer mandamiento es curar a los enfermos. En el ministerio de Jesús, predicamos el Reino y curamos a los enfermos-simultáneamente. Dondequiera que iba Jesús, se curaba a los enfermos. Los apóstoles de Jesús continuaron esta pauta, y también vemos muchas curaciones y milagros en sus vidas. En las enseñanzas de Jesús, vemos que curar a los enfermos no era sólo para el siglo I d.C., sino que se aplica a todo creyente. Es clave construir la fe y conocer bien la voluntad de Dios. Luego, podemos aprender y crecer haciéndolo. El segundo mandato es expulsar a los demonios y liberar a las personas. Esta tarea también va unida a la predicación del Reino, que el Señor Jesús hizo a menudo. Los discípulos también tuvieron que ocuparse de esto muchas veces, y podemos ver en las enseñanzas de Jesús que este mandamiento también se aplica hoy. El mandato de Jesús es directo. A saber, Jesús dice: “Expulsa a los demonios”. Los conceptos importantes que rodean a este mandamiento son el arrepentimiento, perdonar a la gente y detener el ocultismo.

C16 BAUTISMO Y DISCIPULADO

No hemos terminado después de proclamar el Evangelio. Al fin y al cabo, es crucial que la gente oiga hablar de Jesús y decida seguirle, así como recibir un buen discipulado y el bautismo para recibir las bendiciones de Dios. La iglesia local debe ser un lugar en el que se forme cada año a nuevos discípulos para garantizar que están bien posicionados en las bendiciones y mandamientos de Dios y que están capacitados para cumplir la comisión de Dios. Si esto se facilita adecuadamente, cada año se unirán a la congregación nuevas personas, que invitarán a venir a otras nuevas. Por un lado, esto es algo que puede hacer la propia congregación, pero por otro, es una misión para todos los creyentes. Educar a la gente sobre Dios y ser un buen ejemplo para esa gente es una tarea importante. En este capítulo, profundizamos en el mandato de bautizar y en la responsabilidad de hacer discípulos, dos pilares fundamentales en la misión encomendada por Jesús.

Empieza a Bautizar a la Gente

Encontramos el mandato de bautizar a la gente en el Libro de Mateo.

Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a observar todo lo que yo os he mandado. (Mateo 28:19)

Es una misión para todos, no sólo para unos pocos elegidos, instar a la gente a que se bautice. Tu iglesia local puede celebrar servicios bautismales; es un lugar acogedor y aceptable al que enviar a la gente. No es necesario que bautices a todo el que haya llegado al arrepentimiento con tu ayuda. Otros pueden encargarse de esta parte. Por ejemplo, vemos esto en las vidas de Pablo y Jesús. Pablo llevó el Evangelio a todo el mundo, pero a menudo dejaba que otros bautizaran a la gente. Pablo creía firmemente en bautizar a la gente y en la bendición que ello suponía. Sin embargo, no siempre le correspondía a él hacerlo (1 Corintios 1:14). Creo que es crucial animar a la gente a bautizarse y hablarles de las hermosas bendiciones que aporta el bautismo.

Veamos una situación en la que una persona quiere ser bautizada directamente por ti, o decides bautizar a alguien tú mismo. El lugar del bautismo no importa. Puede ser en la piscina bautismal de la iglesia, en una bañera, en un río o en cualquier otro lugar con agua suficiente. La clave es asegurarse de que la persona pueda sumergirse completamente,

de la cabeza a los pies. No es necesario que tú mismo te metas en el agua; puedes colocarte junto a ella. Esto es especialmente útil con una bañera; de lo contrario, será muy estrecho.

Pasamos ahora a la cuestión de determinar cuándo bautizar a alguien. Muchas congregaciones han desarrollado cursos bautismales especiales que deben seguirse, o se exige a los cristianos que crean durante varios meses o años. Asistir a un curso sobre un tema bíblico siempre es bueno, pero desde un punto de vista bíblico no es necesario participar en un curso antes de bautizar a alguien. Lo mismo ocurre con el tiempo que debe transcurrir entre la conversión y el bautismo. La Biblia establece una condición para el bautismo en agua: creer en Jesucristo. Lo vemos en la historia de Felipe y el eunuco.

Mientras iban por el camino, llegaron a unas aguas. Y el eunuco dijo Mira, aquí hay agua. ¿Qué impide que me bautice? Entonces Felipe dijo Si crees de todo corazón, puedes. Y él respondió y dijo Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios. Entonces ordenó al carro que se detuviera. Y tanto Felipe como el eunuco descendieron al agua, y él le bautizó. (Hechos 8:36-38)

Puedes bautizar a las personas en cuanto crean (en su corazón) en Jesús. Además, el bautismo puede producirse inmediatamente. Si alguien entrega su vida a Jesús, cumple los requisitos y puede ser bautizado. La Biblia no enseña un “periodo de prueba” de unos meses o años en el que podamos elegir una actualización adicional de la fe con el bautismo en agua. La Biblia enseña que una persona puede bautizarse inmediatamente después de su conversión. Pablo también lo dice en el libro de los Hechos.

Entonces Pedro les dijo: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. (Hechos 2:38)

Si una persona cumple esta condición, puede bautizarse. No se requieren cursos ni habilidades para la vida; una persona puede bautizarse inmediatamente después de su conversión.

Esta es una condición que se aplica a todos. Esto significa que cada persona toma independientemente la decisión de bautizarse. En consecuencia, no es bíblico que se bauticen los bebés o los niños pe-

queños. No cumplen esta condición, por lo que no pueden ser bautizados en esta etapa. Cuando alcancen una edad en la que puedan tomar una decisión, podrán ser bautizados.

A continuación, consideramos cómo debe realizarse el bautismo. ¿Es por aspersión con agua o por inmersión? La palabra griega para “bautizar” es “*baptizo*”, que significa “inmersión”. El bautismo en la Biblia es inmersión. Esto significa que se mete a una persona en el agua de la cabeza a los pies y luego se levanta de nuevo del agua. En la Biblia no se habla de un cuenco de agua ni de rociar a alguien durante el bautismo. En la Biblia leemos que la gente entra en el agua para ser bautizada.

Entonces Jesús vino de Galilea a Juan, al Jordán, para ser bautizado por él. (...) Cuando hubo sido bautizado, Jesús subió inmediatamente del agua (...). (Mateo 3:13-16)

Entonces ordenó al carro que se detuviera. Y tanto Felipe como el eunuco descendieron al agua, y él le bautizó. (Hechos 8:38)

La persona que recibe el bautismo entra en el agua, se sumerge en ella y, al cabo de unos segundos, vuelve a salir de ella, como hizo Jesús. Jesús entró en el río Jordán, fue bautizado por Juan el Bautista y resucitó del agua. Los bautizados pueden imitar a Jesús y ser sumergidos igual que Jesús.

Cuando la persona que se va a bautizar entra al agua, debemos realizar el bautismo en el nombre de Jesús. La Biblia nos proporciona instrucciones claras sobre cómo llevar a cabo este acto sagrado. Es crucial recordar que no somos nosotros quienes bautizamos, sino que es Jesús quien actúa a través de nosotros para cumplir este propósito. Por eso, bautizamos en Su nombre, reconociendo Su autoridad y Su obra redentora.

En el nombre de Jesús, cumplimos esta misión divina y damos la bienvenida a la persona bautizada al reino de Dios. Este acto simboliza una proclamación pública de su fe en Jesucristo. El significado del bautismo es profundo: es un testimonio de la fe en Jesús, y a través de esa fe, la persona recibe bendiciones espirituales.

Durante el bautismo, quien es sumergido en el agua no solo confiesa su creencia en Jesús, sino que también declara su compromiso de seguirle. Es un momento transformador y lleno de gracia, donde la fe se convierte en acción y en testimonio vivo.

Y sucederá que todo el que invoque el nombre del Señor se salvará. (Hechos 2:21)

También encontramos esto en Hechos 22, que puede decirse en el agua o justo antes.

Y ahora, ¿a qué esperas? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando el nombre del Señor. (Hechos 22:16)

En respuesta, bautizamos a la persona en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a observar todo lo que yo os he mandado. (Mateo 28:19)

Durante el bautismo en agua, el bautizado se convierte en uno en Cristo. Para ser bautizado con el Espíritu Santo se requiere una oración adicional en la que se invite al Espíritu Santo a llenar a la persona bautizada. Esto se realiza inmediatamente después del bautismo en agua, imponiéndole las manos. La persona bautizada puede estar ya llena del Espíritu Santo antes de experimentar el bautismo en agua.

El bautismo es una de las partes esenciales del Evangelio de Dios. Entramos en Cristo mediante el bautismo en agua, del que nos ocupamos en la sección anterior. Por tanto, bautizar a la gente lo antes posible es algo importante, en lugar de esperar meses o años. Incluso en la importante comisión de Jesús, aparece el bautismo en agua, lo que demuestra que no es un ritual, sino una parte vital de la vida cristiana.

Dar Discipulado

Antes de tratar este tema, veamos primero qué es un discípulo. La palabra “discípulo” procede del griego “*mathētēs*”, que significa “alumno”, “seguidor” o “discípulo”. Mediante el discipulado, enseñas a otras personas a ser seguidores de Jesús. Lo consigues siendo tú mismo un buen modelo o “maestro” y animando a los demás a vivir de forma similar. Tú eres el maestro, y los demás son discípulos que aprenden de ti. Un buen maestro muestra a Jesús en sus enseñanzas y acciones y enseña a sus discípulos a ser como Jesús.

El discipulado es otro componente que encaja en una congregación local excelente. Es importante tener una congregación que se dedique activamente al discipulado y a enseñar a la gente a observar los mandamientos de Jesús. Ésta es la vocación principal de algunos, mientras que a otros les resulta difícil. Sin embargo, enseñar el discipulado es profundamente significativo y forma parte de la misión de Dios para todos nosotros. No tenemos que saber o tener la capacidad de hacerlo todo para poder discipular a jóvenes creyentes, ni tenemos que impartir largas horas de cursos a un grupo de jóvenes creyentes. El discipulado va más allá y consiste en guiar y enseñar personalmente a la gente lo que Jesús nos pide. También implica predicar con el ejemplo y, a veces, entablar una conversación para preguntar si hay problemas. El discipulado no consiste sólo en aprender; consiste en hacer y construir juntos el reino de Dios, con una persona enseñando a la otra y demostrándole el camino correcto. Podemos ver esto a menudo en la Biblia, y lo bueno es que ocurre en un grupo pequeño, por lo que hay mucha atención personal. Por ejemplo, piensa en Jesús y los doce discípulos o en Elías y su discípulo Eliseo. Jesús y Elías llevaban de la mano a sus discípulos, les demostraban lo que debían hacer y les enseñaban todo tipo de cosas. Lo notable es que los discípulos de Eliseo y Jesús también recibieron discípulos, de modo que más personas se volvieron activas en el reino de Dios. Así es como una iglesia puede crecer adecuadamente, porque cada discípulo tiene su propio “maestro” o “maestro” que le presta mucha atención para que crezca. Con el paso del tiempo, estos discípulos serán “maestros” o “profesores”, y ayudarán a construir rápidamente el reino de Dios.

Empezaremos a examinar algunos puntos del discipulado dádovoso. Hay diferentes formas y tamaños de dar discipulado. La forma más familiar de discipulado es el pastor enseñando a la congregación la Palabra de Dios los domingos por la mañana. Además, podemos pensar en grupos más pequeños, en los que un pequeño grupo se encuentra para realizar estudios bíblicos más profundos y plantear cuestiones personales. Mientras que el servicio del domingo por la mañana es extenso, profesional y con un buen orador, el grupo pequeño es reducido e informal, y cada miembro puede compartir algo. Puede que tu pastor u otro líder te pida que prepares algo de la Palabra de Dios, compartas un testimonio o des algún otro tipo de enseñanza o estudio. En ese caso, eres, por un momento, un “maestro” que enseña cosas espirituales a los “discípulos”. Sin embargo, esto no siempre es algo para todos y puede ser una vocación específica para algunos creyentes.

Por ahora, veamos el discipulado que puede dar cualquiera. Se trata del discipulado personal, es decir, el discipulado uno a uno. Te des cuenta o no, de todas formas eres un “maestro”. La gente, dentro y fuera de la iglesia, te observa y ve cómo vives en el mundo. Afectas a tus colegas, familiares y miembros de la congregación. Pongamos un ejemplo para que esto quede claro. Supongamos que trabajas de recepcionista en un hotel. Todos los días estás de mal humor y todo el mundo desea evitarte. Un día, les dices a tus compañeros no creyentes que eres cristiano. Como resultado, los compañeros aprenden inconscientemente que un cristiano es siempre malhumorado y antipático. Pero, ¿y si siempre estás alegre, ayudas a todo el mundo y les haces saber a todos que eres íntegro y digno de confianza, y luego les dices que eres cristiano? Esto enseña inconscientemente a los compañeros que un seguidor de Jesús es alegre, servicial y digno de confianza. ¡Eso ya es mucho mejor! Vayamos más lejos. ¿Y si, gracias a tu oración, tus colegas no creyentes se curan de enfermedades y experimentan el amor y la bondad de Dios? Como resultado, la gente llega a la fe y desea lo que tú tienes. Te observan y quieren imitar tus acciones y tu forma de caminar. En otras palabras, se han convertido en tus discípulos; debes mostrarles a Jesús. En este proceso, has influido en tus colegas para que conozcan a Dios y quieran seguirle, y luego puedes influir aún más en ellos para que vayan a una iglesia. Éste es el plan de Jesús, y Jesús sólo puede obrar a través de nosotros para lograrlo.

Vayamos un paso más allá. Tus colegas han experimentado a Dios, han aprendido que Dios hace milagros y asisten fielmente a la iglesia. La clave está en discipularlos. Es esencial que estos discípulos también se conviertan en “maestros” y, a su vez, hablen a otras personas de Jesús. Puedes conseguirlo presentándoles las disposiciones y los mandamientos de la Palabra de Dios. Por ejemplo, puedes enseñar a la gente que, mediante la fe y en el nombre de Jesús, las personas se curan de las enfermedades. Mediante esta enseñanza, y no tiene por qué ser superprofesional, creas una nueva generación de “maestros”, cada uno de los cuales forma a nuevos discípulos.

Profundicemos en el mandato de Jesús sobre hacer discípulos.

Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. (Mateo 28:18-19)

Su propósito es enseñar a las naciones todo lo que Jesús ordenó. Por supuesto, cada creyente y “maestro” también sigue siendo un discípulo de Jesús. Cada día aprendemos más y caminamos profundamente en Su llamada. Es esencial darse cuenta de que a los creyentes de las primeras iglesias se les llamaba discípulos.

Entonces se difundió la palabra de Dios, y el número de los discípulos se multiplicó grandemente en Jerusalén, y muchos de los sacerdotes obedecían a la fe. (Hechos 6:7)

Todos seguimos siendo discípulos de Jesucristo. A pesar de ello, Dios designó a personas para enseñar a los discípulos. En la congregación más primitiva, éstos eran los apóstoles de Jesús, y en las posteriores, eran personas que habían sido designadas específicamente para ello, como Timoteo. Entonces, ¿qué debían enseñar estos discípulos? ¡Todo lo que Jesús ordenó! A menudo, los temas difíciles y complicados se tratan en la congregación. No hay nada malo en ello, salvo que la clave está en enseñar primero a la gente las cosas sencillas de lo que mandó Jesús. Da primero a los discípulos un poco de leche y, cuando puedan digerirla, proporcióneles después comida sólida. En otras palabras, cubre primero lo básico sobre Jesús y Sus mandamientos, y después podrás pasar a la comida sólida con preguntas difíciles sobre la fe. Es mejor creer cada palabra de la “parte sencilla” de las enseñanzas de Jesús que saberlo todo pero no tener fe. Creo que la enseñanza sobre el alimento sólido procede principalmente de los maestros bíblicos que Dios ha designado expresamente. Esto se debe a que Dios ha dado a los maestros de la Biblia una visión específica, y se les han dado talentos específicos para seguir las cuestiones difíciles de la fe. La enseñanza de la leche puede ofrecerse a todos de palabra y de obra. Esto, a su vez, tiene todo que ver con el discipulado personal. En los temas que pertenecen a la leche, considera la obra de Jesús en la cruz, la promesa del Espíritu Santo, el arrepentimiento de las obras muertas, etc. (Hebreos 6:1-2). Esto puede ocurrir en grupos pequeños, círculos domésticos o conversaciones privadas individuales.

Para concluir, profundicemos más en la conversación privada uno a uno del discipulado. Esta forma e interpretación libres se caracterizan por centrarse el uno en el otro. Aquí, puedes pensar en dos hermanos que realizan actividades divertidas juntos y, durante estas actividades, se preguntan mutuamente cómo van las cosas. Por ejemplo, uno puede tener una adicción al juego, y el otro hermano puede ayudarle a

vencer esta adicción. Por supuesto, Jesús es la única y la mejor respuesta a las adicciones, pero Jesús actúa a menudo a través de hermanos y hermanas, y es excelente y esencial confesar los pecados del otro. Comprendo que no todas las personas se sientan cómodas confesando sus pecados en el escenario de una congregación de ciento cincuenta personas, pero uno a uno, esto es confidencial y se hace más a menudo. Observa que el texto que sigue menciona la oración de un solo justo. Está en singular, y no es necesario avisar a cien personas y pedirles que recen antes de que Dios intervenga. Dios también escucha la oración de una sola persona justa.

Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz y ferviente de un justo vale mucho. (Santiago 5:16)

La relación uno a uno facilita la confesión de los pecados de los demás y la oración mutua. Se trata, por tanto, de una parte inestimable del discipulado personal. Debe ser un entorno confidencial en el que puedan tratarse estos temas delicados. Además, las personas pueden abordar preguntas o dudas individuales, y aprenden unas de otras la mejor manera de cumplir la misión de Jesús. Uno puede estar más avanzado en la fe. Puede demostrar cuál es la mejor manera de cumplir mandatos y tareas concretas de Jesús. Encontramos esto en la historia de Elías y Eliseo, donde Elías enseña a Eliseo (1 Reyes 19:19-21). Por último, éste es también un lugar para amonestarnos unos a otros si alguien comete (in)conscientemente un error. Esto nos permite salvar a las personas de la muerte.

Hermanos, si alguno de vosotros se aparta de la verdad y alguien le hace volver atrás, sabed que quien hace volver a un pecador del error de su camino salvará un alma de la muerte y cubrirá multitud de pecados. (Santiago 5:19-20)

También reconocemos esto en la vida de Jesús. Después de que Pedro traicionara a Jesús, Jesús se tomó tiempo para enseñar a Pedro un discipulado individual. Jesús dirigía a un grupo de 12, pero a veces, tomaba a una persona por separado para que aprendiera más. Esto también se aplica a nuestro discipulado hoy. Podemos dirigir un grupo pequeño y, a veces, prestar atención individual a un creyente. Veamos la “conversación sobre el discipulado” entre Jesús y Pedro.

Cuando hubieron desayunado, Jesús dijo a Simón Pedro Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?”. Él le respondió: “Sí, Señor; Tú sabes que Te amo”. Le dijo: Apacienta Mis corderos. Volvió a decirle por segunda vez Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Él le dijo: Sí, Señor; Tú sabes que Te amo. Le dijo Cuida de Mis ovejas. Le dijo por tercera vez Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció porque le dijo por tercera vez ¿Me amas? Y le dijo Señor, Tú lo sabes todo; Tú sabes que te amo. Jesús le dijo Apacienta Mis ovejas. (Juan 21:15-17)

Fue una conversación tan hermosa como desafiante. Unos días antes, Pedro había traicionado a Jesús tres veces, y ahora necesitaba decir que amaba a Jesús tres veces. El discipulado puede doler a veces, siempre que se alcance el objetivo final, que es parecerse a Jesús y seguirle.

Resumen

Jesús nos dejó dos mandatos fundamentales: bautizar a las personas y guiarlas en el discipulado. El bautismo, que representa la inmersión en agua como símbolo de fe y transformación, puede ser realizado por cualquier cristiano nacido de nuevo. La única condición para bautizar a alguien es que esa persona crea en Jesús. No se requiere formación especial ni estudios avanzados; lo esencial es la fe sincera. Al ser bautizadas, las personas reciben las bendiciones del reino de Dios y entran en una nueva vida en Cristo.

El discipulado, por otro lado, es una práctica que también está al alcance de cualquier cristiano nacido de nuevo. Puede ser un acto intencionado, con un propósito claro de guiar y enseñar, o puede suceder de manera natural y espontánea, simplemente a través de nuestro ejemplo de vida. Como creyentes, nuestra vida es observada constantemente por quienes nos rodean: nuestra familia, compañeros de trabajo, amigos y miembros de la iglesia.

Aunque algunos están llamados a liderar grandes grupos, todos los creyentes tienen la misión de discipular de manera personal, uno a uno, especialmente a los nuevos creyentes. Este discipulado individual no siempre requiere programas formales. A menudo se manifiesta en pequeños actos cotidianos, como interesarse genuinamente por el bienestar de alguien, ofrecer palabras de ánimo o exhortarse mutuamente a perseverar en la fe.

El discipulado no es solo una responsabilidad, sino también una oportunidad de reflejar el amor de Cristo y contribuir al crecimiento

espiritual de otros. En cada interacción, tenemos el privilegio de ser parte del plan de Dios para formar discípulos que sigan Su camino.

C17 ANÍMENSE LOS UNOS A LOS OTROS

Veamos otra misión del reino de Dios. En primer lugar, nos centramos principalmente en la misión de Jesús de llegar a la gente para proclamarles y presentarles el Evangelio de Dios. Esto tiene como objetivo principal llegar a las personas que aún no son creyentes a través del evangelio. Al mismo tiempo, Dios nos pide que tratemos bien a los hermanos y hermanas de la iglesia local. Que nos animemos y sirvamos unos a otros con los dones que hemos recibido de Dios. Somos una familia unos con otros, y cuidar bien de la familia es esencial.

Comandos de aliento

En la Biblia hay muchos versículos sobre animarse unos a otros. Dios nos ha llamado familia, y debemos tratarnos los unos a los otros con amor y fidelidad, como corresponde a una familia. Si eres un buen padre, deseas que tus hijos prosperen. Quieres que todos tengan lo mejor, y si se meten en problemas, haces todo lo posible por resolverlos. La intención de Dios es que una familia se ame y críe a sus hijos con seguridad y amor. Lo mismo ocurre con la Iglesia de Cristo. Dios nos ha dado los unos a los otros, y debemos amarnos y cuidarnos mutuamente. Esto puede ser con bienes materiales, como comida, ropa y cobijo, pero también pueden ser palabras de ánimo. Veamos primero los bienes materiales. Es importante satisfacer las necesidades de los miembros de la iglesia que lo necesiten. Los “ricos” de la congregación donan bienes, y la congregación los reparte entre los necesitados para que nadie sufra carencias. Encontramos este principio en la primera congregación.

La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma; nadie decía que algo de lo que poseía era suyo, sino que todo lo tenían en común. (...) Tampoco había entre ellos nadie que careciese; porque todos los que poseían tierras o casas las vendían, y traían el producto de lo vendido y lo ponían a los pies de los apóstoles; y repartían a cada uno según su necesidad. (Hechos 4:32-35)

¿Te das cuenta del carácter extraordinario de la primera Iglesia de Cristo? Los creyentes lo tenían todo en común, de modo que a nadie le faltaba nada. Dios no quiere que ninguno de Sus hijos sufra carencias. Lo vemos en una familia típica. De niño, puedes utilizar el sofá, la televisión, el frigorífico, el microondas, la cama, la comida, etc. de tus

padres. El hogar es “comunal”, y tus padres no quieren que pases hambre mientras la comida sea abundante. Este pensamiento también es propio de la Iglesia. Somos una gran familia y no queremos que nuestros hermanos o hermanas pasen hambre o les falte ropa. Podemos animarnos y bendecirnos unos a otros con posesiones materiales. Por supuesto, esto puede hacerse de uno en uno, donde el dador lo da directamente al receptor, pero también puede hacerse a través de la congregación. Por ejemplo, el dador da doscientos dólares a la congregación, y ésta compra alimentos con ellos y se los da a los necesitados. También vemos este principio en la primera congregación (Hechos 6:1-6).

Además, la ayuda no sólo puede prestarse a la congregación local. También es bíblico bendecir a otras congregaciones con posesiones cuando sea necesario. Lo vemos en el Libro de los Hechos. El profeta Agabo predijo una gran hambruna y, en respuesta, los creyentes decidieron reservar dinero para enviarlo a los hermanos de Judea. Cuidaron de las personas que sufrían pobreza en otras congregaciones.

En aquellos días vinieron profetas de Jerusalén a Antioquía. Entonces uno de ellos, llamado Agabo, se levantó y mostró por el Espíritu que iba a haber una gran hambre en todo el mundo, lo que también sucedió en los días de Claudio César. Entonces los discípulos, cada uno según su capacidad, decidieron enviar socorro a los hermanos que habitaban en Judea. Esto hicieron también, y lo enviaron a los ancianos por mano de Bernabé y Saulo. (Hechos 11:27-30)

Para terminar, leamos algunos versículos que nos instan a cuidar los unos de los otros.

Que nada se haga por ambición egoísta o por vanagloria, sino que, con humildad de ánimo, cada uno estime a los demás como superiores a sí mismo. Que cada uno de vosotros vele no sólo por sus propios intereses, sino también por los intereses de los demás. (Filipenses 2:3-4)

A este respecto, Pablo también habla de las necesidades de los demás. Debemos fijarnos no sólo en nuestras propias necesidades, sino también en las necesidades de los demás (en la Iglesia).

Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo. (Gálatas 6:2)

Por tanto, según tengamos ocasión, hagamos bien a todos, especialmente a los de la familia de la fe. (Gálatas 6:10)

Pero si alguno no provee para los suyos, y especialmente para los de su casa, ha negado la fe y es peor que un incrédulo. (1 Timoteo 5:8)

1 Timoteo 5 trata del cuidado de los miembros de la familia o del hogar. Si no pueden valerse por sí mismos, nuestro trabajo consiste en cuidarlos o mantenerlos adecuadamente.

Consideremos ahora las palabras de aliento. Además de dar bienes materiales, animarnos o consolarnos unos a otros con nuestras palabras es algo muy importante. El siguiente pasaje bíblico trata del hecho de que volveremos a ver a nuestros creyentes fallecidos durante el rapto de la Iglesia.

Consolaos, pues, los unos a los otros y edificaos mutuamente, como hacéis también vosotros. (1 Tesalonicenses 5:11)

En el libro de Hebreos, Pablo también nos llama a animarnos unos a otros en las reuniones.

Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras, no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino animándonos unos a otros; y tanto más cuanto veis que aquel día se acerca. (Hebreos 10:24-25)

La clave está en cuidarnos los unos a los otros. Pablo no quiere decir aquí que nos critiquemos y condenemos unos a otros; Pablo pretende que nos animemos unos a otros a hacer buenas obras y a mantener el amor. Debemos edificarnos unos a otros y no quemarnos unos a otros. Esto se consigue mejor en una congregación, por lo que es esencial no descuidar las reuniones. Las reuniones están pensadas para animarnos unos a otros a hacer buenas obras de forma amorosa.

(...) y sed amables unos con otros, tiernos de corazón, perdonándoos unos a otros, como Dios os perdonó a vosotros en Cristo. (Efesios 4:32)

En este versículo bíblico, Pablo nos anima a ser amables, misericordiosos y a perdonar. Éstas son tres grandes cualidades de una congregación

local. A través del amor entre los miembros de la congregación, las personas ajenas a ella verán que Dios está vivo.

¿Cómo podemos animar a las personas? El primer paso es comprender sus necesidades. Por ejemplo, si alguien necesita alimento, puedes mostrar apoyo compartiendo lo que tienes. Si otra persona está atravesando un momento de tristeza, como la pérdida de un ser querido, es importante escuchar con atención su historia y ofrecer palabras de consuelo y empatía.

Además de los gestos humanos y la empatía, también podemos brindar ánimo compartiendo palabras de la Biblia o mensajes inspirados por el Espíritu Santo. Estas palabras, cargadas de esperanza y verdad, tienen el poder de levantar el ánimo y fortalecer la fe de quienes nos rodean.

Asimismo, podemos utilizar los dones que Dios nos ha otorgado para edificar y animar a los demás. Cada talento, habilidad o recurso que poseemos es una oportunidad para reflejar el amor de Dios y ser un canal de bendición. Estos dones, que exploraremos más a fondo en el siguiente párrafo, son herramientas poderosas para transmitir ánimo y esperanza.

Dones del Espíritu

Los dones del Espíritu son dones sobrenaturales que el Espíritu Santo concede al creyente. Inicialmente, estos dones se otorgan a la Iglesia de Cristo para que todos puedan aportar algo valioso a los servicios y ayudar a que la Iglesia funcione bien. 1 Corintios 12 habla de los dones del Espíritu y muestra varios dones espirituales.

Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu. Hay diversidad de ministerios, pero es el mismo Señor. Y hay diversidad de actividades, pero es el mismo Dios quien obra todo en todos. (1 Corintios 12:4-6)

Todos los dones son dones sobrenaturales que concede el Espíritu Santo. Hay diversos dones, pero siempre es el mismo Espíritu Santo quien los concede. Lo mismo ocurre con los ministerios y las obras asociados a los dones. Los ministerios y las obras difieren, pero proceden de la misma fuente. Lo que me encanta de este texto es que la Trinidad “trabaja unida” para dotar a las personas de los dones y hace que se produzcan milagros y signos. Jesús, el Espíritu Santo y Dios Padre trabajan activamente para bendecir a las personas con signos y prodigios sobrenaturales. Esto demuestra que la Trinidad es una sola voluntad.

Pero la manifestación del Espíritu se da a cada uno para provecho de todos. (1 Corintios 12:7)

Los dones del Espíritu Santo no se te dan a ti personalmente. Los dones son para bendecir y ayudar a animar a los demás. Esencialmente, son para bendecir a los hermanos y hermanas de la Iglesia (1 Corintios 14:26) y permitirles fortalecer su fe. Este versículo dice que los dones del Espíritu se dan a todos. Todo creyente bautizado con el Espíritu Santo tiene derecho a uno o varios dones. La capacidad de funcionar con todos los dones es posible; sólo que algunos dones serán más fuertes que otros. A veces, los dones del Espíritu se mezclan. Veamos primero los dones en este capítulo.

Porque a unos se les da palabra de sabiduría por el Espíritu, a otros palabra de ciencia por el mismo Espíritu, a otros fe por el mismo Espíritu, a otros dones de curaciones por el mismo Espíritu, a otros hacer milagros, a otros profecía, a otros discernimiento de espíritus, a otros diversos géneros de lenguas, a otros interpretación de lenguas. (1 Corintios 12:8-10)

Nos llevaría demasiado tiempo estudiar todos los dones de este libro. Un milagro o una revelación pueden requerir distintos dones. Por ejemplo, el don de sanación puede cooperar con el don de fe y el don de palabra de conocimiento.

Pero un solo y mismo Espíritu obra todas estas cosas, distribuyendo a cada uno individualmente como Él quiere. (1 Corintios 12:11)

El Espíritu Santo da los dones y los reparte a cada uno como Él quiere. Esto no significa que podamos recostarnos tranquilamente. El Espíritu Santo da los dones como Él quiere, pero nuestro trabajo consiste en esforzarnos por proporcionar el mejor don.

Por eso debéis desear fervientemente los dones más útiles. (1 Corintios 12:31)

Esforzarse por conseguir el mejor regalo no sugiere que un regalo sea mejor. Esforzarse por el mejor don significa que, en un momento determinado, te esfuerzas por el don que más se necesita. Si alguien quiere ser curado, tener el don de interpretar idiomas no tiene sentido. En ese

momento, necesita el don de la sanación. Así, podemos esforzarnos por tener el mejor don en cada situación. Comparemos esto con lo natural. Un carpintero tiene varias herramientas. En el momento en que necesita serrar, un taladro no le sirve. Entonces necesita una sierra. En el momento en que quiere taladrar tornillos, necesita un taladro y no una sierra. Depende de la situación y de si necesita una sierra o un taladro. Esto también se aplica a los dones del Espíritu Santo.

Estos dones son para la congregación y sólo se aplican al servicio congregacional. Es misión de todos curar a los enfermos, pero en la congregación puede haber un grupo que tenga dones de sanación y otro que no, o menos. Dios instituyó esto para mantener el orden. Uno está designado para esto y el otro para aquello. Es esencial distinguir el servicio congregacional de la vida “normal”; de lo contrario, habrá grandes malentendidos. Veamos los textos que muestran que los dones se dan a la Iglesia.

Y Dios ha designado a éstos en la Iglesia: primero apóstoles, segundo profetas, tercero maestros, después milagros, luego dones de curaciones, ayudas, administraciones, variedades de lenguas. ¿Son todos apóstoles? ¿Son todos profetas? ¿Son todos maestros? ¿Todos hacen milagros? ¿Tienen todos dones de sanación? ¿Todos hablan en lenguas? ¿Todos interpretan? Pero desead fervientemente los mejores dones. Pero yo os muestro un camino más excelente. (1 Corintios 12:28-31)

El texto bíblico anterior habla específicamente de la congregación. En la Iglesia hay una división de ministerios. En la vida “normal”, la tarea es la misma para todos. Por amor, podemos hablar de la obra de Jesús y mostrar por qué fue a la cruz. Por amor, podemos salir, tanto en la iglesia como en el mundo exterior. Por Su amor y bondad, podemos caminar en el amor.

Así también vosotros, puesto que sois celosos de dones espirituales, procurad sobresalir para edificación de la Iglesia. (1 Corintios 14:12)

En el texto anterior, Pablo vuelve a relacionar los dones espirituales mencionados en 1 Corintios 12 con la vida congregacional. Cuando Pablo escribió sobre los dones espirituales, lo hizo a la luz de la vida congregacional. Después, Pablo explicó cómo los dones espirituales pertenecen a la Iglesia y que cada uno de ellos es necesario.

¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación. (1 Corintios 14:26)

Cada don y cada creyente son necesarios. Construyamos juntos el servicio congregacional y animémonos unos a otros con lo que Dios nos ha dado específicamente.

Cuidar el Cuerpo de Cristo

Después de que Pablo resumiera los dones espirituales, habló del cuerpo de Cristo. En este contexto, cuidar unos de otros es esencial, igual que cuidarías de tu propio cuerpo. Debemos saber que cada parte del cuerpo funciona de forma diferente. Con el oído, podemos oír, y con el ojo, podemos ver. Sería inútil que el ojo pudiera escuchar, porque la finalidad del ojo no es escuchar. Lo mismo ocurre con el cuerpo de Cristo, la Iglesia. En la iglesia hay muchas personas, todas con ministerios diversos. Cada ministerio es igual de importante, y necesitamos a todos en el cuerpo. Debemos cuidar del cuerpo de Cristo. Puedes servir a este cuerpo con el ministerio y los talentos que has recibido de Dios. Si eres animador, animas a la gente de la congregación. Si eres orador, habla en la congregación. Si eres maestro, enseña en la congregación. Si tienes talento para la limpieza, ayudas a limpiar en la congregación. Si tienes habilidades en ingeniería, ayudas en ingeniería. Así es como nos cuidamos unos a otros y nos aseguramos de que el cuerpo de Cristo funciona adecuadamente. Esto no es posible sin los demás.

Porque así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, pero todos los miembros de ese cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. (1 Corintios 12:12)

Cada creyente es una creación única y es precioso a los ojos de Dios. Cada creyente es un miembro del cuerpo y, junto con los demás miembros del cuerpo, cuidamos juntos del cuerpo de Cristo. Sólo juntos y no solos.

Resumen

Dios nos ha unido a todos en un solo cuerpo: el cuerpo de Cristo. Por ello, es natural y esencial que nos animemos y apoyemos mutuamente en nuestro caminar por la vida. Cuando alguien enfrenta dificultades,

ofrecerle ayuda material o palabras de aliento es una forma concreta de reflejar el amor de Dios.

Todos necesitamos ánimo en algún momento, y también tenemos la capacidad de inspirar y fortalecer a los demás a través de nuestras palabras y acciones. Además, los dones sobrenaturales que Dios nos ha otorgado desempeñan un papel crucial en este proceso. Al utilizarlos, no solo edificamos individualmente, sino que también fortalecemos a toda la congregación, construyendo un servicio conjunto que glorifica a Dios.

C18 LOS VENCEDORES

En los capítulos anteriores, vimos las misiones del Evangelio del Reino. Puede que pienses: vale, empezaré a trabajar en estos mandamientos inmediatamente. Tal vez te abrume el miedo o la culpa porque sientes que te estás quedando corto. Sea cual sea el sentimiento con el que leas las misiones, es esencial que te des cuenta de que somos más que vencedores, y que no debemos temer al reino de las tinieblas. A pesar de las dificultades y la persecución en la Tierra, Jesús nos ha hecho más que vencedores. A veces, parece justo lo contrario. Sobre todo, cuando miramos a los países donde hay mucha persecución de cristianos y los cristianos tienen que temer por su vida todos los días. A pesar de todo lo que dice Pablo:

Como está escrito: Por Tu causa somos muertos todo el día; Somos contados como ovejas para el matadero. Pero en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó. (Romanos 8:36-37)

¡Guau! A pesar de todo, somos más que vencedores. Pase lo que pase, puedes darte cuenta de que eres más que vencedor. Esto se debe a que podemos permanecer en la victoria de Jesucristo, y puesto que Jesús venció al mundo, nosotros también hemos vencido al mundo mediante nuestra fe.

Porque éste es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos. Y Sus mandamientos no son gravosos. Porque todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo. Y ésta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? (1 Juan 5:3-5)

Cumpliendo la misión de Jesús, podemos darnos cuenta de que podemos cumplir esta misión en la victoria. Quizá la persecución pueda parecer tan grande a veces, pero somos los vencedores del mundo.

No temas al enemigo

Veamos una vez más el encargo de Jesús.

Y estos signos seguirán a los que crean: En mi nombre expulsarán demonios; hablarán nuevas lenguas; cogerán serpientes; y si beben algo

mortífero, no les hará daño; impondrán las manos a los enfermos, y sanarán. (Marcos 16:17-18)

Dios nos promete una protección sobrenatural frente al enemigo. Por tanto, no es tarea nuestra coger serpientes venenosas y beber algo que nos matará. Por supuesto, ¡no lo hagas! Pero Dios promete aquí que la serpiente, signo del diablo, no puede traer nada perjudicial a los creyentes. En el mandamiento de expulsar a los demonios, por ejemplo, no tenemos que temer a los demonios ni al diablo, pero sabemos que no pueden hacer nada. Esto se debe a que Dios nos protege sobrenaturalmente. Además, leemos que Pablo fue protegido cuando le mordió una víbora. También podemos estar protegidos de los peligros materiales o terrenales.

Pero cuando Pablo hubo recogido un haz de palos y los puso sobre el fuego, una víbora salió a causa del calor y se le prendió en la mano. (...) Pero él se sacudió la criatura al fuego y no sufrió ningún daño. (Hechos 28:3-5)

No debemos temer al enemigo porque somos más que vencedores.

He aquí, os doy autoridad para pisotear serpientes y escorpiones, y sobre todo el poder del enemigo, y nada os hará daño. (Lucas 10:19)

¡Qué tremenda promesa! De nuevo, el Señor Jesús no se refirió literalmente a serpientes y escorpiones. Así que no vayas a la tienda de animales a meterte en un terrario de escorpiones. Jesús se refería aquí a seres espirituales y demonios. En tiempos de Jesús, las serpientes y los escorpiones eran muy peligrosos. Si alguien iba por el camino, podía ser mordido por estos animales, y algunas de las mordeduras eran mortales. Cuando Jesús dice que podemos pisar serpientes y escorpiones, significa que estamos sobrenaturalmente protegidos y que se nos ha dado poder sobre esas terribles criaturas. Se nos ha dado el poder de expulsar a los demonios de la gente en el nombre de Jesús.

Cuando era pequeña, a menudo tenía que enfrentarme a criaturas terroríficas en mi habitación. De niña, no sabía cómo afrontarlo. Mi madre, afortunadamente, lo sabía. A menudo llamaba a mi madre en mitad de la noche porque había criaturas terroríficas. Estas criaturas permanecían en mi habitación, incluso con la luz encendida. También se quedaban en su sitio cuando mi madre entraba en mi habitación. Sólo en el

momento en que mi madre empezó a orar, desaparecieron en un instante. A través de esto aprendí que lo que dice Jesús es verdad. Se nos ha dado poder sobre el enemigo a través de la sangre de Jesucristo. No tenemos que temer ni tener miedo. Pase lo que pase, Jesús siempre está con nosotros y nos ha dado poder. Muy a menudo, podemos desanimarnos y tener miedo en una circunstancia determinada. Jesús sabe esto de nosotros y dice lo siguiente:

¿No se venden dos gorriones por una moneda de cobre? Y ni uno de ellos cae al suelo fuera de la voluntad de vuestro Padre. Pero los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis, pues; valéis más que muchos pajarillos. (Mateo 10:29-31)

Vivir en victoria

Por tanto, no debemos temer al enemigo y podemos vivir una vida de victoria. En Cristo somos más que vencedores y no vencidos. En las dificultades y tribulaciones de la tierra, podemos darnos cuenta invariablemente de que Jesús ha ganado la victoria; en esta victoria, podemos vivir.

Estas cosas os he hablado, para que en Mí tengáis paz. En el mundo tendréis tribulación; pero confiad, Yo he vencido al mundo. (Juan 16:33)

Dios nos dio la victoria por medio de Jesucristo. Esto implica que no seremos derrotados, pase lo que pase. Incluso la muerte (espiritual) ha perdido su poder, y ya no tenemos que tener miedo. Porque un cristiano no muere, un cristiano cambia de lugar. Puede que hoy ya caminemos en esta victoria. Aunque nuestra vida no siempre nos parezca una victoria, Dios nos recompensa hoy y también nos recompensará por “nuestra” victoria en el futuro.

Al que venza le concederé que se siente conmigo en Mi trono, como Yo también vencí y me senté con Mi Padre en Su trono. (Apocalipsis 3:21)

¡Qué increíble promesa del Señor Jesús! Podemos sentarnos con Jesús en Su trono si vivimos en la victoria. ¡Qué gracia inmerecida!

¿Cómo podemos vivir una vida de victoria? Examinemos algunos versículos bíblicos para descubrir cómo hacerlo en nuestra vida cotidiana.

El primer paso para llevar una vida victoriosa es, por supuesto, la fe en Jesucristo. Porque somos parte de Jesús, ya somos vencedores. Es esencial darnos cuenta de ello y vernos como vencedores. Aunque no lo parezca, somos vencedores. Este principio puede causar un conflicto en nuestra forma de pensar. Se trata de darnos cuenta de que somos más que vencedores y de que esto se filtra en todos nuestros pensamientos y almas. Es crucial derribar todos los falsos pensamientos y mentiras y llenar nuestra mente con las verdades de Dios.

Pues, aunque andamos en la carne, no guerreemos según la carne. Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para derribar fortalezas, derribar argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo, y estar preparados para castigar toda desobediencia cuando se cumpla vuestra obediencia. (2 Corintios 10:3-6)

Los falsos pensamientos pueden desaparecer, y podemos llenarnos, por ejemplo, de la siguiente verdad:

Porque todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo. Y ésta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? (1 Juan 5:4-5)

Obtenemos la victoria en nuestros pensamientos. Si nuestros pensamientos están bajo el gobierno de Jesús, entonces somos vencedores absolutos. Conseguimos pensar en las cosas de Dios y luego llevarlas a cabo.

Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. (Colosenses 3:1-3)

Acuérdate de las cosas buenas y puras de Dios. La carta a los Filipenses explica exactamente lo que esto significa.

Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo que es noble, todo lo que es justo, todo lo que es puro, todo lo que es amable, todo lo

que es de buen nombre, si hay virtud alguna y si hay algo digno de alabanza, en esto medita. (Filipenses 4:8)

Reflexiona sobre todas las cosas buenas de Dios. Esto puede incluir cosas espirituales, como el sacrificio del Señor Jesús y las revelaciones de Dios a través de la Biblia, pero también podemos pensar en cosas más “terrenales”. Está bien llenar nuestra mente con la hermosa creación de Dios, la familia que hemos recibido, nuestra pareja, el trabajo, las relaciones y muchas cosas más, siempre que sean pensamientos razonables, puros y hermosos.

Veamos otra característica para vivir en la victoria. Es vital vencer el mal con el bien. Quizá tengas un colega molesto que te insulta y menosprecia constantemente. O un miembro de tu familia te tiene en poco y no cree en ti. Podemos descubrir “enemigos” en nuestras vidas que no tienen en cuenta nuestros intereses. ¿Cómo podemos vencer a estos enemigos? Haciendo el bien. ¿A tus enemigos les falta comida? Entonces, dales de comer. ¿Necesitan ánimo? Pues dáselo. Así venceremos a nuestros enemigos y pondremos carbones encendidos sobre sus cabezas. Esto implica herir su conciencia con la vergüenza y el arrepentimiento por lo que hacen. No paguéis mal con mal, sino pagad mal con bien. Éste es un paso esencial para vivir una vida de victoria.

No te dejes vencer por el mal, sino vence el mal con el bien. (Romanos 12:21)

Por último, nuestra fe es una lucha. Algunos empezaron con fe, pero la abandonaron mientras tanto. Para salir victoriosos, es importante ser persistentes y perseverar en las buenas características de Dios, como la justicia, la piedad, el amor y la mansedumbre. A veces, la fe puede ser una lucha, y es esencial librar el buen combate de la fe.

Pelea el buen combate de la fe, echa mano de la vida eterna, a la que también fuiste llamado y has confesado la buena confesión en presencia de muchos testigos. (1 Timoteo 6:12)

Pero, ¿cómo se libra el buen combate de la fe? En primer lugar, debemos centrarnos siempre en Jesús. Jesús es el Perfeccionador de la fe. Por tanto, es bueno seguir mirando hacia delante y centrarse en Él. Olvida lo que hay detrás de ti y mira lo que tienes delante. En segundo

lugar, el conocimiento de la Palabra de Dios es esencial. En los versículos anteriores, Pablo habló de los maestros del error y de cómo estos maestros del error tratan de ganar dinero tergiversando la Palabra de Dios. Es esencial descifrar si algo es una doctrina de error, e importante conocer la Palabra de Dios y escuchar atentamente al Espíritu Santo. Como resultado, no rebotamos de una doctrina de error a otra, sino que nos mantenemos firmemente asentados en la verdad.

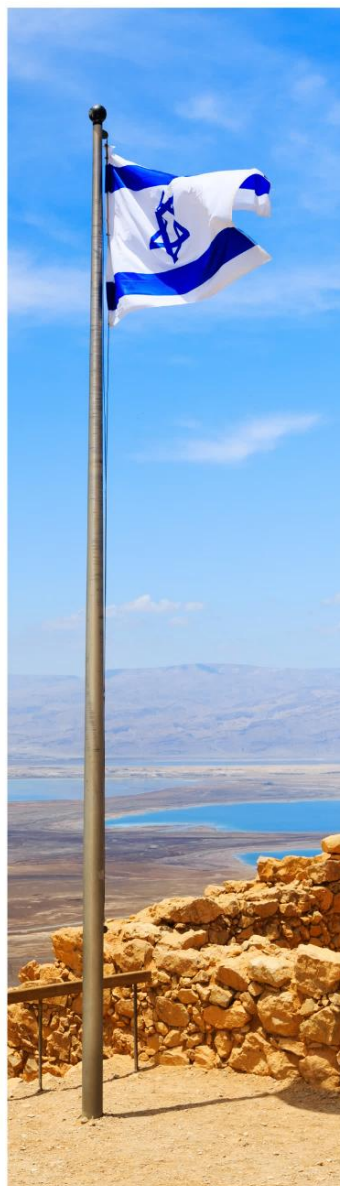
Resumen

Dios nos ha llamado vencedores. Servimos a un Dios victorioso que quiere compartir esta característica con Sus hijos. Como somos hijos de Dios y creemos en Jesucristo, somos victoriosos sobre el mundo. Por eso, no tenemos que temer al soberano de este mundo, el diablo. No tenemos por qué temer al enemigo, porque Dios nos ha dado el poder de pisar serpientes y escorpiones. Para ser un vencedor, es esencial pensar como tal. Esto se debe a que la batalla tiene lugar en nuestra mente, y es necesario hacer que nuestra mente sea cautiva de Jesucristo. Esto lo conseguimos pensando en las cosas buenas de Dios y no en las cosas terrenales malas con todos los deseos equivocados. Además, vencemos el mal en la tierra haciendo el bien y poniendo carbones encendidos sobre las cabezas de nuestros enemigos. Por último, la fe puede ser una lucha. Debemos librar la buena guerra de la fe manteniendo la mirada en Jesús y conociendo lo que dice la Palabra de Dios.

EL REINO DE DIOS

EL REINO FÍSICO

PARTE 4



4

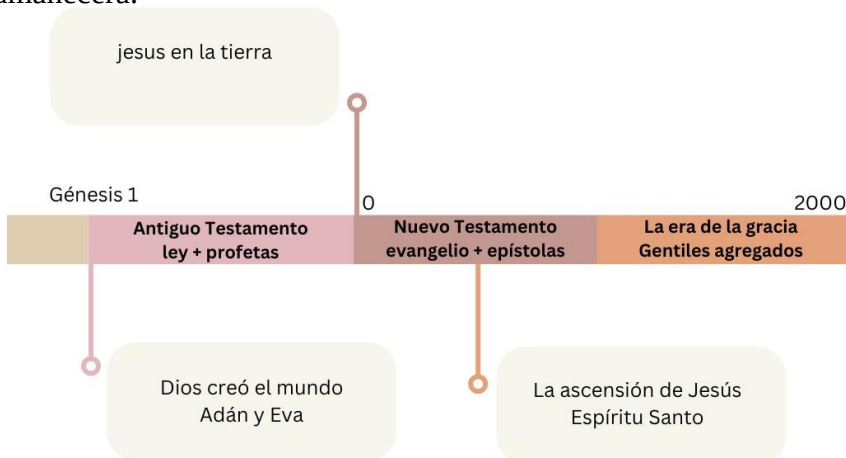
C19 INTRODUCCIÓN A LA HORA FINAL

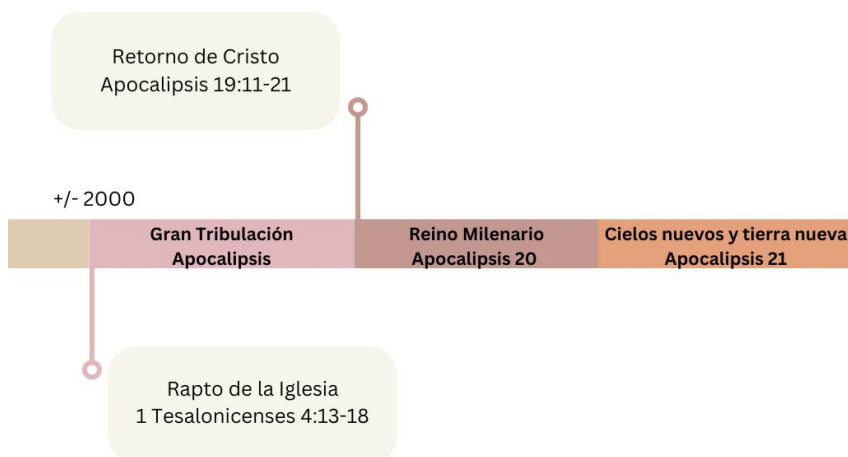
Después de explorar el Reino de Dios en su manifestación actual, con todas sus bendiciones y su misión, es hora de centrarnos en el Reino futuro. Es importante distinguir entre estos dos Reinos. El Reino de Dios ya ha llegado, pero al mismo tiempo, aguardamos con esperanza el Reino que está por venir, que, por conveniencia, llamaremos el Reino milenario. El Reino actual es el que vivimos en el presente, mientras que el Reino milenario es un evento futuro que se cumplirá en los tiempos venideros.

Antes de profundizar en este tema, es fundamental que comprendamos el contexto del fin de los tiempos y los eventos que se desarrollarán en ese momento.

Calendario

El siguiente calendario contiene algunos puntos críticos del calendario de Dios. Todo lo que ocurre en la Tierra está en manos de Dios. Dios comenzó con la creación del hombre y estableció un pacto con Abraham y el pueblo de Israel en el Antiguo Testamento. A través del Señor Jesús, los gentiles se hicieron partícipes del pacto con Abraham, y se trajo la reconciliación a todos los que confiaron en Jesús. Jesús confirmó el pacto mediante la efusión del Espíritu Santo, y hoy vivimos en el tiempo de gracia. Es el tiempo que transcurre entre el derramamiento del Espíritu Santo y el siguiente punto de la línea temporal de Dios: el rapto de la Iglesia. Veamos primero un calendario simplificado y luego analicemos brevemente los acontecimientos que aún no han ocurrido. Esto nos dará una comprensión más profunda del Reino milenario y de cuándo amanecerá.





El Rapto de la Iglesia

En mi libro “Una revelación del final de los tiempos: Por qué el Rapto Pre-Tribulatorio es Bíblico”. En esta sección estudiaremos brevemente lo que implica el rapto de la Iglesia para que podamos hacernos una idea de cómo es el calendario de Dios. 1 Tesalonicenses 4:16-17 habla claramente del rapto y de cómo es. El rapto aún no se ha producido y, por tanto, es un acontecimiento futuro que podría ocurrir en cualquier momento.

Porque el Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios. Y los muertos en Cristo resucitarán primero. Entonces nosotros, los que estemos vivos y permanezcamos, seremos arrebatados junto con ellos en las nubes para encontrarnos con el Señor en el aire. Y así estaremos siempre con el Señor. (1 Tesalonicenses 4:16-17)

He aquí que yo (Pablo) os digo un misterio: No todos dormiremos, sino que todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta. Porque sonará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados. (1 Corintios 15:51-52)

En el libro de Tesalonicenses, aprendemos que el Señor Jesús llamará a los muertos que están en Cristo, y serán resucitados. Después de este momento, los cristianos vivos seremos arrebatados en las nubes, y nos reuniremos con el Señor Jesús en el aire. El libro de Corintios añade

que los muertos y los vivos recibirán un cuerpo eterno (inmortal), y sus cuerpos actuales serán cambiados por un cuerpo eterno en un instante.

El rapto de la iglesia es cuando el Señor Jesús nos llama (a los cristianos), nuestros cuerpos son cambiados a cuerpos inmortales, somos llevados a los cielos en un instante, y estaremos con el Señor Jesús para siempre.

Nadie sabe cuándo se producirá el rapto de la Iglesia. Hay millones de cristianos en la Tierra, y un día desaparecerán. Algunos están conduciendo un coche, otros están durmiendo y otros están haciendo recados. El rapto aún no se ha producido, y el Reino milenarismo sólo vendrá después del rapto de la iglesia y la segunda venida. Esto significa que hoy todavía no vivimos en el Reino milenarismo.

La Gran Tribulación

Después de que el Señor Jesús se haya llevado a Sus seguidores, se producirá un periodo espantoso en la Tierra. Dios va a juzgar al mundo durante este periodo, y la ira de Dios se derrama sobre los habitantes del planeta. Además, Dios protege a Su pueblo, Israel, y todo Israel será salvado. El Señor Jesús dijo lo siguiente sobre este periodo:

Porque entonces habrá gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá jamás. (Mateo 24:21)

Será una tribulación que nunca ha ocurrido antes. Aprendemos sobre periodos horribles durante las clases de historia. Piensa en las guerras mundiales, las guerras civiles de la Unión Soviética y China, y las cruzadas de los europeos. Piensa también en las hambrunas, las catástrofes naturales, la corrupción y el engaño de ciertos gobiernos, y la persecución que sufren los cristianos en Corea del Norte, Afganistán, Somalia, Libia y Pakistán. Hoy, el mundo está “quebrantado” gravemente en muchos lugares, y el Señor Jesús dice: “Porque habrá entonces una gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá jamás”. La gran tribulación será un periodo espantoso lleno de guerras, desastres naturales y penurias.

El retorno de Cristo

Después de siete años de gran tribulación, intervendrá el Señor Jesús. Vendrá a la tierra con los santos. Tras Su primera venida de una mujer y Su “intervención” para recoger a Sus seguidores, ha llegado el momento de que Jesús venga a la tierra para reinar como Rey sobre todas

las naciones durante el Reino milenario de paz. Durante Su primera venida, vino para servir y sufrir, mientras que, en Su segunda venida, vino para reinar. Pondrá Sus pies en el Monte de los Olivos, que está cerca de Jerusalén.

Y en aquel día Sus pies se posarán sobre el Monte de los Olivos, Que da a Jerusalén por el este. Y el Monte de los Olivos se partirá en dos, De este a oeste, Formando un valle muy grande; La mitad del monte se desplazará hacia el norte Y la otra mitad hacia el sur. (Zacarías 14:4)

El Señor Jesús vuelve a la tierra para derrotar al diablo, a sus demonios y a cualquiera que sirva al diablo, y establecer un Reino milenario de paz en el que Él es el Rey. Todos los que estamos en la tierra veremos al Señor Jesús venir de las nubes, pero esto no ocurre con el rapto de la Iglesia. Si aún no era obvio, a estas alturas todo el mundo sabe que el Señor Jesús está vivo y tiene todos los poderes.

He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, incluso los que le traspasaron. Y todas las tribus de la tierra se lamentarán por Él. Así sea, Amén. (Apocalipsis 1:7)

El Reino Milenario

El Señor Jesús gobierna en la tierra con Sus seguidores durante el Reino milenario. El diablo es encadenado durante mil años, y los habitantes de la tierra deben obedecer al Señor Jesús. Amanece un tiempo de descanso y paz, y los pueblos no harán la guerra unos contra otros. Jesús proclamará la justicia desde Jerusalén, y todas las naciones deberán rendirle honores. Junto a los pueblos, la tierra experimentará la paz. Los desiertos florecerán como una rosa, y el Señor Jesús resolverá la crisis climática. Sin embargo, este tiempo llega a su fin porque el diablo es liberado después de mil años y engaña a la gente para que haga la guerra contra los santos de Israel. Entonces el Señor Jesús destruirá a los que hacen la guerra, y la era de la tierra habrá terminado.

Entonces vi descender del cielo a un ángel que tenía la llave del abismo y una gran cadena en la mano. Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años; y lo arrojó al abismo, y lo encerró, y le puso un sello, para que no engañase más a las naciones hasta que fuesen cumplidos los mil años. Pero después de estas cosas debe ser liberado por un poco de tiempo. Y vi tronos, y se

sentaron en ellos, y se les encomendó el juicio. Entonces vi las almas de los que habían sido decapitados por su testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, ni habían recibido su marca en la frente ni en la mano. Y vivieron y reinaron con Cristo mil años. (Apocalipsis 20:1-4)

Lo siguiente es el cielo nuevo y la tierra nueva, donde los seguidores de Dios pasarán la eternidad en la presencia de Dios en un lugar hermoso.

Resumen

El tema del fin de los tiempos es vasto y profundo. Sin embargo, espero que este breve capítulo haya proporcionado una comprensión clara y valiosa. Es esencial entender los eventos que aún deben ocurrir antes de que el Reino milenario se haga realidad. Estos incluyen el rapto de la Iglesia, la gran tribulación y el retorno de Cristo.

Después de la Segunda Venida de Cristo, se establecerá un Reino de paz, donde experimentaremos una paz duradera, con el Señor Jesús como Rey físico sobre la Tierra durante mil años.

C20 REINO MILENARIO

En este capítulo, debemos hablar más a fondo del Reino milenario para distinguir este periodo del actual Reino de Dios. El siguiente capítulo también se encuentra en mi libro “Una revelación del final de los tiempos: Por qué el Rapto Pre-Tribulatorio es Bíblico”.

Hay diferentes países en el mundo. Es preferible vivir en un país que en otro. En un país, el gobierno se considera servidor del pueblo; en otro, el pueblo es servidor del gobierno. Doy gracias a Dios por vivir en Holanda, donde puedo practicar mi fe cristiana. Sin embargo, todos los gobiernos tienen aspectos negativos que son impíos e impíos, y parece que empeoran cada año. Por ello, podemos preguntarnos: “¿Habría alguna vez un gobierno que sea bueno, incorruptible y correcto al cien por cien?”. Muchos pensaron que se trataba del anticristo durante la gran tribulación, pero las apariencias resultaron ser falsas: el anticristo era peor que todos los malvados líderes mundiales juntos. Después del anticristo y de la gran tribulación vendrá un reino mundial bueno que no cometerá ni un error. Incluso los animales ya no se atacarán entre sí. El Rey de este reino ya ha estado antes en la Tierra, y demostró que amaba mucho a la gente. Las amaba tanto que murió por ellas en la cruz. Este Rey no permaneció muerto, sino que resucitó. Con el tiempo, regresará y establecerá el Reino Milenario. Ese Rey es el Señor Jesucristo.

En este capítulo examinaremos los puntos principales del Reino milenario. Muchos textos bíblicos del Antiguo y del Nuevo Testamento se refieren a esta época, y combinaremos los textos para crear una imagen del reinado del Señor Jesús en la tierra y del efecto que tendrá sobre el planeta y sus habitantes. El Reino de Paz tiene lugar después de la gran tribulación y es un Reino literal en la tierra. Observamos en los numerosos textos que el Reino milenario no es una representación simbólica y espiritual que haya ocurrido o esté ocurriendo hoy. El Reino de Dios actual y el Reino milenario tienen diferencias evidentes.

Jesús reina en la Tierra

Como leemos, el Señor Jesús reinará en la tierra. Por fin reinará un Rey de verdad. Hoy, el Señor Jesús está exaltado sobre todo poder y fuerza (Colosenses 2:10), y durante el Reino de Paz, Jesús será un Rey físico en la tierra y morará con Su pueblo en la tierra. En los textos siguientes se asocia al Señor Jesús con el rey David. Esto se debe a que Dios prometió al rey David que su reino perduraría para siempre y que un des-

endiente suyo se sentaría siempre en su trono (2 Samuel 7:16). El Señor Jesús es descendiente de David. Por tanto, Él puede sentarse en el trono de David y gobernar a Israel y a todas las naciones gentiles para siempre.

Y he aquí que concebirás en tu seno y darás a luz un Hijo, y llamarás su nombre Jesús. Será grande y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre. Y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y Su Reino no tendrá fin. (Lucas 1:31-33)

Y en aquel día habrá una Raíz de Jesé (Jesucristo), Que se erigirá como estandarte para el pueblo; Porque le buscarán los gentiles, Y su lugar de reposo será glorioso. (Isaías 11:10)

¡Canta y alégrate, hija de Sión! Porque he aquí que vengo y habitaré en medio de ti”, dice el Señor. Muchas naciones se unirán al Señor en aquel día, y llegarán a ser Mi pueblo. Y habitaré en medio de vosotros. Entonces sabréis que el Señor de los ejércitos Me ha enviado a vosotros. (Zacarías 2:10-11)

Porque es necesario que Él reine hasta que haya puesto a todos los enemigos bajo Sus pies (1 Corintios 15:25)

He aquí que vienen días -dice el Señor- en que levantaré a David un Renuevo de justicia; Un Rey reinará y prosperará, Y hará juicio y justicia en la tierra. (Jeremías 23:5)

(...) sino que servirán al Señor, su Dios, y a David, su rey, que yo les suscitaré. (Jeremías 30:9)

Después los hijos de Israel volverán y buscarán al Señor, su Dios, y a David, su rey; y vendrán temblando al Señor y a su bondad y bendición en los últimos días. (Oseas 3:5)

Hoy, Jesús es Rey de Su propio Reino, el Reino de Dios. Todo cristiano nacido de nuevo forma parte de este Reino y ha aceptado a Jesús como Rey sobre su vida. En el futuro, Jesús se convertirá en Rey de la tierra y regresará físicamente a la tierra para sentarse en Su trono.

Sus seguidores reinan con Jesús en la Tierra

El Señor Jesús no es el único que reina durante el Reino milenario. Sus seguidores también podrán reinan con Él. Me cuesta imaginar que se me permita ayudar al Señor Jesús durante el Reino Milenario, pero la Biblia contiene muchos textos que hablan de ello. ¡Tenemos un Dios grande y misericordioso! Los seguidores de Jesús son resucitados, lo que les permite reinan con Él. Pablo escribió lo siguiente sobre la resurrección de los cristianos en el libro de 1 Corintios:

Porque, así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su orden: Cristo las primicias, después los que son de Cristo en su venida. (1 Corintios 15:22-23)

¿Cuándo resucitarán de entre los muertos los que están en Cristo? En la venida de Cristo, o lo que es lo mismo, ¡durante el rapto de la Iglesia! Los que han llegado a la fe durante la gran tribulación revivirán después de la gran tribulación. Juntos, podremos reinan con Jesús. Los siguientes textos hablan de nuestra realeza con Cristo.

Y vi tronos, y se sentaron en ellos, y se les encomendó el juicio. Entonces vi las almas de los que habían sido decapitados por su testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, ni habían recibido su marca en la frente ni en la mano. Y vivieron y reinaron con Cristo mil años. (Apocalipsis 20:4)

¿No sabéis que los santos juzgarán al mundo? Y si el mundo será juzgado por vosotros, ¿sois indignos de juzgar los asuntos más insignificantes? (1 Corintios 6:2)

¡Ya estás lleno! ¡Ya sois ricos! Habéis reinado como reyes sin nosotros... y en verdad desearía que reinaseis, para que nosotros también reinásemos con vosotros. (1 Corintios 4:8)

En el texto bíblico anterior, Pablo expresó su crítica a la iglesia de Corinto. Actuaban como si todo estuviera consumado y hubieran llegado a lo más alto. Pablo dijo irónicamente: “Ya os habéis convertido en reyes sin nosotros”. Luego Pablo dijo: “Si hubierais llegado a reyes, nosotros también lo seríamos”. Pablo no dijo: “No podéis convertirlos en reyes en absoluto”. Pablo dijo: “Si así fuera, nosotros también lo seríamos”. Este acontecimiento tiene lugar en el Reino Milenario.

Si resistimos, también reinaremos con Él. Si le negamos, Él también nos negará. (2 Timoteo 2:12)

Pero los santos del Altísimo recibirán el Reino y poseerán el Reino para siempre, por los siglos de los siglos. (Daniel 7:18)

Entonces el Reino y el dominio, Y la grandeza de los Reinos bajo todo el cielo, Serán dados al pueblo, a los santos del Altísimo. Su Reino es un Reino eterno, Y todos los dominios le servirán y obedecerán. (Daniel 7:27)

Los doce discípulos del Señor Jesús reinan sobre las doce tribus de Israel. Ésta es su recompensa por seguir al Señor Jesús y proclamar Su Palabra al pueblo. Casi todos los discípulos son mártires, lo que significa que fueron brutalmente asesinados a causa de su fe en Jesús. Sin embargo, vivirán y dirigirán al pueblo de Israel durante el Reino Milenario.

Respondiendo Pedro, le dijo Mira, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido. ¿Qué tendremos, pues? Entonces Jesús les dijo De cierto os digo que, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido os sentaréis también en doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel. (Mateo 19:27-28)

Hoy, en el Reino de Dios, podemos gobernar sobre el pecado y reinar sobre los poderes de las tinieblas. Porque Dios nos ha dado autoridad. Al mismo tiempo, la mayoría de los cristianos no son gobernantes de pueblos, ciudades o países. Jesús nos proporcionará una región en la que podremos gobernar en el Reino milenario. No sé exactamente cómo será, ¡pero ya estoy deseando que llegue ese momento!

El Diablo es Encarcelado durante Mil Años

El diablo despista y engaña constantemente a la gente. El diablo incluso intentó engañar al Señor Jesús en el desierto, pero fracasó (Mateo 4:1-11). El diablo quiere atraer a todo el mundo a su trampa e intenta destruir al mayor número posible de personas.

Sed sobrios, velad; porque vuestro adversario el diablo anda como león rugiente, buscando a quien devorar. (1 Pedro 5:8)

Durante el Reino milenario, el hombre, por primera vez, no tiene problemas con el engaño y las mentiras del diablo, pues éste es encarcelado durante mil años.

Entonces vi descender del cielo a un ángel que tenía la llave del abismo y una gran cadena en la mano. Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años; y lo arrojó al abismo, y lo encerró, y le puso un sello, para que no engañase más a las naciones hasta que fuesen cumplidos los mil años. Pero después de estas cosas debe ser liberado por un poco de tiempo. (Apocalipsis 20:1-3)

Finalmente, el hombre encuentra la paz y el diablo ya no le engaña. ¿Significa esto que el hombre no hará cosas malas en el Reino Milenario?

El Señor es justo en medio de ella, No hará injusticia. Cada mañana saca a la luz Su justicia; Él nunca falla, Pero el injusto no conoce la vergüenza. (Sofonías 3:5)

Temprano destruiré a todos los malvados de la tierra, Para cortar de la ciudad del Señor a todos los malhechores. (Salmo 101:8)

Ya no vivirá más que unos días el niño de allí, Ni el anciano que no haya cumplido sus días; Porque el niño morirá de cien años, Pero el pecador de cien años será maldito. (Isaías 65:20)

Por desgracia, la gente sigue pecando durante el Reino de Paz. Muchos no están dispuestos a obedecer a Dios. Hoy dicen: “No tenemos conocimiento de Dios, así que no es justo”, pero durante el Reino milenario queda claro que muchas personas no están dispuestas a servir a Dios aunque Él se revele a todos. Dios da a cada persona una elección, y todos pueden elegir si quieren pasar la eternidad con Dios o vivir recluidos en el Hades. ¿Esta desobediencia afecta sólo a individuos o a toda una nación? Por desgracia, afecta a muchas personas y naciones. Discutiremos esto brevemente dentro de un momento. A continuación, hay un texto bíblico que habla del castigo de todo un país:

Y sucederá que cualquiera de las familias de la tierra que no suba a Jerusalén para adorar al Rey, el Señor de los ejércitos, sobre ella no

habrá lluvia. Si la familia de Egipto no sube y no entra, no tendrá lluvia; recibirá la plaga con que el Señor golpea a las naciones que no suben a celebrar la Fiesta de los Tabernáculos. Este será el castigo de Egipto y el castigo de todas las naciones que no suban a celebrar la Fiesta de los Tabernáculos. (Zacarías 14:17-19)

Hoy vivimos en el Reino de Dios y hemos pasado del poder de las tinieblas al Reino de Dios. Esto significa que ya no vivimos en el poder del diablo, pero aún es posible que el diablo nos tienta. Hoy debemos resistir al diablo, pero en el Reino Milenario, el diablo será encarcelado y no podrá hacer nada.

Por tanto, sométete a Dios. Resistid al diablo y huirá de vosotros. (Santiago 4:7)

La gente vive en la Tierra

En el Reino Milenario, la gente vive en la Tierra. No me refiero a cristianos renacidos resucitados; me refiero a gente corriente como la que vemos hoy. Sólo que esta gente corriente tendrá más bendiciones que hoy, y nadie dudará de que Jesucristo existe, puesto que habita en la tierra. He aquí una visión general de las circunstancias de las personas en la tierra.

1. Vivirán los mil años enteros. El proceso de envejecimiento se ralentiza, por lo que un centenario es considerado un joven.

Ya no vivirá más que unos días el niño de allí, Ni el anciano que no haya cumplido sus días; Porque el niño morirá de cien años, (...) Porque como los días de un árbol, así serán los días de Mi pueblo (...). (Isaías 65:20-22)

2. La gente obedecerá al Señor Jesús. Los textos que siguen ilustran que esto sólo a veces produce alegría. Algunos se acercan a Él con miedo y se asustarán. Sin embargo, le escuchan y le obedecen.

Lamerán el polvo como una serpiente; Se arrastrarán desde sus madrigueras como serpientes de la tierra. Tendrán miedo del Señor, nuestro Dios, Y temerán a causa de Ti. (Miqueas 7:17)

Me has librado de las contiendas de los pueblos; Me has hecho cabeza de las naciones; Un pueblo que no conocía me servirá. En cuanto oyen hablar de mí me obedecen; Los extranjeros se someten a mí. Los extranjeros se desvanecen, Y salen espantados de sus escondrijos. (Salmo 18:43-45)

En primer lugar, el Salmo anterior hablaba de la realeza de David. Este Salmo ocurrió históricamente. Al mismo tiempo, la Biblia suele funcionar proféticamente, lo que significa que algunos textos del Antiguo Testamento han tenido lugar históricamente y tendrán lugar en el futuro (Hebreos 8:5). Muchas historias y profecías se cumplieron con la primera venida del Señor Jesús, y este Salmo apunta a la segunda venida, durante el Reino Milenario. Las naciones gentiles obedecerán al Señor Jesús, aunque finjan (simulen) someterse a Él. En otras palabras, fingen.

Di a Dios: ¡Cuán asombrosas son Tus obras! Por la grandeza de Tu poder Tus enemigos se someterán a Ti. (Salmo 66:3)

3. La gente viene a Jerusalén para recibir instrucción en la Palabra de Dios y celebrar. Afortunadamente, en el Reino de la Paz también vive gente que desea obedecer debidamente al Señor Jesús, aprender cosas sobre Él y ver Su gloria.

Vendrán muchos pueblos y dirán: Venid, y subamos al monte del Señor, A la casa del Dios de Jacob; Él nos enseñará Sus caminos, Y caminaremos por Sus sendas. Porque de Sión saldrá la ley, Y de Jerusalén la palabra del Señor. (Isaías 2:3)

Y sucederá que todos los que queden de todas las naciones que vinieron contra Jerusalén subirán de año en año a adorar al Rey, el Señor de los ejércitos, y a celebrar la Fiesta de los Tabernáculos. (Zacarías 14:16)

Levántate, resplandece; ¡porque ha llegado tu luz! Y la gloria del Señor ha resucitado sobre ti. Porque he aquí que las tinieblas cubrirán la tierra, Y las profundas tinieblas a los pueblos; Pero el Señor se levantará sobre ti, Y su gloria será vista sobre ti. Los gentiles vendrán a tu luz, Y los reyes al resplandor de tu nacimiento. (Isaías 60:1-3)

No harán daño ni destruirán en todo mi santo monte, porque la tierra estará llena del conocimiento del Señor como las aguas cubren el mar. (Isaías 11:9)

4. La gente se abstendrá de las armas y las guerras. Habrá mil años de paz en el Reino Milenario. Hoy vemos muchas armas, guerras y terrorismo a nuestro alrededor, con mucho dolor y tristeza. Qué esperanzadoras suenan las palabras de que no habrá más guerras y las naciones no conocerán más armas.

Juzgará entre las naciones, Y reprenderá a muchos pueblos; Convertirán sus espadas en rejas de arado, Y sus lanzas en podaderas; No alzará espada nación contra nación, Ni se adiestrarán más para la guerra. (Isaías 2:4)

‘(...) Y aboliré el arco y la espada y [desterraré] la guerra de la tierra. Y haré que se acuesten seguros’. (Oseas 2:18 AMP)

5. Desaparece la idolatría en la tierra. La gente ya no clama por sus ídolos (incluido Baal), sino por el Dios verdadero.

Por tanto, con esto quedará cubierta la iniquidad de Jacob; Y éste es todo el fruto de quitar su pecado: Cuando haga todas las pedras del altar como pedras de cal convertidas en polvo, las imágenes de madera y los altares de incienso no se mantendrán en pie. (Isaías 27:9)

Sucedrá en aquel día”, dice el Señor, “que me llamaréis Ishi (mi esposo) y ya no me llamaréis Baali”, pues quitaré de su boca los nombres de los Baales, para que ya no sean mencionados ni recordados por sus nombres. (Oseas 2:16-17 AMP)

Los pueblos de la tierra invocarán al Dios verdadero, al Dios de Israel, y Dios responderá a sus gritos.

Sucedrá que antes de que clamen, yo responderé; y mientras aún estén hablando, yo oiré. (Isaías 65:24)

6. Durante la gran tribulación, se recordará a la gente que va a Jerusalén los juicios de Dios. Dios actúa con fiestas y memoriales para que el

hombre no olvide lo que Él ha hecho. Esto también ocurre en el Reino milenario.

Y saldrán y mirarán Sobre los cadáveres de los hombres Que han prevaricado contra Mí. Porque su gusano no muere, Y su fuego no se apaga. Serán un aborrecimiento para toda carne. (Isaías 66:24)

7. En el Reino de la Paz, la tristeza permanece. Aunque las personas vivan mil años y todo se haya restaurado en la Tierra, siguen ocurriendo cosas tristes. Por ejemplo, piensa en los recuerdos de la gran tribulación y en los terribles momentos que vivieron sus habitantes. Dios promete que Él será Quien enjague las lágrimas de todos los rostros. Sé que no hay nadie que pueda consolar a la gente mejor que Dios.

Tragará la muerte para siempre, Y el Señor Dios enjugará las lágrimas de todos los rostros; La reprensión de su pueblo quitará de toda la tierra; Porque el Señor ha hablado. (Isaías 25:8)

8. Pero los impíos y los que no creen en el Señor Jesús permanecen muertos y no aparecen en el Reino Milenario. Esperan el gran trono blanco después del Reino Milenario.

Pero el resto de los muertos no volvieron a vivir hasta que terminaron los mil años. Ésta es la primera resurrección. (Apocalipsis 20:5)

Después del Reino Milenario, se levantarán para ser juzgados según sus obras (Apocalipsis 20:12). Será un castigo espantoso, y nadie escapará a él. Sólo los que estén inscritos en el Libro de la Vida, los seguidores de Jesús, escaparán al castigo.

No os maravilléis de esto, porque llega la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz y saldrán: los que hicieron el bien, a la resurrección de vida; y los que hicieron el mal, a la resurrección de condenación. (Juan 5:28-29)

Israel y Jerusalén son restaurados

Dios eligió a Israel para que se convirtiera en Su nación, y en la bendición de Israel serán bendecidos todos los demás países (Génesis 12:1-3). Esa bendición existe hoy, pero es especialmente evidente en el Reino Milenario. Es absolutamente esencial bendecir al pueblo de Israel y orar

por la paz de Jerusalén. Durante la primera venida de Jesús, Él se lamentó por Jerusalén. Odiaba que Jerusalén fuera destruida (lo que ya ocurrió en el pasado, Lucas 19:41-44). Sin embargo, Jerusalén será restaurada, y Jerusalén se convertirá en la capital del mundo. A Israel y a Jerusalén les sucederán los siguientes puntos:

1. Jerusalén será reconstruida. En la actualidad, Jerusalén es una hermosa ciudad que atrae a muchos turistas. Jerusalén brillará aún más durante el Reino Milenario, e Isaías la compara con el Edén y el jardín de Yahveh. Jerusalén está muy bien restaurada hoy, pero será magnífica. Las profecías que siguen ya se han cumplido parcialmente, pero lo mejor está aún por llegar.

Porque el Señor consolará a Sión, consolará todos sus yermos; hará de su desierto como el Edén, y de su soledad como el jardín del Señor; se hallará en ella gozo y alegría, acción de gracias y voz de melodía. (Isaías 51:3)

Porque Dios salvará a Sión Y edificará las ciudades de Judá, Para que habiten en ella y la posean. (Salmo 69:35)

El Señor edifica Jerusalén; reúne a los desterrados de Israel. (Salmo 147:2)

2. El dolor y la vergüenza serán quitados a Israel. Por ejemplo, se le quitará a Israel la vergüenza de rechazar al Mesías. Dios les quitará esa vergüenza y morará con ellos en Israel. Israel será un lugar de gloria y alegría eternas.

Tragará la muerte para siempre, Y el Señor Dios enjugará las lágrimas de todos los rostros; La reprensión de su pueblo quitará de toda la tierra; Porque el Señor ha hablado. (Isaías 25:8)

(...) una luz para llevar la revelación a los gentiles, Y la gloria de Tu pueblo Israel. (Lucas 2:32)

Mientras que tú has sido abandonada y odiada, Para que nadie pasara por ti, Yo haré de ti una excelencia eterna, Un gozo de muchas generaciones. (Isaías 60:15)

3. Israel y Jerusalén se convertirán en el centro de la Tierra, y Jerusalén será la capital del mundo.

Sucedará en los últimos días que el monte de la casa del Señor se afirmará en la cima de los montes, y será exaltado sobre las colinas; y los pueblos afluirán a él. Vendrán muchas naciones y dirán: “Venid y subamos al monte del Señor, A la casa del Dios de Jacob; (...) Porque de Sión saldrá la ley, Y de Jerusalén la palabra del Señor. Él juzgará entre muchos pueblos, Y reprenderá a las naciones fuertes que están lejos. (...) Así reinará el Señor sobre ellos en el monte de Sión Desde ahora y para siempre. (Miqueas 4:1-7)

Los hijos de los extranjeros edificarán tus murallas, Y sus reyes te servirán; Porque con mi ira te herí, Pero con mi favor he tenido misericordia de ti. Por tanto, tus puertas estarán abiertas continuamente; No se cerrarán ni de día ni de noche, Para que los hombres traigan a ti las riquezas de los gentiles, Y sus reyes en procesión. Porque la nación y el Reino que no te sirvan perecerán, Y esas naciones serán totalmente arruinadas. (Isaías 60:10-12)

4. Se reconstruye el templo. El Señor Jesús vuelve a la tierra y vive con Su pueblo. Esto significa que, humanamente hablando, el Señor Jesús necesita un hogar. En el Antiguo Testamento, Dios habitaba en el tabernáculo y más tarde en el templo. Desde el Día de Pentecostés, Dios, en la forma del Espíritu Santo, habitó en el hombre, etiquetando al hombre como templo del Espíritu Santo (1 Corintios 6:19). El templo de Jerusalén será reconstruido en el Reino de paz. Durante la gran tribulación, habrá otro templo en Jerusalén.

Entonces háblale diciendo: Así ha dicho el Señor de los ejércitos: ¡He aquí el Hombre cuyo nombre es el RAMA! De su lugar se ramificará, Y edificará el templo del Señor; Sí, edificará el templo del Señor. Él llevará la gloria, Y se sentará y gobernará en Su trono; Y será sacerdote en Su trono, Y el consejo de paz estará entre ambos. (Zacarías 6:12-13)

Además, haré con ellos un pacto de paz, y será un pacto eterno con ellos; los estableceré y los multiplicaré, y pondré Mi santuario en medio de ellos para siempre. Mi tabernáculo estará también con ellos;

ciertamente Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. También las naciones sabrán que Yo, el Señor, santifico a Israel, cuando Mi santuario esté en medio de ellos para siempre. (Ezequiel 37:26-28)

El Arca de la Alianza, sobre la que descansaba la gloria de Dios en el Antiguo Testamento, ya no estará allí. La gente ni siquiera piensa en el arca porque el Señor Jesús vive físicamente con ellos, y el arca ya no es necesaria.

Y sucederá que cuando os multipliquéis y crezcáis en la tierra en aquellos días, dice el Señor, no dirán más: El arca de la alianza del Señor. No vendrá a la memoria, ni se acordarán de ella, ni la visitarán, ni se hará más. En aquel tiempo Jerusalén será llamada El Trono del Señor, y todas las naciones se congregarán en ella, en el nombre del Señor, en Jerusalén. Ya no seguirán los dictados de sus corazones perversos. (Jeremías 3:16-17)

Además, se reanudarán los servicios del templo y los sacrificios de los que habla el profeta Ezequiel. Para comprender cómo será el templo y qué ocurrirá en él, lee los capítulos 40 a 48 de Ezequiel. Por un lado, es extraño que se reanuden los sacrificios, ya que el Señor Jesús ha reconciliado de una vez por todas con Su sangre al hombre con Dios. Por otra parte, a Dios le gusta trabajar con objetos conmemorativos y fiestas para que el templo, con sus servicios de sacrificios, sea un momento en el que la gente recuerde lo que hizo el Señor Jesús. Del mismo modo que los israelitas hacían esto para saber que el Mesías traería un día la reconciliación, lo harán en el Reino Milenario al recordar que el Mesías ha venido a traer la reconciliación.

Por último, hay una referencia a un templo celestial. Este templo está actualmente en el cielo, con un altar y un trono. Cuando Moisés hizo el Tabernáculo, lo hizo porque vio una imagen del templo/tabernáculo celestial. Sin entrar en más detalles, este templo/tabernáculo celestial habla del Señor Jesús y es una imagen del Señor Jesús. Del mismo modo, el templo durante el Reino Milenario probablemente hablará del Señor Jesús y será una imagen de Él.

5. Israel vive para siempre en su tierra. Debido a la paz mundial, nadie atacará a Israel y los judíos vivirán seguros en su tierra.

También tu pueblo será todo él justo; heredará la tierra para siempre, el renuevo de mi plantación, la obra de mis manos, para que yo sea glorificado. (Isaías 60:21)

La Tierra es Restaurada

Hoy vivimos en un mundo caído. Lo reconocemos por la gente que hace cosas terribles. Considera, por ejemplo, todas las guerras, tiroteos, palizas, corrupción y engaño. A causa del pecado de Adán y Eva, no sólo cayeron los humanos, sino también toda la creación. Los animales atacan a otros animales y a los humanos; algunos animales son venenosos, por lo que una mordedura causa malestar físico o la muerte. La creación también se restaura durante el Reino Milenario, y el mundo animal ya no se ataca entre sí.

También el lobo morará con el cordero, El leopardo se echará con el cabrito, El ternero y el león y la bestia doméstica juntos; Y un niño pequeño los guiará. La vaca y la osa pacerán; Sus crías se echarán juntas; Y el león comerá paja como el buey. El niño de pecho jugará junto a la madriguera de la cobra, Y el niño destetado meterá la mano en la guarida de la víbora (Isaías 11:6-8)

El lobo y el cordero pacerán juntos, El león comerá paja como el buey, Y el polvo será el alimento de la serpiente. No harán daño ni destruirán en todo mi monte santo, dice el Señor. (Isaías 65:25)

Más allá del mundo animal, Dios está resolviendo nuestra crisis climática. Más recientemente, el hombre se ha dado cuenta de que debe cuidar bien del clima. Como resultado, las fuentes de energía son cada vez más sostenibles, y vemos cada vez más paneles solares y molinos de viento. Tomar conciencia del medio ambiente y adecuarse a la naturaleza no es malo, pero el hombre por sí solo no resolverá la crisis climática. Afortunadamente, Dios la resolverá por nosotros durante el Reino Milenario, cuando restaure la Tierra.

El desierto y el erial se alegrarán por ellos, Y la soledad se regocijará y florecerá como la rosa. (Isaías 35:1)

Abriré ríos en las alturas desoladas, Y fuentes en medio de los valles; Haré del desierto un estanque de aguas, Y de la tierra seca manantiales de aguas. Plantaré en el desierto el cedro y la acacia, el mirto y el árbol

del aceite; pondré en el desierto el ciprés y el pino Y el boj juntos, Para que vean y sepan, Y consideren y comprendan juntos, Que la mano del Señor ha hecho esto, Y el Santo de Israel lo ha creado. (Isaías 41:18-20)

Porque el Señor consolará a Sión, consolará todas sus soledades; hará de su desierto como el Edén, y de su soledad como el jardín del Señor; se hallará en ella alegría y gozo, acción de gracias y voz de melodía. (Isaías 51:3)

El fin del Reino Milenario

Los textos anteriores son hermosos, y se podría argumentar que las cosas no podrían ser más bellas. Sin embargo, el Reino milenario se acaba porque Dios lo ordena. ¡Que no cunda el pánico! ¡A cambio vendrá algo más hermoso! Sólo sucederán algunas cosas esenciales antes de que llegue el nuevo.

1. El diablo es encarcelado durante mil años antes del Reino Milenario. Dios decide que será liberado de su cautiverio poco después del Reino milenario. El diablo hace inmediatamente lo que mejor sabe hacer: empieza a engañar a la gente.

Cuando hayan transcurrido los mil años, Satanás será liberado de su prisión y saldrá para engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de reunirlos para la batalla, cuyo número es como la arena del mar. (Apocalipsis 20:7-8)

El diablo logrará engañar a una multitud incontable de personas, comparable a la arena del mar. Es desgarrador y triste observar cómo el ser humano puede ser tan fácilmente seducido por el engaño. A pesar de haber vivido mil años en la presencia de Dios, muchos se dejarán arrastrar por el diablo para levantarse en guerra. Sorprendentemente, la mayoría no habrá conocido la guerra ni las armas, ya que durante ese tiempo habrá reinado la paz.

Pero, ¿por qué permite Dios que el diablo sea liberado, sabiendo las consecuencias? Durante el Reino Milenario, algunas personas escucharon a Dios y al Señor Jesús, pero su fe y sumisión no eran genuinas. No querían obedecer verdaderamente a Dios. Sin embargo, Dios desea dar a todos la libertad de elegir: “¿Me elegirás a Mí?”. Incluso en el Reino Milenario, las personas tendrán que tomar esta decisión.

Esta misma elección estuvo presente al principio de la creación, cuando Adán y Eva eligieron escuchar al diablo en lugar de a Dios. Uno pensaría que, después de siglos de historia y de experimentar la vida bajo el cuidado de Dios, la humanidad habría aprendido algo. Pero, lamentablemente, muchos seguirán escogiendo al diablo y se alzarán en guerra contra el Creador.

2. Se acerca una guerra final, durante la cual mucha gente luchará contra Dios, el Señor Jesús y Sus santos. La gente del punto anterior está engañada y cree que puede derrotar a Dios. Vamos a leer lo que ocurrirá. ¿Será una lucha reñida?

Subieron a lo ancho de la tierra y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada. Y descendió fuego del cielo, de Dios, y los devoró. (Apocalipsis 20:9)

¡No! El fuego de Dios cae sobre la tierra y los devora. Dios es muchas veces más poderoso que los hombres y que el diablo. Dios ha vencido, y cada hombre ha tomado su propia decisión: vivir con Dios o sin Dios.

3. El diablo recibe su castigo eterno, que es el lago de fuego y azufre. No sé cómo imaginar el infierno. La Biblia menciona un tormento continuo, día y noche, y un fuego que nunca se apagará (Marcos 9:43-44). No será un lugar agradable en el que estar, y mucho menos un destino eterno para el diablo y sus seguidores.

Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos. (Apocalipsis 20:10)

4. Viene un juicio final antes de que aparezcan los cielos nuevos y la tierra nueva. Los seguidores de Jesús no están sujetos a este juicio. Este juicio sólo concierne a los muertos, es decir, a los que han permanecido espiritualmente muertos y no creen en Dios ni en Su Hijo. Recibirán un juicio justo del Señor Jesús, y nadie se ganará la absolución por sus actos. Todos los que comparezcan ante este juicio perecerán, y no habrá vuelta atrás. Antes de que pase el juicio, la tierra y el cielo huirán y ya no existirán.

Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego. (Apocalipsis 20:11-15)

Todo muerto es juzgado y arrojado al lago de fuego. Éste es el mismo lugar al que es arrojado el diablo con sus secuaces y es una morada eterna. Los únicos que escapan a esto son los que están inscritos en el Libro de la Vida. Éstos son los seguidores de Jesús. Gracias al sacrificio de Jesús, no serán arrojados al lago de fuego, sino que participarán en el cielo nuevo y la tierra nueva.

Resumen

El Reino Milenario será un reino físico establecido en la Tierra, donde el Señor Jesús reinará con sus seguidores. Durante este período, el diablo estará encarcelado, incapaz de engañar a la humanidad. Las personas que vivan en este Reino disfrutarán de una vida plena y bendecida, con una longevidad extraordinaria, llegando a vivir hasta mil años, y experimentarán un tiempo de paz absoluta, sin guerras ni conflictos.

La creación también será transformada: la naturaleza será restaurada y los animales vivirán en armonía. Israel y Jerusalén se convertirán en el corazón del mundo, desempeñando un papel central en este reino de justicia y paz.

Sin embargo, al final del Reino Milenario, Dios permitirá la liberación del diablo, quien una vez más engañará a muchos. Estas personas, seducidas por sus mentiras, se levantarán en batalla contra Dios. Pero su rebelión será efímera, ya que Dios los destruirá con fuego.

En ese momento, los incrédulos serán juzgados y arrojados al infierno, mientras que los creyentes serán llevados a vivir en la eternidad con Dios, disfrutando de su presencia para siempre.

UN SEGUIDOR DE JESÚS

Ahora que hemos tratado todos estos temas y las bendiciones de Dios, sólo nos queda una pregunta. ¿Quieres convertirte en seguidor de Jesús para llegar a ser un hijo o hija bendito de Dios? Puede que ya hayas tomado esta decisión. Si es así, espero que este libro haya sido una revelación para ti. Puede que aún necesites hacer una elección. Has de saber que todo el mundo puede y puede venir a Jesús. No importa lo que hayas hecho mal: Jesús quiere que te conviertas en hijo de Dios, pero ¿cómo te conviertes en hijo de Dios?

El Evangelio de Dios

La Biblia se refiere al Evangelio de Dios. Evangelio significa buenas noticias, pero ¿por qué son buenas noticias? ¿Y estas buenas noticias siguen a las malas noticias?

Malas noticias

La Biblia dice que todo el mundo ha pecado. Esto implica que todo el mundo ha actuado de forma traviesa e incorrecta. Esto podría incluir a un asesino en masa que cometió un atentado, pero también a alguien que robó caramelos del armario de la abuela o mintió a su mujer. Todo el mundo ha pecado y, por tanto, nadie puede acercarse a Dios por sus propias fuerzas (Romanos 3:23).

La Biblia nos enseña que Adán y Eva, los dos primeros seres humanos, caminaron con Dios. Era perfecto, y tenían una hermosa relación con Dios. Pero Adán y Eva decidieron hacer el mal. No escucharon a Dios, por lo que Adán y Eva ya no pudieron caminar con Dios. Dios es tan bueno y santo que cualquier cosa que se le acerque que no sea buena y santa cae muerta inmediatamente. En otras palabras, a Adán y Eva les resultó imposible caminar con Dios, por lo que a nosotros también nos resulta imposible caminar con Dios.

Por último, el pecado tiene consecuencias importantes. El pecado debe ser condenado porque, de lo contrario, no hay justicia. Hoy en día, vemos injusticias por todas partes. Asesinos, ladrones, violadores y estafadores comparecen ante el juez, y el juez decide el castigo que deben soportar. Así, después de la muerte, todos comparecen ante el Juez Divino. Jesús condena el pecado, y puesto que Jesús y Dios Padre son buenos y santos, todo pecado está sujeto a un castigo eterno lleno de dolor y tristeza (Romanos 6:23 y Apocalipsis 20:11-15).

Buenas noticias

Sin embargo, la historia no termina con la frase anterior, porque Dios mismo (el Señor Jesús) ha proporcionado una solución justa mediante la cual se paga la pena del pecado y las personas tienen un futuro esperanzador. En otras palabras, Jesús es simultáneamente un Juez justo y misericordioso.

Jesús hizo lo siguiente: Dejó a un lado Su divinidad y entró en el mundo como hombre (Filipenses 2:6-7). En el mundo, el Señor Jesús lo hizo todo bien: no pecó (Hebreos 4:15). Esto significa que el Señor Jesús no merece castigo y puede “caminar simplemente” con Dios Padre, como hicieron Adán y Eva en el jardín. Pero el Señor Jesús consideró al hombre y decidió cargar con la pena del pecado por todos los hombres, para que el hombre ya no tuviera que hacerlo por sí mismo. El Señor Jesús se hizo crucificar y murió en la cruz. En ese momento, el Señor Jesús cargó con la pena del pecado (Efesios 1:7-8). Después, el Señor Jesús resucitó de entre los muertos y se le dio el control sobre quién sería juzgado y quién caminaría con Dios. En otras palabras, las personas ya no tienen que sufrir el castigo eterno, sino que pueden caminar con Dios.

Tú eliges

Dios da al hombre la opción de utilizar el pago del Señor Jesús. Cualquiera que crea que el Señor Jesús es el Hijo de Dios y confíe en la obra del Señor Jesús no tiene que soportar la pena del pecado (Romanos 3:23-27). Sin embargo, quien no cree en el Señor Jesús ya está condenado (Juan 3:18). Dios no quiere que nadie se condene, sino que todos caminen con Él. Dios dice: “¡Ven!” (2 Pedro 3:9 y Apocalipsis 22:17.)

Quiero seguir a Jesús

La Biblia dice: “Si tu boca confiesa que Jesús es el Señor y tu corazón cree que Dios le resucitó de entre los muertos, te salvarás” (Romanos 10: 9). Es útil orar a Dios con fe, y quiero ayudarte con un sencillo ejemplo de oración que puedes decir en voz alta:

Padre que estás en los cielos,

He cometido errores y he pecado contra Ti. Soy incapaz de acudir a Ti con mis propias fuerzas. Creo y confío en la obra del Señor Jesús, y creo que Jesús es el Hijo de Dios. ¿Me perdonarás todas mis faltas y pecados? ¿Vendrás a vivir en mí y me ayudarás a llevar una buena

*vida? Señor Jesús, enséñame a seguirte y obedecerte, y ¡gracias por permitirme convertirme en hijo del Dios Altísimo!
En el nombre de Jesús, Amén.*

Si has orado esto con un corazón fiel, ¡ya te has convertido en hijo de Dios! Conocer mejor a Dios y creer en el Señor Jesús es esencial. Esto se consigue principalmente leyendo la Palabra de Dios, porque es ahí donde las historias y los textos describen a Dios y muestran lo que Dios hace. Además, adoramos a un Dios vivo, lo que significa que Dios quiere hablarnos. Esto lo haces en tu tiempo de silencio. Además, encuentra una iglesia cerca de ti y busca cristianos. Pueden ayudarte con tus preguntas sobre Dios y la Biblia. Además, debemos saber que un seguidor de Jesús siempre está creciendo. Si has orado la oración de muestra, habrás comenzado tu hermoso camino con Dios aquí en la tierra. Además, es esencial que te bautices.

LIVING GOSPEL

En este capítulo, quiero hablarte de mí y de Living Gospel.

¿Quién soy?

Me llamo Timo Groot y crecí en el seno de una familia cristiana. Desde niño asistí a diversas iglesias evangélicas, donde fui testigo de sermones inspiradores, testimonios transformadores y una hermosa comunión con mis queridos hermanos y hermanas en la fe. Sin embargo, lo más maravilloso es cómo Dios se manifiesta en las iglesias y actúa a través de los mensajes, las experiencias compartidas y las relaciones personales. A lo largo de mi vida, he experimentado la presencia de Dios de formas profundas y transformadoras.

Actualmente, trabajo de manera independiente en este ministerio y en la escritura de libros. Desde los ocho años, sentí la guía del Espíritu Santo para estudiar la Biblia, y ese mismo año la leí completa por primera vez. Con el tiempo, he leído la Biblia varias veces más, y cada lectura ha profundizado mi amor por Dios y Su Palabra. Mi mayor deseo es compartir este amor con quienes estén dispuestos a escucharlo.

Algunos que leen mis libros suponen que soy una persona mayor, con décadas de experiencia a mis espaldas. Sin embargo, nací en 1999 y aún tengo toda una vida por delante para servir al Señor. Todo lo que hago en este ministerio es voluntario, complementado por un trabajo a tiempo parcial. Mi anhelo es dedicarme por completo a la construcción del Reino de Dios, y creo firmemente que ese momento se acerca. Mi mayor sueño es ver un mundo transformado por el conocimiento y el poder de Dios, donde las personas descubran que necesitan a Jesús, incluso si aún no lo saben.

Con el poder de Dios, mi misión es llegar a las personas para que tomen una decisión radical por Cristo. También quiero formar y equipar a otros para que compartan el Evangelio y vivan plenamente en el Reino de Dios.

Actualmente, produzco videos y escribo libros sobre temas bíblicos, convencido de que la Palabra de Dios es hoy más relevante que nunca. Servimos a un Dios de milagros cuyo amor abarca a toda la humanidad. Mi objetivo es mostrar que Dios está vivo y que continúa obrando en la vida de los creyentes, tal como lo declara Marcos 16:

Y estos signos seguirán a los que crean: En mi nombre expulsarán demonios; hablarán nuevas lenguas; cogerán serpientes; y si beben algo

mortífero, no les hará daño; impondrán las manos a los enfermos, y sanarán. (Marcos 16:17-18)

Origen y Redes Sociales

Living Gospel se fundó en abril de 2020. Desde entonces hemos llegado a cientos de miles de personas enseñando el Evangelio de Dios a través de Facebook, Instagram, YouTube y el sitio web www.TheLivingGospel.org. ¡Esperamos con ilusión el futuro y lo que Dios hará por el mundo!

Puedes ver Living Gospel a través de los siguientes canales.

Página web

En el sitio web www.TheLivingGospel.org descubrirás la Palabra de Dios y comprobarás que la Biblia es relevante hoy en día. En este sitio web puedes ver videos y leer estudios bíblicos. Al hacer los videos y los estudios bíblicos, parto de la base de que la Palabra de Dios está inspirada al cien por cien por el Espíritu Santo y de que cada texto bíblico puede servirnos para aprender y educarnos para vivir una buena vida. Espero que este sitio web te haga crecer en la fe y conocer a Dios tal como se revela en la Biblia. También puedes encontrar mis libros en el sitio web.

YouTube

Los videos de Living Gospel están disponibles en YouTube. YouTube es el primer canal en el que empecé a publicar videos, y puedes encontrar un resumen de todos mis videos aquí.

Facebook

¡Living Gospel tiene su propia página de Facebook! Todos los videos se publican en esta página de Facebook, y es posible ponerse en contacto conmigo. Puedes encontrar mi página en Facebook a través del enlace de mi sitio web.

Instagram

Instagram también es una opción para seguirme. Todos los videos de Living Gospel se publican en Instagram, y envío mensajes cortos e imágenes de acontecimientos actuales y citas alentadoras de la Palabra de Dios.

TikTok

En TikTok aparecen videos cortos sobre la fe y la Biblia, y recibes citas breves y alentadoras.

Correo electrónico

Para preguntas, comentarios o palabras de ánimo, utiliza la dirección de correo electrónico info@TheLivingGospel.org.

Visión, objetivos y trabajo conjunto

La visión de Living Gospel es garantizar que vivas en la gracia perfecta de Dios, distribuyas la gracia de Dios a quienes te rodean y vivas en la voluntad y vocación perfectas de Dios.

La gracia: Me refiero a todos los dones de gracia de Dios, incluyendo:

- Perdón
- Redención y justicia
- Estar en Cristo
- Intimidad con Dios
- Bautismo y frutos del Espíritu Santo
- Liberación (Ser libre de los poderes demoníacos)
- Sanación
- Provisión y prosperidad
- Hablar en lenguas
- Una vida en autoridad.

Voluntad y vocación perfectas: Es la llamada y el plan específicos de Dios para tu vida. Living Gospel quiere enseñarte y formarte para que conozcas y lles a cabo el plan de Dios para tu vida. Esto se consigue mediante:

- Sube videos cortos de estudios bíblicos.
- Estudios bíblicos escritos y temas bíblicos en el sitio web, Personajes bíblicos y comentarios sobre los libros de la Biblia.
- Escribir libros sobre temas bíblicos y comentarios.
- Utilizar los canales de las redes sociales para difundir la palabra de Dios.

¿Te sientes bendecido por este libro (electrónico) y quieres ayudarme a alcanzar y equipar a muchas más personas con el Evangelio de Dios?

Entonces, hazte socio de Living Gospel o haz un donativo único. Haciéndote socio puedes ayudar a construir el reino de Dios y a llegar a la gente con el Evangelio de Dios. Haz tu donativo a través del siguiente enlace.

www.TheLivingGospel.org/giving

También es posible hacer una donación única. Puedes hacerlo utilizando el mismo enlace. Y, por supuesto, gracias por leer este libro. ¡Que Dios te bendiga!